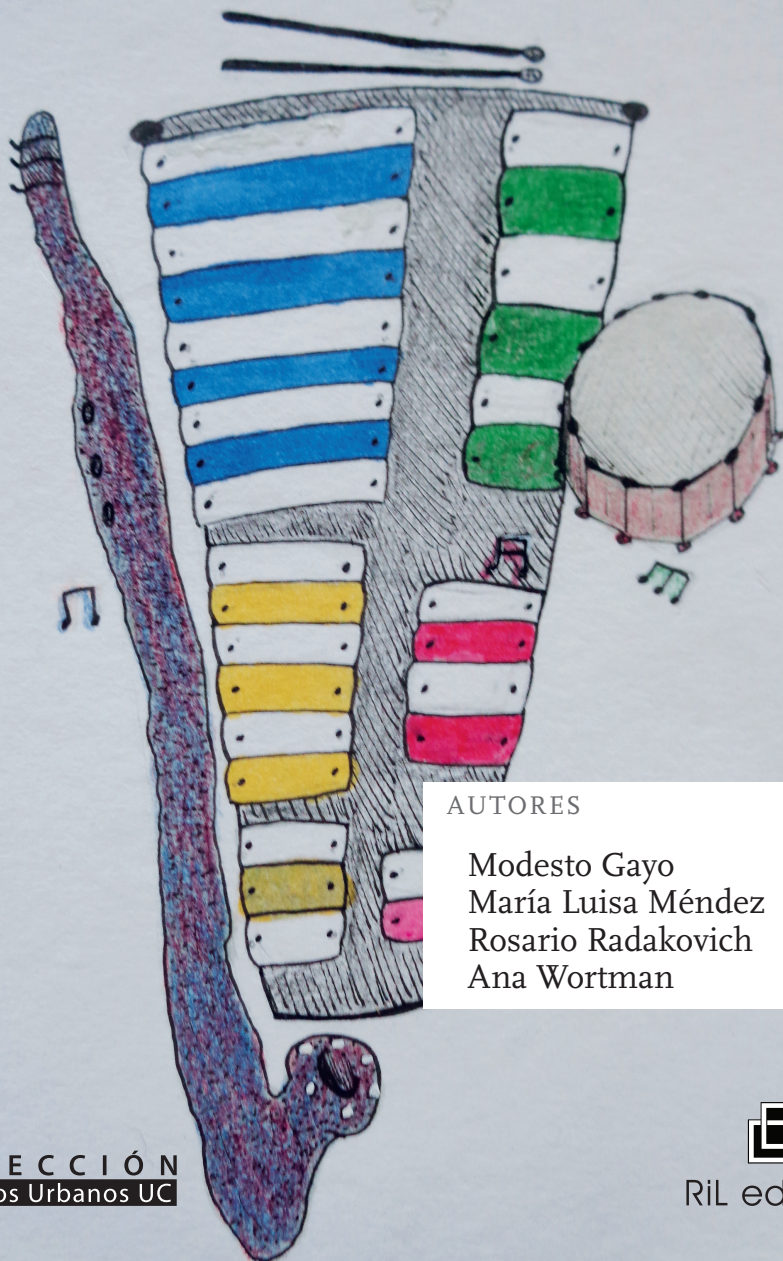


# EL NUEVO RÉGIMEN DE LAS PRÁCTICAS CULTURALES



AUTORES

Modesto Gayo  
María Luisa Méndez  
Rosario Radakovich  
Ana Wortman

COLECCIÓN  
Estudios Urbanos UC



RiL editores





## EL NUEVO RÉGIMEN DE LAS PRÁCTICAS CULTURALES



MODESTO GAYO  
MARÍA LUISA MÉNDEZ  
ROSARIO RADAKOVICH  
ANA WORTMAN

EL NUEVO RÉGIMEN DE LAS  
PRÁCTICAS CULTURALES

*Espacio, desigualdad y nostalgia  
en las metrópolis del Cono Sur  
contemporáneo*

COLECCIÓN  
Estudios Urbanos UC



RiL editores

307.76 Gayo, Modesto

G El nuevo régimen de las prácticas culturales: espacio, desigualdad y nostalgia en las metrópolis del Cono Sur contemporáneo / Modesto Gayo, María Luisa Méndez, Rosario Radakovich y Ana Wortman. -- Santiago : RIL editores • Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC, 2021.

250 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-84-18065-40-8

1 PLANIFICACIÓN URBANA-ASPECTOS SOCIALES. 2. DESARROLLO URBANO-ASPECTOS SOCIALES. 3. ESPACIO URBANO-ASPECTOS SOCIALES ○

EL NUEVO RÉGIMEN DE LAS PRÁCTICAS CULTURALES:  
ESPACIO, DESIGUALDAD Y NOSTALGIA EN LAS METRÓPOLIS  
DEL CONO SUR CONTEMPORÁNEO

Primera edición: abril de 2021

© Modesto Gayo, María Luisa Méndez,  
Rosario Radakovich y Ana Wortman, 2021  
Registro de Propiedad Intelectual  
N° 2021-A-1996

© RIL® editores, 2021

SEDE SANTIAGO:

Los Leones 2258

CP 7511055 Providencia

Santiago de Chile

☎ (56) 22 22 38 100

ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:

Cochrane 639, of. 92

CP 2361801 Valparaíso • ☎ (56) 32 274 6203

valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:

europa@rileditores.com • Barcelona

© Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC, 2021

Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos

Pontificia Universidad Católica de Chile

El Comendador 1916

CP 7520245 Providencia

Santiago de Chile

☎ (56) 22 3545505

<https://estudiosurbanos.uc.cl/>

Composición, diseño de portada e impresión: RIL® editores

Ilustración de portada: Pilar Almudena Gayo Méndez

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-84-18065-40-8

Derechos reservados.

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	13
PRÓLOGO, <i>por Modesto Gayo</i> .....	15
1. INTRODUCCIÓN.....	19
1.1. El diálogo entre la desigualdad de clase y la macroestructuración.....	20
1.2. Las prácticas culturales como una epistemología de lo urbano .....	22
1.3. Las metrópolis del Cono Sur: anotaciones y síntesis de estado y evolución .....	25
1.4. Datos y método.....	36
1.5. Estructura del libro .....	38
Referencias.....	41
2. REVOLUCIÓN Y DISRUPCIÓN TECNOLÓGICA.....	47
2.1. La irrupción de las tecnologías digitales y de la comunicación como demiurgo creador de la «super-modernidad».....	47
2.2. Cambio acelerado y vidas obsoletas .....	50
2.3. La banalidad del cuerpo en el ciberespacio: espectros modernos o ciber-cuerpos.....	53
2.4. Permanencia de las tecnologías y usos variados.....	55
2.5. Apropiaciones, exclusiones y resistencia .....	61
2.6. Conclusiones .....	63
Bibliografía .....	65
3. LAS NUEVAS ECONOMÍAS .....	69
3.1. La noción de posfordismo y las economías del cambio.....	70
3.2. Similitudes, diferencias, percepciones diferenciadas acerca del tiempo pasado y el tiempo futuro.....	73



3.3. Significación del uso del tiempo: vida cotidiana y construcción de subjetividad y orden social.....	82
3.4. Los jóvenes, ¿un mundo aparte?.....	92
3.5. Notas finales .....	96
Referencias.....	97
4. DESIGUALDAD CULTURAL, DESIGUALDAD SOCIAL .....	99
4.1. Educación, titulaciones y reproducción social.....	102
4.2. La lectura .....	107
4.3. La relevancia de los idiomas .....	115
4.4. Aprendizaje artístico y posesión de instrumentos musicales.....	116
4.5. Capital audiovisual y tecnológico o «tecnocultural» .....	121
4.6. Conclusiones .....	127
Bibliografía .....	130
5. DISPOSICIONES .....	135
5.1. Disposiciones en la práctica cultural en América Latina .....	137
5.2. El ubicuo entretenimiento .....	146
5.3. Buscando información.....	150
5.4. La orientación al aprendizaje .....	152
5.5. Comunidad o sentido de pertenencia.....	156
5.6. Tecnologías, entre la adhesión y la evaluación .....	161
5.7. Sobre politización.....	167
5.8. Libertad de elegir en tensión con mandatos familiares.....	170
5.9. Conclusiones .....	173
Referencias.....	174
6. LA NOSTALGIA .....	177
6.1. Rebrotando el pasado .....	177
6.2. Practicando la nostalgia en la Sudamérica meridional .....	184
6.3. Notas a modo de cierre .....	197
Referencias.....	198
7. ESPACIOS DE AYER Y HOY: EL CONSUMO CULTURAL URBANO .....	201
7.1. La calle como lugar de juegos, encuentro y ocio: lo que se ha perdido.....	204

7.2. Montevideo es la ciudad que muestra más uso del espacio público .....	214
7.3. Lo que se fue con el cierre de los cines de barrio: precarización de la sociabilidad, concentración y estandarización del cine.....	217
7.4. Participación cultural y desigualdad socioespacial.....	221
7.5. Conclusiones .....	226
Referencias.....	228
8. AL FINAL, LA CIUDAD.....	231
8.1. Formación de capital cultural y reproducción de prácticas .....	231
8.2. Identidades fijas y móviles .....	235
8.3. El <i>self</i> urbano como ejercicio de reflexividad .....	238
8.4. «Condenados» a encontrarnos a través de la práctica .....	241
8.5. Macro procesos contados a través de micro-historias.....	243
Referencias.....	245



*A los pueblos del Cono Sur de América,  
envueltos en repetidas tempestades.  
A sus sacrificios diarios dedicamos este trabajo.*



## AGRADECIMIENTOS

ESTE LIBRO DEBE PRINCIPALMENTE su desarrollo al proyecto «Consumo cultural y desigualdad de clase, género y edad: un estudio comparado en Argentina, Chile y Uruguay», el que financió el año 2010 la Fundación Carolina y cuya ejecución se realizó mayormente durante el año 2011 bajo la dirección de Modesto Gayo. Al mismo estuvieron asociadas como investigadoras las coautoras del presente texto. Esto permitió recoger una gran cantidad de información a través de 72 entrevistas en profundidad que fueron realizadas en mismo número en Buenos Aires, Montevideo y Santiago, 24 en cada caso.

Asimismo, el desenvolvimiento del escrito hasta su estado presente tiene relación con el marco generado por el proyecto FONDECYT Regular 1190094, el que proporcionó una oportunidad excepcional para justamente disponer de dedicación plena al tema que sugiere su título, *Comparación espacio-temporal de la participación cultural en Chile (2019-2023)*. Además, la publicación del libro ha recibido el apoyo oportuno del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES), proyecto ANID/FONDAP/15130009. En un plazo más largo, se debe reconocer el apoyo que el programa FONDECYT ha venido ofreciendo a los investigadores María Luisa Méndez y Modesto Gayo durante más de una década, lo que ha permitido impulsar un sostenido trabajo de investigación. Asimismo, se desea reconocer el contexto generado por el International Inequalities Institute de la London School of Economics, del que ambos son Senior Visiting Fellows a la fecha, para profundizar en aspectos relativos al estudio de la estratificación, sobre todo en su relación con la noción de capital cultural y procesos históricos de acumulación de riqueza.

Desde el momento en que se realizó la investigación bajo el marco del financiamiento de la Fundación Carolina el proyecto continuó su desarrollo, a partir de lo cual se publicaron varios capítulos de

libro, siendo el más relevante el dedicado a las dificultades de la reproducción cultural en el texto *Clase y Cultura. Reproducción social, desigualdad y cambio en Chile* (Gayo, 2020, Tirant Humanidades, capítulo 7). Este desenvolvimiento fue facilitado por el trabajo de ayudantes como Francisca Romero y Camila Malig, jóvenes sociólogas que colaboraron en la realización de algunas de las entrevistas, como la primera, o a ordenar los materiales analizados, en el caso de la segunda. A ellas debemos agradecer su esfuerzo y buena labor. Además, la socióloga Vania Perret contribuyó decisivamente a encontrar una gran parte de la literatura que posteriormente dio lugar al marco conceptual del libro.

Al Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Pontificia Universidad Católica de Chile (IEUT-PUC) le debemos agradecer el apoyo a esta publicación, que creemos que es genuinamente distintiva en su campo de estudio, la sociología de la cultura, y propone un profundo diálogo con la sociología urbana, como un camino abierto para entender que la imbricación teórica de territorios y prácticas, lugares y gustos, transforma a ambos componentes del binomio, sugiriendo ensamblajes que definirán futuras comprensiones de la ciudad como una experiencia vivida.

# PRÓLOGO

*por Modesto Gayo*

ESTE LIBRO TOMA COMO PUNTO de partida la convicción del desenvolvimiento de una profunda transformación de la manera en que se vive en sociedad que habría tenido lugar desde mediados del siglo xx, y de forma acelerada en la primera parte del siglo xxi. De ningún modo esto significa que se piense que antes de esto no habría habido cambios relevantes, pues ello se ha constatado y estudiado en otros momentos (Gayo, 2020). Más bien, se trata de destacar la intensidad de los cambios en la etapa más contemporánea. Al respecto, la geografía de nuestro estudio, el Cono Sur de América, no puede contener simplemente en su territorio innovaciones tecnológicas y económicas que son de naturaleza global. Es por esto que el abordaje macro-estructural propuesto es utilizado para entender tres grandes metrópolis sudamericanas, pero gran parte de los resultados deberían referirse a fenómenos más generales, como vectores de carácter transnacional.

El propósito no es simplemente afirmar la contundente presencia de novedades tecnológicas de renovación acelerada que modifican nuestros entornos laborales y de ocio. Tampoco se quiere hacer un falso o burdo descubrimiento de la ciudad. Nuestra propuesta se construye en gran medida sobre la larga sombra de la obra sociológica de Pierre Bourdieu –dedicada a Francia–, pero pensamos que universal finalmente en su legado, lo que se constata por una larga lista de estudios sobre muchos otros países: Dinamarca, Reino Unido, Australia, Finlandia, China, Japón y Chile, como algunos ejemplos ilustrativos. Tomando el Cono Sur, sin referencia necesaria a las fronteras nacionales, se quería ofrecer la posibilidad de la



emergencia de patrones que perfectamente pudiesen hacer las fronteras nacionales prescindibles en la medida en que los patrones que construimos inductivamente nos lo indicasen así. Evidentemente, hay diferencias entre las urbes capitalinas en relación a las preferencias de sus habitantes, pero las hebras construidas en este texto atienden más a aspectos comunes sobre la producción y reproducción de la práctica cultural en un contexto global de transformación que a los aspectos más idiosincráticos.

No obstante, si la universalidad y reiteración de los patrones que sugiere la obra bourdieuana, estructurando las acciones a través de estructuras de capitales y subjetivas (*habitus*), invitan a pensar en términos transnacionales, las alteraciones e influencias sobre la práctica también parece que debieran tener una naturaleza acorde con las nuevas estructuras de corte global. Es por eso que la organización del libro adopta un cuerpo que intenta encarnar una lógica explicativa que lo recorre, desde los macro fenómenos hasta la subjetividad individual, siendo finalmente la ciudad concebida como un contenido, y no tanto un continente, donde confluyen y también toman forma las fuerzas que configuran el mundo de hoy.

Por lo tanto, el lector debe saber que el libro plantea dialogar con la obra de Bourdieu, lo que incluye las aproximaciones de sus seguidores, para ir más allá de la misma. El perfecto encaje entre *habitus* y campo social, o su desencaje debido particularmente a crisis, apunta en su trabajo a aspectos centrales que nos permiten ampliar la visión que restringe el análisis a la relación entre capitales y gusto. Sin embargo, al sobre representar en los estudios a los actores individuales, ya sea como productores o como consumidores, ofrece una visión limitada sobre aspectos cruciales que transforman la práctica sin pasar necesariamente como una etapa central por luchas dentro de campos de funcionamiento significativamente autónomo. A menudo los cambios se producen y las consecuencias solo alcanzan a percibirse por los supuestos protagonistas un tiempo después, sin poder poner remedio a lo ya construido dentro de una lógica sistémica de técnicas y economías, y por tanto sociedades, en cambio silencioso o a voces. Justamente, silenciar estas

transformaciones en el campo de estudio sobre la práctica cultural debido a limitaciones de la aproximación bourdieuana creemos que sería un error, dejando esperar por más tiempo respuestas que no pueden formularse dentro de los términos del trabajo original o el de sus acólitos. Este libro intenta avanzar en esta dirección, abriendo camino y, por tanto, enfrentando los desafíos propios de la duda, guiados por una orientación a entender nuestro presente e inevitablemente el futuro que nos espera.



## I. INTRODUCCIÓN

EN LA LITERATURA SOBRE los determinantes de la práctica cultural ha sido común tomar al individuo como unidad central de análisis, y a algunas de sus características como variables explicativas de sus maneras de actuar y concebir. El célebre libro *La distinction* (Bourdieu, 1979) realiza un extenso ejercicio de disección de los denominados «esquemas de percepción y evaluación», o modalidades del conocido *habitus*, y su relación con las condiciones sociales que explican su formación, la acumulación de capitales, principalmente económicos y culturales. Justamente tomando esta contribución como un texto prácticamente fundacional de toda una larga tradición de análisis que llega a nuestros días es que se puede entender el marco dentro del cual se han venido generando un sinnúmero de estudios, críticos o favorables a la propuesta bourdieuana<sup>1</sup>.

No cabe duda de que en nuestra investigación está presente, a menudo de forma latente, un diálogo con los debates de esta matriz sociológica crítica, pero sería inexacto afirmar que nos limitamos a la misma. Por tanto, se reconoce la influencia, al mismo tiempo que se evita totalizarla o proyectarla como un marco omnicomprendivo en nuestro trabajo. Expresado en otras palabras, se toma de Bourdieu, o más bien de lo bourdieuano, la forma de abordaje, con un interés específico en las desigualdades interindividuales y el análisis del *habitus* o los esquemas disposicionales. Sin embargo, empujamos para trasladar el eje central fuera de una especie de individuo responsable o víctima, y conceder mayor peso a aspectos centrales en su constitución que difícilmente pueden ser reducidos a los capitales. Es aquí donde emerge de forma crucial el protagonismo, creemos que

---

<sup>1</sup> Referencias actualizadas a propósito de este debate pueden encontrarse en Bennet *et al.* (2021) y, lógicamente, en este mismo libro.

ineludible, de la que denominamos «revolución tecnológica», aunque ya cualquier uso de la noción de «revolución» sea hoy indefectiblemente un tanto irónico, junto a las transformaciones económicas que han venido desarrollándose en relación con la misma. No obstante, se argumenta que faltaba un elemento adicional, una capa o nivel que podría ser entendido como «mesoestructural», lo urbano. Es aquí en la ciudad, y en nuestro caso en tres grandes metrópolis del Cono Sur americano, donde se producen las experiencias que construyeron la dimensión histórica real a partir de la cual el hablante existe. En este sentido, la ciudad es el escenario en donde actúan nuestros protagonistas, aquellos cuyas voces serán imprescindibles para reconstruir, y por ello mismo dejar un registro legítimo, de la vida en la ciudad contemporánea.

### I. I. EL DIÁLOGO ENTRE LA DESIGUALDAD DE CLASE Y LA MACROESTRUCTURACIÓN

Si se observa la literatura sobre práctica cultural en su conjunto, se reconoce un enorme esfuerzo por entender los factores que afectan la formación de ciertos tipos de participación cultural y gusto (Peterson y Kern, 1996; Bennett *et al.*, 2009; Gayo, 2016a). En discusión o no, aparece una constante referencia a las desigualdades fundadas en diferencias de clase, entendida esta en un sentido amplio, como grupo socioeconómico, ingresos e incluso nivel educativo<sup>2</sup>. Variables adicionales asociadas a otras formas de desigualdad también son destacadas en ocasiones, tales como la edad, el sexo (generalmente indiferenciado del género), el territorio (Gayo, conferencia París 2013; Liam y Stevenson, 2020), o incluso diferencias entre países (Katz-Gerro, 2002; Purhonen y Wright, 2013), si bien ninguna de ellas tiene la carga crítica o política de la que ha venido siendo portadora la noción de clase.

En este libro se incorpora la idea de desigualdad, con raíces profundas en las realidades claramente diferenciadas de las clases

---

<sup>2</sup> Un análisis detenido del vínculo entre clase y cultura para Chile puede encontrarse en Gayo (2020).

sociales. Sin embargo, se argumenta que las desigualdades hoy deben ser entendidas en un contexto de transformación social que se ha estado produciendo a un nivel lejano a factores que puedan ser reducidos a rasgos o capacidades propias del individuo. Esto no sorprende si pensamos en una teoría de la estructuración que recurre al concepto de «campo social», cuyo desenvolvimiento histórico específico tiene relación con las formas de gobierno y económicas que han caracterizado a la modernidad. Entender esta historicidad propuesta (Bourdieu, 2003) exige o conduce necesariamente a adoptar un enfoque que integre fenómenos macroestructurales dentro de una narrativa sociológica que establece un diálogo entre los mismos y la pertinencia de elaborar, en buena medida inductivamente, sobre las desigualdades de clase, definitorias también de la práctica cultural y las dinámicas de inequidad de tiempos pasados y contemporáneos.

En ese sentido, la «macroestructuración» consiste en la generación de subjetividades (esquemas disposicionales) y acciones (prácticas) producto de la transformación de los medios técnicos, la economía y la vida urbana, a menudo en interacción mutua. A propósito de ello, el libro en su conjunto es un largo alegato favorable a constatar la efectividad con la que las relaciones sociales han sido afectadas por los profundos, territorialmente extensos y acelerados cambios tecnológicos de las últimas décadas. La intensidad de las adaptaciones de las economías del tiempo y el trabajo no puede más que ser constatada como parte de la misma realidad «revolucionaria».

Sin embargo, no se quiere proponer, ni se han encontrado elementos para ello, que dichas transformaciones, por intensas que hayan sido, han producido una «revolución social» en el sentido generalmente atribuido de un cambio del orden de las jerarquías sociales, o una subversión en términos de la pirámide de clases. Más bien, pareciera que la reproducción social ha encontrado un espacio muy notable para su supervivencia. Es por ello que es decisivo identificar dónde se han estado produciendo las modificaciones. Las tecnologías de la comunicación de nuevo cuño no derriban las desigualdades, o no parecen hacerlo, o no hay evidencia que

justifique concluir que lo hagan. El cambio no es paradigmático en este sentido, sino en una manera diferente de hacer las cosas, con menor protagonismo de la presencialidad y una relación novedosa en términos de la vivencia de la relación entre el hogar y el trabajo.

Efectivamente, las nuevas economías ultra tecnologizadas prometen transformar radicalmente nuestra experiencia del espacio, de la territorialidad física de los objetos, y con ello la nuestra, y por tanto de los lugares que habitamos. Es justamente en este momento donde confluyen las características individuales, y su dotación de ventajas y desventajas, y los procesos de nivel macrosocial: la ciudad. No se trata de levantar otra variable explicativa más, entendida quizás como otro tipo de capital, aunque la territorialidad vaya asociada a menudo a privilegios o marginalidad. Nos queremos desviar del argumento del efecto más o menos lineal de la distancia, los ingresos de nuestros vecinos o la inversión en el barrio, entre otras alternativas de indicadores que denoten las características del área de residencia. De un modo diferente, se quiere resolver la distancia, aparentemente insalvable, entre lo macro y lo micro social, proponiendo a la experiencia de lo urbano y a la práctica en la urbe como un espacio de intermediación, donde las realidades abstractas o aparentemente lejanas de los modelos sociales y económicos, por un lado, y las capacidades y decisiones de los individuos, por otro, devienen realidades cotidianas y pedestres en la matriz urbana en la que todo ello se materializa.

## 1.2. LAS PRÁCTICAS CULTURALES COMO UNA EPISTEMOLOGÍA DE LO URBANO

La experiencia de la ciudad pasa por la práctica cultural, la co-constituye (De Certeau, 2011). No se trata tanto de que lo urbano influya en las actividades, sino que se argumenta que son estas las que colaboran en la definición de lo que significa para las personas vivir la ciudad, en permanente diálogo con la realidad local o la materialidad del espacio, sea este público o privado. En este sentido, las prácticas culturales son entendidas como una epistemología desde el momento en que se convierten en una herramienta clave en

la producción de narrativas vitales. El recurso a la práctica cultural no es anecdótico, sino una pieza elemental del acervo lingüístico y existencial que requiere la construcción de la experiencia personal, y ello quiere decir asimismo social. En otras palabras, las subjetividades reales, y se debería decir aquí «realistas», no recorren la ciudad como autómatas que van de un punto «a» a otro «b» para trabajar o entretenerse, sino que moverse y «estar en» elabora sobre hebras emocionales y cognitivas asentadas en momentos previos, en base a los cuales se forman, por ejemplo, ideas de cambio o sentimientos de añoranza o nostalgia (Lefebvre, 2013). Cada momento, mirada u opinión cabalga sobre el anterior, en un encadenamiento interminable que genera las interacciones propias de la vida urbana, reproduciéndolas a través de la transmisión de ciertas formas de vida a las generaciones siguientes (Simmel, 1986).

El argumento que se propone no es producto de una relación de inversión frente a la vida rural. No se está argumentando a favor de la superioridad de la urbe frente al pueblo, de la indefectible inclinación de las sociedades contemporáneas hacia la urbanización, sino que simplemente se reconoce en la ciudad una expresión de un modo de vida que es hoy a menudo común a la mayoría de la población y que ha configurado históricamente el desarrollo del capital cultural y de las prácticas asociadas a este. Se ha querido huir de cualquier tentación de construir teóricamente una experiencia de la ciudad en abstracto, como una especie de metafísica de la misma. En nuestro caso, se constituye como un punto de entrada, creemos que privilegiado, para entender la práctica cultural más allá de la práctica individualizada, segado el vínculo con su entorno inmediato. En un sentido contrario, la práctica está desde el principio invocando al sistema de prácticas y el contexto social más amplio desde donde se realiza y cobra sentido (Frisby, 2001). Dicho en otros términos, la participación y el gusto culturales son el sistema (social), y no las acciones y preferencias en sí mismas.

De este modo, no tiene tanto sentido buscar la ecuación que mejor explica la asistencia al teatro o al museo, o resolver si los individuos son «snobs» u «omnívoros» (Peterson y Kern, 1996; Gayo,



2016b). Más bien, estudiar la práctica es un ejercicio de reconstrucción de una trama de comportamientos y sentidos/significados de cuya conjunción depende que se pueda realizar un retrato verosímil del modo de vida de un tiempo determinado. Justamente para comprender el momento, el fluir del hoy, también en cambio constante, se planteó la necesidad de mirar atrás a través de dos vías. Por un lado, se realizó un trabajo de campo con lo que aquí se va a denominar tres generaciones, que podrían ser entendidas como nietos/as, padres/madres y abuelos/as. Por otro lado, el recurso al recuerdo, sobre todo de los adultos mayores, permitió obtener información valiosísima sobre las sociedades del Cono Sur hasta aproximadamente unos 60 años atrás, incluso con la referencia a padres y madres de mayor edad, es decir, los que podrían ser calificados como bisabuelos/as. En coherencia con ello, se puede entender que no se propuso una mirada sincrónica, sino una epistemología diacrónica, embebida de tiempo y espacio, y finalmente, como se verá, de una añoranza sin propósito de retorno al origen.

En definitiva, frente al individuo abstracto, metodológica y ontológicamente individualizado, reconstruido a través de los componentes de su trayectoria personal, se propone aquí en el centro del análisis a la práctica, y de algún modo al individuo como un medio, necesariamente ensamblado con un entorno como una pieza de un puzle, es decir, vinculado con, y coproducido por, las condiciones generales de su entorno. El entrevistado o el hablante deviene la vía mediante la cual se comprende la experiencia de vida de los ciudadanos del Cono Sur, en el marco de un individuo realista, aterrizado a su entorno o territorializado, contribuyendo de este modo a transformar su palabra en una epistemología de lo urbano mediante la cual las prácticas devienen experiencias y relaciones sociales propias de su tiempo.

Si se propone hablar de un individuo territorializado, parte de un ensamblaje indefectible con su entorno, producto de una co-construcción histórica inevitable, no debe sorprender que se pueda concluir la conveniencia de entender la presencia de un «*habitus* urbano» (Méndez, 2007), y por tanto la urgencia de su análisis. En

definitiva, hablar de una epistemología de lo urbano, por crucial que sea, no significa únicamente que las prácticas son una manera de mirar a la ciudad, sino que dicha mirada se construye en base a los esquemas de apreciación de los individuos, es decir, se está hablando de estructuras de percepción inextricablemente unidas con la experiencia de la vida en la ciudad, un *habitus* específico que se forma dentro de sus fronteras, *sine qua non* de los relatos de sus protagonistas, condiciones en sí mismos de posibilidad (Wacquant, 2017). Esto determina que la epistemología a la que nos referimos no es un área de la filosofía que tiene por objetivo teorizar sobre el conocimiento, sino estructuras de acciones potenciales, significados y emociones cuya presencia muestra su eficacia como generadoras del mundo que observamos como mera acción.

A modo de ejemplo, si se piensa en dar cuenta de un tema tan central en la tradición de investigación sobre capital cultural como es la reproducción social, se puede perfectamente entender no como un fenómeno puramente abstracto o deslocalizado, sino que se propone su comprensión como parte de una matriz urbana operando, favorable probablemente a la transmisión de los capitales culturales entre las posiciones dominantes, pero con los desafíos que presenta la dinámica económica y política del lugar. Al respecto, si la ciudad es comprendida como un laboratorio de lo nuevo, una etapa primera y principal de adaptación de lo global a lo local, no se puede esperar menos de los *habitus* urbanos, sometidos a la presión, a menudo contradictoria, del pasado y el cambio. La epistemología de lo urbano emergerá entonces justamente sobre estas tensiones, y no como una solución definitiva y libre de paradojas.

### 1.3. LAS METRÓPOLIS DEL CONO SUR: ANOTACIONES Y SÍNTESIS DE ESTADO Y EVOLUCIÓN

El *habitus* que emerge desde el presente estudio está efectivamente arraigado a realidades urbanas específicas. Este hecho recomienda prestar una breve atención a las mismas. A pesar de ser ciudades que comparten estar ubicadas en el Cono Sur y entre las cuales se puede suponer que hay grandes similitudes, principalmente entre Buenos

Aires y Montevideo, desde el comienzo se elaboró una pauta compartida de levantamiento de información, evitando explícitamente cualquier tratamiento que confirmase o refutase supuestos culturales comunes o disímiles. Esto situó la investigación simplemente en una coordenada regional, pero a partir de ahí era necesario ser capaz de recoger datos que además fueran suficientemente comprensibles en términos trans-ciudad y, cuando ello fuese menester, revinculados a, o reincrustados en, sus realidades sociales específicas, como componentes de una completa experiencia de ciudad. En este sentido, conviene proporcionar un retrato, por sintético que sea, de las ciudades efectivamente estudiadas, en coherencia con la lógica de la co-construcción de los comportamientos y subjetividades culturales y su entorno físico y social directo, es decir, lo que se puede entender como «prácticas urbanas», o complementariamente «ciudad cultural».

### 1.3.1. *Buenos Aires*

Abordar la producción y los consumos culturales de Buenos Aires implica considerar una parte significativa de la economía de la ciudad, que, según su ministro de Cultura, corresponde al 10 por ciento de los ingresos totales (Crettaz, 2018). Históricamente la escena cultural tiene un valor en sí mismo (histórico, simbólico), como argumenta Vázquez Rial (1996), pero ya desde los años noventa, en el marco de nuevas concepciones de políticas culturales, se presta atención a la potencialidad económica del sector cultural en términos de creación de empleo (Data Cultura, 2020).

Cuando analiza el contexto en el que surgió el movimiento de artes visuales del Instituto Di Tella en los años sesenta del siglo xx, King (1985) alude a un proceso de largo aliento vinculado al desarrollo cultural argentino, centrado en la ciudad de Buenos Aires. El proyecto de las élites, así como la significativa presencia de inmigrantes de origen europeo desde la segunda mitad del siglo xix y las primeras décadas del siglo xx, fueron fundantes de una impronta cultural modélica y singular para el resto del país al igual que hacia

el exterior. Por su parte, Braun y Cacciatore (1996) apuntan a una puesta en escena económica y cultural señalando como punto de origen la Exposición Internacional de París en 1889, en la cual se determinó que Buenos Aires fuera una «ciudad de la luz» en América.

Por entonces, los dos edificios más importantes que se construyeron en la ciudad fueron los depósitos de la Aduana y, frente a la Plaza de Mayo, un fastuoso teatro de ópera, el Colón, con 2.500 localidades, que resultó a la larga una empresa desmedida para la realidad de la ciudad, según sugiere Vázquez Rial (1996). Paralelo a esta impronta estatal, es sabido que las colectividades impulsaron el teatro<sup>3</sup>, la literatura y la música a través de asociaciones civiles, mutuales y sindicatos, muchos vinculados al Partido Socialista y el Anarquismo (Barrancos, 1996). Sostenemos que esa impronta inicial dio lugar a la significativa presencia de una nutrida y diversa escena cultural gobernada desde la autogestión en la ciudad de Buenos Aires (Wortman, 2015). También tempranamente, se crearon museos junto con el desarrollo de las artes plásticas (King, 1985), y luego fue el cine, tanto en términos de proliferación de salas como de público, acompañando los procesos de movilidad social de las clases trabajadoras, no solo en el centro de la ciudad, sino en los barrios alejados del centro.

Por su parte, en las primeras décadas del siglo XXI, Buenos Aires registra la presencia de nuevas migraciones provenientes tanto de Brasil como de la región del Caribe (Venezuela, Colombia, República Dominicana, Haití y de países africanos), los cuales han incidido en la diversificación de la oferta cultural, fundamentalmente relativa a la música, el baile y la gastronomía en lugares específicos de la ciudad (Melella, 2014; Vaccotti, 2017). Este tipo de fenómenos renuevan el tono cosmopolita que se construyó históricamente y que configuró una identidad singular, en consonancia con lo que ocurre en otras capitales del mundo, aunque también forman parte

---

<sup>3</sup> Mazziotti (1984) señala el vertiginoso crecimiento de las salas de teatro en las primeras décadas del siglo XX, no solo en el centro de la ciudad sino igualmente en barrios periféricos.

de los procesos de creciente desigualdad urbana y social (Rodríguez Morato y Zarlenga, 2018).

Finalmente, es importante señalar que la oferta cultural se ha diversificado en términos urbanos en las dos últimas décadas. La política de los distritos urbanos implementada por las sucesivas gestiones a partir de 2007, promoviendo zonas de la ciudad en términos de procesos de gentrificación urbana, ha tenido relativo éxito desde el punto de vista del desarrollo social (Tomasz, 2016). Así es como hemos pasado de una oferta cultural ubicada históricamente en el centro histórico de la ciudad, recuperado en los dos últimos años, hacia una oferta más diversa hacia el norte y centro geográficos. Buenos Aires es ahora el espejo de la desigualdad característica de las ciudades contemporáneas.

### 1.3.2. *Montevideo*

La capital uruguaya ha sido tradicionalmente considerada una ciudad integrada con una impronta europea, la denominada «Suiza de América», ocupando la máxima jerarquía urbana del país –en su notorio macrocefalismo (Rial, 1984)–; a salvo de la desintegración y exclusión social que recorre otras ciudades de países latinoamericanos. Entre sus espacios emblemáticos, que datan de en torno al mil novecientos, se destaca la Rambla, situada en la costa sobre el Río de la Plata (1929); grandes parques urbanos, como el parque Rodó (1900) y el Prado (1870), el Palacio Salvo (1922) y el Palacio Legislativo (1925), así como el Teatro Solís (1856) y el Auditorio del SODRE (1929), como instituciones culturales relevantes.

Más allá del imaginario integrador de la ciudad, las últimas décadas expresan una mayor homogeneidad social entre áreas urbanas. Es decir, la heterogeneidad que aún existía en algunos barrios de composición social media-baja se vio alterada en las últimas décadas por dos procesos paralelos. Por un lado, las familias de mayor nivel socio-económico de estos barrios se mudaron a las zonas costeras de la ciudad, en particular aquellas ubicadas al este. Por otro lado, buena parte de los sectores populares se trasladaron a las periferias del lado

oeste y noreste de la ciudad, formando asentamientos irregulares (Lombardi, 1994; Veiga, 2000; Calvo, 1999; Macadar *et al.*, 2002).

Como resultado de estas transformaciones, la morfología de la ciudad cambió, subrayando los procesos de segregación espacial de su población (Katzman: 2004, Katzman y Retamoso: 2005): se produjo un aumento del distanciamiento entre clases asociado al vaciamiento y tugurización de la zona central de la ciudad; un proceso de retraimiento doméstico que incluyó el enrejamiento de las viviendas en sectores medio, y la proliferación de «asentamientos irregulares» como resultado de la expulsión de sectores pobres de la ciudad.

Respecto al área central de la ciudad se produjo también una paulatina pérdida de significación sociocultural que afecta al tradicional eje estructurador de la ciudad desarrollado en torno a la Avenida 18 de Julio (Artigas, Chabalgoity, García, Medina y Trinchitella, 2002). A este fenómeno, se agregó por una parte una expansión de la mancha urbanizada a partir de incipientes procesos de suburbanización y periurbanización, asociados a nuevas pautas de confort para el tramo de ingresos medios-altos y altos, localizados principalmente en el Departamento de Canelones –contiguo a Montevideo–, en torno a la expansión costera platense –Ciudad de la Costa y su área próxima–.

Por otro lado, surgieron fuertes procesos de suburbanización y periferización, en forma de asentamientos irregulares, asociados a estrategias de sobrevivencia de amplios sectores de población, inicialmente segregados de las áreas consolidadas de la ciudad, que se reproducen en condición de pobreza. Como señala Veiga y Rivoir (2007), esta situación derivó en el reforzamiento de las fronteras sociales y en la disminución de la interacción entre personas de diferente origen socioeconómico, consolidando fenómenos persistentes de exclusión social y cultural.

A las fronteras sociales presentes en Montevideo se sumaron una suerte de barreras simbólicas con impacto en el ámbito de la cultura y el arte, esto es, espacios geográficos que delimitan gustos, prácticas y comportamientos culturales diferenciados (Radakovich,

2011). En ese contexto, mientras quienes viven en las zonas costeras exploran los circuitos culturales existentes en sus zonas de residencia, quienes viven en la zona periférica tienden a quedarse más en el hogar, transitan menos por la ciudad e incluso se despliegan poco por la zona de residencia. Las salidas se restringen, algo que se explica por los costos de las entradas, por la localización geográfica y por factores de inseguridad pública (Radakovich, 2010).

De hecho, la espacialización del consumo cultural y el reforzamiento de la endogamia en los circuitos culturales constituyó un aspecto relevante durante la crisis de 2002 y con posterioridad a ella (Radakovich, 2011). Además, si tiempo atrás el espacio público integraba bajo distintas prácticas los sectores sociales, hoy la privatización del consumo de información y entretenimiento condiciona el uso del tiempo libre en el domicilio de acuerdo a la inversión económica realizada (TV digital, cable, computadora, internet, Adsl, wifi). Apenas se ha revertido ese proceso gracias a la democratización de las TIC que aportó el Plan Ceibal a partir del otorgamiento de un laptop por niño en todas las escuelas públicas del país (Rivoir, 2009; Radakovich y Escuder, 2013).

De esta forma, la ciudad encantada de rasgos europeos, de medianía estética y percepción de equidad generalizada se había transformado social, cultural y urbanísticamente entrados los años dos mil. Algunos de estos procesos se lograron matizar en la segunda década del nuevo milenio con políticas sociales y urbanas focalizadas, aunque no se revirtieron por completo. De hecho, si bien ha disminuido la segregación residencial en la ciudad y la proporción de personas con alguna NBI<sup>4</sup> en los barrios de Montevideo –sobre todo en la periferia– todavía persiste esta configuración urbana desigual (Aguiar, 2016).

También sobreviven las conflictivas representaciones sociales del «otro» que resultan de la misma. De acuerdo a Filardo, Pandolfi y Angulo (2019), las representaciones sociales de la experiencia urbana delinear cartografías diferenciadas entre los montevideanos: para los grupos de alto nivel socioeconómico, se trata de barrios

---

<sup>4</sup> Necesidades básicas insatisfechas.

propios considerados «iluminados/conocidos/seguros» frente a otros percibidos como «oscuros/desconocidos/inseguros». Para los grupos medios, la segregación se representa en términos de uso y acceso a servicios y bienes públicos. En los grupos de nivel socioeconómico bajo, la ciudad se visualiza fragmentada en términos económicos y se autoperciben estigmatizados –estigmatización que ellos desplazan hacia quienes residen «atrás del cerro»–.

Pese a las consideraciones previas, en comparación con otras capitales de la región, los procesos de segregación residencial en Montevideo se presentan de forma más atenuada, incluso solapada, ya que no se extendió el fenómeno de los *countries*; los procesos de enrejamiento urbano han sido discretos, al igual que la contratación de servicios policiales privados e instalación de alarmas y sistemas de seguridad adicionales en barrios de nivel socioeconómico medio y alto.

### 1.3.3. *Santiago*

Situar Santiago de Chile en el entramado de las prácticas y de las instituciones culturales precisa tomar en cuenta las principales dinámicas de expansión urbana de la ciudad, junto con las tensiones entre los roles del Estado, mercado e Iglesia, por un lado, así como la frágil convivencia entre las élites, las clases medias y la población más desfavorecida a lo largo de más de un siglo.

Así, superar la mirada presentista de la desigualdad cultural, como señala Gayo (2020), obliga a entender el contexto dentro del cual se desarrollaron las principales instituciones culturales del país, desde mediados del siglo XIX en adelante. La relación de proximidad física entre el así llamado *pueblo* y las élites gobernantes y pudientes del Chile independiente fue, desde un comienzo, un asunto de delicada atención. Si bien hubo convivencia en espacios aledaños, cada grupo guardaba su posición y distancia en una sociedad en extremo asimétrica. La llegada de población migrante desde distintas zonas del país, especialmente desde el mundo rural, y el aumento del hacinamiento trajeron consigo respuestas que oscilaron entre políticas



centradas en problemas de salubridad pública, el llamado higienismo (Ibarra, 2015), a nacientes políticas urbanas que intentaron separar los espacios y mundos donde cada cual circulaba. La cultura y la educación jugaron también un rol clave en la pregunta sobre «qué hacer con los pobres» (Romero, 2007). Es en este contexto, donde las élites se ven enfrentadas a la aspiración por desarrollar una ciudad con un carácter europeo, debiendo al mismo tiempo sintonizar con las demandas que la llamada cuestión social pone sobre la mesa con creciente urgencia (Yáñez, 2008).

Instituciones como el Palacio de la Moneda (1805) o la Biblioteca Nacional (1813) datan de comienzos del siglo XIX, pero es hacia mediados de siglo donde comienza el sostenido despliegue de instituciones y actores clave en la producción cultural, identitaria, así como en el espacio educativo. Por nombrar solo algunas, se crea la Universidad de Chile (1842) al igual que el Teatro Municipal (1857), ambas instituciones fundamentales en este periodo; la Academia de Artes y Oficios y la Academia de Bellas Artes (1849); el Museo Nacional de Pintura (1880) que posteriormente diera lugar al Museo Nacional de Bellas Artes (cuyas instalaciones más relevantes se inauguran en el primer centenario de Chile, en 1910), el Archivo Nacional (1887) y finalmente instituciones educativas tan significativas como la Universidad Católica de Chile (1880) y el Instituto Pedagógico (1889).

Durante este periodo, la ciudad de Santiago abarca lo que actualmente se reconoce como la comuna del mismo nombre, y en dicho espacio conviven distintas clases sociales. Esta estructura urbana se extenderá por las primeras décadas del siglo XX. La oferta cultural es más bien elitista y citadina, orientada incluso a lo que Subercaseaux (2007) denominó como una ‘plutocracia finisecular’. En particular, los teatros cumplen en este periodo una función de socialización, urbanidad moderna y desarrollo de apreciación cultural dentro de los grupos más privilegiados, y es hacia comienzos del siglo XX cuando no solo aumenta el número de ellos, sino que se plantea una función más homogeneizadora entre clases sociales (Poblete y Saavedra, 2015), permitiendo otras expresiones culturales

como la danza (zarzuelas, por ejemplo) y, más adelante, el cine. De acuerdo con Iturriaga (2018), hacia comienzos de la década de los cuarenta, la oferta de salas de cine y teatro alcanza su apogeo con más de dos centenas de lugares, muchos de ellos los llamados cines de barrio. Esta infraestructura cultural acompañó la emergencia de disputas en torno a la forma de entender no solo el lugar de la alta y baja cultura (Subercaseaux, 2007), sino que también las identidades nacional y de clase (Grez, 2011). En cuanto a espacios de encuentro, los teatros cumplieron un rol clave respecto a la socialización entre pares a lo largo de la estructura social. Como señalan Poblete y Saavedra, «a través de los teatros se buscó instaurar un tipo de comportamiento del público que, sin embargo, sería subvertido por prácticas cotidianas alejadas del anhelo de la élite» (2015: 289).

Hacia mediados del siglo xx las élites comienzan un proceso de abandono del centro de Santiago y un progresivo desplazamiento hacia las comunas de la zona oriente de la ciudad. Esto trajo consigo la instalación de nueva infraestructura cultural en zonas como Ñuñoa y Providencia, y una paulatina pero sostenida separación espacial y cultural entre las élites, las clases medias tradicionales y los sectores populares. Como muestra Gayo (2020) a través del estudio de biografías de la élite cultural chilena del siglo xx, muchos de sus miembros (escritores, políticos y artistas) crecieron en la zona centro de la ciudad y tuvieron una experiencia temprana de socialización y convivencia con grupos diversos. Sin embargo, se evidencia cómo esta élite fue haciendo suya la huida del centro, al menos en cuanto a espacio residencial.

Las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta involucraron procesos de consolidación de instituciones culturales y educativas, y también la mayor heterogeneización y politización del contenido de la cultura y las artes (De Ramón, 1990). Son décadas donde convive una élite cultural y política que está formada por herederos de la clase alta con miembros que surgen de la clase media tradicional, así como de los sectores populares, siendo dos ejemplos evidentes de lo último los casos de Violeta Parra (1917-1967) y Víctor Jara (1932-1973). Durante este periodo se crean las escuelas de teatro de

la Universidad de Chile (el Teatro Nacional Chileno en 1941) y de la Universidad Católica (Teatro UC en 1943), y progresivamente el campo cultural y artístico nacional va entrando en un diálogo con corrientes y vanguardias internacionales. La década previa al Golpe de Estado de 1973 es quizás un periodo de una producción cultural crítica y política no vista antes en la historia del país.

La Dictadura fue particularmente violenta hacia los actores, las instituciones y la producción de contenido cultural vinculada a ese periodo (aun más a aquel vinculado a la Unidad Popular), al igual que aquella que se fue consolidando como respuesta a la violación de derechos humanos y resistencia cotidiana al régimen (Varas y Manzi, 2019). En el ámbito cultural, el foco estuvo puesto en dismantelar, censurar y silenciar grupos y referentes claves de la época. Al mismo tiempo, promovió políticas culturales despolitizadoras, desmovilizadoras orientadas a reforzar contenidos nacionalistas, separando la esfera de una alta cultura de carácter conservador, de una cultura más masiva con carácter recreativo y comercial (Catalán y Munizaga, 1986).

De acuerdo con la Cartografía Cultural de Chile (CNCA, 2001) desde fines de los años ochenta, pero sobre todo desde los años noventa en adelante, la oferta cultural vinculada a diverso tipo de instituciones se amplía de forma considerable en la Región Metropolitana:

TABLA I. CREACIÓN DE INSTITUCIONES SEGÚN PERIODO EN SANTIAGO

	Fomento y promoción	Producción/ Distribución	Exhibición/ Comercialización	Formativas	Medios de Comunicación	Conservación	Total
Antes del 74	15,0	6,3	20,0	7,2	13,6	14,9	11,0
De 1974 a 1987	15,0	6,3	13,3	10,8	12,1	21,6	12,6
De 1988 en adelante	70,0	87,3	66,7	82,0	74,2	63,5	76,3
Total	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Cartografía Cultural de Chile (2001).

Parte de este aumento, se señala, está relacionado con el incipiente rol del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes<sup>5</sup>, fundado en el año 2003, el cual permitió el financiamiento y promoción de una amplia gama de expresiones culturales. Asimismo, el desarrollo de infraestructura cultural de carácter público y público-privado contribuyó a este estado de mayor madurez, presencia en la ciudad y atención a distintos grupos de edad (Corporación Cultural Balmaceda Arte Joven en 1994; Museo Interactivo Mirador en 2000; Centro Cultural Matucana 100 en 2003; Centro Gabriela Mistral, reabierto en 2010, Museo de la Memoria y de los Derechos Humanos inaugurado también en 2010, Museo Violeta Parra en 2015, entre muchos otros).

Sin embargo, una parte importante del aumento en la oferta cultural en Santiago desde los años noventa en adelante está estrechamente vinculada a la participación de actores privados, y asociada a centros comerciales, particularmente los *malls*<sup>6</sup>. Uno de los ámbitos más notorios de este crecimiento es la oferta de cines y multicines, al igual que algunas salas de teatro y música. Es también durante este periodo que los grupos sociales más acomodados van desplazándose de forma cada vez más acelerada hacia las zonas oriente y nororiente de la capital, incluyendo a otrora comunas rurales como Colina. Una parte de estos procesos de expansión urbana implica la construcción de espacios culturales y de ocio segregados y exclusivos (Ducci, 2002; Méndez y Gayo, 2019).

No obstante, el centro de la ciudad, así como su pericentro y algunas comunas de la zona oriente como Providencia y Ñuñoa, cumplen con un rol de acoger un consumo cultural más transversal. Asimismo, un aspecto relevante de la oferta cultural cotidiana en el centro de la ciudad se refiere a la mayor presencia de migrantes intrarregionales desde comienzos de los 2000, en un comienzo mayoritariamente de Perú y Argentina, y actualmente también de Colombia, Venezuela y Haití. Así, la oferta cultural centrada en la

---

<sup>5</sup> Desde el año 2018, Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

<sup>6</sup> Volveremos sobre este punto en el capítulo 7, «Espacios de ayer y hoy: el consumo cultural urbano».

gastronomía y ciertas festividades ha venido a diversificar una ciudad que ha tendido a mantenerse más bien a espaldas de la impronta cosmopolita, por ejemplo, de Buenos Aires. Barrios como la Lima Chica, en el centro de la ciudad, son expresiones de una convivencia multicultural no exenta de conflictos y desigualdad urbana y social (Luque, 2007; Stefoni, 2013).

#### 1.4. DATOS Y MÉTODO

El estudio adoptó como un punto de partida metodológico la indiferenciación de los casos, es decir, se harían entrevistas en tres países sin suponer tradiciones, costumbres o rituales distintivos de identidades consolidadas. En un sentido diferente, hubo un propósito de apertura inductiva a la información que pudiésemos recolectar. Al respecto, al inicio del proyecto del que deriva este libro, se intentó infructuosamente disponer de datos cuantitativos provenientes de encuestas nacionales. Lo que pareció un problema se convirtió finalmente en una excelente oportunidad para hacer más intenso el trabajo de carácter cualitativo. Este consistió en entrevistas realizadas en las tres capitales de Argentina, Chile y Uruguay. Justamente por el propósito aludido de apertura inductiva, se acordó una pauta de entrevista en la que se incluyeron, entre los principales, temas tales como las actividades culturales en ámbitos como el cine, el teatro, la lectura, la televisión, el uso de internet y tecnologías; junto a las trayectorias educativas y la socialización, atendiendo particularmente a las prácticas de reproducción social o de transmisión de capital cultural.

Como existía una intención de vincular la investigación, y con ello también los hallazgos, con contribuciones previas, una vez decidido que la entrevista en profundidad estructurada sería la principal técnica de recolección de datos, la muestra de entrevistados se construyó sobre tres factores que se ha demostrado de forma contundente que han venido estructurando por décadas la práctica cultural en las sociedades contemporáneas: la clase social, la edad y el género. Ello dio como resultado una muestra total de

72 entrevistas, realizadas en Buenos Aires, Montevideo y Santiago. Al respecto, hubo 24 conversaciones grabadas en cada ciudad, 12 a personas de nivel socioeconómico medio alto y 12 a quienes fueron identificadas como pertenecientes a sectores medio bajos; 12 mujeres y 12 hombres; y tres grupos etarios: 20-30 años, 31-50 años y 51 y más, 8 personas en cada caso. Esta muestra apuntaba, no solo a estudiar desigualdades culturales y económicas, quizás el principal tema en la literatura comparada, sino también diferencias de género, lo que este libro aborda de forma más bien tangencial, y en gran medida aquellas relativas a la edad, lo que nos permitió observar grandes cambios en el tiempo, pues dispusimos de relatos referidos a un lapso de unos 60 años, sobre todo desde la década de los cincuenta en adelante. Un volumen de información poco común a nivel internacional, donde las investigaciones de esta naturaleza que se han realizado hasta el momento, no muy frecuentes, han sido basadas fundamentalmente en estudios de encuesta, como los análisis del Eurobarómetro (Gerhards *et al.*, 2012), u otros intentos también dependientes de las encuestas (Bennett *et al.*, 2013; Gayo, 2016a).

Un aspecto que es central en este libro, siendo constitutivo de la investigación dentro de la cual se elaboró, fue la dimensión territorial. Es por ello que era imprescindible que los investigadores del proyecto tuviesen un conocimiento acabado sobre las realidades locales, de tal modo que el instrumento de entrevista animase una conversación que pudiese ser correctamente retroalimentada por la persona encargada de conducirla. Efectivamente, inducción abierta, como queda dicho, pero acompañada de un saber profundo sobre lo local, lo que era un requisito para las interpretaciones dentro de la conversación misma e igualmente en los futuros análisis. De este modo, considerando los lugares de residencia, Ana Wortman estuvo a cargo de las entrevistas en Buenos Aires, Rosario Radakovich hizo lo mismo en Montevideo, y María Luisa Méndez y Modesto Gayo realizaron y/o coordinaron el terreno en Santiago. En este sentido, no fue necesario preguntar sobre la ciudad, como un ente aparte o diferenciado, sino que las conversaciones mismas, situadas en un

contexto histórico, y existencial se podría decir, urbano produjeron de forma «espontánea» un relato sobre la misma.

Reconociendo la importancia de los métodos, es decir, las entrevistas, el trabajo con las pautas que les dieron estructura, la codificación y el análisis temático, el libro no se limita a la evidencia recogida. Sin lugar a dudas, el trabajo empírico ha sido esencial en la construcción argumentativa, pero parte de su relevancia se debe a la información que proveyó para fijar los límites temáticos, como una brújula que contribuyó decisivamente a la elaboración teórica. La orientación hacia ciertas problemáticas condujo a nuestras reflexiones más allá del dato, fundando el relato también en abundantes aportaciones de investigadores de diversos orígenes, si bien estuvo en la voluntad de los autores darle al estudio un sello latinoamericano, es decir, insertar este estudio dentro de un diálogo internacional y sobre todo regional, pues es abundante la literatura sobre prácticas culturales en Latinoamérica y hubiese sido una ocasión perdida no habernos nutrido de esta gran variedad y abundancia de saberes sobre localidades, y en general realidades, a menudo semejantes a, o superpuestas con, las que nuestros entrevistados nos relataron.

## 1.5. ESTRUCTURA DEL LIBRO

La información recopilada a través de las entrevistas fue muy abundante. Ningún libro podría contenerla en un solo volumen. Es por ello fundamental entender que la construcción de este texto necesitó de una selección, realizada en base a una lógica explicativa que parte de macro fenómenos, la revolución tecnológica y la economía posfordista, pasando por meso-procesos como las diferencias socioeconómicas, hasta llegar a una mirada micro-social relativa a las subjetividades urbanas individuales, observadas a través del estudio de las disposiciones. De todos estos niveles proceden las partes que nos han permitido reconstruir la vida en las metrópolis del Cono Sur contemporáneo, cuya temporalidad fue entendida en un sentido elástico y amplio.

De acuerdo con dicha lógica, el libro abre con dos capítulos que proponen una comprensión macrosocial, o macrosociológica, pues se trata de fenómenos cuyo desenvolvimiento y naturaleza pertenecen a procesos sistémicos o estructurales de corte transnacional relativos al modelo de desarrollo de la sociedad. El primero de ellos es lo que se entiende como la «revolución tecnológica» (capítulo 2). Adoptando una perspectiva temporal amplia, se observa el profundo cambio técnico que se produce desde mediados del siglo xx en adelante, con una particular atención a las transformaciones radicales y definitivas de las prácticas que han venido de la mano de la instalación y progresiva generalización del acceso a internet y el empleo posterior de las redes sociales.

También desde una perspectiva macro, se toma la noción de posfordismo para argumentar a favor de novedades que se enmarcan dentro de nuevas formas de organización económica (capítulo 3). En este periodo, nos encontraríamos con un escenario que fomenta la flexibilidad laboral, lo que contribuye a debilitar las fronteras entre los espacios de ocio y trabajo, confundiendo los tiempos dedicados al entretenimiento y a actividades laborales. Se argumenta que esto sucede producto de una relación necesaria entre transformación económica y tecnológica, sin asignación alguna de mayor protagonismo a ninguna de ambas, sino entendidas como partes de un mismo proceso de cambio, de un nuevo «cosmos» social.

Además, atendiendo a la importancia que las desigualdades han tenido en la investigación sobre prácticas culturales, donde temáticas como la clase y la reproducción social han sido centrales, se estudian las diferencias entre personas de los que denominamos grupos socioeconómicos alto y bajo, siendo estas etiquetas empleadas como parte de la caracterización de los entrevistados que son citados (capítulo 4). Se trata de un capítulo de transición o bisagra, pues nos sitúa desde el punto de vista explicativo en lo que se podría calificar como un «meso nivel», entre los macro procesos y el nivel de la subjetividad, más individualizado, que es estudiado posteriormente. Lo importante aquí es que nos estamos refiriendo a características



de los sujetos, no del sistema principalmente, las que permiten dar cuenta de diferencias inter-individuales.

En el trabajo de Pierre Bourdieu todo pasa por el *habitus*, es decir, las condiciones históricas, la capitalización económica y educativa, como momentos previos, y, por otro lado, la acción o la práctica. Nosotros nos acercamos a dicha estructura de percepción y evaluación ofreciendo dos capítulos (5 y 6), en realidad ambos parten de lo mismo, en donde son estudiadas las disposiciones de nuestros entrevistados. A una de ellas, la nostalgia, de una manera inesperada o no planificada o prevista, se le dedica un capítulo completo debido a que se constituyó en una categoría emergente que por su consistente relevancia no podía ser omitida.

En directa relación con la actitud nostálgica, el capítulo 7 nos invita a recorrer la historia de una ciudad cambiante. La desaparición de los cines de barrio en Santiago, la adopción del espacio público como parte de la experiencia ciudadana en Montevideo, el recuerdo lejano de infancias vividas en las calles, las asimetrías en la oferta cultural de los territorios, son todos ellos aspectos que son analizados como piezas centrales de formas de vida en transformación hacia modelos más privatizadores desde los cuales las nuevas generaciones pueden mirar hacia atrás con sorpresa, o con la curiosidad del que busca en el pasado alternativas a problemas presentes, tal y como se argumenta en el capítulo sobre la nostalgia.

Avanzando hacia una forma de cierre, los capítulos previos pueden ser entendidos como un delta que desemboca en un lugar común, la urbe del Cono Sur. Las prácticas informadas por macro, meso y micro procesos dan lugar a modos de vida que se despliegan en su territorio. Expresado en términos diferentes, a la manera de un espejo, la experiencia de vivir la ciudad contemporánea es el resultado de la interrelación de dinámicas que se superponen en ocasiones armónicamente y en otras en tensión. Esto es particularmente relevante si entendemos que se habla de un espacio principal de entrada y experimentación de las novedades culturales, nodo que conduce el desarrollo, apropiación y eventual democratización de expresiones artísticas, tecnologías, gustos y actividades extraordinariamente

variadas. Si bien el capítulo de cierre pone en primer plano a la ciudad (capítulo 8), se debe entender que su tratamiento pertenece al conjunto del libro, abocado a analizar lo que se podría comprender como las «prácticas metropolitanas» o de los «metropolitanos».

Finalmente, aunque hay un esfuerzo por facilitar la comprensión del orden explicativo a través de la estructura mencionada en esta sección, donde las temáticas son tratadas en los capítulos de forma separada, con frecuencia las mismas pueden ser también detectadas en lugares variados, sin restricción a capítulos específicos, bien sea porque hay referencias explícitas (como el tratamiento de las tecnologías en los capítulos sobre las disposiciones), bien porque se subentiende que existe una asociación entre problemáticas (lo que sería propio, por ejemplo, de la relación entre el modelo económico y las desigualdades basadas en la distribución de capitales).

## REFERENCIAS

- Aguiar, S. (2016). *Acercamientos a la segregación urbana en Montevideo*. Tesis de Doctorado. Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UDELAR, Montevideo.
- Artigas, A., Chabalgoity, M., García, A., Medina, M. y Trinchitella, J. (2002). Transformaciones socio-territoriales del Área Metropolitana de Montevideo. *Revista EURE*, 28(85): 151-170.
- Barrancos, D. (1996). *La escena iluminada: ciencias para trabajadores, 1890-1930*. Plus Ultra: Buenos Aires.
- Bennett, T., Carter, D., Gayo, M., Kelly, M. y Noble, G. (2021). *Fields, Capitals, Habitus: Australian Culture, Inequalities, and Social Divisions*. Routledge: New York.
- Bennett, T., Bustamante, M. y Frow, J. (2013). The Australian space of lifestyles in comparative perspective. *Journal of Sociology*, 49 (2-3): 224-255. Australia.
- Bourdieu, P. (1979). *La distinction*. Les Éditions de Minuit: Paris.
- Bourdieu, P. (2003). *Pascalian Meditations*. Polity Press: Cambridge.
- Braun, C. y Cacciatore, J. (1996). *El imaginario interior: el intendente Alvear y sus herederos. Metamorfosis y modernidad urbana*. En Vázquez Rial, ob. cit.: pp. 31-72.
- Calvo, J. (1999). *Las necesidades básicas insatisfechas en Montevideo de acuerdo al Censo de 1996*. FCS: Montevideo.

- Catalán, C. y Munizaga, G. (1986). Políticas culturales estatales bajo el autoritarismo en Chile. *Céneca*, 79.
- CNCA (2001). *Cartografía Cultural de Chile*. Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.
- Crettaz, J. (2018). *Entrevista a Enrique Avogadro*. Recuperada de <https://josecretaz.com/contenidos/enrique-avogadro-el-10-de-la-economia-de-la-ciudad-de-buenos-aires-lo-aportan-la-creatividad-y-la-cultural/>.
- De Certeau, M. (2011). *The Practice of Everyday Life*. Vol. 1. University of California Press, Berkeley.
- De Ramón, A. (1990). *Santiago de Chile 1941-1991. Historia de una sociedad urbana*. Sudamericana: Santiago de Chile.
- Ducci, M. E. (2002). Área urbana de Santiago 1991-2000: expansión de la industria y la vivienda. *Revista EURE*, 28(85): 187-207.
- Filardo, V., Pandolfi, J. y Angulo, S. (2019). Segregación socioespacial en Montevideo. «Dar lugar a lugares»: cartografías topológicas de la ciudad. *Cultura y Representaciones Sociales*, 14(27).
- Frisby, D. (2001). *Cityscapes of modernity: critical exploration*. Polity, Cambridge.
- Gayo, M. (2013). *Geographies of domination: how middle classes become culturally disengaged and how working classes turned into active cultural consumers?* Conferencia internacional Les classes moyennes dans la ville contemporaine/Middle Classes in the City. Paris.
- Gayo, M. (2016a). Des régimes de distinction changeants: l'historicité de la consécration culturelle dans les goûts musicaux au Chili et Royaume-Uni. *Regards Sociologiques* (49): 108-125.
- Gayo, M. (2016b). A critique of the omnivore. From the origin of the idea of omnivorousness to the Latin American experience. Capítulo 6 en *Routledge International Handbook of the Sociology of Art and Culture* (pp. 104-115). En L. Hanquinet y M. Savage (eds.). Routledge: London.
- Gayo, M. (2020). *Clase y cultura. Reproducción, desigualdad y cambio en Chile*. Tirant Humanidades: Valencia.
- Gerhards, J., Hans, S. y Mutz, M. (2012). Social class and cultural consumption: The impact of modernisation in a comparative European perspective. *Comparative Sociology*, 12(2): 160-183.
- Grez, S. (2011). ¿Teatro ácrata o teatro obrero? Chile, 1895-1927. *Estudios Avanzados* (23).
- Ibarra, M. (2015). Hygiene and Public Health in Santiago de Chile's Urban Agenda, 1892-1927. *Planning Perspectives*, 31(2): 1-23.
- Iturriaga Echeverría, J. (2018). Salas de cine en Santiago de Chile: teatros, «barracones» y coliseos, 1896-1940. *Apuntes*, 31(1): 24-37.

- Katz-Gerro, T. (2002). Highbrow cultural consumption and class distinction in Italy, Israel, West Germany, Sweden, and the United States. *Social Forces*, 81(1): 207-229.
- Katzman, R., Ávila, S., Baraibar, X., Corbo, G., Filgueira, R., Errandorena, F., Furtado, M., Gelber, D., Retamaso, A. y Rodríguez, F. (2004). «La ciudad fragmentada: respuesta de los sectores populares urbanos a las transformaciones del mercado y del territorio en Montevideo». Documento de trabajo del IPES (2). UCUDAL: Montevideo.
- Katzman, R. y Retamoso, A. (2005). Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo. *Revista CEPAL* (85).
- King, J. (1985). *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino*. Ediciones de Arte: Gagaglione.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing: Madrid.
- Lombardi, M. (1994). *Un estudio georreferenciado: el Área Metropolitana de Montevideo. Entre el ejercicio de nuevas posibilidades tecnológicas y la búsqueda de explicaciones de los procesos locales*. Ciesu: Montevideo.
- Luque, J. (2007). Asociaciones políticas de inmigrantes peruanos y la «Lima Chica» en Santiago de Chile. *Migraciones internacionales*, 4(2): 121-150.
- Macadar, D., Calvo, J. J., Pellegrino, A. y Vigorito, A. (2002). *Segregación residencial en Montevideo: ¿Un fenómeno creciente?* Informe final Proyecto I+D, Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC), Universidad de la República, Montevideo.
- Mazziotti, N. (1985). El auge de las revistas teatrales argentinas, 1910-1934. *Cuadernos Hispanoamericanos* (425): 73-90.
- Mellega, C. (2014). Migraciones emergentes hacia la Argentina: colombianos y ecuatorianos. Breve panorama y estrategias de inserción cultural. *Si Somos Americanos*, 14(2). Santiago de Chile.
- Méndez, M. L. (2007). Habitus: A Sense of Place (ed. 2). En Jean Hillier y Emma Rooksby (resumen), *International Journal of Urban and Regional Research*, 31(2).
- Méndez, M. L. y Gayo, M. (2019). *Upper Middle Class Social Reproduction: Wealth, Schooling, and Residential Choice in Chile*. Palgrave, Cham, Switzerland.
- Ministerio de Cultura de Ciudad de Buenos Aires (2020). *Informe Data Cultura*.
- Poblete, M. y Saavedra, J. (2015). Los teatros en el Chile íntimo del siglo xx: Una aproximación sociológica desde una historia local. *Atenea (Concepción)* (512): 285-302.
- Purhonen, S. y Wright, D. (2013). Methodological issues in national comparative research on cultural tastes: The case of cultural capital in the UK and Finland. *Cultural Sociology*, 7(2): 257-273.

- Radakovich, R. (2011). *Retrato Cultural. Montevideo entre cumbias, tambores y óperas*. FIC UDELAR: Montevideo.
- Radakovich, R. (2010). Fronteras simbólicas de la desigualdad en Montevideo: consumo cultural en una ciudad fragmentada. En Serna, M. (coord.), *Pobreza y (des)igualdad en Uruguay: una relación en debate* (pp. 285-303). CLACSO-FCS UDELAR. Montevideo.
- Radakovich, R. y Escuder, S. (2013). Desafíos y límites del uso social de internet: una aproximación al caso uruguayo. *Revista de Ciencias Sociales*, 26(33): 31-54.
- Rial, J. (1984). Uruguay. La génesis de un país urbano macrocefálico. *Revista EURE*, 31(11).
- Rivoir, A. L. (2009). Innovación para la inclusión digital. El Plan Ceibal en Uruguay. *Mediaciones Sociales* (4): 299-328.
- Rodríguez Morató, A. y Zarlenga, M. (2018). Culture-led urban regeneration policies in the Ibero-American space. *International Journal of Cultural Policy*.
- Romero, L. (2007). *Qué hacer con los pobres*. LOM: Santiago de Chile.
- Simmel, G. (1986). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En Simmel, G. (ed.), *El individuo y la libertad: ensayos de crítica de la cultura*. Península: Barcelona.
- Stefoni, C. (2013). Formación de un enclave transnacional en la ciudad de Santiago de Chile. *Migraciones Internacionales* (7): 162-187.
- Subercaseaux, B. (2007). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Editorial Universitaria: Santiago de Chile.
- Thomasz, A. (2016). Los nuevos distritos creativos de la ciudad de Buenos Aires: la conversión del barrio de La Boca en el Distrito de las Artes. *Revista EURE*, 42(126).
- Vaccotti, L. (2017). Migraciones e informalidad urbana. Dinámicas contemporáneas de la exclusión y la inclusión en Buenos Aires. *Revista EURE*, 43(129): 49-70.
- Varas, P. y Manzi, J. (2019). Coordinadoras culturales: formaciones transversales en Chile durante la dictadura. *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas*, 14(2): 55-74.
- Vázquez Rial, H. (coord.) (1996). *Buenos Aires 1880-1930: la capital de un imperio imaginario*. Alianza: Buenos Aires.
- Wacquant, L. (2017). Bourdieu viene a la ciudad: pertinencia, principios, aplicaciones. *Revista EURE*, 43(129).
- Wortman, A. y Bayardo, R. (2012). Consumos culturales en Argentina, balances y desafíos. *Alteridades*, 22(44).
- Wortman, A., Correa, E., Mayer, L., Quiña, G. M., Romani, M., Saferstein, E. A., Szpilbarg, D. y Torterola, E. (2015). *Consumos culturales en Buenos Aires, una aproximación a procesos sociales contemporáneos*.

- Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA, Documentos de Trabajo (73).
- Veiga, D. (2000). *Sociedades locales y territorio en el escenario de la globalización*. Facultad de Ciencias sociales, Universidad de la República, Montevideo.
- Veiga, D. y Rivoir, A. L. *et al.* (2007). La conformación social en sus diversas dimensiones. En *Libro Blanco del Área Metropolitana*. Presidencia de la República, OPP, Montevideo.
- Wortman, A. (2015). Los jóvenes actores de la cultura emergente de Buenos Aires. *Voces en el Fénix*.
- Yáñez, J. C. (2008). *La intervención social en Chile y el nacimiento de la sociedad salarial, 1907-1932*. RIL editores: Santiago de Chile.
- Zarlenga, M. (2019). *Culturas independientes: caracterización y distribución geográfica de las organizaciones culturales urbanas con programación en vivo de la Ciudad de Buenos Aires, 2018- 2019*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ministerio del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



## 2. REVOLUCIÓN Y DISRUPCIÓN TECNOLÓGICA

### 2.1. LA IRRUPCIÓN DE LAS TECNOLOGÍAS DIGITALES Y DE LA COMUNICACIÓN COMO DEMIURGO CREADOR DE LA «SUPER-MODERNIDAD»

Parece una pesadilla o algo mágico para las generaciones de mayor edad, un sueño para los que rondan los cuarenta, y un supuesto de cualquier realidad posible para los más jóvenes, los conocidos «nativos digitales» (Torres e Infante, 2011; Linne, 2014; Sunkel, 2015; Wortman *et al.*, 2015). Las tecnologías invirtieron el orden etario de la transmisión de conocimientos, convirtiendo a los ancianos en seres de las cavernas analógicas modernas, y a los adolescentes en los portadores de un saber social y económicamente imprescindible que le ha dado forma a la super-modernidad, una era contemporánea guiada por internet y las tecnologías digitales de la que conocemos el principio, pero no alcanzamos a saber a dónde llevará.

Solo unas pocas décadas atrás, cuando Pierre Bourdieu finalmente dio a luz a su magna obra *La distinción* (1979), las tecnologías estaban casi totalmente ausentes de su relato fundamentado en la capitalización que las clases sociales expresaban en la esfera cultural. Esta ausencia es todavía más aguda si pensamos en cualquier tecnología de la comunicación. Internet, teléfonos inteligentes de pantalla táctil, Facebook, Instagram, las compras por Ebay, las apps o Amazon, Google e incluso Microsoft o Apple eran herramientas y compañías que estaban todavía por ser creadas, transformando el mundo de una manera y en gran medida jamás imaginada. Ello no significó de ningún modo que la relación entre la clase y la cultura se debilitase necesariamente, como muestran múltiples estudios (Bennett *et al.*, 2009; Gayo *et al.*, 2016; Gayo, 2020), pero abrió



nuevas aristas de comprensión de dichas diferencias que adoptaron denominaciones adaptadas al nuevo contexto ecológico, tales como «brecha digital» o «desigualdad digital» (Torres e Infante, 2011). Entender hoy las sociedades contemporáneas en su complejidad requiere incorporar el estudio de esta ya asentada «ciber-realidad».

En este constante contraste entre épocas, no debemos olvidar que en las sociedades modernas occidentales el consumo cultural estaba asociado a una pausa, a un momento de ocio después del trabajo. Entre las diversas actividades del tiempo libre, las personas podían realizar tareas domésticas, encontrarse con amigos o familia o tener la oportunidad de hacer una salida cultural. De acuerdo a lo que nos muestran los estudios, esta elección estaría fundamentada, no en un acto de libertad, sino en la condición social de las personas (Gayo, 2020). Es decir, se trata de una decisión fuertemente condicionada por aspectos como su capacidad económica, la oferta cultural o el acceso a los bienes culturales (Gayo, 2017). Existen, por lo tanto, un conjunto variado de condicionamientos sociales que afectan el consumo cultural, puesto que él mismo es un hecho social. Se trata de una forma de acción que tiene una historicidad, se despliega en una espacialidad y se vincula con la política y la economía. Dicho consumo es una práctica de la modernidad a la vez que durante mucho tiempo se relacionó con una vida social que tiene lugar fuera del mundo doméstico, donde se constituye la intimidad, esto es, consumir culturalmente ha contribuido a configurar el espacio público. Al respecto, podría ser argumentado que la lectura fue habitualmente una práctica realizada al interior de lo doméstico, fuera de la mirada del otro. No obstante, al decir de Habermas (1994), si bien la literatura está asociada a la constitución del individuo en la esfera íntima, como producto social moderno, lo literario necesita de ámbitos de sociabilidad, al igual que el resto de las creaciones artísticas, donde se discuta y se presente la obra, se conozcan los escritores, y se produzca una interacción entre estos y el público. Tradicionalmente en el mundo contemporáneo, y también en la actualidad, esos espacios de sociabilidad y de ejercicio de racionalidad han sido construidos de manera muy significativa por la prensa y el periodismo cultural,

pero los espacios virtuales (chats, blogs, ebooks, plataformas como Youtube, Instagram, Twitter) (Van Dijck, 2016) han surgido como nuevos escenarios de interés e interacción en torno a las obras, e igualmente como actores que desafían las jerarquías precedentes.

Sea como fuere, esta historia de la cultura moderna y su recepción en la forma de bienes simbólicos se modifica radicalmente con la expansión de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, y en la última década debemos hacer mención a la emergencia de plataformas de streaming (Srnicek, 2016). Películas de todos los géneros, series de cualquier lugar del mundo, música del planeta de una miríada de orígenes, juegos y entretenimientos diversos, sonidos que llegan a nosotros a través de aparatos cada vez más pequeños. Las pantallas de las computadoras junto con otros dispositivos como el Smart TV, Ipads y tablets y fundamentalmente el Smartphone se transforman en una ventana al Globo. En esta transformación es clave la posesión de equipamiento tecnológico convertido definitivamente en tecnología personal. Si tradicionalmente el hogar constituía un espacio de descanso y bienestar, así como de aislamiento, con los medios de comunicación, el mundo exterior se introduce en el hogar cambiándolo radicalmente. Desde nuestro sillón, saber qué pasa en él está al alcance de un par de clicks.

La conformación de un entorno virtual establece un antes y un después en la vida de las personas. Hay quienes han nacido con ellas y no pueden imaginarse en su ausencia, naturalizándolas (Gardner y Davis, 2014). Esto les sucede a los jóvenes de todas las clases sociales que entrevistamos, mientras quienes fueron socializados en la cultura letrada o en la cultura audiovisual, como fue el caso de los sectores populares, se vinculan con ellas tardía o lejanamente y las utilizan de manera parcial, vía el celular. Es poco probable que los sectores populares tengan una computadora en su casa, excepto como resultado de políticas públicas como el caso de Uruguay y Argentina en la primera década del siglo XXI: Plan Ceibal y Conectar Igualdad, respectivamente (Lago Martínez *et al.*, 2016). Si las personas mayores tradicionalmente ya sentían una distancia con los más jóvenes debido a sus diferentes experiencias vitales, hoy esta distancia parece

haberse acentuado con el imperativo de una tecnología que media la relación entre las personas, por ejemplo entre abuelos y nietos. No obstante, lejos de necesariamente estar condenados a convivir con un muro infranqueable, los primeros han hecho con frecuencia un esfuerzo para establecer una relación con los más jóvenes y no quedar fuera del tiempo histórico que también comparten, lo que se ha concretado en dedicar tiempo y dedicación a aprender los nuevos códigos culturales marcados por la tecnología. No en vano, el uso de los celulares, la computación, las operaciones electrónicas imponen una nueva racionalidad y *habitus* cotidiano, y ello trasciende a los jóvenes, que asimismo pronto dejan de serlo para dar lugar a nuevos protagonistas juveniles nativos de una renovación tecnológica cada vez más veloz.

## 2.2. CAMBIO ACELERADO Y VIDAS OBSOLETAS

Es notable la velocidad de los cambios tecnológicos, que se produjeron durante el siglo xx como nunca antes en la historia de la humanidad, principalmente a partir de los años cincuenta, y últimamente incluso a un ritmo más rápido en el tercer milenio recién iniciado. Así, en tres generaciones podemos advertir las diferencias en las percepciones. Debido a la extensión y profundidad de las transformaciones técnicas y culturales que han atravesado las personas de más de 60 años, en particular de las clases medias hacia arriba, el tránsito secuencial por los paradigmas de la radio, el cine y la televisión les permitió tener una experiencia variada, la que se completó con la llegada de unas tecnologías digitales que aún no terminan de asimilar.

La asimilación no es tanto un tema de elección como un rápido proceso colonizador que instala la hegemonía de los nuevos medios, incesantemente innovadores, permanentemente en cambio. La omnipresencia de las nuevas tecnologías descalifica a las viejas. En este sentido, la evidencia que recogimos apunta a que la televisión es vivida como pasiva y de baja calidad y solo aparece como un medio significativo en la tercera edad, ante problemas de salud

que imponen la fijación a un lugar y en las clases bajas por acceder de forma más dificultosa a la tecnología y no disponer del dinero necesario para salir. En casos como estos, la televisión aparece como un entretenimiento primordial. Si las nuevas tecnologías reflejan la individualización, una realidad a la carta, las viejas postergan la individualidad, ofreciendo a amplios grupos de personas el programa que su lugar social les permite desear, lo que se acentúa en las mujeres, pues deben esperar con frecuencia al momento en que el resto de la familia duerme y no demanda atención. La idea de que a la televisión se le presenta un escenario restrictivo plantea énfasis distintos en el argumento de Orozco y Miller (2017), para los cuales se trataría de un medio en transición para la supervivencia del cual sería clave la convergencia de los televisores tradicionales con otros dispositivos tecnológicos que también ofrecen la visualización a través de pantallas de diferente tamaño y arquitectura. No en vano, sostienen que hoy en Latinoamérica las horas de exposición a programación televisiva son mayores que nunca.

Nosotros no queremos poner en duda que la televisión sigue muy presente, y el uso de este medio continúa siendo muy generalizado, prácticamente de un 100% en la población de la mayoría de los países de América Latina. Sin embargo, sería erróneo simplemente sostener que esta práctica se da por igual en todas las personas. Si atendemos al grupo socioeconómico, desde las clases medias hacia arriba en la pirámide social, la televisión ha sido crecientemente reemplazada por el computador, el que permitiría una mayor selección de contenidos. Por su parte, en las clases más bajas, el televisor permanece como el medio más importante. En lo que respecta a los grupos etarios, los jóvenes han optado claramente por el celular como medio de comunicación y de acceso a los contenidos que ofrece la web.

Es precisamente en diálogo con la idea del «nativo digital» que las personas mayores aparecen naturalmente excluidas, aparentemente incapaces de navegar con soltura el nuevo medio. Ante una realidad que desconocen, que «se resisten» a dominar, los jóvenes elevan su estatura sobre los adultos, disminuyendo a estos a cada

paso, haciéndoles evidente la obsolescencia de sus conocimientos, los cuales son asimismo arrinconados por las nuevas economías que crecen con la digitalización global. No obstante, por razones muy precisas, en algunos casos hay un esfuerzo por incorporarlas, ya que se percibe que las tecnologías forman un nuevo entorno cultural, y desconocerlo limita la comunicación con sus familiares más jóvenes, es decir, comprender la novedad es una manera de confirmar estar en este mundo contemporáneo. Aunque esta afirmación no aparece en todos los entrevistados, puesto que no todas las racionalidades convergen necesariamente. Incluso en la mediana edad, se sigue concibiendo al computador únicamente como una herramienta de trabajo. En otros términos, argumentamos que el reconocimiento del lugar asignado a las nuevas tecnologías por quienes no han nacido con ellas, los «inmigrantes digitales» (Sunkel, 2015), no es solo una cuestión de nivel socioeconómico, sino de pertenecer a imaginarios tradicionalistas o modernizantes. Los adultos mayores chilenos no encuentran ningún sentido a las nuevas tecnologías, más allá de su utilidad o necesidad para vincularse con sus nietos. En nuestros datos, son principalmente mujeres mayores argentinas de un grupo socioeconómico alto, junto a hombres argentinos y uruguayos de similar condición económica y etaria, quienes reconocen las oportunidades de la digitalización. En contraste, la significación de estas tecnologías desaparece en los adultos mayores de niveles bajos, no teniendo presencia ni utilidad declarada. Si aparece tanto en mujeres como en hombres es con cierto temor y como algo ajeno y perteneciente a un mundo desconocido. En la siguiente cita observamos la experiencia dificultosa de un adulto mayor en Chile:

R7: Tiene el tema del correo que yo, por ejemplo, hace dos días que no abro el notebook que está ahí y debe tener unos 25 correos, que en la mayoría son de esos correos que ahora les ha dado por mandar, cadenas y esas cosas. Pero entremedio, de repente, hay uno que me manda un sobrino que está en Buenos Aires, que es importante, entonces igual hay que leerlo, y es un gran avance. Ahora, yo alego mucho, porque yo soy a la antigua del tema, por ejemplo para mi nieta, que

---

<sup>7</sup> P significa pregunta, y R se refiere a respuesta.

de repente le mandan las pruebas por internet. Tú quieres saber cuál es la ficha que tienes que estudiar y entras a una página de internet o una página de correo. Y resulta que ¿qué pasa con los alumnos que no tienen internet?, ¿qué pasa con los alumnos que de repente te llega truncado el mensaje? Y de hecho a mi nieta le ha pasado. Entonces tienen problemas después en el colegio. Los profesores «ah, no sé yo, yo lo mandé». Están muy cómodos. En el fondo parece que las tareas se las mandan *pa* que las hagan con los papás. Yo he tratado de ayudarla, pero no entiendo *na*. Parece que las matemáticas cambiaron: ya  $2+2$  no son 4 como era en mi época, tienen otros nombres. El otro día tenía un problema, qué sé yo, voy a tal velocidad y me demoro tantas horas, entonces sigo en aumento, cuántos kilómetros me voy a demorar... Ah, dije yo, esa es regla de 3, ¿qué es eso?, me dijo. Regla de 3 tiene otro nombre ahora. Al final, la operación es la misma, pero con otro nombre, pero no me entiende más. (Hombre, 51+, Santiago, NSE<sup>8</sup> alto)

Como observamos en esta cita, el mundo de las nuevas tecnologías alude a una racionalidad muchas veces incomprensible para personas mayores y se asocia con cambios en la enseñanza y el modo cómo se trasmite la información. Aunque también aparece tímidamente la web para informarse del mundo, la necesidad de comunicarse con sus hijos y nietos los obliga a tener correo electrónico y celular.

### 2.3. LA BANALIDAD DEL CUERPO EN EL CIBERESPACIO: ESPECTROS MODERNOS O CIBER-CUERPOS

Como resultado de las nuevas tecnologías, la ausencia de la ubicación del cuerpo en un lugar determinado constituye un rasgo epocal que tiene un fuerte impacto cultural. Le escribimos a una persona por chat o le hablamos por celular y no sabemos dónde está. Esa misma persona recibe un mensaje electrónico (email) y puede responder desde su casa o caminando en algún otro lado del mundo. Las personas poseen por primera vez el don de la ubicuidad, pero

---

<sup>8</sup> Nivel socioeconómico.

no por estar en todas partes al mismo tiempo, sino porque podrían estar en cualquier lugar y no afectaría a la comunicación. Cerca o lejos deja de tener sentido en gran parte de nuestra cotidianeidad comunicativa. Todo es más veloz, pero ello significa también más efímero o fugaz, etéreo, quizás para muchos más *cool* o atractivo, supuestamente más débil y liviano, menos definitivo, siempre al borde de la insignificancia y la posible mutación. El resultado es un nuevo clima de época dentro del cual la presencia física se torna una alternativa. Ello no afecta solo las relaciones informales, sino que transforma la formalidad, haciendo cada vez más evidente que ya no es necesario que la gente se traslade para trabajar, o que puedan aparecer y desaparecer sin dar explicaciones, pues la comunicación está siempre abierta, no se detiene jamás, creando un continuo ininterrumpido, un vínculo aparentemente tan sólido como la presencia misma, ahora prescindible sin mayores costos. Llevado al paroxismo, se genera la ilusión de que el mundo está a nuestros pies con apretar un botón, la ausencia física se desvanece en beneficio de una eventual presencia virtual que coloniza sin parar espacios solitarios del pasado. Presencias instantáneas y fugaces en detrimento de ausencias físicas casi permanentes a coste casi cero. Este cambio paradigmático ha tenido ya consecuencias en las fuerzas productivas e implica transformaciones radicales en nuestras formas de percepción del tiempo, el espacio, los cuerpos, las identidades, la política y, no cabe duda, los consumos culturales también. Las prácticas relativas a la cultura se ven alteradas porque se modifica la sociedad, la manera de trabajar, las formas de usar el tiempo, el entretenimiento, el aburrimiento, e igualmente la producción cultural (artistas, bienes y público).

La recurrente reconfiguración del tiempo y el espacio (Barrantes y Benítez, 2016; Vizer, 2018) significa la banalización de las imposiciones derivadas de las ontologías propias de las tecnologías de momentos pretéritos. La bidimensionalidad del espacio-tiempo adopta formas nuevas producto del desenvolvimiento tecnológico, es decir, se vuelve aguda la conciencia sobre la dependencia tecnológica del mundo en que vivimos. La tecnología adquiere por ello

una altura existencial, a la que están «invitadas» todas las personas, ideas y objetos que quieran adquirir sentido en la nueva era. En este sentido, la digitalización de las subjetividades asienta dudas sobre las posibilidades de los cuerpos, incapaces de navegar en su forma natural un paisaje infinito y siempre exponencialmente creciente de cables, servidores, código binario y algoritmos a escala planetaria. Internet no exige un cuerpo, sino un ciber-cuerpo, como una entidad espectral que dota de adeptos de apariencia ignota a la red. Es precisamente internet la columna vertebral de las nuevas tecnologías (Bonder, 2008), el espacio en donde los jóvenes latinoamericanos de manera cada vez más aguda (Barrantes y Benítez, 2016) fundan sus identidades y consumen incontables horas (Pérez Escalona *et al.*, 2015).

### 2.4. PERMANENCIA DE LAS TECNOLOGÍAS Y USOS VARIADOS

Actualmente, los consumos culturales están asociados a un uso fuerte y socialmente transversal de las tecnologías. En este sentido, la presencia de estas tiende a ser permanente. Incluso para los jóvenes y más aún para los adultos de sectores populares que no tienen PC en sus casas, el celular es muy importante en sus vidas como elemento de distinción. La informática permea la sociedad y es visualizada como algo en lo que hay que participar de alguna manera. Sin embargo, debe ser subrayado que los usos de las nuevas tecnologías varían entre nuestros entrevistados. A modo de ejemplo, si bien la presencia de la computadora forma parte del clima de época actual, no todos los jóvenes están frente a la misma de manera igualmente constante.

Si atendemos a la diversidad de usos de las mismas, las diferencias socioeconómicas son muy notorias. Los jóvenes de clase media alta tienen mucha sociabilidad, lo que les facilitaría no ser tan dependientes de las redes sociales para estos fines, convirtiendo a las mismas en un instrumento de difusión y circulación de información, una vía que facilita estar actualizados, más que un vehículo para encontrar amistades, si bien las redes contribuyen a fortalecer amistades ya generadas en la vida cotidiana. Asimismo, en las clases



medias el uso de internet en relación con los consumos culturales constituye una vía de entrada para lo nuevo y la diversificación, dado que, como podría suscribir Bourdieu, estas clases saben cómo manejar información y se afirman en la acumulación de la relativa a la cultura. Por su parte, las clases medias bajas y bajas acceden a la música y el cine al menos tanto como las clases más altas, pero, a diferencia de su contraparte de clase, no amplían la diversidad de gustos musicales o cinematográficos, sino que buscan lo que ya conocen. Esta diferencia en el uso de los recursos de la web entre personas de diferentes clases sociales revela que, si bien la misma hace accesible el ingreso a un mundo muy amplio de información y cultura, finalmente el capital cultural influye poderosamente en el interés por entrar y las posibilidades de aprovecharlo, al modo en que el mismo sociólogo francés nos diría que sucede con la política de gratuidad de los museos. En otros términos, el *habitus* previo a la web es fundamental en la formación del gusto, y ello en las clases populares produce que aquella se constituya en una vía para obtener de forma económica lo que ya conocen, confirmando y no transformando aquello para lo que los individuos se encontraban originalmente «habilitados». Por lo tanto, si en unos internet es una vía de descubrimiento y ampliación del conocimiento relativa a la producción cultural, y en las clases populares ha devenido una vía de acceso gratuito a lo ya conocido, podemos concluir que la gratuidad no garantiza igualdad ni democratización cultural. Así, se puede entender que el impacto de las tecnologías y de la web modifica en todos los consumos culturales, pero la apropiación y consecuencias en la vida cotidiana difiere según el nivel educativo, cultural y económico que estructura el mundo de las relaciones sociales.

Efectivamente, hay diferencias en términos de apropiación según las diversas situaciones socioeconómicas, y ello se debe en buena medida a las necesidades de uso real cotidiano al que se enfrentan las personas. Las clases populares se vinculan con las nuevas tecnologías, pero, aun reconociendo la existencia de diferencias etarias en sus múltiples usos, tienen una relación distinta al resto de las clases porque rara vez se constata un vínculo con la esfera laboral o con la

producción material de sus vidas. Se relacionan con aquellas como una exterioridad o algo prescindible. No obstante, es reconocida una presión social, que agrega costos económicos, pero «hay que estar, hay que tener».

R: Soy bastante extraña respecto a mis amistades. No tengo ni Facebook, ni Twitter, ni ninguna red social. No me entusiasman. En una época dije «capaz que me hago», pero no. Yo tengo una amiga, por ejemplo, que tiene internet en la casa y está todo el día con el Facebook, chequeando quién posteó y quién no. A mí no me llamaba la atención eso. Me gustaba chatear cuando era más chica. Ahora me prendo, pero chateo solo con mi familia. Antes chateaba con cualquiera y de cualquier país, no tenía problema. Ahora no, me cuido más, chateo con familiares que están en Argentina. Pero por ahora no se me ha dado por hacerme una cuenta en Facebook. Estoy como corriendo para atrás. Ya bastante me cuesta chequear el mail por tener un montón de correos. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

R: Mucho celular, muchos mensajes. Es impresionante cómo se va volando la tarjeta. Yo tengo Movistar, tengo un plan de minutos gratis con mi madre y estoy llamándola todo el tiempo para contarle lo que estoy haciendo. No como forma de control, sino para que sepa en qué ando. Con mi novio estamos muy conectados a través del celular. Nos mandamos quince mil mensajes por día, revienta las tarjetas. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

Si bien muchos jóvenes tienen acceso a la computación, y aun persistiendo diferencias entre tener o no tener computador en la casa, es clave si trabajan o no con PC. Es justamente esto lo que sucede con frecuencia a las mujeres de clase alta, las que además desarrollan una relación con la computación como una manera de conectarse con los hijos.

R: Pero, digo, lo que pasa que la computadora para mí es un trabajo. Entonces cuando no trabajo, no quiero computadora. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE alto)

Haciendo referencia a la diversidad de usos de los recursos tecnológicos, es constante en las contribuciones académicas la referencia a la juventud como un protagonista ineludible de estos cambios. No en vano, la infancia actual está atravesada por las tecnologías. Los niños pasan horas consumiendo contenidos ofrecidos en pantallas. Si antes lo hacían frente al televisor, esa cantidad de horas se incrementó con la TV cable, y ahora es en la computadora, el MP3, MP4 y MP5. Obviamente estas conductas varían según el NSE. Los más pobres consumen más televisión, en muchos casos solo abierta, esto es, los canales de aire que requieren solo un televisor común y una antena. Pero cada vez más, ya sea por compra en cuotas de PC o dado que algún familiar lo posee, los niños se vinculan con la tecnología y juegan a juegos que adquieren pirateados, o bien los bajan de la web. Asimismo, es significativo que los videojuegos constituyen formas de entretenimientos de adultos jóvenes, lo cual revela un síntoma al que hacen referencia los investigadores de mercado como consumo, pero que desde la investigación en ciencias sociales aún no aparece tan fuerte como tema, los individuos jóvenes ya no adolescentes, que consumen como niños, los «kidults». Esto aparece fuertemente en los jóvenes chilenos en general, tanto de nivel alto como de nivel bajo, y constituye un síntoma de la sociedad contemporánea.

P: Y se me había olvidado preguntarte algo, ¿alguna vez te llamaron la atención los videojuegos?, ¿te gustaban los videojuegos, el Atari, el Nintendo, el Súper Nintendo, alguno?

R: Cuando chico tenía el Nintendo. Después salió el Súper Nintendo. El primer Nintendo lo tuve, el Mario Bros, pegado a la cuestión. También por etapas, nunca fui como a morir con el tema.

P: Fue cambiando.

R: Sí, fue con el Nintendo, pero nunca me dio por comprarme un Súper Nintendo. Me quedé con los juegos, que también eran poquitos, porque no me gustaba la cuestión de las peleas, las espaciales, solo el Mario Bros. Nunca me compré el Súper Nintendo. Luego salió el Play Station, tuve solo el uno, pero tampoco me interesó comprar el dos, aunque de repente llegaba un amigo que me decía que estaba vendiendo un Play 2 barato. Y no, la verdad, no me interesa. Me interesaba gastar la plata en otra cosa. Y ahora Play 3. Obviamente, es rico jugar.

## 2. REVOLUCIÓN Y DISRUPCIÓN TECNOLÓGICA

De repente, estoy con amigos y eso, como, ¡oye juguemos, y ya, *po!* (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

Por lo tanto, vemos que los juegos electrónicos son de interés para los jóvenes, en cuya utilización ocupan un tiempo considerable. Es por ello que lo tecnológico será frecuentemente lo lúdico, y será frecuentemente desde dichas actividades «deseadas» que se construirá una subjetividad dentro de la cual lo virtual se ancla como una necesidad existencial.

P: Entonces me dices que en tu tiempo libre prefieres estar descansando más en la casa, más de juegos.

R: Sí.

P: Y cuéntame ahora, ¿qué tipo de consola tienes?

R: Tengo la Wii.

P: ¿Y la Wii qué tiene que no tengan las anteriores? Disculpa pero soy nula en... Me quedé en el Atari.

R: Ah, no, además que es sin cable, es inalámbrica, uno puede interactuar con los juegos, la gráfica. Es más que nada eso.

P: ¿Y qué te llama la atención, la gráfica o el poder interactuar?

R: Las dos, porque además se ven distintos los juegos a las anteriores consolas.

P: ¿Y qué juegos tienes en el Wii, o son los mismos que los anteriores?

R: Son los mismos. Tengo el Súper Mario, tengo el Mario Car, Súper Smash. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

Ello significa que incorporar la edad es clave en la comprensión de la radicalidad de los cambios y prácticas contemporáneos, aunque ello ocurre de forma más aguda en los jóvenes de las clases medias con alto nivel de instrucción y/o mediadores o productores culturales. De este modo, en un contexto de fuerte permeabilidad tecnológica, particularmente intensa en las personas en las primeras etapas de su vida, se puede afirmar que la existencia de la web crea las condiciones para el surgimiento de productores culturales de nuevo tipo, entre los que se encuentran los creadores de blogs, de alto impacto en el mundo periodístico, lo cual implica que se ve afectado cómo se construye la noticia, cómo se intercambia y se produce información. Ello colabora en redefinir el significado del periodismo, la prensa

gráfica, las prácticas de apropiación y producción de la información, como un conjunto de actividades que ilustran la profundidad de las transformaciones, y que aquí solo podemos mencionar a modo de ejemplo. En consecuencia, la web redefine la esfera de la producción y el consumo a través de usos diversos, en particular las redes sociales. Se puede decir que todos quieren acceder y tener tecnología, produciéndose una tendencia a la individualización del dispositivo tecnológico, lo que tendencialmente lleva del consumo cultural social a un consumo cultural individualizado, aunque siga siendo social la formación del gusto y la disposición estética, como marcas de clase que inciden en la apropiación de los bienes culturales.

En la intersección de la clase y la edad, aparece también el género como un factor de influencia indudable. Tanto en Uruguay como en Chile, se visualiza una diferencia de género en el modo de apropiación de las tecnologías. Para los hombres son un instrumento de trabajo, mientras que para las mujeres están más asociadas a las redes sociales. Son los jóvenes quienes están atravesados por un empleo distinto que a su vez marca una manera diferente de usar el tiempo. Mientras las redes sociales son intensamente utilizadas por las mujeres de mediana edad y los jóvenes de clases medias altas, los hombres de mediana edad y mayores de clases altas no las consideran tanto. Al respecto, en las clases altas, Facebook es la red social más utilizada, porque permite hacer circular fotos y es más amplia que otras alternativas (como era el Messenger o msn), valorándose positivamente la posibilidad de encontrar y escribir incluso a quien no es incluido entre los contactos propios. Si en las personas de mediana edad hay reticencia con la tecnología, usándose con cierta culpa, en las mujeres de clases populares es mucho menos frecuente. Por lo tanto, cabe pensar en que Facebook y Twitter pudieran contribuir al clima cultural actual de reforzar la importancia del capital social, lo que podría ser una condición favorable a la reproducción de las clases sociales. La siguiente cita invita a pensar en la inevitabilidad de este fenómeno de expansión de las redes sociales virtuales, conectadas con una sociabilidad dentro de la cual los individuos terminan atrapados.

R: Sí, de hecho, me abrieron un Facebook, pero no mis hijos sino que en mi oficina, exclusivamente para hacer una red dentro del grupo en que estoy trabajando, pero después ya se empezaron a mezclar con otras personas y me llamó un ex compañero de colegio, por ejemplo, para ver si era yo o no era yo, y ahí nos fuimos reencontrando. Y después muchos años también en Taller nos encontramos una vez.

P: ¿Y cómo fue ese encuentro?

R: Me ubicaron por Facebook y ahí nos comunicamos y nos juntamos después de muchos años. Hay algunos que están en el extranjero hoy en día de ese grupo y había venido uno a Chile. Entonces nos juntamos. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

### 2.5. APROPIACIONES, EXCLUSIONES Y RESISTENCIA

Sería simplista afirmar que las tecnologías atraviesan la realidad con una aceptación general. Más bien, la relación que viven las personas con las mismas es compleja, apareciendo a menudo opiniones críticas y actitudes de resistencia a su omnipresencia. Al respecto, de la sección previa podemos derivar que para la población juvenil no es posible pensar la vida sin el computador, mostrando con ello una diferencia significativa con las personas de mediana edad, quienes se van incorporando más lentamente al mundo electrónico digitalizado. No obstante, incluso reconociendo la importancia de las tecnologías, hay cierta evidencia que apuntaría hacia la necesidad de encontrar espacios o momentos sin su presencia.

Sin embargo, por omnipresente e ineludible que parezca ser la instalación del paradigma digital, hay un mundo social para el cual su valor debe ser ponderado adecuadamente, evitando aceptar supuestos propios con frecuencia de las culturas juveniles. En este sentido, dicho paradigma está lejos de incluir a todos por igual. Un caso que ejemplifica la exclusión es el de las mujeres de mediana y tercera edad de los sectores populares, quienes no disponen de tiempo personal para el disfrute, ya que se deben a los otros: maridos, hijos, mayores. Siempre deben enfrentar alguna obligación y toda novedad

es vivida con culpa. Debido a su contexto social, la relación con las nuevas tecnologías es más bien de «extrañamiento».

P: ¿Estás usando?, ¿no usás?

R: No, no uso, no la entiendo... Pero la nena tiene la...

P: ¿Y los grandes?

R: Los grandes, sí. El cable. Van, se manejan, le piden a la tía el laptop y se conectan. Yo ni ahí. Me quieren enseñar, pero yo no...

P: Pero un mail, ¿no tenés?

R: No, nada. Nada, nada.

P: Para visitar un sitio, ¿buscas alguna información?

R: Yo le pido a los gurises «buscame esto», ah, sí...

P: Y vos crees que...

R: Tengo que hacerlo, no, *ta*, no, no. Yo sé que lo tengo que hacer, pero que me va a costar, yo sé que me va a costar.

P: Ahora, el celular, ¿sí lo usás?

R: Sí, el celular, sí.

P: ¿Mensajes, llamados?

R: Sí, y digo, de repente, andar con los jueguitos. Tampoco tengo tiempo para sentarme y dedicarle un día. De repente, capaz cuando termine mi obra. Pasa que yo estoy ahora estancada con mi trabajo por la obra, pero si no yo... no me dan los tiempos, todo el día...

P: No, además, tenés que ir al ciber y sentarte a practicar...

R: Sí, no, digo, igual está la nena. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE bajo)

La situación que acabamos de describir invita a pensar en una realidad que dificulta introducirse en la realidad digital. No obstante, esta mirada relativa a la disponibilidad de tiempo y recursos debe ser complementada con argumentos que interpelan al sentido del sujeto. En otras palabras, la debilidad del uso de las nuevas tecnologías no es simplemente el resultado de una situación de carencia, como si, superada la misma, el deseo subsistiese, sino que está también basada en prácticas y sentidos de uso del tiempo arraigados dentro de los cuales la virtualización de la vida social no es una prioridad. De este modo, encontramos en nuestras entrevistas a adultos que ni trabajan con las tecnologías, ni le encuentran sentido a aprender a usarlas. Contrariamente a lo que plantea la bibliografía sobre el

tema (Sibilia, 2005), las tecnologías no forman parte de una extensión de su cuerpo. La viven con extrañeza como una exterioridad, mientras se apoyan en los más jóvenes cuando es necesario recurrir a las mismas. Al respecto, observamos un rechazo significativo a las redes sociales de los hombres más humildes, si bien hacían uso de redes de mensajería.

P: Messenger, por ejemplo, ¿te gustaba después ocuparlo?

R: Sí, igual, es que me comunico con mis compañeros.

P: Eres de estar en Messenger, entonces, y ¿como cuánto estás en Messenger al día?

R: Puedo estar todo el día, pero es porque se me queda conectado.

P: Pero tú, hablando, ¿te gusta?

R: Sí, hay gente con la que me gusta hablar y me quedo harto rato.

P: ¿Y por qué no te gustaron, por ejemplo, Facebook ni Twitter?

R: Es que, no sé, igual es distinto. No los entiendo mucho.  
(Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

## 2.6. CONCLUSIONES

Abordar nuestras sociedades a partir del consumo desde el punto de vista cualitativo es una vía de entrada muy productiva para comprender dimensiones representacionales de larga y corta data. Allí aparecen rasgos nacionales, valores, creencias, discursos políticos, climas de época, pautas de educación, dimensiones morales, entre otras. También es posible ver esta nueva tensión que producen los procesos de globalización a nivel espacial, la casa, el barrio, la relación con el lugar. Y en nuestro eje en particular, cómo se construye un no lugar, y cómo el no lugar redefine los lugares (Augé, 2017). Estos no lugares implican nuevas formas de las relaciones sociales y nuevos fundamentos. Quizás debiéramos cambiar el significado de no lugar, porque parecería que los no lugares ya son más cotidianos que nuestros lugares definidos en un sentido tradicional. No es lo mismo el significado de la casa, el barrio, los amigos y el trabajo antes



y después de las nuevas tecnologías. Tampoco es lo mismo escuchar música, mirar películas, la construcción de la imagen a partir de ellas. Pero como pudimos detectar a través de las entrevistas realizadas a hombres y mujeres de dos niveles socioeconómicos y tres niveles etarios en tres ciudades, existen formas diferenciadas de apropiación donde aparecen desigualdades preexistentes: desigualdades de género, desigualdades sociales, dentro de historias nacionales y globales imbricadas. Imaginarios en torno a la mujer y su relación con los hombres, con los lugares y los no lugares. Se puede detectar una cierta correspondencia entre usos, valores y significados del tiempo y formas de apropiación de las nuevas tecnologías con lugares sociales predeterminados. Sin embargo, a pesar de las dificultades en el acceso que pueden tener los más jóvenes, existe una actitud similar en términos de valoración de las nuevas tecnologías, es decir, con ellas es posible hablar de viejas y nuevas desigualdades. Obviamente que la mayor o menor posesión de capital cultural incide en las formas de vinculación, pero todos comparten igual valoración y una necesidad imperiosa de participar en su lógica.

Se hace evidente que la tecnología es un bien cultural en sí mismo. Constituye un nuevo consumo, pero a la vez modifica la relación con los otros bienes culturales. La relación con la música, el cine, entre otras expresiones, cambia a partir de estos mecanismos. También con la información. Son fundamentalmente las personas mayores de nivel alto quienes utilizan internet para estar informados y lentamente van abandonando la prensa gráfica de papel. Esto es muy intenso en el caso argentino, donde se evidencia el abandono del periódico en todas las edades. Ante la falta del tiempo y tranquilidad que requiere la lectura, tanto del diario como de literatura, Internet aparece como la vía de entrada a la cultura, acompaña la aceleración de los ritmos, así como también las restricciones de tiempo que experimentan las mujeres de todos los estratos sociales.

## BIBLIOGRAFÍA

- Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. FCE: Buenos Aires.
- Augé, M. (2017). *Los «no lugares» espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa: Barcelona.
- Barrantes Cáceres, R. y Benítez Larghi, S. (2016). *TIC e inclusión social: un estudio cualitativo de las trayectorias de apropiación de internet para el estudio, el trabajo y la gobernanza en Buenos Aires*. CPRLATAM Conference, México, en conjunto con CLT2016.
- Bauman, Z. (2001). *Trabajo consumismo y nuevos pobres*. FCE: Buenos Aires.
- Bennett, T., Savage, M., Silva, E., Warde, A., Gayo-Cal, M. y Wright, D. (2009). *Culture, Class, Distinction*. Routledge: London.
- Berrío-Zapata, C. y Rojas, H. (2014). La brecha digital universitaria: la apropiación de las TIC en estudiantes de educación superior en Bogotá (Colombia). *Comunicar, Revista Científica de Educomunicación*, 43(22): 133-142.
- Bonder, G. (2008). Juventud, género y TIC: imaginarios en la construcción de la sociedad de la información en América Latina. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 184(733): 917-934.
- Bourdieu, P. (1979). *La distinción*. Les Éditions de Minuit: Paris.
- Brea, J. L. (2006). *Cultura ram. Mutaciones de la cultura en la era electrónica*. Gedisa: Buenos Aires.
- Castells, M. (1996). *La era de la información, Economía, sociedad y cultura*, vol. 1. Siglo XXI: México.
- Castells, M. (2010). *Globalización y democracia*. Conferencia dictada en la Universidad Diego Portales.
- Crovi Druetta, D. (2013). Repensar la apropiación desde la cultura digital. En Morales, S. y Loyola, M. I. (comps.), *Nuevas perspectivas en los estudios de comunicación. La apropiación tecno-mediática* (1): 11-24. Ediciones Imago Mundi: Buenos Aires.
- Fernández, P. (2014). Consumos culturales en América Latina y la emergencia del prosumidor: un recorrido conceptual desde la sociedad de la información. *Communication Papers* (Media Literacy & Gender Studies), 4: 87-100.
- García Canclini, N. (2007). *Lectores, espectadores e internautas*. Gedisa: Buenos Aires.
- Gardner, H. y Davis, K. (2014). *La generación APP*. Paidós: Buenos Aires.
- Gayo, M., Méndez, M. L. y Teitelboim, B. (2016). La terciarización en Chile. Desigualdad cultural y estructura ocupacional. *Revista CEPAL* (Naciones Unidas), 119: 175-194.

- Gayo, M. (2017). Exploring Cultural Disengagement. The example of Chile. *Cultural Sociology*, 11(4): 468-488.
- Gayo, M. (2020). *Clase y cultura. Cambio, desigualdad y reproducción social en Chile*. Ed. Tirant Humanidades: Valencia.
- Habermas, J. (1994). *Historia y crítica de la opinión pública*. Ediciones Gustavo Gili Mass Media: Barcelona.
- Lago Martínez, G. y Martín y Méndez, A. (2016). Políticas de inclusión digital en Argentina y el Cono Sur: cartografía, perspectivas y problemáticas. *Revista Interterritorios*, 2(3).
- Linne, J. (2014). Usos comunes de Facebook en adolescentes de distintos sectores sociales en la Ciudad de Buenos Aires. *Comunicar*, 21(43): 189-197. Huelva.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama: Buenos Aires.
- López López, J. S. y Santiago Franco, D. A. (2014). TIC y mediaciones culturales en la educación superior: hacia un programa multidimensional. *Análisis, Revista Colombiana de Humanidades*, 46(85): 191-213. Universidad Santo Tomás Bogotá.
- Martucelli, D. (2008). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Lom: Santiago de Chile.
- Molina Roldán, A., Casillas Alvarado, M. Á., Colorado Carvajal, A. y Ortega Guerrero, J. C. (2012). *Usos del tiempo y consumo cultural de los estudiantes universitarios*. ANUIES: México D.F.
- Orozco, G. y Miller, T. (2017). La televisión más allá de sí misma en América Latina. *Comunicación y Sociedad* (30): 107-127.
- Ortiz, R. (2005). *Mundialización, saberes y creencias*. Gedisa: Buenos Aires.
- Sennet, R. (2003). *La corrosión del carácter*. Anagrama: Buenos Aires.
- Pérez Escalona, Y. y Castro Villa, W. M. (2015). Jóvenes en la encrucijada de los nuevos tiempos. Una mirada a sus prácticas y consumos culturales desde la Universidad de Granma. *Revista Científica Guillermo de Ockham*, 13(1): 127-134.
- Rozo Sandoval, A. C. (2016). Prácticas comunicativas en contexto, para un conocimiento otro de las tecnologías. *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación* (131): 181-198.
- Sennet, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Anagrama: Buenos Aires.
- Sibilia, P. (2005). *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. FCE: Buenos Aires.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. FCE: Buenos Aires.
- Snircek, N. (2016). *Capitalismo de plataformas*. Caja Negra: Buenos Aires.
- Sunkel, G. (2015). El acceso de los jóvenes a la cultura en la era digital en América Latina (capítulo IV). En D. Trucco y H. Ullmann (eds.),

- Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad*. Libros de la CEPAL (137): 171-205. Santiago de Chile.
- Torres, J. C. e Infante, A. (2011). Desigualdad digital en la universidad: usos de Internet en Ecuador. *Comunicar*, 19(37): 81-88. Huelva.
- Urresti, M. (2009). *Ciberculturas juveniles*. La Crujía: Buenos Aires.
- Yudice, G. (2007). *Nuevas tecnologías, música y experiencia*. Gedisa: Buenos Aires.
- VV.AA. (2009). *Buscando señal. Lecturas sobre nuevos hábitos de consumo cultural*. CCECBA: Córdoba, Argentina.
- Valderrama, L. B. (2013). Jóvenes, Ciudadanía y Tecnologías de Información y Comunicación. El movimiento estudiantil chileno. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 11(1): 123-135.
- Van Dijck, J. (2016). *La cultura de la conectividad. Una historia crítica de las redes sociales*. Siglo XXI: Buenos Aires.
- Vizer, E. (2018). Cultura tecnológica: metáforas y realidades. *Razón y Palabra*, 22: 172-191.
- Wortman, A., Correa, E., Mayer, L., Quiña, G. M., Romani, M., Saferstein, E., Szpilbarg, D. y Torterola, E. (2015). Consumos culturales en Buenos Aires: una aproximación a procesos sociales contemporáneos. *Documentos de Trabajo* (73). Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.



### 3. LAS NUEVAS ECONOMÍAS

Cuando se hace referencia a los cambios que han implicado los procesos de globalización, se alude permanentemente a la creciente transformación y/o disociación entre espacio y tiempo (Espíndola, 2014; Szpilbarg y Saferstein, 2014). Así es como las características de la esfera laboral, en el marco del capitalismo posfordista, imprimen un creciente distanciamiento de las personas con respecto a un espacio determinado, pues se puede trabajar sin estar en un lugar preciso (Palermo, 2018). Asimismo, se impone el vértigo del cambio constante tanto a nivel financiero como de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, las cuales aceleran las vivencias de las personas en múltiples aspectos de su vida, incluyendo las vidas de los demás (Rosa, 2011). Sin embargo, la llamada sociología de la globalización (Sassen, 2007, Bauman, 1999) ha puesto el acento más fervientemente en los cambios que han suscitado estos procesos a nivel del espacio y menos en las dimensiones subjetivas que implica la vivencia de la temporalidad. Del mismo modo que hay una dimensión social del uso y apropiación del espacio, en el caso de nuestro estudio de la ciudad, donde las personas nacen y mueren, la conciencia objetiva y subjetiva del tiempo cambia según las variables que tengamos en cuenta: edad, nivel socioeconómico y género. A partir de esta premisa del capitalismo actual, abordar la cuestión del tiempo constituye también una entrada necesaria para pensar la desigualdad. En la pregunta acerca de la vida cotidiana, la rutina diaria, «¿cómo es un día en tu vida?», aparece claramente quién y cómo se decide sobre los usos del tiempo según el estrato social al que se pertenece. La creciente individualización de lo social como rasgo relevante de la vida contemporánea es vivida de diferentes maneras según el sector social al que nos aproximemos. Si bien perviven numerosas actividades pautadas por un tiempo

organizacional que establecen líneas de demarcación nítida, podríamos sostener que no existe por igual en todas las clases sociales un momento determinado para vivir o disfrutar, un tiempo libre, y otro para trabajar. Esto no es motivo simplemente de deseos individuales, sino que aquí argumentamos que la vivencia del espacio y el tiempo, junto a su relación mutua, ha sido trastocada por la dinámica del posfordismo. En otros términos, nos preguntamos cómo han ido cambiando los consumos culturales en función de transformaciones de orden estructural y de ciclos vitales. Las variables elegidas para la realización de las entrevistas—edad, género, nivel socioeconómico y educación—nos permiten leer la información de nuestras sociedades en clave histórica, subjetiva, económica, de género y cultural. No obstante, antes de ello, conviene aclarar qué entendemos por «economía posfordista», lo que se hace recurriendo a la forma en que tal tema ha sido tratado en contribuciones a propósito de la realidad latinoamericana.

### 3.1. LA NOCIÓN DE POSFORDISMO Y LAS ECONOMÍAS DEL CAMBIO

Si bien no todos los relatos sobre el modelo de desenvolvimiento económico encajan perfectamente en su temporalidad y respecto a los componentes que son destacados, es amplio el acuerdo sobre que, en los últimos cuarenta años, aproximadamente, estaríamos asistiendo (¿y sufriendo?) a la instalación y despliegue de ideologías y prácticas económicas que habrían contribuido a cambiar las esferas cultural y política. Si el fordismo era un continuador del taylorismo, extendiendo su lógica a nivel planetario y coordinándola con los actores políticos, incluyendo a los sindicatos, y a menudo con fuerte presencia del estado regular e industrial; el posfordismo es presentado como un giro radical que transforma profundamente la lógica del trabajo en el mundo contemporáneo. A decir de Lozano (1998):

A mediados de los años setenta, este orden sociolaboral y productivo [el fordismo] entró en crisis y se fortaleció a escala

planetaria un nuevo esquema o régimen de producción que podría definirse como «posfordista». (119)

Otros, como es el caso de Szpilbarg y Saferstein (2014), prefieren dar mayor énfasis a lo sucedido desde los años noventa. Sin resolver aquí la temporalidad precisa, y dejando abierto que la realidad del posfordismo ha debido variar según país, e incluso las diferentes realidades subnacionales, la nueva economía se instala en base a un fuerte vector privatizador a expensas del Estado, cuyos tentáculos retroceden (Espíndola, 2014). Si este se achica, se restringe también su capacidad de ofrecer empleo, lo que en este periodo estará crecientemente asociado a la empresa privada. Esto cambió la lógica desde las expectativas sobre el desarrollo de un estado protector a la incorporación de un raciocinio neoliberal para el cual el mercado aparece como la respuesta necesaria frente a las necesidades, y también los dramas, de la vida. Yúdice (2001) alerta de que no es solo que hubiese una reducción del Estado, sino que, cuando este queda, lo alía con frecuencia con actores privados, los que terminan por privatizar al mismo u orientarlo hacia sus intereses, vaciándolo de su lógica pública.

La privatización va de la mano de una intensa internacionalización de las relaciones. Los circuitos de producción, circulación y consumo se globalizan, subordinándose generalmente a intereses del «Norte global», Estados Unidos y Europa occidental fundamentalmente, y en los años más recientes podríamos incluir también el advenimiento de China como una potencia económica, con vínculos en desarrollo en el área cultural. Si bien el posfordismo ha sido vinculado a menudo con la economía financiera (Szpilbarg y Saferstein, 2014), sus repercusiones van mucho más allá de las empresas, para afectar muy fundamentalmente al mundo del trabajo, y por tanto a los trabajadores de todos los niveles.

Se multiplican los términos: «economía digital», «sociedad de la información», «digitalismo», «capital digital», «infonomía» (Guzmán, 2003), «capitalismo informacional», «capitalismo cognitivo», «sociedad de la información», «net-economy», «weightless economy» (Szpilbarg y Saferstein, 2014), «revolución digital» y



desenvolvimiento de la «economía naranja» (Espíndola, 2014), «toyotismo», «capitalismo flexible», «capitalismo financiero» y la conocida «modernidad líquida» (Bialakowsky y Hermo, 2015), derivada esta última del trabajo del pensador polaco Zygmunt Bauman. Un rico acervo de denominaciones uno de cuyos denominadores comunes es el reconocimiento del papel nuclear de las nuevas tecnologías en el desarrollo de la realidad económica y social actual. Quiere ello decir que las tecnologías no serán un componente más, intercambiable, sino un motor imprescindible de un futuro que nunca se vio venir con claridad.

Sobrevino una forma de capitalismo privatizador que adoptó la forma que permitió hacer hegemónicos poderes preexistentes. Torres (2009) afirma que esto justamente es lo que habría ocurrido en el proceso de privatización de las cadenas de televisión en el mundo. Ello significa que las nuevas economías neoliberal-posfordistas empujarían para proyectarse en el ámbito cultural, el cual por eso mismo debería ser interpretado en clave política. Esta privatización es digital y globalizada, por ambiguos y confusos que sean estos términos, y ello lleva a nuevas construcciones de la esfera pública (identidades, ciudadanía) (Espíndola, 2014), y evidentemente consumo también (Valenzuela, 2014). Como escribía Yúdice (2001) dos décadas atrás:

En la era posfordista, la cultura, semejante a la producción de ropa o automovilística, se diseña en un país, se procesa en otros, se promociona en varios lugares y se consume globalmente. (641)

Esta hegemonía de la globalización posfordista, de las economías digitalizadas, del incesante e-consumo, de las identidades web, de las naciones-internet, no ha conducido a una mayor simetría en la distribución individual de los recursos. Por el contrario, se reconoce en la sociedad de la información sin límite a la desigualdad como uno de sus vectores que estructuran las relaciones sociales, en gran medida como proyección en la realidad de la distribución de los recursos económicos y educativos, lo que incluiría también la relación con los medios digitales (Lozano, 1998; Espíndola, 2014).

### 3.2. SIMILITUDES, DIFERENCIAS, PERCEPCIONES DIFERENCIADAS ACERCA DEL TIEMPO PASADO Y EL TIEMPO FUTURO

La relación espacio-temporal que propone el posfordismo no es igual para todas las clases sociales. Quienes están en el extremo alto de la escala social tienden a estar más desprendidos del espacio y el tiempo, mientras que aquellos que se van aproximando al extremo más bajo tienden a estar más encadenados a espacios fijos y tiempos regulados, más largos y lentos (Bauman, 1999). Es por ello que movilidad y fijación al territorio aparecen como los pares contrapuestos de una oposición visible en la sociedad contemporánea. En otras palabras, la formación de clase emerge desde dispositivos que no se circunscriben a los recursos materiales.

Es por ello que entender el uso del tiempo constituye una aproximación relevante para abordar la desigualdad en el capitalismo hoy. En coherencia con ello, fue incorporada a nuestras entrevistas la pregunta sobre dicho uso. Como respuestas, aparecen claramente quién y cómo se decide sobre la vida según el estrato social al que se pertenece. Generalmente los más jóvenes de clases medias, o medias altas, administran su tiempo y rechazan la idea de tiempo libre. Se habla más de este último a medida que nos alejamos de las clases más favorecidas ya que sería entendido como el tiempo no determinado por nadie, donde supuestamente las personas deciden lo que hacer. No obstante, los jóvenes de NSE bajo también rechazan este concepto ya que «lo juvenil» está asociado a «hago lo que quiero y nadie me dice lo que tengo que hacer», así como a no aceptar rutinas. En general, podríamos decir que las personas de clases populares no deciden qué hacer, incluso cuando piensan que no es así. ¿Pero deciden lo que hacer las personas de clases altas? Esta es la ilusión. Quizás la pregunta que debemos plantearnos aquí es qué entendemos por tiempo libre. Podríamos responder que se trata de un tiempo cuyo uso define la persona misma, de forma autónoma, y cuyos fundamentos son sus propias preferencias o gustos. Quizás es esta una noción derivada de las dinámicas de la sociedad industrial, fordista, un momento imprescindible para que las personas recobren

energías para seguir trabajando. De ahí, es decir, de la instalación física y la introyección subjetiva de la temporalidad industrializada, que resulte natural transitar a la esfera cultural en la modalidad de la propuesta de una industria cultural, afín a una manera de ser y hacer epocal.

La radicalidad de la presencia de este «ocio industrial» no deja dudas. A medida que en nuestros países se va desarrollando una industria cultural, esta va colonizando en forma creciente los usos del tiempo en las diferentes clases sociales. Esta es la historia del cine, la radio, luego la televisión (de acceso gratuito y de audiencia generalista), seguida de la televisión de pago (de acceso privado y audiencias fragmentadas). Como se puede deducir de las respuestas de los entrevistados, la aparición de la reproducción técnica del arte impone y predispone de otro modo para consumir cultura, cambia la temporalidad en relación a cómo era la aproximación a la alta cultura que se disfrutaba en la intimidad, con sus formas de lectura y aprendizaje de instrumentos musicales, como ejemplos. E igualmente sucedería con la organización de una salida a un concierto, al teatro o a un recital de música. Por otro lado, si bien convive e interactúa con la presencia de una distribución desigual, y probable y crecientemente regresiva, del ingreso, las formas de la desigualdad en su dimensión cultural deben ser analizadas teniendo en cuenta los profundos cambios que atraviesa la esfera de la cultura a partir de la presencia de las nuevas tecnologías y la globalización de la esfera del entretenimiento en un contexto de redimensionamiento de las ciudades. Los cambios están en marcha:

La implementación de programas de televisión o radio digitales, terrestres, por satélite o por internet, se encuentra en pleno proceso... Se trata de medios de consumo masivo que aumentarán la fragmentación de las audiencias, que van a requerir la producción de una gran cantidad de contenidos y que posibilitarán la reducción de las barreras de espacio o de tiempo, debido a que van a ser consumidos casi a toda hora y en cualquier lugar, es decir, de acuerdo con la decisión del consumidor. (Espíndola, 2014: 42)

La tensión interclasista tiene matices y no necesariamente todos los miembros de la clase alta están desprendidos del espacio y el tiempo, ni todos los miembros de las clases bajas están atados al territorio (Appadurai, 2003). La flexibilidad que rige las relaciones laborales en el mundo contemporáneo ha instalado un cambio en esta percepción que tiene consecuencias diversas y contradictorias. Si en los primeros daría cuenta de una mayor libertad y aparente autonomía, en los segundos tendría consecuencias negativas en el plano de la supervivencia y la reproducción material, en particular en la satisfacción de necesidades básicas. Es evidente que en los primeros hay mayor espacio para la construcción autónoma de cierta individualidad en el estilo de vida, y las clases bajas, como diría Marx o proclamaría Bourdieu, están más atadas a la necesidad, aunque pensamos que hay un clima cultural que atraviesa a toda la sociedad, es decir, son fenómenos de gran transversalidad que las personas viven en forma diferenciada según su origen y situación de clase.

Al respecto, no cabe duda de que la flexibilización posfordista atraviesa a las distintas clases sociales. Hay rasgos comunes en las consecuencias que genera y en la vida subjetiva. El principio fundamental es la incertidumbre: la vivencia de un tiempo presente desorganizado, la búsqueda constante, el riesgo, el vértigo, una mayor movilidad. También tiene impacto en la vida afectiva, en las relaciones amorosas entre los sexos, la conformación de familias, la educación y las expectativas respecto a los hijos, así como también en el uso de y las prácticas en el tiempo libre. Si para las clases altas los trabajos y actividades económicas emergentes tienen beneficios positivos en algunos planos, como el debilitamiento de las rutinas y una mayor apuesta por la creatividad y la innovación permanente, en las clases populares la desafiliación laboral tiene consecuencias negativas en términos de derechos y cierta previsibilidad necesaria para organizar y reproducir la vida. La articulación del posfordismo con un nuevo capitalismo ha ido de la mano de desafíos conocidos, pero ahora a menudo agudizados: pobreza, abatimiento, migraciones forzadas, desarraigo. Ya que el capital puede reproducirse sin la fuerza de trabajo (Bauman, 2001), o sin una inversión intensiva en

la misma, entonces aparecen personas desocupadas, o mejor dicho ocupadas en forma intermitente, que ya no pueden imaginar un poco de júbilo en su vejez, de ahí la palabra jubilados: trabajan y no trabajan siempre. En las clases populares, a diferencia del clásico obrero industrial, moderno, cuyo emblema en el cine era Chaplin en *Tiempos Modernos*, el tiempo de trabajo va y viene. El trabajador emblemático de esta época lo encontramos en el sector servicios, el cual requiere baja cualificación, muchas veces empleado en sectores de consumo de la economía que forman parte de intercambios no regularizados. Hombres y mujeres trabajan por contrato y por periodos. Se hace más difícil pensar en el trabajo para toda la vida, como aquel al que aspiraban las incipientes clases medias del Cono Sur a medida que el Estado crecía, y el empleo público aparecía como garante de estabilidad cotidiana, base de una proyección al futuro en términos vitales, familiares, de ahorro, de vivienda, hijos, entre otros. Si bien el rasgo crecientemente dominante de este capitalismo es el posfordismo, no debemos olvidar que la organización temporal desplegada por el fordismo existe y atraviesa un sinnúmero de actividades y empleos, los cuales se pueden observar más fuertemente en personas de mediana edad que han seguido carreras universitarias tradicionales, como sería el caso de las clases medias altas. En la siguiente cita queda reflejada con claridad la relevancia de la estabilidad laboral una generación atrás:

R: No, no se descansaba, ahí tiene la fuerza de la juventud, pero en ese tiempo empecé a trabajar y lo más importante era responder en el trabajo, que no te despidieran y mantener un trabajo fijo, porque eso era lo otro. Ahora ya los chicos con su profesión y todo, ellos están un año, tres años y se cambian. En ese tiempo, no era tan fácil. En ese tiempo, uno aspiraba a estar la mayor cantidad de años, porque si había indemnización, te pagaban todos los años. Con el gobierno que tuvimos después se cortaron, con el gobierno militar se cortaron a once años y quedo ahí. Antes no, tú trabajabas diez, veinte años, y te pagaban todo. Todo eso se perdió. Uno lo que quería era trabajar harto en una sola parte y subir. Tenías las posibilidades sí de subir y obviamente llegaba el fin de semana, los días que te pagaban y obviamente tener

plata era salir con los amigos, ir a comer. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

Aquí la referencia al tiempo alude a un pasado, a un presente y un futuro. Ese antes en el caso de Chile suponía una mayor seguridad laboral, menos incertidumbre a partir de que el Estado garantizaba el respeto de los derechos laborales, mayor estabilidad y garantías para un disfrute tranquilo del tiempo libre, como un asueto sin preocupaciones por la subsistencia, sin planes b o c.

Además de la pérdida frecuente de estabilidad laboral, el arribo acelerado de las tecnologías atraviesa igualmente a todas las clases sociales y se convierte en la base de un cambio cultural radical. En este sentido, instala nuevas formas de sociabilidad tardía, apareciendo, no tanto la salida cultural, sino el uso del tiempo libre para visitar amigos o estar con la familia, si bien ello varía según posibilidades diversas e intereses. En el caso de Buenos Aires, este hecho es relevante, aunque no aparezca como mandato al estilo chileno, vinculado a un deber ser moral.

P: Llega el fin de semana y ¿qué haces, por ejemplo?

R: En general, este, en general el fin de semana es familiar. O vienen los chicos, o viene mi nieta y hacemos una cena, o... Somos muy de juntarnos familiarmente. Mis padres viven todavía... Entonces, este... Y son también familiares, entonces hay una cosa de... El fin de semana es más de juntarse familiarmente... o con amigos... un asadito... eh... No, tampoco tengo una regularidad para el fin de semana, pero... pero te podría decir, en general, sí, es eso. Si vamos al cine, es más durante, en el transcurso de la semana. (Mujer, 51 años, Buenos Aires, NSE alto)

Con respecto a las diferencias socioeconómicas, el posfordismo genera en las clases medias altas un nuevo estilo de vida, el cual puede observarse en personas menores de cuarenta años, quienes han seguido carreras universitarias de nuevo tipo vinculadas a industrias culturales o del entretenimiento, nuevos sectores top de la economía, industrias creativas: internet, diseño, nuevas tecnologías de la comunicación y la información, entre otras especialidades, que

constituyen lo que Featherstone (2000) denomina estetización de la vida cotidiana, propia de la atención al diseño, la indumentaria, los chefs o la gastronomía *premium* o *delicatessen*. Todo ello vinculado con nuevas maneras de vivir el cuerpo (terapias corporales, meditación, relajación, incluso aventura), y de pensarnos a nosotros mismos.

Es precisamente en relación con esta manera de vivir que con frecuencia el trabajo en la actualidad no aparece como una obligación sino como una elección. El tiempo de trabajo en el fordismo estaba definido por otros y para otros, mientras el tiempo libre, generalmente escaso, era el tiempo de la libertad, aunque no del ocio necesariamente, parafraseando a Elías (1998). Entonces la idea de libertad, o el tiempo para ser libres, como era entendido dentro de dicho paradigma productivo pierde sentido. Tanto el trabajo, como actividad remunerada que permite la reproducción de la vida misma y de los otros a su alrededor, como el tiempo para el ocio, dejan de constituir instancias separadas. Esto queda de manifiesto en la conversación con una entrevistada uruguaya:

R: Bueno, tiempo libre... La verdad es que hoy día, como estoy trabajando independiente, es como que mis fines de semana no son tan diferentes a mis días de semana. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

Lipovetsky (2008) hace referencia a cómo se transforma la representación del tiempo según las clases sociales y fundamentalmente según las edades. En primer lugar, afirma que hay un clima de época actual, el cual parece haber superado la celebración de lo posmoderno, y la gente está atravesada por la inseguridad en diversos planos de su vida: laboral, afectivo y social. La precariedad del mundo se constituye en una amenaza y difícilmente puede ser pensado el futuro como marco temporal fundamental de la modernidad. En sintonía con esta idea, nos preguntamos si será ese principio de incertidumbre un elemento constitutivo de las prácticas sociales actuales, teniendo por ello diversas consecuencias en los usos del tiempo y por lo tanto en los consumos culturales. Si en la posmodernidad la crisis de la idea de futuro tenía que ver con una cuestión ideológica y política, hoy tiene que ver con una cuestión económica y social, de corte

científico técnico. El presente cobra otro significado. Ya no es solo el valor del hedonismo lo que se sobrepone a una ética sacrificial, sino la búsqueda de una realización personal más plena en todas las dimensiones de la vida. En las clases medias altas, particularmente en los más jóvenes y en la mediana edad profesional, no asalariada, aparecen frases como esta:

R: Ningún día es igual al otro. (Mujer, 50 años, Buenos Aires, NSE alto)

R: Yo no hago una división entre tiempo de estudio y tiempo libre. Yo hago las cosas que me gustan en el tiempo libre. Pero sé que mi situación es diferente a la de otros chicos.

R: Es que no me gusta hablar de tiempo libre... Tengo, o sea, como un... Yo trato de dedicar todo mi tiempo al, o sea, no sé qué es el tiempo libre, la verdad, no sé lo que es eso. Estoy descubriendo muchas cosas, de cómo quiero llevar adelante mi vida, y cómo me sale, y también, bueno, mi situación económica, porque la verdad que... eso es como muy muy (con énfasis) influyente. Hay cosas que yo no podría estar decidiendo ahora si tuviera otras necesidades. (Hombre, 20-30 años, Buenos Aires, NSE alto)

R: Todos mis días son distintos. (Mujer, 20-30 años, Buenos Aires, NSE alto)

En las clases medias altas, también se dispone del tiempo cuando se es profesional por cuenta propia o se tiene algún tipo de mediana empresa como hostel, alquileres, y se cuenta con personal a cargo. Los hombres disponen de menos tiempo cuando son profesionales en situación de empleados, ya sea cuando la dependencia sea única y a largo plazo, o si se dedican a diversas actividades. En este caso, el tiempo libre viene determinado por la organización de la oficina o el consultorio (asalariados del Estado, cargos técnicos jerárquicos). Dado el nivel de estrés que supone pasar largas jornadas encerrado en uno o varios lugares, en el tiempo libre aparece como necesidad escuchar música como una de las actividades preferidas, y en algunos casos también la salida al aire libre para contrarrestar el encierro,



junto a la actividad física, las escapadas de fin de semana, como una forma de liberar el cuerpo. Al respecto, en Argentina las prácticas de tiempo libre cambian según nivel de estudios, lo que aquí podemos interpretar como niveles socioeconómicos. Las personas con estudios universitarios tienen una práctica deportiva más intensa que aquellas con estudios primarios<sup>9</sup>. Eso no significa que no aparezcan tensiones entre los tiempos libre y de dedicación al trabajo. La interrelación entre ambas temporalidades es permanente.

R: Me cuesta disfrutar del tiempo libre, sigo trabajando.  
(Hombre, 51+, Buenos Aires, NSE alto)

R: Camino, camino, camino a veces desde mi casa hasta el trabajo. (Hombre, 51+, Buenos Aires, NSE alto)

Por su parte, en las clases populares las representaciones y práctica del tiempo cambian radicalmente. El tiempo libre está vinculado a las tareas de reproducción necesarias para estar disponible para el trabajo, pensado y con réditos para otros. Oficios y habilidades manuales son los más usuales en estas clases, los cuales son regulados y reglamentados. Los horarios de fábrica, pequeños comercios, el frigorífico, empleadas domésticas, modista asalariada, determinan gran parte del día de una persona e inciden en su cosmovisión del mundo. Así, el tiempo libre es el momento de la subjetivación, de realizar actividades con libertad para sí mismos, que va a ser distinto si se trata de mujeres o varones.

Si bien hay diferencias entre los niveles socioeconómicos, todas las mujeres, como género, modifican radicalmente el uso del tiempo cuando se casan y más aun cuando tienen hijos. También hay diferencias nacionales y sociales. Dicho patrón de comportamiento sigue firme en las mujeres chilenas en general y fundamentalmente en las clases populares. En las primeras por una cuestión cultural y por las características de la ciudad de Santiago, y en las segundas por una cuestión de necesidad de reproducción. En este sentido, es notable la distancia entre lo que se dice y lo que aparece en los datos

---

<sup>9</sup> Fuente: datos propios, encuesta consumos culturales en Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), 2009. Encuesta telefónica CINEA, base 758 casos.

cuantitativos. Si bien en todos los casos nacionales analizados ha cambiado el rol de la mujer en la esfera pública, por el aumento del nivel educativo y su incorporación al mercado de trabajo, lo que tiene consecuencias en sus roles sexuales, esta mayor presencia fuera del hogar no aparece siempre en los discursos de nuestras entrevistadas.

Un caso particularmente interesante es el de quienes trabajan en relación con las nuevas tecnologías, pues ilustran el cambio de las temporalidades laborales. Esta transformación alude a una sensación de libertad y autonomía. Ahora estaríamos ante un escenario sin límites, sin patrón, sin horario, que hace que el trabajo pueda realizarse en cualquier momento. En estas nuevas ocupaciones, solo existentes por la presencia del computador y el celular, la separación entre tiempo de trabajo y tiempo libre se encuentra notoriamente desdibujada. Ello significa que es bastante generalizado que las personas cuyo trabajo gira en torno a las nuevas tecnologías se desempeñen laboralmente en forma autónoma, frente a lo cual adoptan una actitud celebratoria, afirmando que son ellos los que disponen del uso del tiempo.

R: Con las nuevas tecnologías pasamos de *full time* a *full life*.  
(Hombre, 20-30 años, Buenos Aires, NSE alto)

R: Yo soy mi propio patrón. (Hombre, 31-50 años, Buenos Aires, NSE alto)

Estas personas trabajan, bajan y escuchan música, miran un DVD, leen noticias online y blogs, participan de las redes sociales, entre otras actividades posibles. El trabajo ya no es vivido como una tarea obligatoria, sino como entretenimiento (Bauman 2001; Wortman, 2004), y esta es una cuestión clave. Lo laboral no tiene la marca de la disciplina sino de la creatividad, pero como esta puede aparecer en cualquier momento, no tiene horarios, consumiendo y produciendo a un mismo tiempo. El productor cultural, entendido este concepto en un sentido amplio, no siente que trabaja, lo que eventualmente es explotado por la dinámica capitalista. En un extremo, podríamos decir que la innovación constante forma parte del *ethos* constitutivo de los nuevos trabajadores «high class»

emergentes, incorporando en su formación y desempeño lo que tiene más valor en el mercado, tanto a nivel empresarial como en el plano individual y social del consumo. Si tuviéramos que identificar quiénes no encuentran una diferencia neta entre uno y otro, entre trabajo y tiempo libre, podríamos decir que los artistas son un buen ejemplo, e igualmente quienes están implicados en la producción de símbolos. Sin embargo, en el otro extremo, permanece una línea divisoria entre el ocio y el trabajo, la cual se va acrecentando, por un lado, a medida que retrocedemos en el tiempo a ocupaciones derivadas de la sociedad fordista y, por otro, cuando prestamos atención a la vida de las clases populares.

### 3.3. SIGNIFICACIÓN DEL USO DEL TIEMPO: VIDA COTIDIANA Y CONSTRUCCIÓN DE SUBJETIVIDAD Y ORDEN SOCIAL

Se argumenta en esta sección acerca del sentido del tiempo en la vida de las personas en relación a viejas y nuevas prácticas en torno a sus usos de acuerdo a diferentes niveles socioeconómicos y culturales, y asimismo en torno a cómo cambian estas prácticas según hablemos de hombres o mujeres, igual que entre generaciones y entre países. En este sentido, tratamos de responder a preguntas como qué valores emergen a partir de la decisión o la determinación de cómo debe ser usado el tiempo, cómo ha cambiado el uso del tiempo, teniendo en cuenta los cambios en la esfera de la cultura y en los estilos de vida de las clases sociales. Si somos nosotros los que fijamos el tiempo, ¿qué autonomía tenemos para determinarlo?, ¿perdemos el tiempo?, ¿sacrificamos el tiempo?, ¿postergamos metas?, ¿nos apuramos por otra? El tiempo permea como un ingrediente imprescindible nuestra acción social, y entender su manejo es clave para comprender nuestra vida actual.

Para leer los datos, nos apoyamos en un marco conceptual delimitado por la sociología contemporánea, que como mencionamos previamente está vinculada a las transformaciones de la dinámica productiva, propias del posfordismo, de donde emerge la demanda de un nuevo tipo de trabajador. Además, nuestra aproximación

propone temas provenientes de los aportes teóricos derivados del impacto de las nuevas tecnologías en la cultura (ver capítulo 2) y de la sociología que ha argumentado en torno a la existencia de un nuevo individualismo. Partimos de la hipótesis de que la demanda de trabajadores posfordistas requiere de un nuevo *ethos* subjetivo en general más flexible, lo cual tiene consecuencias en relación con la esfera cultural y también más o menos positivas en función de si hablamos de las clases medias altas o de las clases medias bajas.

En su clásica investigación sobre usos de los medios, Morley (1996) hace referencia a una distinción central en la concepción y el uso del tiempo en la educación de los niños que tendrá consecuencias en la vida adulta. En las clases populares, el tiempo libre es para el entretenimiento, pasar el rato, mientras que las clases altas lo dedican a la formación cultural, para la competencia estética. Es inimaginable para los miembros de estas últimas clases la idea de libertad en sentido absoluto, «no hacer nada». Para ellos, el tiempo no es para relajarse, sino que está destinado a la formación para el gusto de la cultura alta, o para incrementar o sostener el capital social vinculado a las relaciones de dominación y el capital económico. En este sentido, la postergación de uno mismo tiene tanto un sentido espiritual como pragmático.

Para Elias (1989), el tiempo, la duración, es fundamentalmente una construcción social e histórica. Hoy los hombres «saben» que su camino hacia la muerte está dividido por años, pero en los orígenes del hombre esta división del tiempo, por horas, días o meses, no existía. En aquel momento era común que las personas no supieran cuántos años tenían. El paso del tiempo estaba pautado por la naturaleza, la luz del sol, la luna y la duración de uno y otro variaba según el lugar del mundo en el que nos situábamos. A medida que las labores de producción y reproducción del hombre se fueron complejizando, es la Iglesia la que va estableciendo un tiempo social, a través del campanario. Con la sociedad industrial se establece una organización del tiempo como la conocemos actualmente, mediante la invención del reloj individual que determina que sea el individuo mismo el que se autorregula para un tiempo

individual que encaja con un tiempo social. Con el reloj aparece la puntualidad y las representaciones de división del tiempo entre libre y no libre. Las sociedades occidentales van organizando cada vez más sistemáticamente el uso del tiempo y van estableciendo tiempos para las actividades. Surge con fuerza el disciplinamiento social por medio de las instituciones, las cuales están reguladas por tiempos que inciden en la conformación de la subjetividad de las personas. La escuela, el trabajo, la religión, el tiempo de estar con los amigos, de juego, el dedicado a la cultura, todo tiene un orden horario y un significado social. La mayor o menor disponibilidad y libertad en el uso del tiempo es un buen indicador del lugar social de las personas e incidirá fuertemente en la relación con la esfera de la cultura, la creación y el consumo cultural, pero también en las maneras de organización de la producción de una sociedad. El uso del tiempo supone un *habitus* que en la infancia es determinado por los mayores, los padres, los abuelos, la escuela, así como por el imaginario que estos tienen en relación a lo que se espera de las personas, a un proyecto de individuo. De este modo, sus consumos, juegos, obligaciones y actividades serán absolutamente heterónomas. Los niños no son dueños de su tiempo. Aquellos que están más tiempo en la escuela disponen de poco tiempo libre, produciéndose un tiempo de balance precario entre los tiempos de niños y adultos, puesto que el escaso tiempo de juego de los niños más escolarizados probablemente redundará en una mayor autonomía en la vida de los segundos. El tiempo fuera de la escuela está pautado por las tareas y luego por el juego. En el caso de las clases populares, muchas veces los niños ayudan a los padres en las tareas domésticas, siendo este particularmente el caso de las mujeres. Todos tienen una niñez pautada. En un caso para disciplinar sujetos hacia una cultura del trabajo, forjar un carácter al decir de Sennet (2003). En otros, para ser exitosos, tener poder y hacer cumplir normas a los demás. Al respecto, en el caso de la infancia chilena, la religión estableció tradicionalmente tiempos, incorporando algunas tareas con una finalidad moral, como la formación religiosa, estudiar catequesis, ir a misa, acciones muy presentes en la formación de la infancia, la adolescencia y en los rituales propios

de los ciclos de vida. Si bien podríamos acordar que las personas de mayor nivel adquisitivo y cultural disponen más de su tiempo, es socialmente transversal el hecho de que el uso del tiempo se orienta por finalidades. Por tanto, se hace evidente que existe una pauta social del uso del tiempo, aunque esta varíe de acuerdo a las edades, los géneros, el nivel socioeconómico y cultural, y también creencias y/o prácticas enraizadas en un nivel nacional.

A propósito de ello, en las historias de vida de los chilenos es de destacar la fuerza de las normas derivadas de instituciones como la familia y la escuela, junto a las propias de la religión católica. En las entrevistas aparece fuertemente esa marca, la presencia de la familia, generalmente ampliada: abuelos, tíos, primos. Estar con la familia constituye un ámbito fuera de todo cuestionamiento, formando parte del sentido común. De tal manera que al entrevistador también le parece «natural» este comportamiento. Un universo adulto muy presente en la educación y en el establecimiento de pautas. En el tiempo libre en el caso de Chile, se hace referencia frecuente a la familia de origen, «estar con los papás». Lo urbano, en un sentido simmeliano, como el encuentro con lo desconocido, lo cosmopolita, según Sassen (2007), no aparece en los relatos: amigos, familia, el barrio. Lo que en el caso de Buenos Aires y Montevideo parece un fenómeno que se instaló en los noventa, en el caso de Santiago constituye una característica distintiva y cultural. Cierta vida comunitaria, sin extrañamiento ni sorpresa. Hay una vida cotidiana muy de puertas para adentro que fija los tiempos de las personas. Así, el deseo más habitual es volver a estar en casa, con la familia, disfrutar con los amigos, compartir comidas.

R: En el tema educación, nosotros teníamos la idea de que fueran como nosotros. Anita, que es mi señora, y yo siempre fuimos educados, por ejemplo, los matrimonios son *pa* toda la vida, que no sé *po*, la familia es el núcleo indisoluble, que sirve *pa* que la sociedad crezca y la idea fue, fue esa. Nosotros somos católicos, pero nunca les tratamos de imponer una religión. Los tres hijos nuestros son católicos, pero porque ellos lo adoptaron, seguramente porque ellos veían que nosotros somos católicos, pero nunca les dijimos ustedes tienen que

ser católicos o si no se van a ir al infierno, no. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

En esta reiteración de la vida en armonía en el terreno privado, muy atravesada por un discurso religioso, también influyó el toque de queda, tímidamente mencionado por un entrevistado. Pero solo a partir del señalamiento del entrevistador en torno a la supresión del espacio público por la dictadura de Pinochet se asocia a la dimensión subjetiva de las personas.

La escuela también constituye un lugar donde los niños pasaban largas horas, además de que su presencia se proyectaba en el hogar dada la cantidad de tareas que se asignaban. Es importante señalar que en las familias de la élite en el caso chileno no se observa la presencia de extranjeros, como ocurre en el caso uruguayo y en algunos entrevistados argentinos, haciendo referencia en ocasiones a padres o abuelos. Esto es importante porque en el caso de argentinos y uruguayos de origen extranjero ello implica que hay un capital cultural que se trae de otras tierras, generalmente muy lejanas, otros valores, sin tanta presencia de las tradiciones locales, es decir, debilitándose una continuidad temporal y de autoridad institucional: padres, Iglesia que determinan el gusto. En los NSE medio altos, los mayores son primera o segunda generación nacidos en el lugar, lo cual incide en todos los órdenes de la vida. En las clases altas durante la infancia había una dedicación horaria a la formación artística. El tiempo dedicado a la literatura y al aprendizaje de un instrumento o la asistencia a conciertos constituían elementos diferenciadores de infantes con menos recursos, donde si bien estaba presente la escuela, esta ocupaba menor tiempo en la vida de las personas, apareciendo una diversidad de actividades como juegos barriales, fútbol, y en el caso de los chilenos con vidas en suburbios alejados de la vida urbana aparecen prácticas próximas a la vida en el campo y sus costumbres. También es de destacar la distinción de sexos en cuanto a la educación, el juego, el deporte y las prácticas culturales.

P: Ahora, ¿qué hace en su tiempo libre?

R: Como le digo, sacar mis puzles, tengo un libro de puzles ahí con unos diccionarios que son del año del ñauca y

escribir, escribir poesía. A veces, traigo mi acordeón piano e ir adonde mis hijos que tienen unos negocios... Es profesor también, pero a él le gustaba mucho el fútbol, así que yo lo hice estudiar educación física y un curso de fútbol y se retiró de Colo-Colo porque le quedaron debiendo más de veinte millones de pesos. Yo le di una plata que tenía y él tenía unos cafés, pero los transformó en cafés con piernas. (Hombre, 51+, Santiago, NSE bajo)

En las entrevistas realizadas a las mujeres chilenas, tanto de nivel socioeconómico y cultural bajo como en las de nivel alto, aparece como un escenario muy fuerte la casa y el rol de las mujeres tanto de cuidadoras del resto de la familia, hijos, abuelos, hermanos, como del mantenimiento del hogar. También es significativo el matrimonio como momento bisagra que marca un antes y un después en sus vidas.

P: Entonces se casó y después ¿qué tipo de prácticas mantuvo, qué tipo de gustos?, ¿qué cosas hacía?

R: En realidad, llegué a pasar a ser mamá y dueña de casa y ya uno como que se cortan las alas de una persona, ya que entra en algo tan difícil que es ser dueña de casa. Pero, bueno, podíamos salir, los papás se quedaban con mi bebida y podíamos de vez en cuando con mi marido, con mi esposo, salir a pasear, a una comidita de algún pariente. Pero no había grandes cosas que hiciéramos, bien metida de casa.

P: ¿Y ahí mantuvo el gusto por la música?

R: Sí, siempre, sí. Yo escuchaba mi música, mi radio, siempre la mantuve, sí.

P: ¿Y siguió leyendo las mismas cosas o se distanció un poco?

R: Me distancié por la falta de tiempo.

P: Empezó a tener hijos, ¿no?

R: Tuve una hija, tuve tres hijos nada más, ya después los tuve jovencita. Y, en realidad, uno pierde el hábito de leer por el hecho de que esta vorágine de la vida, de la casa, el hogar, de los quehaceres. Es la que va por delante y eso es una realidad. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

R: Cuando no son los hijos son los nietos. La mujer queda atada a la familia (...). Uno la abandona por falta de tiempo, el tiempo la va consumiendo entre ahora con una nieta cuesta más dedicarse a su rato, uno le dedica mucho tiempo a ella,



que no deja de ser entretenido, pero también roba un poco de su tiempo, pero de ocio. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

En las mujeres de clases medias altas, el ocio forma parte de la educación y del proyecto familiar, la cultura: ballet, música clásica, lectura, teatro. Prácticas que se abandonan con el matrimonio. Esto es muy significativo. La crianza de los hijos, aun teniendo ayuda doméstica, les impone desplazar sus deseos personales.

Por su parte, la infancia de quienes son hoy día de mediana edad constituyó un momento de transición, ya que fue una infancia atravesada por la televisión, lo cual asimismo variará entre los países. Es Argentina en donde la televisión llega más tempranamente, luego Montevideo y finalmente Santiago, lo que incide en la vida del hogar, el consumo y la relación espacio público y privado. Por los relatos, se advierte una significativa presencia de la cultura norteamericana, tanto en el cine como en la televisión. Si el primero pautaba el tiempo libre, los fines de semana, la presencia de la televisión impone una modificación en el uso del tiempo, también en la relación con dichos espacios, la vida social, la vida familiar, la relación con el cine. La TV organiza la cotidianeidad de las personas, y en este marco histórico surge un género ficcional que acompaña la *everyday life*, los seriales. Ver televisión no tiene ninguna finalidad profunda, ni espiritual, ni fin formativo. El cine comercial primero y la televisión después imponen la idea de un consumo para el presente, divertirse, olvidarse de la realidad. No se espera que la televisión tenga consecuencias, y menos en términos de capital cultural, sino que se trata de matar el tiempo. La renovación de los últimos 20 años incidió en el uso del tiempo libre de forma socialmente transversal, porque ya todos tienen televisión.

La infancia está atravesada por las diferencias entre los géneros, entendidos desde la tradicional división masculino y femenino. Con respecto a la educación en Chile, en el caso de las niñas y adolescentes, el tiempo para el juego es escaso y limitado, también el contacto con los hombres. Hay juegos para niñas y juegos para niños. El tiempo está pautado por el colegio. En las mujeres de clases medias

altas de mediana edad de Buenos Aires aparece en forma contundente que el tiempo no escolar era dedicado a la cultura.

R: Leíamos, más artesanías, pastelería. Bueno, mi madre... con mi madre, porque sola no iba a ningún lado, ¿no? Bueno, mi madre nos llevaba casi todos los sábados por la avenida Santa Fe, a mirar vidrieras o a comprar puntualmente algo. Pero era además un paseo... casi cultural el de la avenida Santa Fe, no era solo ir de compras.

R: No, no, era como todo un evento, nos preparábamos... tal cual. Mi mamá nos llevaba, nos llevaba (con énfasis) a paseos culturales; por ejemplo, al teatro San Martín, a escuchar a María Elena Walsh, era más chiquita... Y también hay mil cosas que no me acuerdo, pero a museos también nos llevaba. Incluso llegué a ir a los siete, ocho años, a conocer el museo. El cementerio de la Recoleta. Que era como un estereotipo ir ahí (risas). Que me angustió un montón y no me acuerdo de nada, no entendí nada de las explicaciones que me dieron. La familia, si bien no era, mi mamá no es una intelectual, ni mucho menos, tenía una buena percepción de la oferta cultural de la ciudad. Eso me acuerdo de chica. El cine, los cines del barrio, ¿no?, que todavía existían en la avenida Córdoba, haber ido al cine me acuerdo y de teatro no me acuerdo para nada. No, de eso no me acuerdo. Pero de vez en cuando había que ir al museo, había que ir a la plaza, estaba medio todo organizado, todo pautado. (Mujer, 31-50 años, Buenos Aires, NSE alto)

R: Dentro de casa nos hacían escuchar mucha música clásica, porque ellos ponían música clásica dentro de casa y de lectura, la lectura normal era el diario, nos gustaba leer el diario con mis hermanas. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

En cambio, en las clases populares, el tiempo está pautado por las obligaciones en el hogar, y a veces ya desde la infancia por el trabajo. En las personas mayores no existe el ocio, sino una sobre-centralidad de la necesidad de trabajar. A menudo las madres deben hacerse cargo en solitario de la crianza de los hijos. Generalmente, las mujeres abandonan el sistema educativo antes que los hombres, puesto que «ya se sabe» que su destino es la casa, prefiriendo además

que la familia esté aislada del espacio público. Ello significa que para las mujeres la dificultad de la subjetivación es mayor que en los hombres, porque aún permanecen los roles tradicionales de servicios. Las mujeres de clases populares disponen de escasísimo tiempo personal. Las más jóvenes atienden a los hermanos varones, reemplazando a la madre en su ausencia, partiendo de la idea de que la mujer es la encargada de que todo funcione en el hogar. La madre a su vez en el tiempo libre se ocupa de las actividades extraescolares de los varones, como llevarlos al fútbol o al médico. Asume una actividad de servicio hacia fuera o dentro de la casa, siendo responsable de la reproducción hogareña.

R: Te hago un cronograma de lo que hago y, bueno, la levantada ya es temprano, a las siete. Llevo a la nena más chica de 10 años a la escuela y, bueno, ya de ahí empieza un día normal: ir a trabajar, como de repente ir a la obra, que es lo que estoy haciendo en mi casa [está haciéndose una casa en una cooperativa de vivienda], de repente ir mismo a mi casa a limpiar, eso es lo típico que hago durante todos los días. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE bajo)

P: ¿Y los fines de semana trabajas también?

R: No, no. Sábado y domingo no trabajo. Los sábados me dedico a estar con mis hijos. Bueno, mi nene juega a la pelota, así que estamos todo el día en la cancha.

P: ¿Y dónde es la cancha?

R: De mi casa son quince cuadras, pero hay veces que nos toca de visitante, así que tenemos que ir de visitante. Sábado y domingo es el fútbol para los chicos. Mi nene más grande juega en un club y mi nene más chiquito juega en otro club. Así que cuando juega de local mi nene lo voy a ver. Cuando juega de visitante no, porque estoy con el chiquito. (Mujer, 31-50 años, Buenos Aires, NSE bajo)

R: Nos vamos a las 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde que hacemos jornada de trabajo en la casa, o sea ahora estamos limpiando puertas, postigos. Es lo que se va haciendo, porque se van armando las casas y se van armando los marcos, las puertas, los postigos en las ventanas, digo, se van pintando, o sea, con cal, pero se van pintando. Supuestamente para mí,

entre marzo y abril ya me mudo. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE bajo)

De un modo diferente, en las clases altas hay un recuerdo nostálgico y dorado de la vida familiar, como algo que se perdió. Aparece una cierta disociación entre una vida familiar edulcorada y divorcios, la mujer de mi papá, el marido de mi mamá. No se habla del conflicto. Para las clases altas en el pasado se sintetiza el orden, la armonía, mientras para los más pobres la vida gira en torno a un futuro, la esperanza. Está claro que en las diferentes clases sociales la educación es importante, y en las clases populares se visualiza la educación como la vía de acceso a una vida y un estatus mejor.

La aparición de los medios masivos de comunicación traza una línea temporal entre un antes y un después. Todos comienzan a hablar de la televisión. Así, radio, cine y luego televisión modifican el uso del tiempo no laborable e imponen una necesidad. Incluso la radio llega tardíamente y más aún la televisión, y también en algunos casos el cine. Estos medios de comunicación son masivos, proveyendo en la esfera del hogar la posibilidad de acceso a una ficción que no requiere formación cultural previa. Se podría afirmar que la industria cultural –cine, televisión y contenidos de Internet– democratiza el acceso a la creación. Sin negar la existencia de desigualdades sociales, se homogenizan ciertos consumos culturales, ya que todos pueden ver los programas. En la tercera edad y en niveles altos, la televisión se acepta con una cierta resignación frente al deterioro de la salud corporal, en particular en personas que viven en Montevideo y Buenos Aires, un destino no elegido que supone enfrentarse con los límites del cuerpo. Muy distinto es el caso de las clases bajas, donde el aparato de TV es la ventana a lo moderno e inalcanzable, como el lujo de los estilos de vida de los artistas.

R: Tinelli es la ventana a la felicidad. (Mujer, 51+, Buenos Aires, NSE bajo)

R: Digamos, me gusta mucho ver televisión. Me gusta ver películas, por supuesto, programas noticiosos. Eso es indiscutible y no le quepa la menor duda, y pare de contar, si ya

lo he visto todo, y todo lo demás son expresiones modernas de lo que existió siempre. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

En los hombres chilenos de clase alta, lo que se vive ahora no supone un cambio con respecto al pasado. El tiempo es eterno, no hay nada nuevo. Sin embargo, se registra como cambio radical el fenómeno de las nuevas tecnologías, las que devendrán un elemento definitorio de las nuevas juventudes.

### 3.4. LOS JÓVENES, ¿UN MUNDO APARTE?

Como lo indica la encuesta de Argentina en relación a las actividades que las personas realizan en el tiempo libre (ver tabla 3.1), el deporte aparece en un lugar destacado para las clases altas. A medida que se asciende en el nivel educativo, hacer ejercicio es crecientemente una actividad central. En cambio, para los jóvenes de clases más bajas, el tiempo libre se concibe como un momento de detener el cuerpo y alimentarlo, con el objeto de seguir posteriormente trabajando. Esto sucede incluso cuando las personas han alcanzado un nivel educativo más alto que sus padres, debido en gran parte a la expansión del sistema educativo, pero su nivel socioeconómico sigue siendo bajo.

R: Depende, o sea, hay días que uno lo único que quiere es descansar. Yo creo que uno se va poniendo más flojo con el tiempo. No sé si es la universidad, la carrera, pero hay semanas que uno duerme muy poco, que son semanas de tres, cuatro pruebas en la semana, entonces uno prefiere estar todo el fin de semana acostado. Mi esparcimiento son más que nada mis amigos, son siempre los mismos, el asado típico, ahora para el dieciocho que hicimos varios asados seguidos y, bueno, mi grupo religioso en el que participo que también me distraigo mucho y comparto con gente, no solo de mi edad, sino que de todas las edades y eso me llama la atención. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

R: Los partidos de rugby son prioridad, en cuanto a *desestrés*, a todo. Es la oportunidad de estar con los amigos, tu familia te puede ir a ver, mi papá me acompaña en los partidos. Para

mí es muy importante, es como una necesidad social, es estar con mis amigos jugando rugby.

R: En mi tiempo libre, es más emocionante que la polola y ella lo sabe, pero que es una cosa que te *desestresas*, la pasas bien. Esa sensación que *tení* la pelota y vienen no se la puedo describir a nadie. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

R: Sí, sí, los cines ya se usaban y ahí de cine te puedo hablar que en la edad de los quince, doce o trece, porque uno pagaba una entrada y estaba todo el día viendo los rotativos en el cine. Yo vivía por allá por Gran Avenida, así que iba al cine Gran Avenida, pero creo que ya no existe, que hay ahí una discoteque. El San Miguel acá en blanco encalada, cuando vivíamos donde mi abuelo, también uno pagaba e iba a ver películas de karate. Se veían mucho y era lo más entretenido, películas de ese tipo. Eso era lo que uno hacía hartito, ir al cine. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

R: En el caso mío, sí, disfrutábamos con hartos amigos, fútbol, a las pistolas, a las guerras, ese tipo de cosas, las bolitas, el trompo. Eso era cuando chico, juntarse con los primos, con los abuelos. Mi abuelo trabajó en ferrocarriles y, bueno, mi papá, mis tíos, casi todos salieron de ahí y a nosotros nos llevaban a colonia. Colonia se llamaba donde los trabajadores tenían derecho de llevar a sus hijos, donde íbamos a acampar, nos íbamos un mes a la playa y ahí hacíamos juegos, actividades. Ese tipo de cosas se hacían. Se compartía mucho más con más amigos de la edad, era más al aire libre que ahora que los chicos se juntan en las casas y se encierran a jugar con más tecnología. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

Si bien uno puede encontrar diferencias según las edades, es evidente que los jóvenes, teniendo en cuenta la clase social, tienen la misma representación del uso del tiempo que sus mayores del mismo género. Quizás lo que modifica radicalmente la manera de distribución del tiempo es el ciclo vital de las mujeres, cuestión que no aparece como tan determinante en los hombres. Las obligaciones y las responsabilidades que generan las tareas hogareñas marcan la constitución de los géneros como tales. Las mujeres de las clases populares en su tiempo libre tienen escasos y limitados momentos para el disfrute personal, tanto en el caso de las jóvenes como las

mayores, y no se observan en las entrevistas modificaciones a pesar del cambio cultural del lugar de la mujer a un nivel social más agregado. En los varones no aparecen el hogar o las tareas de la reproducción doméstica como algo a realizar en el tiempo libre, excepto quizás ocuparse de hijos o nietos en los casos de las masculinidades de mediana edad y en los adultos mayores. Las personas de la mediana edad aún son la expresión de la cosmovisión fordista del tiempo: trabajan muchas horas, no habiendo espacio para el tiempo libre y la cultura. Lo que saben de cultura pertenece «a mi época», como si el consumo cultural estuviera asociado a la juventud, a la etapa de soltería sin hijos.

La infancia de los jóvenes es pura tecnología. Sin embargo, hay diferencias entre quienes tienen y/o han tenido un PC en el hogar, y quienes no. Juegos, Playstation, Nintendo aparecen como lugares comunes de su universo de ocio. Además, es notable cómo cambia la relación con el resto de las actividades diarias a partir de la presencia de los computadores personales. Las tecnologías forman parte de la vida, no establecen una relación diferenciada con el computador como si fuera una máquina de escribir que fuese para trabajar y desapareciera fuera de los horarios destinados al trabajo, o con internet para propósitos específicos, sino que permean la vida de las personas, haciendo indistinguible con frecuencia obligaciones y tiempo libre, trabajo y ocio.

R: El computador era antes solo estudio y trabajo, no era mucho de entretenimiento, o sea, lo más entretenido del computador era el solitario, el buscaminas, que eran todos muy básicos, pero, claro, después con el tiempo fuimos arreglando el computador, fuimos... qué sé yo, ahora tengo un notebook que me sirve para los estudios y para guardar archivos y va uno viendo que la tecnología no es solamente entretenimiento o no es solo trabajo, sino que puede tener de todo. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

El empleo de tecnologías es particularmente agudo en los jóvenes de niveles socioeconómicos más elevados. La presencia de dichos medios en su vida cotidiana coincide con los datos estadísticos y de

clase, según se puede apreciar en las últimas encuestas nacionales de los tres países analizados (Sinca 2017 en Argentina; Encuesta Nacional de Participación Cultural 2017 en Chile; y Encuesta de Hábitos y Consumo Cultural 2017 en Uruguay).

R: Reconozco que, bien entendido, uno debería estar en una cosa de esas, pero en realidad, ya te digo, tengo la cuenta abierta, pero no escribo nunca, ni abro nunca, ni lo uso así... pero sí, por supuesto, el correo continuamente, de hecho nosotros tratamos de viajar bastante y armamos los viajes a través de Internet, buscando información, mandando mails, este, y, *ta*, sí, en Internet me cuelgo bastante buscando información y mirando, y yo que sé, no jugando, tengo amigas que... gente que juega. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE bajo)

R: Sí, manejo para las cosas de facultad, para bajar información, ver cosas de esas, *ta*, para lo que te decía, entrar a las páginas de nacional y esas cosas y, *ta*, para chatear, Facebook y esas cosas, como que hay información que me interesa, un tema que escuché, un artículo o música mismo, también bajo.

R: Sí, sí, el Facebook y el Msn uso bastante, o sea, cuando estoy en casa los tengo prendidos. (Hombre, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

En los jóvenes de nivel socioeconómico alto, el contacto con la tecnología es muy intenso desde muy temprana edad, tanto en cuanto a variedad de contenidos como en relación al recambio y actualización constante de los dispositivos (notebooks, celulares, entre otros).

R: Sí, no, de chico que tenía una relación con la tecnología, manejo de cámaras, el computador ahora en la casa, tengo mi notebook, cada uno tiene su notebook, hay como 5 o 6 notebooks y dos computadores de torre en la casa.

P: ¿Son todos computines o es más que nada para trabajo?

R: Yo me compré mi notebook porque estaba trabajando en minería, necesitaba un computador, por necesidad lo compré, pero igual con él aprovecho, veo películas de vez en cuando.

P: Las redes sociales como Facebook, Twitter, Messenger, ¿haces utilización de ellas?



R: Yo me metí al Facebook porque mi hermana estaba jugando al Farm Town y yo quería jugar a ese juego porque era muy entretenido y ahí tuve Facebook, y ahí empecé a agregar a la gente. Pero como mucho Facebook y andarme sacando fotos, no, para nada. No soy muy asiduo a las redes sociales, sobre todo eso de la relación es penca, que termina la relación, al final es puro copuchenteo.

P: ¿Y Twitter?

R: *Sabí* que tengo Twitter, pero no lo entiendo, no sé qué es. Es como algo que tú *vai* expresando tus cosas y todo el mundo te la ve. No sé, no entiendo. Me hice un Twitter porque tenía que hacerme uno obligatoriamente donde en una página me pedían para poder ver *South Park* en la red. Así que por eso me hice un Twitter. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

No obstante, la presencia de las tecnologías no se acepta de forma acrítica y, por el contrario, aparece una tensión entre los que consideran su utilidad, de un lado, y quienes las adoptan porque es necesario en esta época, de otro, pero temiéndole a la adicción que pudieran generar.

### 3.5. NOTAS FINALES

Los jóvenes, particularmente los pertenecientes a clases acomodadas, son la cabeza de lanza de las economías del tiempo y el espacio características de la «desregulación» posfordista. La conocida «flexibilidad» del trabajo deviene, no únicamente una estrategia productiva, sino un momento definitivo en un sistema político y económico que invita o favorece el derrumbe de fronteras tradicionalmente consolidadas entre el ocio y la vida laboral, el tiempo libre y las obligaciones asociadas a la supervivencia o producción material de la subsistencia. El arribo de novedosas tecnologías de la información y la comunicación finalmente erosionó profundamente ontologías existenciales asentadas en dicha necesidad de producir la propia vida y, por tanto, dieron lugar a subjetividades que de forma indefectible se van adaptando funcionalmente a los nuevos tiempos. Nada de eso hace desaparecer de un momento a otras viejas categorías, y se observa la presencia de la reproducción de formas de exclusión, de

sectores populares o la que sufren los adultos mayores, junto a divisiones de género que perviven en el hogar. Internet y la globalización digital crean oportunidades y realidades innovadoras, poco tiempo atrás impensadas e impensables, contribuyendo a superar obstáculos de tiempo y espacio nunca antes franqueados. Aquellos capaces de enfrentar mejor sus desafíos ya han sido llamados a cosechar los beneficios, creando las bases de las estructuras sociales de nuestro presente y asentando las desigualdades futuras.

## REFERENCIAS

- Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. FCE: Buenos Aires.
- Bauman, Z. (1998). *Globalización. Las consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica: México D.F.
- Bauman, Z. (2001). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. FCE: Buenos Aires.
- Bialakowsky, A. y Hermo, J. P. (2015). Repensar la sociología del trabajo desde el Sur Global. Nuevos y viejos desafíos para comprender los procesos sociales de trabajo en el capitalismo globalizado. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 60(224): 45-70. Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Época.
- Encuesta Nacional de Consumo cultural (2017). SINCA. Buenos Aires.
- Encuesta Nacional de Participación Cultural (2017). Ministerio de Cultura. Santiago de Chile.
- Encuesta Nacional de Hábitos y consumo cultural (2017). Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay. Montevideo.
- Elias, N. (1998). *Sobre o tempo*. Zahar Editores: Sao Paulo.
- Espíndola, E. (coord.) (2014). *Cultura y desarrollo económico en Iberoamérica*. Organización de Estados Iberoamericanos (OEI). CEPAL (Naciones Unidas): Madrid.
- Guzmán Cárdenas, C. E. (2003). *La Cultura suma. Las relaciones entre economía y cultura*. En Seminario Internacional sobre Indicadores Culturales: su contribución al estudio de la economía y la cultura. Centro Nacional de las Artes Ciudad de México 7, 8 y 9 de mayo de 2003.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama: Buenos Aires.
- Lozano, W. (1998). Desregulación laboral, Estado y mercado en América Latina: balance y retos sociopolíticos. *Perfiles Latinoamericanos* (13):

- 113-151. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Distrito Federal, México.
- Martucelli, D. (2008). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Lom: Santiago de Chile.
- Nelly, J. (2011). ¿Por qué terminamos esclavos de los despertadores? BBC. Recuperado de [http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2011/01/110113\\_reloj\\_despertador\\_esclavo\\_sg.shtml](http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2011/01/110113_reloj_despertador_esclavo_sg.shtml).
- Palermo, H. M. (2018). Masculinidades en la industria del software en Argentina. *Revista Internacional de Organizaciones* (20): 103-121.
- Rosa, H. (2011). Aceleración social: consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada. *Persona y Sociedad*, 25(1): 9-49.
- Sassen, S. (2007). *Una sociología de la globalización*. Editorial Katz: Buenos Aires.
- Sennet, R. (2003). *La corrosión del carácter*. Anagrama: Buenos Aires.
- Sennet, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Anagrama: Buenos Aires.
- Szpilbarg, D. y Saferstein, E. (2014). Experiencias de trabajo en el capitalismo informacional. El caso de la industria editorial argentina. *Trabajo y Sociedad* (22): 257-271. Santiago del Estero: Argentina.
- VV.AA. (2009). *Buscando señal. Lecturas sobre nuevos hábitos de consumo cultural*. CCECBA: Córdoba, Argentina.
- Yúdice, G. (2001). La reconfiguración de políticas culturales y mercados culturales en los noventa y siglo XXI en América Latina. *Revista Iberoamericana*, 67(197): 639-659.

## 4. DESIGUALDAD CULTURAL, DESIGUALDAD SOCIAL

Más allá de las promesas de igualdad de la economía posfordista, la utopía de un mundo único asociada a la globalización y la instantaneidad de la cultura digital, las desigualdades sociales persisten. De hecho, frente a un discurso ideológico que legitima a un ciudadano diluido en su individualidad y extremadamente mercantilizado, las inequidades emergen como injusticias evidentes que trastocan los relatos de una modernidad tardía, idealmente revolucionaria. Frente a cualquier anuncio de la muerte de las clases, observamos recurrentes confrontaciones y tensiones entre grupos sociales que evidencian los engranajes culturales de la desigualdad social. A nivel comparado, han sido abundantes los estudios que efectivamente han demostrado la desigualdad existente en base a patrones de participación cultural y gusto. Tanto sea para países europeos como Francia (Bourdieu, 1979; Donnat, 1994; Coulangeon, 2011, Coulangeon y Duval: 2013), España (Ariño, 2011), el Reino Unido (Bennett *et al.*, 2009) o Finlandia (Purhonen y Wright, 2013), sea para Australia (Bennett *et al.*, 2021), o bien se trate de países latinoamericanos (Gayo *et al.*, 2009, 2016; Radakovich, 2011; Achugar *et al.*, 2002, 2010; Dominzain *et al.*, 2014; Wortman, 2003; Espíndola, 2014; Suárez, Domínguez y Alarcón González, 2015; Tipa, 2015; Gayo, 2020), por poner algunos ejemplos bien ilustrativos, la práctica cultural de las poblaciones ha permitido hacer una reconstrucción muy detallada de importantes formas de segmentación social en esos países. Un estudio con datos de más de 20 países de diferentes partes del mundo muestra que los casos de Latinoamérica se encuentran dentro de lo que podríamos denominar una norma empírica de desigualdad bastante extendida, con respecto a la cual el Cono

Sur no es una excepción (Gayo *et al.*, 2018; Benza y Kessler, 2020). Asimismo, podríamos afirmar de las variables que generalmente han servido para explicar la desigualdad cultural. Sin duda, la más protagonista ha sido una combinación de clase social y nivel educativo. Este hallazgo nos sitúa muy lejos de cualquier noción de sociedad sin clases que podamos dar por supuesta. Al mismo tiempo, factores como la edad, el género o el territorio también han sido destacados por diferentes estudios. Ello sitúa justamente la práctica cultural, o lo que simplemente podríamos denominar el capital cultural, no solo como un indicador que funciona como una expresión de una multiplicidad de formas de desigualdad, jerarquizadas o no, sino, como apunta el conjunto de este libro, como una perspectiva, o cuasi-epistemología, desde la que es posible reconstruir y entender la vida social en el Cono Sur latinoamericano hoy. A propósito de ello, los datos de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI, 2014), sobre consumos culturales en América Latina confirman las persistentes desigualdades en el acceso, modalidad y rutinas vinculadas a la cultura y al arte en la región. Nuestra aproximación cualitativa aporta elementos para comprender este fenómeno a través del discurso de los entrevistados, mostrando resultados coherentes con los retratados de forma más general por las encuestas. Dentro de este marco de intereses y análisis, en este capítulo se indaga en la significación del capital cultural para distintos grupos de personas, poniendo particular atención en su distribución en base a la clase, el sexo y la edad, con algunos énfasis en aspectos idiosincráticos referidos al entorno geográfico<sup>10</sup> y la nación en la que se inscriben, derivados de la diversidad de tradiciones y costumbres.

El estudio permite argumentar acerca de la persistente relevancia de la reproducción social a través del capital cultural y de

---

<sup>10</sup> Nos referimos a diferencias entre las ciudades de Buenos Aires, Montevideo y Santiago, y no a la diversidad interna presente en cada una de ellas, de lo cual dejamos constancia en esta nota. Una referencia a propósito del caso de la conurbación bonaerense es el estudio de González (2016), quien se refiere a los contrastes entre los «cordones» de esta mega-urbe parte de la provincia argentina del mismo nombre.

los límites que sugiere más allá de los procesos de globalización y apertura cultural de los últimos años. Justamente en relación a estos cambios, se puede afirmar que abuelos/as, padres/madres e hijos/as conservan tradiciones culturales comunes y también expresan ciertas rupturas al ritmo de los procesos de mundialización y pluralidad cultural (Gayo, 2016). Los intereses compartidos a lo largo de la vida familiar son parte de la «inversión común». De modo ilustrativo, el aprendizaje de un instrumento, la preferencia por un género musical o la práctica de cierto tipo de danza son buenos ejemplos de «herencias» culturales familiares. La posesión de obras de arte representa otro tipo del mismo fenómeno y revela una disposición específica hacia las artes plásticas, a la vez que evidencia cierta posesión de capital económico. El capital cultural<sup>11</sup> expresa conocimiento, gustos y disposiciones culturales especialmente asociadas al ámbito artístico. Su incorporación es un proceso de largo plazo en la vida de los individuos y, por tanto, no es posible ser transmitido de forma instantánea, como el dinero, las propiedades o los títulos nobiliarios (Kraaykamp, Van Eijck, 2010: 210). En la transmisión generacional del capital cultural interviene el *habitus* (Bourdieu, 1989) del entorno próximo, en particular de la familia de origen y de las instituciones socializadoras –escuela, club, barrio, religión, como algunas de las principales<sup>12</sup>–. No obstante, a pesar de que el capital cultural conlleva un largo proceso de adquisición, este es con

---

<sup>11</sup> De acuerdo a Pierre Bourdieu (1989), el capital cultural puede adoptar y observarse en diferentes estados: como capital incorporado vinculado a los *habitus* adquiridos a raíz de la educación, en buena medida de base familiar, en el aprendizaje de idiomas o de arte, por ejemplo; como capital objetivado a través de las posesiones de bienes culturales en el ámbito doméstico, tales como obras de arte originales y reproducciones, la posesión de instrumentos musicales o de libros; o bajo la forma de capital institucionalizado, que incluye los ritos de titulación educativa.

<sup>12</sup> Basados en datos de estudiantes de humanidades de primer año en la Universidad Veracruzana de México, Suárez Domínguez y Alarcón González (2015) concluyen que el capital cultural de origen (familiar principalmente) influye significativamente en el consumo cultural de aquellos al entrar a la universidad, pero este efecto se diluye después del primer año de experiencia universitaria como consecuencia de la exposición a las demandas características de la institución.

frecuencia imperceptible, llevando consigo una serie de mecanismos y símbolos de distinción naturalizados por las personas.

En la aproximación latinoamericana, Néstor García Canclini (1998) ha enfatizado la necesidad de superar las dicotomías del gusto: puro e impuro, distinguido y vulgar, estético y utilitario incorporando lo «híbrido», «mestizo», «sincrético», «kitsch», «cosmopolita», «ideológico» como categorías neurálgicas para su análisis. Numerosas expresiones artísticas de la región han cambiado en el presente siglo para ser socialmente aceptadas e integradas en la cultura «legítima». Junto a la transversalización de las expresiones culturales populares a través de la profesionalización de sus exponentes y la transformación de sus repertorios y estéticas, los sujetos también cambian la forma cómo se apropian de las mismas, parcialmente en modalidades menos *snobs* y más omnívoras<sup>13</sup> (Radakovich, 2011, 2014; Radakovich y Pertierra, 2020). Cabe preguntarse, entonces, ¿cuáles son las herencias culturales que se transmiten inter-generacionalmente? Y, consecuentemente, ¿qué capitales culturales son legitimados socialmente y apropiados por todos?, ¿cuáles diferencian y distinguen socialmente?, ¿qué recursos persisten y cuáles surgen en el nuevo siglo?, ¿cómo intervienen nuevas instituciones y agentes?

#### 4.1. EDUCACIÓN, TITULACIONES Y REPRODUCCIÓN SOCIAL

La valoración de la educación y el acceso a las titulaciones superiores constituye el indicador máspreciado de capital cultural. Por lo tanto, es a este al que se dedica más tiempo cuando se disponen de condiciones para que los hijos no trabajen y prolonguen sus estudios hasta niveles terciarios. El acceso a los mismos, y en particular a la universidad, constituye el escalón más alto de capital cultural

---

<sup>13</sup> La noción de omnivoridad (Peterson: 1992) supone que las clases altas ya no adoptan patrones de comportamiento cultural *snobs* que legitiman únicamente a las «bellas artes» y a la «alta cultura», sino que adquieren gustos eclécticos y cosmopolitas (Hannerz, 1990). De acuerdo a Peterson, los omnívoros asocian el refinamiento a una amplia variedad de expresiones culturales (Peterson y Kern, 1996; Peterson, 2005).

y dicha titulación, la adquisición de una «patente cultural», objeto de reconocimiento social y traducible en capital económico. Capital que se percibe importante de forma transversal a la clase social y la edad de quienes fueron entrevistados en toda la región del Cono Sur.

R: Siempre me han inculcado mucho que la educación es lo más importante. Lo que más me han dicho es que si el día de mañana ella ya no está o tengo que valerme por mí misma, digamos, la única herencia que ellos me pueden dejar es la educación, y que gracias a eso después yo puedo llegar a ser alguien en la vida, digamos, puedo tener un buen trabajo, valerme por mí misma y no tener que depender de nadie. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

En Montevideo la educación es un valor independiente de la clase social, expresando uno de los mitos configuradores de la nación (Perelli y Rial, 1985). La obra *M'hijo el doctor* de Florencio Sánchez sigue traduciendo muy bien esta percepción, sobre todo entre las personas de mayor edad.

La concepción de mi padre que venía de Polonia era llegar a ser lo que ellos no pudieron ser. Entonces era, no voy a decir universal, Florencio Sánchez en *M'hijo el doctor* era la misma idea que tienen los judíos, o tenían, porque estamos hablando de una generación anterior. Decir «mi hijo, el doctor» reventaba el chaleco. Se usaba el chaleco abotonado. Y porque alguien decía «sí, sí, porque mi yerno, el doctor». Aahh, cosa que, bueno, en aquella época, porque antes era imposible legalmente acceder a hacer muchas carreras universitarias y también Medicina en Polonia, Rusia» (Hombre, 51+, Montevideo, NSE alto)

No obstante su valoración positiva general, existen diferencias en el acceso y continuidad en el sistema educativo, pautado por una brecha entre estratos sociales en el acceso y conclusión del nivel terciario. De hecho, en los sectores medios que no han logrado un ascenso social a partir de su inversión educativa prima una cierta resignación que acompaña la nostalgia de tiempos mejores muy propia de la idiosincrasia del Uruguay (Radakovich, 2011). Por su parte, en Buenos Aires la educación parte de una misma matriz de significación



histórica que le otorgaba absoluta centralidad para el éxito y el logro del ascenso social (Sarlo, 1997). No obstante, la valoración se hace menos explícita o se revela menos intensa en las entrevistas realizadas allí que en el caso de Montevideo. Jiménez Zunino (2011) describe un deterioro bastante generalizado de las condiciones de vida de las clases medias, lo que produjo una devaluación de los títulos escolares o del capital cultural institucionalizado. En el mismo sentido, como señala Wortman (2003), las clases medias en condiciones de descenso social recuerdan la niñez y la escuela pública, y con ello el esfuerzo de sus padres por su educación, como un «orgullo». Frente al deterioro actual del nivel de vida, se aferran al estudio como un valor a preservar. A pesar de ello, el descenso de los retornos de la educación en el mundo del trabajo se percibe con cierta incredulidad. En Santiago se percibe una persistente valoración de la educación como forma de incrementar las competencias en el ámbito laboral. Estudios precedentes señalan que las personas cuyos padres contaban con educación terciaria tienen una mayor probabilidad de alcanzar el mismo nivel que otras cuyos padres tuvieron menor nivel educativo (Torche y Wormald, 2007: 339). Pero no solo las oportunidades se ampliaron para aquellos de orígenes más educados, también se produjo una importante movilidad ascendente en la generación de mediana edad o adultos (Gayo, 2020). Dentro de la evaluación que tiene lugar dentro del hogar con respecto a la elección de colegio para los hijos, el factor religioso aparece destacado recurrentemente y es un aspecto que divide aguas en el terreno educativo. De hecho, la religiosidad en Santiago se hace presente con gran intensidad y recurrencia en las prácticas cotidianas y en los *habitus* familiares de los entrevistados. También se aprecia una suerte de jerarquización diferencial de las carreras. Al respecto, son notorias las reticencias existentes frente a la educación artística vista como fuente laboral (Gayo, 2020). Tal valoración se invierte cuando se trata de un hobby o una práctica educativa no formal.

R: Y por mi lado me gustaba la danza y me costó mucho que me dejaran estudiar danza. Yo estudié por mucho tiempo

danza, que ese habría sido mi camino, pero me lo cortó (el padre) (risas).

P: ¿Y por qué se lo cortó, por lo de la vida bohemia?

R: Por eso de la vida bohemia, porque yo estaba por entrar al ballet y él no me dejó.

P: Pero usted todavía tiene cara de bailarina.

R: ¿Sí? (risas)

P: Sí.

R: Sí, mire usted, me gusta mucho, alcancé a estudiar bastante y estudié un tiempo español con Alhambra Fiori y ahí ya. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

La valoración de los padres respecto a la prolongación de los estudios de los hijos también se diferencia entre generaciones y nivel socioeconómico. La universidad se considera un factor de ascenso social para aquellos jóvenes de hogares de menos nivel socioeconómico. En la elección de la carrera se apuesta o bien por las ofertas más tradicionales, que aseguran en sí mismas un rédito de estatus—como medicina, abogacía, por ejemplo— y potencialmente un buen trabajo, o se enfatiza la continuidad de los estudios basada en el gusto personal. En sectores de más alto nivel socioeconómico la titulación de los hijos es una norma y tienden, o bien a reproducir la titulación de generaciones anteriores o bien a dejarles adoptar una decisión más personal, que recurrentemente parece inclinarse por carreras poco tradicionales. Para estas familias, el margen de libertad es más alto, incluso en la elección de una carrera. No obstante, será relevante el éxito que conlleve esa elección. Para familias de clase media alta, donde la educación terciaria ya es parte de las credenciales familiares, la misma no garantiza *per se* el estatus y bienestar económico de antaño. Como señala Bauman (1999), el engranaje perdido entre la titulación y el mundo del trabajo en las nuevas generaciones afecta la valoración y credibilidad de una apuesta de tan largo plazo como es la educación, algo que se hace visible en las tres ciudades analizadas, y más ampliamente en América Latina (Trucco, 2014). Con el paso del tiempo, también se agregan las titulaciones de cuarto nivel—posgrados, maestrías o magísteres y doctorados— para lograr la consagración social y evitar la devaluación de la titulación

terciaria. Las nuevas generaciones de clases altas y medias altas, formación a la que acceden en pos de empleos más especializados y mayor remuneración. Largos periodos de inversión justifican una importante continuidad en los sectores medios y altos, los que dedican mucho tiempo a «cultivarse». Las rutinas escolares incluyen la educación de doble horario desde temprana edad, observándose una tendencia significativa, más o menos acentuada dependiendo de la ciudad y el nivel socioeconómico, a que el aprendizaje se realice en instituciones privadas, cuyos valores y creencias se ajusten a la tradición familiar –laicos, religiosos, derivados de una colectividad, ideología política, como aspectos centrales<sup>14</sup>–. Con ello también se reafirman las redes sociales y se multiplican las oportunidades de interacción dentro de los círculos sociales elegidos a nivel familiar. Entre los más jóvenes se advierte que las industrias culturales juegan un papel en las alternativas educativas. Especialmente la televisión y los modelos de rol de figuras famosas o conocidas abren una ventana hacia otros mundos e influyen su toma de decisiones con respecto a la elección de una carrera y, dentro de ello, estudiar arte. La mundialización y el poder de la cultura audiovisual acaban por permear y transformar la orientación de las opciones educativas y artísticas, aunque este proceso no sea automático.

P: ¿Cómo llegaste a estudiar Derecho?

R: Me había decidido desde que era chica, más o menos desde los diez años. Me preguntaban qué quería hacer y contestaba segura que iba a estudiar Derecho. Capaz que era por las series que pasaban en TV. A mí me encantaba. Es más, cuando entré a Derecho, me imaginaba que era otra cosa. Imaginaba que los juzgados eran como los de Estados Unidos que pasaban en esas series. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE bajo)

---

<sup>14</sup> En Gayo *et al.* (2019), se observa la relevancia de la práctica religiosa católica para el acceso a los colegios privados o más selectivos del área nororiente, también conocido como «cono de alta renta», de Santiago.

## 4.2. LA LECTURA

La lectura es un importante indicador de capital cultural. Sobre todo si se trata de libros, pero también cuando se asocia a diarios, semanarios e incluso revistas especializadas. Actualmente se ha producido un desplazamiento de formatos y dispositivos para la lectura vinculado al uso de iPads, laptops e ebooks. No obstante, las jerarquías internas en el universo de la lectura siguen sosteniendo el leer libros como una de las prácticas más valoradas socialmente. En este apartado habremos de enfatizar la lectura de libros por placer, la que representa quizás la práctica más emblemática de la cultura letrada, pero sin dejar de lado otros formatos y géneros según se incorporaron en la noción de «lectura» de los entrevistados.

Como parte de las prácticas familiares, la lectura se encuentra asociada a la reafirmación identitaria de los migrantes históricos que poblaron la región del Cono Sur y muy asentada en familias con situaciones socioeconómicas holgadas. Los entrevistados revelan el incentivo por la lectura, especialmente de libros, en sus historias de vida. Tanto fue considerado «leer libros» un valor cultural que tendió a ser reproducido entre generaciones.

P: ¿Y en su casa leían?

R: Y en mi casa no leían en castellano. Leían. Y mi papá era muy, muy exigente.

P: ¿Él leía también?

R: Sí, leía, leía en yiddish. Leía poco, porque tenía un trabajo, tenía un comercio, pero le llevaba mucho tiempo. Y bueno, él quería que, lo que hicieron todos los inmigrantes, que los hijos estudiaran, leyeran. Él mismo traía los libros. Bueno, por lo menos, si no leían tanto, eran como que lo estimulaban.

P: ¿Había libros en su casa?

R: Había libros, había libros.

P: Y usted con sus hijas, ¿cómo fue en ese sentido?

R: Yo fui igual... tienen un montón para recriminarme, así (ríe). No, pero eran lectoras las dos.

P: ¿Compraba libros?

R: Compraba libros, compraba libros.

P: Para usted, ¿es un valor importante?

R: Y aunque yo ahora tenga la memoria perdida, sí, es muy importante, es un valor importante. Mis suegros eran muy lectores, ¡grandes (con énfasis) lectores, eh! Tenían una habitación que era nada más que biblioteca. Así que también había un estímulo diferente.

P: Claro, bueno, las hijas, las nietas, salieron todos muy interesados por la cultura, ¿no?

R: Sí, evidentemente, sí. Algo genético debe ser (ríe). (Mujer, 51+, Buenos Aires, NSE alto)

R: Yo era una ratona de biblioteca, o sea, yo tenía otra compañera, una chiquitita, gordita, que era la competencia, y las dos nos peleábamos los libros y entonces los recreos de nosotras consistían en irnos a la biblioteca, y la biblioteca quedaba en el castillo, las otras salas, y ya cuando fue el cuarto de humanidades teníamos clases ahí en el mismo castillo, pero nosotras nos peleábamos los libros, o sea, yo iba a pedir un libro, lo tenía ella, después ella iba a pedir un libro, lo tenía yo, y así nos llevábamos (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

Para los sectores populares, la búsqueda de lecturas fue y es más difícil de integrar a la vida cotidiana. Los gustos tienden a centrarse en lecturas de autoayuda o en temas místicos<sup>15</sup>, y reproducen el interés por lo lúdico, lo entretenido y lo cómico que les caracteriza en otro tipo de consumo cultural, como es el caso de la televisión, quizás como forma de aislarse del difícil contexto de sus propias vidas. No obstante, el interés por la lectura, si bien es menor que en otros sectores sociales<sup>16</sup>, no ha desaparecido. La práctica de la religión es una de las vías por la que se accede a libros y revistas, estando bien visto en el círculo de practicantes el recurso a la lectura diaria de este tenor como fuente de inspiración y fundamentación

---

<sup>15</sup> En Radakovich (2011) el análisis de los patrones de lectura de la clase social obrera en Montevideo revela similitudes con lo planteado aquí.

<sup>16</sup> Según datos del Observatorio Universitario en Políticas Culturales (UDELAR) en Montevideo las razones de no lectura en zonas de menos nivel socioeconómico y en asentamientos de la ciudad, asociada a la lectura de libros, diarios, semanarios y revistas, se argumenta a través del desinterés y falta de tiempo (Achugar *et al.*, 2002 y 2010; Dominzain *et al.*, 2009, 2014; Radakovich, 2011).

en valores para conducirse en la vida<sup>17</sup>. Al respecto, con frecuencia la Biblia es regalada por las instituciones religiosas, fomentándose su lectura como un «deber ser».

P: ¿Qué te gusta leer?

R: De todo. Todo lo que sea para aprender, libros de Reiki y esas cosas, me gusta todo. Como yo no pude estudiar, me gusta leer para aprender.

P: ¿Hay algún libro que te haya marcado?

R: Leí mucho la Biblia. La leí varias veces. La primera vez que la leí no entendía nada. Me gustaban las parábolas, a mi hijo también. Recuerdo la parábola del hijo pródigo. Como leía para aprender, no había ningún escritor que siguiera. Leía de todo. Si me gustaba el que sea, lo trataba de conseguir. Si podía, me lo compraba; si no, lo pedía prestado. Cuando era chica, leía *Patoruzú*<sup>18</sup>. Me acuerdo de que teníamos las revistas y las leíamos con mi hermana. No sé la cantidad que teníamos. Ahora de grande ya no leo más. A veces leo algún diario, pero lo tengo que volver a leer de vuelta porque no tengo tiempo. Mi marido trabaja en una mueblería, donde conoció a un hombre que escribía. Él era poeta de verdad. Me mandó tres libros para que leyerá. Él quería conocerme. Yo también escribía. Le gustó cómo escribía yo. Vio que era muy sencilla, para nada rebuscado. Así lo podía entender todo el mundo. (Mujer, 51+, Montevideo, NSE bajo)

En el tránsito del consumo a la producción, aventurarse a escribir –como en el caso de la entrevistada anterior, que escribía poesía– ofrece una nueva ventana de oportunidad de integración a la cultura letrada. La sencillez para la decodificación del mensaje en su poesía

---

<sup>17</sup> En Gayo (2020), se encuentran referencias a estratos socioeconómicos bajos de diversos países latinoamericanos cuyos indicadores de lectura son sorprendentemente altos. Justamente, se esperaría que fuera debido en gran medida a la lectura de textos religiosos.

<sup>18</sup> La búsqueda del humor en las lecturas remite a revistas como *Paturuzú*, por ejemplo. Fue un semanario humorístico, publicado por la Editorial Dante Quinterno en Buenos Aires desde 1936 a 1977. El protagonista, de nombre Patoruzú, era un indio que llegaba a la capital del país, pero no cualquier indio, era un cacique tehuelche, dueño de media Patagonia, que venía a Buenos Aires cargado de pepitas de oro, con disposición de hacer el bien. Fue el primer superhéroe argentino y tuvo gran éxito, incorporando por décadas humor vinculado a temas de actualidad. Recuperado de [http://www.historieteca.com.ar/Patoruzu/patoruzu\\_\\_la\\_revista.htm](http://www.historieteca.com.ar/Patoruzu/patoruzu__la_revista.htm).

revela más el interés de comunicar sus emociones y sentimientos que una incursión más erudita en el universo de la poesía. La búsqueda de la lectura motivada por la necesidad de ampliar el conocimiento es muy significativa, ya que traduce la voluntad de superación personal con independencia de las instituciones educativas y de las familias de origen. La imposibilidad de comprar libros y un acceso más restringido a redes informales de préstamo deja como saldo un tipo de lectura más tradicional, acotada a autores clásicos, más fáciles de conseguir. También expresa lo que en términos de Bourdieu (1979) sería «la buena voluntad cultural», traducido en la representación idealizada de la lectura de libros como el emblema del «deber ser» cultural que, más que en términos de práctica actual, expresa el recuerdo de lo leído en el sistema educativo en la adolescencia y la juventud, como lo relata la siguiente entrevistada:

P: Y lecturas, ¿qué cosas te gusta leer?, ¿libros, revistas, diarios?

R: Lo que venga, revista de chistes, revista de poemas, lo que venga me encanta leer.

P: ¿Y algo que te guste, así, en particular?

R: No, a mí me gusta leer todo. No tengo preferencia, leyendo algo que a mí me guste, una revista de chistes, el diario. No tengo, digo, me gusta, siempre, por lo general, un rato de noche siempre leo.

P: ¿Siempre lees alguna cosa? ¿Y algo que hayas leído como que te impactó o te gustó, así que te acuerdes?

R: No, me gustan mucho los libros de Horacio Quiroga.

P: Ah, mira.

R: «El almohadón de plumas», «La gallina degollada», todo eso.

P: Esos son medio duros, ¿no?

R: Más allá, digo yo, muchos de esos los dimos en el liceo, digo, me gustaban.

P: ¿Te quedaron?

R: Me quedaron, sí.

P: Ta, bueno. Yo me acuerdo que eran bravísimos.

R: Sí, «La gallina degollada» es la peor.

P: Yo después de «El almohadón de plumas» nunca quise tener ningún almohadón de plumas, porque (risas) me quedó trauma. Ahí nunca sabes si no te va a salir un bicho. (Mujer, 31-50, Montevideo, NSE bajo)

Para muchos, como la entrevistada uruguaya que menciona su interés por Horacio Quiroga, la lectura entrañable es aquella a la que accedieron a partir del sistema educativo, en la escuela o el liceo. Pocos han elegido sin orientación institucional –la escuela, la Iglesia– libros para recrearse por puro placer.

R: Me gustaba leer novelas, pero de buenos autores como Blest Gana, Martín Rivas, ese tipo de novelas así, pero también esas que te obligaban en el colegio a leer. Entonces te instaban a aprender a leer y tener gusto por la lectura. Y esas eran las otras cosas que yo podía hacer. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

P: ¿Y le gustaba leer también?

R: Libros, así como libros, poco. Lo que se leía en el colegio era Vargas Llosa, *Cien años de soledad*, que fue un infierno para mí. Me gustaba Oscar Castro. *La vida simplemente* fue un libro que me marcó. Lo encontré muy bonito. Libros sencillos que nos daban en el colegio. A mí me gustaba leer. (Mujer, 31-50, Santiago, NSE alto)

Algunas personas han conseguido acceder a redes de préstamo formales y a través de ellas leen textos más variados y contemporáneos, como es el caso de la siguiente entrevistada:

P: Respecto a la lectura, ¿te gusta leer?, ¿te atraen los libros?

R: Me encanta. Sobre todo los libros. Soy socia de una biblioteca ambulante. Desde que era gurisa, desde la escuela, para los Reyes Magos pedía libros. Siempre estoy leyendo alguno.

P: ¿Algún libro que te haya gustado o impactado, o algún autor que sigas?

R: Te hablo más bien de los últimos. De Coelho he leído todos, Alejandro Corchs también me gusta, el muchachito que escribe sobre los antepasados charrúas. Me gusta también el argentino que es psicólogo gestáltico, que hace todo un trabajo a base de cuentos, no me sale el nombre [Jorge Bucay]. He leído de todo. Son más bien novelas lo que me gusta. Marcela Serrano me encanta. No me gustan esos que son más comerciales, a pesar de que sean bestsellers. Los brasileños me encantan, tipo Mauro de Vasconcelos. (Mujer, 31-50, Montevideo, NSE bajo)



La influencia de los profesores, y no solo de la familia, a la hora de leer en una etapa temprana de la vida se revela importante, donde el sistema educativo y las figuras de los maestros de literatura tienden a ser recordados y a moldear el gusto futuro<sup>19</sup>.

P: ¿Qué te gusta leer?, ¿qué cosas?

R: Y la lectura la descubrí, digamos, en la secundaria, con las profesoras que te mandaban los libros a leer. Todos rezongaban. Entonces, yo leí el cuento que me daban ellas y terminaba el libro. Bueno, ahí descubrí a Cortázar. Cortázar, cuando lo leí por primera vez, me encantó, pero estaría en primer o segundo año de la secundaria, no me acuerdo. Y después leía, la verdad que leí muchísimo. Y bueno, te digo, Cortázar, Roberto Arlt. Los argentinos me gustaban mucho. Nunca pude leer a Shakespeare. Me aburre.

P: En estos gustos de los que me hablaste, en estos autores o este tipo de lectura, ¿quiénes intervinieron o quiénes tenés noción de que te influenciaron como para empezar a leerlos?

R: ¿Para leerlos?

P: ¿Amigos, la familia?

R: Las profesoras de secundaria. Tuve unas profesoras muy buenas. Bueno, amigos también, que nos pasábamos. Pero realmente cuando empecé a leer fue cuando una profesora de primer o de segundo año nos hizo leer a Cortázar. (Mujer, 31-50, Buenos Aires, NSE alto)

P: ¿Y qué tipo de libros le gustaban?

R: Tuve una profesora de historia universal tan buena. Entonces a mí me llamó al tiro la antigüedad. Me llamó la atención Egipto, me sentí identificada, y todo lo que tuviera que ver con libros de arqueología. (Mujer, 31-50, Santiago, NSE alto)

En el caso de la lectura, surge como relevante el corte generacional más allá de los contextos geográficos. Para aquellos de generaciones pasadas, ya más distantes de lograr el acceso a la educación secundaria y terciaria, la lectura era una forma de descubrir el mundo. Revistas de interés general, como *Selecciones*, constituían

---

<sup>19</sup> Para el caso de Canadá, Whidden (2010) encuentra que la opinión manifestada por los profesores y su eventual apoyo en la etapa escolar son cruciales en la percepción que las personas se forman sobre su habilidad para cantar, la que frecuentemente se consolidará para toda la vida.

la pequeña enciclopedia práctica necesaria para estar al día de lo que acontecía a su alrededor.

P: ¿Y leías el diario cuando tenías 20?

R: Sí, leía, pero poco, porque yo trabajaba muchas horas, viste. Lo que leíamos siempre era la *Selección*<sup>20</sup>. Comprábamos toda la *Selección*.

P: ¿*Selección* es la revista *Selecciones*?

R: Sí, antes había una revista que se llamaba *Selección*. Era muy importante, tenía muchas cosas. Todo cosas que pasaban, todo. Muy interesante, muy conocida. Era como un librito. Teníamos toda la colección. (Hombre, 51+, Montevideo, NSE bajo)

En los relatos, varios son los sentidos que aparecen asociados a la práctica de la lectura, y en particular la referida a los libros. Generalmente, todos rescatan la lectura como una forma de expandir la imaginación, de aventurarse. Para aquellos que no pudieron prolongar sus estudios, tiene un carácter formativo. Y para aquellos que no continuaron leyendo fuera del ámbito escolar, la lectura de libros se tiñe de añoranza e idealización de los recuerdos de un pasado lejano. Los más jóvenes se enfrentan a un contexto nuevo, donde las opciones literarias conviven con sus preferencias audiovisuales y tecnológicas, que transforman las modalidades de aproximación a la lectura, pero no necesariamente, ni de forma inmediata, los gustos y preferencias. Como señala Néstor García Canclini (2016), a pesar de la transformación de la modalidad de lectura en pantalla, que se ofrece fragmentada y discontinua, la lectura digital en diversos soportes tecnológicos revela la continuidad de la práctica. No obstante, eso no impide que continúen teniendo un significativo efecto factores como el nivel socioeconómico, el desarrollo de sus estudios, así como el tipo de ocupación y los horarios disponibles para una eventual lectura. Al respecto, algunos jóvenes expresan poca selectividad y un énfasis en la literatura «de bolsillo». Entre sus opciones, recurren a las novelas históricas y la ciencia ficción por sobre otras temáticas.

---

<sup>20</sup> Revista *Selecciones*, siguiendo el modelo de un Reader's Digest.

P: ¿Y escritores? ¿Tenés alguno que seguís en particular?

R: No, leo lo que me caiga en la mano. Me gusta también ir por ahí, voy al parque Rivadavia, al parque Centenario, esos lugares que tienen los puestitos. Me pongo a mirar así y el que me llama la atención me lo llevo. Me gustan los libros chiquitos para leer en el bondi (ómnibus).

P: ¿No sos de ir a librerías, digamos, sino más bien de...?

R: No, sí, sí, igual en mi casa hay. Mis viejos leen mucho. Entonces siempre... Yo les pido que me recomienden y me dan una pila así, y siempre algo para leer hay. (Hombre, 20-30 años, Buenos Aires, NSE alto).

En cierta medida, la televisión retroalimenta los intereses literarios de muchos y a la vez constata que la cultura letrada sigue siendo fuente de legitimidad, incluso para los contenidos audiovisuales.

P: ¿Y qué tipo de libros le gustaban?

R: A mí me gustaban todos los de Historia, o sea, la Historia de Egipto, o sea, cuando salieron estas películas de la momia... me las he visto no sé cuántas veces. Me encanta todo ese tema. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

P: ¿Y leías también cosas?

R: Sí, leo un libro, a ver, de... no me acuerdo cómo se llama la autora, pero es de crímenes, de investigación, de estos como CSI, un libro así.

P: ¿Ahora estás leyendo?

R: Sí.

P: Pero ahí cuando eras más niña, ¿qué cosas?

R: Los mismos libros.

P: También así de crímenes. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

Un estudio realizado en Montevideo sobre el reconocimiento de las películas uruguayas justamente afirmaba el valor de aquellas que tenían como fuente una obra literaria desde autores consagrados, desde Onetti para *Mal día para pescar* (Brechtner, 2008) a nuevos talentos como Dani Umpi para *Miss Tacuarembó* (Sastre, 2010), e incluso sería el caso de investigaciones periodísticas como la de María Urrusola para *En la puta vida* (Flores Silva, 2001). Se sostenía además que la circulación del valor simbólico de la literatura en

lenguaje audiovisual tiende a afianzar la cultura letrada tanto como la audiovisual (Radakovich *et al.*, 2014).

### 4.3. LA RELEVANCIA DE LOS IDIOMAS

Entre las aspiraciones colectivas de la nueva era, hablar diferentes idiomas, y principalmente inglés, es una prioridad. Los idiomas operan como nexos de integración «global y transnacional» (Carlson *et al.*, 2016). Para sectores de alto nivel socioeconómico, estudiar inglés y portugués constituye opciones frecuentes, si no obligadas.

R: Idiomas, bueno, yo estudié formalmente inglés y, en realidad, tendría que hacer algo, no porque me gustaría, sino porque debería. Porque, en realidad, lo vas perdiendo y cuando te enfrentás a tener que hablar, como que tenés una tranca ahí, y si no tenés la oportunidad de estar inmerso en un lugar que te obliga, tendría que practicar inglés, en realidad. También estudié algo de portugués, pero, bueno, portugués no es tan necesario. A esta altura del partido no me pondría a estudiar ya, creo que no, salvo... me gustaría saber chino. Me gustaría, pero no lo voy a hacer porque no me dan la cabeza ni la voluntad ahora. Pero viste que es como que mucha gente está haciendo chino ahora porque es como un área interesante de negocios. Por eso si hay una cosa que haría sería eso, por cultura general no más. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE alto)

El inglés es el idioma dominante, no solo como símbolo o expresión de cosmopolitismo, sino como emblema de ciudadanía global. Como señala Ortiz (2004), el mundo llegó hasta nosotros, penetró en nuestro cotidiano, y este cotidiano se hace entonces cada vez más internacionalizado. Con ello surgen ciertas improntas u obligaciones sociales imposibles de eludir. Hablar inglés es una de ellas. Retomando a Bourdieu, Ortiz sostiene que la emergencia de una «diglosia mundial» solo es posible por la ampliación del mercado lingüístico en una dimensión transnacional. El inglés deja de ser considerado una lengua extranjera para apropiarse como segunda lengua. Se constituye en un emblema de la mundialización cultural,

convirtiéndose en un fuerte componente del capital cultural del ciudadano contemporáneo y una suerte de obligación formativa para quienes pretendan ser parte del nuevo contexto global. No obstante, si el inglés es todavía el presente, el mandarín aparece como el capital lingüístico del futuro. Occidente mira a Oriente. La expansión de las economías asiáticas y el creciente valor de la diferencia cultural, y con ello la búsqueda de elementos de distinción hasta ahora exóticos, han elevado el valor social de idiomas como el chino mandarín, con un claro componente instrumental. El nuevo capitalismo y el mercado internacional de negocios se orienta hacia China. Hablar este idioma es entonces un recurso cultural con rédito económico crecientemente demandado. Al mismo tiempo, permanecen presentes lenguas que han configurado por largo tiempo capitales culturales que tienen sentido al mirar a tiempos pretéritos. Un pasado de familias y colectividades, un pasado de migrantes que tanto han contorneado las identidades culturales del Cono Sur latinoamericano. Así es que las personas de mayor edad también llevan consigo el saber del idioma de origen de sus padres, muchos originarios de distintas partes de Europa. De esta forma, idiomas como el checo o el italiano aparecen entre las competencias adquiridas como producto de la socialización familiar. En este sentido, la pertenencia a una colectividad otrora migrante otorga un rasgo distintivo, objeto de cierto prestigio y estatus social, muchas veces disociado del capital económico familiar. Por lo tanto, la trayectoria familiar o personal permite acumular un capital cultural específico como el idioma, un vínculo social y una serie de costumbres y tradiciones exóticas frente a las existentes en el ámbito local.

#### 4.4. APRENDIZAJE ARTÍSTICO Y POSESIÓN DE INSTRUMENTOS MUSICALES

El conocimiento de un arte y la participación, ya no solo como «espectador», sino también como «productor», supone un rasgo distintivo altamente valorado. Ello explica en cierta medida por qué los

sectores con más recursos optan por el aprendizaje de instrumentos musicales o danzas clásicas<sup>21</sup>.

R: A mí me gustaba, en el norte me gustaba mucho la música y yo practicaba tocando algún instrumento. De hecho, por el oído a lo mejor. Mi abuelo también fue músico. Entonces me regaló algún instrumento y yo empecé a aprender a tocar desde muy niño.

P: Dentro de su familia conocía ya desde muy temprana edad instrumentos, música. ¿Qué tipo de música escuchaban?

R: Para muchos a lo mejor no les gustaba, pero a nosotros nos encantaba. Era música clásica. A nosotros nos gustaba mucho.

P: Y cuando empieza ya a tener sus propios gustos, ¿qué tipo de música le empieza a gustar?

R: Me gustaba mucho crear música, después al final, y eran instrumentos de música andina. Me gustaba mucho eso.

(Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

Por su parte, aquellos de menor nivel socioeconómico optan por la práctica de danzas exóticas o bailes tradicionales. La danza y el baile dejan lucir el «patrimonio familiar» relativo a la expresión corporal que los sectores populares han incorporado a lo largo de los años.

P: ¿Hiciste alguna actividad artística de chica?

R: Danza árabe. Poco tiempo, porque para ser profesora tenés que estudiar tres años. No es tanto tiempo, pero no pude seguir. Me hubiese encantado seguir. Si pudiera terminarlo algún día, lo haría. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE bajo)

---

<sup>21</sup> De ningún modo queremos afirmar que haya una correspondencia perfecta entre clase y cultura, implicando que es un patrón generalizado de las personas de clases acomodadas el consumo principalmente de alta cultura, sucediendo lo inverso a las personas de clases populares. Se trata de una asociación habitual, pero ello sufre alteraciones en muchos casos, puesto que dicha relación está sometida a la presión que ejercen factores a menudo contradictorios, frecuentemente relacionados con las trayectorias personales. Por tanto, si bien nos parece fundamental la exposición y el estudio de las desigualdades relativas a las prácticas culturales, suscribimos que «no necesariamente todos los que tienen altos niveles de capital cultural llevan a cabo prácticas de élite, las cuales (...) requieren del componente de apreciación artística del que no es garantía la posesión de un nivel socioeconómico determinado» (Suárez Domínguez y Alarcón González, 2015: 54).

P: ¿Alguna vez te dio como para aprender baile?

R: Tango, salsa. Sí, lo que practicaba más cuando era joven era el tango. Sí, llegué hasta a hacer concursos, a participar. La última vez entré segundo. (Hombre, 51+, Montevideo, NSE bajo)

Las clases medias, por su parte, cultivan con ahínco diferentes expresiones artísticas como elemento de distinción social. Como señala Svampa para el caso argentino, «no hay aspecto más ilustrativo de la textura cultural que la intensa actividad artística y cultural que desarrollarían las clases medias en el contexto de la crisis socioeconómica de 2001» (2005: 154). Algo que Wortman (2003) analiza en profundidad, dejando en evidencia la intensa relación que tienen las clases medias con la cultura como símbolo identitario.

En Montevideo, Radakovich (2011: 141) señala que en promedio 4 de cada 10 personas han practicado actividades artísticas de diversa índole: talleres de teatro, murga, danza, talleres literarios, entre otras, a lo largo de sus vidas. El estudio señala que para 2009, el 11,6% de los gerentes y el 14,4% de los profesionales asistían regularmente a clases o actividades artísticas formativas, mientras lo hacía el 8% de los administrativos y empleados de servicios y el 6% de los trabajadores por cuenta propia y trabajadores manuales. Asimismo, el aprendizaje y el conocimiento de instrumentos musicales es otro aspecto central a la hora de pensar el vínculo de sectores sociales distintos con lo artístico. Para aquellos que, como el siguiente entrevistado, vivieron su juventud a mediados del siglo pasado, el tocar un instrumento no era compatible con la condición de pobre. Ello le suponía largas jornadas de trabajo que dificultaban el aprendizaje artístico u otro tipo de rutina cultural. Como sucedía con los idiomas, constitutivos de comunidades nacionales migrantes, también están presentes en la relación con el arte, y la música en específico, las tradiciones culturales originarias de los padres, los que fundamentalmente vinieron de Europa. Algunos traían consigo instrumentos musicales y los integraban de forma lúdica a la vida que compartían con sus hijos.

R: Mi papá tenía instrumentos musicales. Entonces jugábamos mucho con eso.

P: ¿Él tocaba o...?

R: Sí, a él le gusta la guitarra, pero en Córdoba llegó a tener cosas de batería, bajo, bueno, guitarra. Le gusta. Él tocaba la guitarra, pero, bueno, tenía violín. Tenía muchos instrumentos, muchas flautas, kenas. Y ahí, bueno, y después mi papá trabajaba también en un bar que tenía juegos. Entonces íbamos también a veces a jugar a los juegos. (Mujer, 20-30 años, Buenos Aires, NSE bajo)

Un proceso más reciente de democratización de los instrumentos musicales ha logrado en cierta forma fomentar a aquellos a quienes les gusta intentar aprender a tocar un instrumento musical, más allá de su condición socioeconómica. Para aquellos de mayor nivel socioeconómico, el aprendizaje de instrumentos constituye una inversión de largo plazo, ya que requieren de disciplina familiar transmitida a los hijos para un aprendizaje que a veces se extiende por años, dependiendo del instrumento, y exige una disponibilidad de gasto para la compra del mismo y la academia o profesor. También la danza, esta vez clásica como el ballet, aparece entre las inversiones culturales de aquellos más privilegiados.

R: En mi casa había guitarra y piano, y no sé cómo, bueno, fui al Tump-Taller Uruguayo de Música Popular cuando tenía ocho años. Un año me compraron los palitos de la batería y todo, pero no, pero como no enganché con el grupo. Era muy chica también y, *ta*, y después, en realidad, no. Si bien me hubiese gustado, no terminé aprendiendo. Mi hermana aprendió piano. Bueno, de ahí que hay un piano en mi casa, pero no, nunca aprendí así un instrumento. Cosas que hice más bien vinculadas con danza con algo en la escuela o ballet cuando era chiquita o teatro que, *ta*, hice todo el liceo y después también varios años de teatro. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

Para aquellos donde hay músicos o artistas en la familia, esta actividad aparece como una opción a la hora de elegir los estudios y como una potencial profesión.



R: Tengo dieciocho años, acabo de terminar la secundaria en el Normal 1 y estoy estudiando música en el de Avellaneda, en el mismo que enseña él [el padre].

R: La mayoría de los días a la mañana es la EMPA, la escuela, y a la tarde es practicar guitarra, practicar las cosas que me manda él, porque estoy haciendo solfeo con mi abuelo, y verme con algún que otro amigo, no es mucho de salir ni de hacer otra actividad, tipo trabajar. No estoy trabajando. Nada más estoy dando la EMPA.

P: ¿Y los fines de semana?

R: Los fines de semana, los sábados, por ejemplo, tengo un curso de inglés a la mañana, del Centro Universitario de Idiomas. (Mujer, 20-30 años, Buenos Aires, NSE alto)

En sectores de menor capital económico, la presencia de instrumentos musicales no implica un aprendizaje formal, sino el intento de aprender por sí solos. Tiene un valor afectivo y expresivo, que se resalta a la hora de argumentar el interés por la música y el valor del saber tocar un instrumento musical.

En la adquisición de saberes culturales y artísticos, varios factores son cruciales. Por un lado, el esmero y la dedicación, el «ser aplicado», disciplinado y la continuidad del aprendizaje; clásicos mecanismos de adquisición de conocimiento y muy propios de los hábitos de sectores de alto nivel socioeconómico. Por otro lado, el elemento emotivo y el valor creciente de las experiencias creativas cobra relevancia. La búsqueda del riesgo, de la novedad, de vivir la experiencia<sup>22</sup>. En el aprendizaje musical también se revelan los géneros y la perspectiva a propósito de los mismos. En estas consideraciones el disgusto o aversión hacia lo popular no aparece enfáticamente, aunque queda claro el gusto por la música clásica y la «alta cultura», sobre todo de las generaciones de mayor edad. Habría una suerte de inflexión generacional en términos de gustos culturales. Las referencias a la música popular se dan, por ejemplo,

---

<sup>22</sup> Como señala Benzecri (2012), al analizar el gusto por la ópera, el vínculo afectivo y personalizado hacia tal afición constituye una clave para la comprensión del apego cultural y del «amor al arte». Jullier y Leveratto (2012) también señalan una tendencia cada vez más experiencial a la hora de entender el amor por el cine que profesan los cinéfilos 2.0.

en el caso uruguayo, a partir del folclore, el carnaval y la murga, asociando estas expresiones a la protesta social y política en aquellas generaciones que vivieron la transición entre la dictadura y la democracia en los años ochenta.

R: En el caso de mamá, mamá como que acompañó mucho a mi viejo en eso de la ópera que les gustaba a ellos, lo que yo te decía que no, que en realidad no me gustó, o sea, reconozco que es una expresión muy rica, por eso te digo, fui a ver *Carmen*, quería ver lo que era una puesta en escena, lo que supone armar eso, cómo cantan, cómo se prepara María Callas, y creo que me lo banco porque, bueno, me gusta cómo canta la mujer, pero en realidad la ópera no. Mis viejos, digo, les gustaba Woody Allen, por decirte, y a mí me encanta también pero quizás, este, el carnaval no les gusta, o sea, algo claro que tenemos diferencia es que el carnaval no les gusta, a mí me gusta y capaz que a las chiquilinas no tanto. Es una generación más vinculada a nosotros. Capaz que María y Sofía, cualquiera de las dos, van, pero no es algo que les llame mucho, no se apasionan con eso. Creo que hay ahí un género que nos cruza que puede ser el estilo Woody Allen o Almodóvar, o, este, ese tipo de cosas que son medio cónicas, medio así (risas) que nos resulta. Me parece que nos integramos y nos gusta a todos la onda esa. Capaz que la música clásica que también a mis padres les gustaba y además son gente, mi padre especialmente, muy culta respecto a eso. (Mujer, 51+, Montevideo, NSE alto)

Un caso distinto podría ser el de la cumbia, generalizada en el Río de la Plata, con orígenes populares que no surge como parte del gusto musical o del baile entre sectores altos. Aun así, la afinidad a los géneros populares traduce cierto eclecticismo o pluralismo, omnivorismo quizás en ocasiones.

#### 4.5. CAPITAL AUDIOVISUAL Y TECNOLÓGICO O «TECNOCULTURAL»

Como señalan Silverstone y Hirsch (1992), «nuestra vida doméstica está invadida por la tecnología y las denominadas TIC se han transformado en un componente central de la familia y la cultura

de los hogares». O’Keeffe (2009: 210) lo denomina «technocultural capital» y lo caracteriza como las posibilidades de adquisición, acumulación, uso e interacciones de los medios de comunicación y TIC. Desde esta perspectiva, el «tecno-cultural» es un tipo de capital cultural que existe en las actitudes y disposiciones de los individuos hacia la tecnología y en sus competencias, conocimiento y habilidades, para la adquisición de lo cual se invierte tiempo y esfuerzo a partir de la «auto-superación» (*self-improvement*). En relación con estos saberes, emerge una forma de *habitus tecnológico*, el que estaría en la base de una cierta habilidad o predisposición para el aprendizaje que resultaría importante para dominar el campo que actualmente vendría a constituirse.

Acompañando a esta incorporación de prácticas y conocimientos, tomaría forma un «capital tecno-cultural objetivado», lo que incluye el hardware o los equipos físicos junto con sus contenidos. Por lo tanto, es necesario tanto el dominio de los nuevos lenguajes técnicos como la adquisición de los medios materiales para hacer posible y desarrollar este subtipo de capital cultural. Además, se trata de un capital que adopta una forma institucionalizada mediante las credenciales educativas que permiten reconocer una competencia específica en la materia y que alcanza un alto estatus social. De este modo, una vez reconocido y legitimado, el capital tecno-cultural puede llevar aparejado honor e influencia, convirtiéndose en un poderoso recurso. Por el contrario, su inexistencia o carencia podrá ser causa de formas de exclusión social.

De las entrevistas surge abundante evidencia del capital audiovisual y tecno-cultural incorporado como uno de los más ubicuos en la vida cotidiana. La televisión y la radio aparecen como aspectos naturalizados del uso del tiempo diario, sin gran influencia de factores personales como el económico y la región. Por su parte, el uso de internet se ha constituido en una práctica generalizada que reafirma la relevancia de las nuevas tecnologías de información y comunicación en las sociedades contemporáneas. Al respecto, varios entrevistados manifiestan la centralidad en su cotidianidad del equipamiento audiovisual y tecnológico, al mismo tiempo que revelan

un uso cada vez más individualizado del mismo. Para algunos de ellos, el conocimiento de programas informáticos (o de software) y la adquisición de un cierto saber «técnico» ofrece evidencia sobre su significativo nivel de incorporación y naturalización.

R: Hoy día supiera la cantidad de computadores que hay en la casa... Hay uno para cada uno y hay dos de base, incluido mi señora y yo. Cada uno tiene su notebook y más los dos que están conectados en línea están en red y para sacar lo que es impresiones, porque también no compré cualquier impresora, y hoy día tengo una a láser, pero grande.

P: ¿Cómo parte la primera vez que se enfrenta a un computador?

R: Entonces cuando me picó el bichito a mí fue cuando empezaron a tener pantalla a color. Tenían distintas cosas que se podían hacer y juegos, y les compré un computador que era top ten en el momento para que ellos se empezaran a familiarizar un poco con lo que era el teclado y empezaran a ver eso. Pero yo se los compré además con un joystick manual para que pudieran jugar más cómodamente. Se los compré con algunos juegos. También les compré la enciclopedia, que estaba a través de discos, la Encarta, que también después contraté internet, que era a través del teléfono. Me acuerdo que cada vez que estaban conectados a internet no podía nadie llamar por teléfono, o si no se sentía una bulla, un pito y en esas condiciones empezamos a tener algo de tecnología. Tenía una memoria, pero ínfima, que era muy grande para la época. Hoy día es muy diferente. Cuando ya empecé a ver que ese computador era lento para ellos, ellos le llamaron el lentium. Se los cambié. Les compré un computador con más memoria y ahí empezaron a evolucionar. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

El testimonio anterior resume muy bien la relación entre capital tecnocultural y consumo tecnológico. Como señala Sennet (2006), las tecnologías hoy venden capacidad, potencia que nunca utilizarán íntegramente pero que se instala como dispositivo de placer en nuestra vida cotidiana. Aquellos a los que denomina «consumidores de potencia» son socializados por la tecnología, a la que consideran un «recurso valioso». En sintonía con ello, nuestros entrevistados

argumentan sobre la necesidad de una constante renovación tecnológica de sus bienes y servicios audiovisuales y tecnológicos, y mencionan la satisfacción obtenida por la adquisición de un objeto de capacidades ilimitadas: más rápido, con mayor capacidad de memoria. Pero también el testimonio delata la relevancia que va adquiriendo en la vida cotidiana la tecnología e internet, la incursión en saberes y competencias específicas, además de la renovación y ampliación periódica de los soportes.

Al mismo tiempo, el uso e incorporación de la tecnología en tanto capital cultural deja en evidencia la formación y reproducción de brechas y disparidades entre sectores sociales. El capital tecnocultural está desigualmente distribuido. Se convierte en una práctica distintiva desde el momento en que su posesión, comprensión o alfabetización, y uso segmentan o jerarquizan a la población donde se instala. Se llega a hablar de una emergente división entre «ciberricos» y «ciber-pobres» (Espíndola, 2014). La asimetría social no se refiere únicamente a las diferencias entre clases sociales o basadas en el nivel socioeconómico, sino que incluye también de forma fundamental a los grupos etarios<sup>23</sup>. Mientras las generaciones más jóvenes se encuentran cómodamente inmersas en el mundo digital, las personas de mayor edad tienen un uso más limitado y problemático de las TIC, incluso habiendo invertido tiempo y arduo esfuerzo en su tardía alfabetización tecnológica.

R: Quiero que sepan que el 80% de las cosas que consumo son de descargas de internet (...) De hecho, yo venía pensando que la diferencia entre mi abuela, mi madre y yo, que yo casi todo es a través de internet... Hay un súper cambio. De hecho, nunca le pude enseñar a mi madre a descargar cosas y eso que sé que lo disfrutaría pila. Descargo series, tanto americanas, europeas como argentinas, o sea, que tengo de varios lados del mundo.

---

<sup>23</sup> A modo de ejemplo, un estudio centrado en prácticas culturales de acuerdo a la edad es el realizado por Juris (2015) sobre gustos musicales de jóvenes estudiantes de la Universidad Intercultural de Chiapas, en donde realiza hallazgos en torno a diferencias asociadas a la clase social, el género y los orígenes étnico y geográfico (urbano-ciudad/rural-comunidad) de las personas entrevistadas.

P: Y aparte de internet, ¿alguna otra cuestión tecnológica que consumas?

R: En general, es que internet es todo. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

P: ¿Usted se ha incorporado al uso de las tecnologías, de internet?

R: Claro, que si resulta que yo el último año y medio que estuve en el Ministerio, que lo tuve que hacer para cumplir los 20 años para mi jubilación, yo aprendí a usar el computador y me fascinó. Y me interesé y nunca me quedé chantada. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

En el caso de Montevideo, cabe destacar que el plan Ibirapitá, creado en 2015, atendió justamente a los adultos mayores para la incorporación de conocimientos y competencias relativas a internet, además de que se les entregó una tablet a todos aquellos jubilados que percibieran menos de 850 USD, en valores actuales, por mes<sup>24</sup>.

Las personas de menor nivel socioeconómico presentan claras dificultades para incorporar el nuevo capital cultural a sus destrezas. Por una parte, enfrentan obstáculos para acceder a la tecnología, dados los costos que supone el financiamiento de computadores e internet para el presupuesto familiar. Por otra parte, tienen fuertes limitaciones a la hora de utilizar la tecnología.

P: ¿Cómo te manejas con Internet?

R: Ni siquiera sé prender la computadora. Tengo mi máquina de escribir, donde hago las poesías. Florencia me quiere enseñar, pero le digo «mañana, pasado». No me gusta. Lo veo tan difícil. Internet no me atrae. (Mujer, 51+, Montevideo, NSE bajo)

R: Con la computadora mucho no me llevo, pero eso sí es fácil.

P: Y me decías que en tu casa no tenés computadora. ¿Y vas a un ciber?

R: No, no. Si tengo que hacer un trabajo, le pido permiso a mi tía, porque ella tiene computadora en la casa. Creo que sí fui a un ciber, fue tres veces como mucho.

P: ¿Tenés cuenta de email?

---

<sup>24</sup> Recuperado de <https://ibirapita.org.uy/acerca-del-programa-ibirapita/>.

R: Sí, mi tía me abrió. Yo tenía antes. Me la abrieron mis primas, pero como ya no iba a los ciber, no voy, entonces se ve que se cerró sola, porque yo no la abrí más. Y ahora mi tía me hizo una nueva, ahora hace poquito, me abrió una casilla de mensajes nueva.

P: ¿Sos de chatear, te gusta chatear, o buscar cosas por internet?

R: No, no, no me llama mucho la atención eso. (Mujer, 20-30 años, Buenos Aires, NSE bajo)

De cualquier modo, hoy el uso de las redes sociales (Facebook, Instagram, Snapchat, Twitter) y el uso de plataformas de streaming, como Netflix, ha transformado radicalmente los usos y prácticas de forma socialmente transversal en las sociedades en las que inscribimos este análisis. Como señala Néstor García Canclini, entre los jóvenes surge el *techie* o *techsetter* (García Canclini, 2012), que es una suerte de *connaisseur* tecnológico. Este *techie* va moldeando su *habitus* tecnológico a partir de la experiencia y sensibilidad, en base a una lógica de descubrimiento, inmediatez y emotividad relativa al consumo de la tecnología<sup>25</sup>. En términos de gustos audiovisuales, estos nuevos conocedores se pueden considerar cinéfilos 2.0 (Jullier y Leveratto: 2012), dado su interés en filmes «raros», alternativos, experimentales, de diversas estéticas, narrativas, lugares y géneros. Los cinéfilos 2.0 son más pragmáticos y lúdicos en sus apuestas y más independientes de las instituciones culturales en su valoración cinematográfica que sus predecesores, los cinéfilos modernos o eruditos. Se trata de cinéfilos eclécticos y cosmopolitas, sobre todo aquellos más jóvenes (Radakovich, 2019).

Por último, la apreciación de las expresiones audiovisuales y tecnológicas finalmente también se traduce en su valoración como opción educativa, logrando institucionalizarse, no solo en cursos y talleres, sino también en carreras universitarias y formación de cuarto nivel. Los niños y adolescentes cuentan cada vez más con oferta vinculada a la robótica y a la producción audiovisual, y los adultos tienden a jerarquizar las profesiones vinculadas a estas áreas del conocimiento. Estudiar cine, realización audiovisual adquiere

---

<sup>25</sup> Ver Ianni, M. y Romani, M., en Wortman (2018), capítulo 2.

mayor reconocimiento social dentro de las poco valoradas carreras artísticas y las carreras de ingeniería suman prestigio al que ya tenían y se cotizan entre las mejor pagadas en la región.

#### 4.6. CONCLUSIONES

A partir de las entrevistas, se constata la centralidad del capital cultural en la reproducción social de los sujetos y grupos sociales que va más allá de la ciudad analizada. Las valoraciones presentan diferencias más evidentes de acuerdo al nivel socioeconómico y etario. A propósito de ello, se observa una significativa diferencia entre sectores altos y bajos en relación a la inversión dedicada a la incorporación de diversos capitales culturales<sup>26</sup>. Los sectores populares tienden a concentrar su inversión cultural en capital incorporado y ansían las titulaciones educativas como expresión simbólica o asociadas a una expectativa de ascenso social. Por su parte, los sectores de más altos recursos económicos consiguen entrelazar capitales sociales o relacionales, económicos y culturales. Tienen a nutrirse tanto de la incorporación de saberes y disposiciones como de la posesión de objetos junto a una formación educativa prolongada. Los patrones de lectura son una de las áreas de práctica estudiada y mostraron diferencias relevantes de acuerdo al nivel socioeconómico de los entrevistados. Entre las personas de menos recursos, el interés por la lectura es asociado al sistema educativo, o en su defecto a las ansias de aprender. Asimismo, se trata de una actividad que se inscribe en la búsqueda de trascendencia espiritual o en el humor y el entretenimiento. A diferencia de ello, en los sectores de mayor bienestar, la lectura ocupa un papel importante, con un sesgo femenino y rememorando la centralidad del sistema educativo tanto en el interés por la lectura como en las preferencias futuras,

---

<sup>26</sup> De acuerdo al informe de la OEI y la CEPAL, la diferencia en gasto en cultura entre los diferentes sectores socioeconómicos en Latinoamérica es muy significativa: «el volumen de recursos destinados a la cultura del quintil más rico es doce veces mayor que el que destinan los hogares del quintil más pobre, lo que da cuenta de la tremenda desigualdad en el acceso a la cultura cuando esta depende de los mecanismos del mercado» (Espíndola, 2014: 289).



al mismo tiempo que aparece la familia como un agente relevante, sea por los estímulos tempranos, al modo del regalo de libros en los cumpleaños de la niñez o la adolescencia, la recomendación de libros en la vida adulta y el préstamo en red, y/o mediante la posesión de nutridas bibliotecas domésticas. Sin embargo, la lectura no aparece de la misma forma a lo largo de la vida: no es lo mismo para los jóvenes que para los adultos mayores. Leer es una práctica cultural de rutinas cíclicas y alternadas, iniciadas tempranamente como obligación escolar y luego interrumpidas en algunos tramos de edad, y en particular con la consolidación familiar, la crianza de los hijos, y finalmente retomada en las etapas más avanzadas de la vida. Asimismo, la lectura adquiere significados diferentes para las distintas generaciones. Los jóvenes se interesan en la lectura cuando se asocia a lo fantástico, la ficción y la ciencia ficción, todos ellos géneros muy asociados a los gustos televisivos y cinematográficos<sup>27</sup>. Lejos de una sustitución generalizada de la cultura letrada por una audiovisual y tecnológica, en particular en el caso de aquellos jóvenes con mayores grados de acumulación de capitales económicos y culturales, se reconoce una fuerte interacción y convivencia entre la lectura y las industrias culturales.

En el momento que vivimos de mundialización cultural y necesidad de incorporación a una comunidad global, el dominio de idiomas se ha convertido en un capital emblema. En paralelo a ello, y en necesario diálogo, los idiomas constituyen una inversión multi-temporal que incluye la relación con las generaciones pasadas, las necesidades del presente y se proyectan al futuro mirando a Oriente. En esta temporalidad plural, las lógicas de distinción se han ido desplazando de lo familiar-tradicional, migrante, al mundo anglosajón y la hegemonía del inglés y la cultura norteamericana, para encontrarnos actualmente transitando hacia una profundización de la relación con las potencias de Oriente, de creciente centralidad en términos económicos, geopolíticos, junto a su tradicional valoración como culturas exóticas y ancestrales.

---

<sup>27</sup> Los casos de *El Señor de los Anillos* y *Harry Potter* son bastante ilustrativos al respecto.

Asimismo, las prácticas artísticas se revelan estratificadas. Los sectores populares capitalizan la expresión y el movimiento a partir del aprendizaje de danzas exóticas y baile en general, mientras los sectores más acomodados reproducen prácticas tradicionales fuertemente vinculadas a las bellas artes, como el ballet, y mantienen una alta dedicación, por años, al aprendizaje, por ejemplo, de instrumentos musicales. Al respecto, mucho se ha hablado de una suerte de cierre cultural de las clases más altas en torno a las bellas artes o la cultura «culta» y una baja apertura a la cultura popular, lo que se constituyó como un patrón de partida que discutía la idea del consumidor «omnívoro» (Peterson y Kern, 1996). Ciertamente, la asociación entre sectores de alto nivel socioeconómico y la música clásica y las bellas artes, como la danza clásica y las artes plásticas, sigue siendo intensa, aunque no se trate de prácticas siempre privativas de las clases altas. Los entrevistados más jóvenes, sobre todo, revelan en sus gustos musicales y cinematográficos un eclecticismo mayor a sus predecesores. Hay cierta tendencia omnívora que sustituye parcialmente el «snobismo» de antaño.

Los capitales culturales que suponen tanto la lectura de libros, principalmente, pero también de revistas, como el aprendizaje de idiomas y de instrumentos musicales implican la expansión de la capacidad de interactuar con otros, ser parte de múltiples universos de significado y fomentar el espíritu de apertura cultural y de cosmopolitismo cultural (Cicchelli *et al.*, 2019) para amplias capas de la población en la región. Las generaciones pasadas, emigrantes europeos muy presentes en el Cono Sur, la diáspora producto de los migrantes de los años recientes –provocados por las dictaduras en los años setenta y las crisis socioeconómicas de 2001 en Argentina y 2002 en Uruguay– y la aspiración a un futuro de ciudadanía global hacen de estas aristas nuevas dimensiones a tener en cuenta para el análisis del capital cultural, aun cuando persiste la desigual apropiación del arte. Los medios audiovisuales y tecnológicos interactúan con la cultura letrada y tradicional, aportando nuevos recursos de aprendizaje y oportunidades para la reproducción y apertura en los gustos culturales. Quizás lo más novedoso sea que las competencias

y dichos medios devengan un capital en sí mismo, configurándose como un nuevo dispositivo cultural, capital tecnocultural o capital audiovisual tecnológico.

## BIBLIOGRAFÍA

- Achugar, H., Rappettis, S., Dominain, S. y Radakovich, R. (2002). *Imaginario y consumo cultural de los uruguayos*. Trilce: Montevideo.
- Ariño, A. (2011). *Prácticas culturales en España. Desde los años sesenta hasta la actualidad*. Ariel: Barcelona.
- Bennett, T., Savage, M., Silva, E., Warde, A., Gayo-Cal, M. y Wright, D. (2009). *Culture, Class, Distinction*. Routledge: London.
- Bennett, T., Carter, D., Gayo, M., Kelly, M. y Noble, G. (eds.) (2021). *Fields, Capitals, Habitus: Australian Culture, Inequalities, and Social Divisions*. Routledge: London.
- Benza, L. y Kessler, G. (2020). *La ¿nueva? estructura social de América Latina*. Siglo XXI Editores: Buenos Aires.
- Benzecri, C. (2012). *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión*. Siglo XXI: Buenos Aires.
- Bourdieu, P. (1979). *La distinción*. Taurus: Madrid.
- Carlson, S., Gerhards, J. y Hans, S. (2016). Educating Children in Times of Globalisation: Class-specific Child-rearing Practices and the Acquisition of Transnational Cultural Capital. *Sociology*, 51: 4: 749-765.
- Cepeda Sánchez, H. (2009). Industria, política y movimientos culturales: una lectura desde el fenómeno comercial del rock y el pop. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas Época II*, 15(30): 85-104. Colima.
- Cicchelli, V., Octubre, S. y Reigel, V. (2019). *Aesthetic Cosmopolitanism and Global Culture*. Brill: London.
- Coulangeon, P. (2011). *Les métamorphoses de la distinction. Inégalités culturelles dans la France d'aujourd'hui*. Grasset: Paris.
- Coulangeon, P. y Duval, J. (2013). *Trente ans après La Distinction de Pierre Bourdieu*. La Découverte Recherche: Paris.
- Dominzain, S., Radakovich, R., Duarte, D. y Castelli, L. (2009). *Segundo Informe Nacional de Imaginarios y consumo cultural de los uruguayos 2009*. MEC-UDELAR: Montevideo.
- Dominzain, S., Radakovich, R., Duarte, D. y Castelli, L. (2014). *Tercer Informe Nacional de Imaginarios y consumo cultural de los uruguayos 2014*. MEC-UDELAR: Montevideo.
- Dominzain, S., Radakovich, R. y Rappettis, S. (2011). *Música y audiovisuales en ciudades de frontera*. UNESCO-FHUCE/UDELAR: Montevideo.

- Donnat, O. (1994). *Les français face à la culture. De l'exclusion à l'éclectisme*. La Découverte: Paris.
- Espíndola (coord.) (2014). *Cultura y desarrollo económico en Iberoamérica, Organización de Estados Iberoamericanos*. OEI, CEPAL (Naciones Unidas): Madrid.
- García Canclini, N. (1989). *Culturas híbridas*. Grijalbo: México.
- García Canclini, N. y Nivón Bolán, E. (2015). *Hacia una antropología de los lectores*. Fundación Telefónica.
- García Canclini, N. (2012). Introducción. De la cultura postindustrial a las estrategias de los jóvenes. En García Canclini, N. (comp.), *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales. Prácticas emergentes en las artes, las editoriales y la música*. Ariel: Madrid.
- Gayo, M. (2016a). Des régimes de distinction changeants: l'historicité de la consécration culturelle dans les goûts musicaux au Chili et Royaume-Uni. *Regards Sociologiques* (49): 108-125.
- Gayo, M. (2020). *Clase y cultura. Cambio, desigualdad y reproducción social en Chile*. Ed. Tirant Humanidades: Valencia.
- Gayo, M., Teitelboim, B. y Méndez, M. L. (2009). Patronos culturales de uso del tiempo libre en Chile. Una aproximación desde la teoría bourdieuana. *Universum*, 24(2): 42-73.
- Gayo, M., Méndez, M. L. y Teitelboim, B. (2016). La terciarización en Chile. Desigualdad cultural y estructura ocupacional. *Revista CEPAL* (119): 187-207. Naciones Unidas.
- Gayo, M., Joye, D. y Lemel, D. (2018). *Testing the universalism of Bourdieu's homology thesis: Structuring patterns of lifestyle across 26 countries*. Working Papers 2018-04, Center for Research in Economics and Statistics (Francia).
- Gayo, M., Otero, G. y Méndez, M. L. (2019). Elección escolar y selección de familias: reproducción de clase media alta en Santiago de Chile. *Revista Internacional de Sociología (RIS)*, 77(1).
- González, L. (2016). Consumos culturales en el conurbano bonaerense. Desigualdades y paradojas en el caso del consumo de cine. *Actas de Periodismo y Comunicación*, 2(1).
- Jiménez Zunino, C. (2011). ¿Empobrecimiento o desclasamiento? La dimensión simbólica de la desigualdad social. *Trabajo y Sociedad*, 15(17): 49-65. Sociología del trabajo, Estudios culturales, Narrativas sociológicas y literarias, Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas del CONICET.
- Jullier, L. y Leveratto, J. M. (2012). *Cinéfilos y cinefilias*. La Marca Editora: Buenos Aires.
- Kraaykamp, G. y Van Eijck, K. (2010). The Intergenerational Reproduction of Cultural Capital: A threefold Perspective. *Social Forces*, 89(1): 209-232.

- Monsivais, C. (2000). *Aires de familia*. Anagrama: Barcelona.
- O’Keeffe, M. (2009). Remote Control and Influence: Technocultural Capital as a Species of Cultural Capital. *Irish Journal of Sociology*, 17(1): 38-55.
- OEI (2014). *Encuesta latinoamericana de hábitos y prácticas culturales 2013*. Madrid.
- Ortiz, R. (2004). *Mundialización y cultura*. Convenio Andrés Bello, Bogotá.
- Peterson, R. A. y Kern, R. M. (1996). Changing highbrow taste: from snob to omnivore. *American Sociological Review*, 61(5): 900-907.
- Purhonen, S. y Wright, D. (2013). Methodological issues in national-comparative research on cultural tastes: The case of cultural capital in the UK and Finland. *Cultural Sociology*, 7(2): 257-273.
- Radakovich, R. (2011). *Retrato cultural. Montevideo entre cumbias, tambores y óperas*. FIC, UDELAR, Montevideo.
- Radakovich, R. y Pertierra, A. (2020). Music and popular culture in Latin America. En Pertierra, A. y Salazar, J. (coord.), *Media Culture in Latin America*. Routledge: London.
- Radakovich, R. (2019). The love for cinema undergoing transformations. New cinephilia in Uruguay today. Dossier *Aesthetic Cosmopolitanism in a global world*, 500. Cicchelli, V., Octubre, S. y Riegel, V. (orgs.), Doing Global Studies Series, Brill, London.
- Radakovich, R. y Escuder, S. (2013). Potencialidades y límites del uso social de internet. Una aproximación al caso uruguayo. *Revista de Ciencias Sociales*, 26(33): 31-54.
- Radakovich, R. (2014). El gusto revisitado: distinción, hibridez y omnivoridad en el Cono Sur Latinoamericano. *Diálogos possíveis*: 187-205.
- Radakovich, R. (coord.), Chmiel, F., Correa, E., Duarte, D., Lescano, G., Villaverde, F. y Willat, A. (2014). *El cine nacional de la década. Industrias creativas innovadoras*. PRODIC-FIC/UDELAR-ICAU/MEC.
- Sennet, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Anagrama: Barcelona.
- Suárez Domínguez, J. L. y Alarcón González, J. F. (2015). Capital cultural y prácticas de consumo cultural en el primer año de estudios universitarios. *Revista Interamericana de Educación de Adultos*, 37(1): 42-62.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente*. Taurus: Buenos Aires.
- Tipa, J. (2015). Una aproximación a clase social, género y etnicidad en el consumo de música entre los estudiantes de la Universidad Intercultural de Chiapas. *Cuicuilco* (62): 91-112.
- Trucco, D. (2014). *Educación y desigualdad en América Latina, Serie de Políticas Sociales*. CEPAL: Santiago de Chile.
- Van Dijk, J. (2006). *The Network Society*. Houten: The Netherlands.
- Whidden, C. (2010). Understanding Social-Cultural Influences Affecting Non-Participation in Singing. UNESCO Observatory, *The University of Melbourne Refereed E-journal*, 2(1): 15.

- Wortman, A. (2003). *Pensar las clases medias*. La Crujía: Buenos Aires.
- Wortman, A. (comp.) (2018). *Un mundo de sensaciones. Sensibilidades e imaginarios en producciones y consumos culturales argentinos del siglo XXI*. Colección Instituto de Investigaciones Gino Germani, Clacso, Buenos Aires.



## 5. DISPOSICIONES

Al comienzo de *La distinction* (1979), Pierre Bourdieu afirma, como tarea principal, la necesidad de, por un lado, determinar las condiciones bajo las cuales son producidos los «consommateurs de biens culturels» (y su gusto) y, por otro, describir las formas en que aquellos (consumidores) se apropian de un conjunto restringido de estos bienes, las obras de arte. Sin necesidad de extendernos aquí en la temporalidad de dicha apropiación, es justamente este el aspecto que enfrentamos en este capítulo y el siguiente<sup>28</sup>.

Si en la obra del sociólogo francés las condiciones, entre ellas los capitales, se refieren en gran medida a un conjunto de aspectos que pueden ser traducidos en cantidades o indicadores cuantitativos, reflejando la capacidad de los individuos para acumular recursos, culturales o económicos principalmente, desenvolver una reflexión sobre las disposiciones nos dirige al centro de la teoría del *habitus*, que aquí recogemos no tanto como un momento explicativo de la reproducción social, sino antes que nada entendido como un fundamento actitudinal y epistemológico, en un sentido amplio, que está en la base del engranaje que permite el encaje entre el espacio de las posiciones sociales, construido fundamentalmente sobre los capitales, por un lado, y el espacio de los estilos de vida, por otro. Entonces, las disposiciones apuntan a diseccionar la subjetividad que se encadena con una decisión o toma de posición. Estando presente una voluntad explícita de investigar la relación con la obra de arte, la disposición estética es definida como «una aptitud para percibir y descifrar las características propiamente estilísticas» (Bourdieu,

---

<sup>28</sup> Para un tratamiento de las «condiciones» aludidas, véase en este libro el trabajo referido a los contextos tecnológico y económico (capítulos 2 y 3), la desigualdad (capítulo 4), e incluso las realidades metropolitanas que son estudiadas en el capítulo 7.



1979: 54). Al respecto, bien conocidas son las tesis del sociólogo francés, de las que aquí no hacemos más que un muy somero apunte, como forma de ofrecer una lectura de nuestros datos que permita entender aspectos centrales de los individuos sujetos a las realidades de los campos sociales propios del Cono Sur americano. Muy sintéticamente, propuso tres disposiciones estéticas principales. La primera es la que denominaremos «pura» o propia de las personas que muestran «distancia de la necesidad», característica de las clases dominantes y consistente en un tratamiento de la obra serio, lúdico y desinteresado, o desanclado de intereses materiales, y centrada en el análisis de la forma, cuyo resultado es la distinción social. La segunda ha sido generalmente relacionada con las clases medias o intermedias, en términos bourdieuanos con la *petite bourgeoisie* como su estrato más elevado, y es caracterizada como una expresión de «buena voluntad cultural», para la cual el reconocimiento del valor de la obra suele ser más intenso que la profundidad del conocimiento de la misma, reflejando una forma de imitación de los comportamientos de la clase dominante, o una versión vulgarizada o popularizada de cultura legítima. La tercera disposición estética se enraíza en la realidad de las clases o estratos populares y lo resumimos como una actitud que está orientada a «hacer de la necesidad virtud», expresando con ello la urgencia de responder a imperativos cotidianos y produciendo lo que Bourdieu denomina el «gusto de la necesidad». Esta suerte de estética sería adjetivada como pragmática y funcional, obediente entonces no tanto a la libertad de las subjetividades individuales, sino condenada a servir a los mandatos de una realidad que obliga a elegir lo necesario (*le choix du nécessaire*). De acuerdo al *príncipe de conformité*, «la *résignation à la nécessité* est au *príncipe du goût de nécessité*» (Bourdieu, 1979: 442).

Este tratamiento de las disposiciones estuvo abocado a explicar la relación entre condiciones de existencia (capitales, trayectorias sociales) y estilos de vida como conjunto de prácticas (significativas o clasificantes). El *habitus* operaba como un conector entre condiciones y prácticas, compuesto por principios de percepción y apreciación, lo que aquí entendemos simplemente como «disposiciones» (de la

práctica cultural). En la propuesta bourdieuana, ello llevó necesariamente a un análisis de este momento de intermediación, poniendo la lógica de clase como un pilar central de su indagación. Esto es particularmente relevante para nosotros, puesto que partimos reconociendo la relevancia de las condiciones sociales históricas dentro de las cuales las prácticas culturales actuales deben ser entendidas en las metrópolis del Cono Sur contemporáneo, pero nos distanciamos de dicha propuesta desde el momento en que adoptamos un marco histórico más amplio, la revolución tecnológica de las comunicaciones y las transformaciones económicas hacia un régimen posfordista. Al respecto, si bien reconocemos la relevancia de las divisiones de clase y la desigualdad presente en estas sociedades (véase capítulo 4, y Gayo, 2020), ampliar la idea de condiciones de existencia nos llevó a plantearnos la necesidad de hacer una exploración en torno a las disposiciones de la práctica, sin anclajes preconceptualizados en forma de hipótesis enraizadas en realidades o lenguajes de clase. El tratamiento que se ofrece en este capítulo es justamente la exposición de nuestros hallazgos sobre componentes del *habitus* que emergieron empíricamente como centrales, disposiciones que vinculan las macroestructuras históricas con las microprácticas de nuestros entrevistados. Sin embargo, por inesperado que sea, sería erróneo concluir que este es un giro aislado o sin referencias previas. Por el contrario, existe para Latinoamérica una abundante literatura que nos precede, y de cuya presentación depende que seamos capaces de establecer un diálogo fértil entre la misma y nuestra contribución, pues hay puntos de confluencia muy relevantes, lo que sitúa el análisis de clase en un lugar destacado, pero no tan nuclear como en la aportación de Bourdieu.

### 5.1. DISPOSICIONES EN LA PRÁCTICA CULTURAL EN AMÉRICA LATINA

La orientación a la distinción no es ajena a la práctica cultural en Latinoamérica. Normalmente, no se tematizará como tal de manera tan explícita, pero las referencias comunes a estéticas de las

clases populares<sup>29</sup> permite subentender qué dinámicas de distinción social están presentes de manera radical en la conformación de los estilos de vida de clases diferentes, y por tanto en su construcción misma como grupos sociales. Quizás es la atención preferente a estratos populares lo que ha impedido hacer un uso más extenso de dicha noción. No obstante la presencia constante de lo popular, la distinción aparece, si bien no necesariamente de la manera esperada como dinamizador de las relaciones de clase. Un buen ejemplo es el estudio de Briceño (2015) sobre el gusto por el cine y la lectura entre mujeres adolescentes en Jalisco, pues en el mismo se concluye que leer libros de ficción:

Permite construir una forma de distinción simbólica que le da acceso a una estratificación selecta de jóvenes con quienes comparte intersubjetivamente mundos creados imaginativamente. (Briceño, 2015: 260)

Radakovich (2014) sostiene que las clases medias altas uruguayas tendrían un comportamiento cultural de intenso consumo de expresiones populares, lo que entenderá como lo que podríamos denominar una voracidad distintiva o «snobista». Al mismo tiempo, afirma que la distancia entre lo culto y lo popular sería menor en Latinoamérica que en Europa debido a procesos de hibridez cultural propios del nuevo continente. Asimismo, con una línea argumental que también circunvala el gusto legítimo de lo tradicionalmente entendido como el gran arte, García (2008) defiende que desde los años sesenta el rock dio lugar a la conformación de:

bienes simbólicos a partir de los cuales se construyen y configuran identidades atendiendo a la lógica de la diferencia, de la distinción; de donde se desprende la necesidad de reconocerse en ciertos géneros musicales cuya propuesta estética y discursiva reivindica lo underground y lo auténtico, lo cual suele ser entendido como sinónimo de lo «no-comercial» o lo «no-masivo». (García, 2008: 188)

---

<sup>29</sup> Santillán y Ramírez, 2004.

En relación con la visita a museos en la ciudad argentina de Río Cuarto, Melgar *et al.* (2017) entienden el «gusto» de forma bourdieusiana como «una disposición culta definida por el reconocimiento del valor de las obras de arte y la aptitud duradera y generalizada para apropiarse de los medios que permiten su comprensión estética» (186). Uno de los hallazgos de su estudio es precisamente que el gusto estaría detrás de la orientación a las visitas a los museos, principalmente al Museo Municipal de Bellas Artes, y no tanto en los casos de los museos Histórico Regional y Tecnológico Aeroespacial. Adicionalmente, efectos y/o propósitos distintivos fueron identificados en una actividad como la danza afro en Bogotá, cuyos practicantes pertenecerían a una clase media con relativamente altos capitales económico y cultural (Sánchez, 2017). En este punto es importante observar que, sobre todo en aquellas expresiones culturales de estatus más indefinido, la apropiación que las clases hagan de la misma devendrá crucial para su legitimación. Es precisamente en este sentido que debemos entender que existe un espacio de eventual disputa sobre la significación social de la práctica, no solo por su evolución histórica<sup>30</sup>, sino en relación con las tensiones que se producen en momentos dados en el tiempo por su apropiación por ciertos grupos sociales, lo que llevará a adaptaciones importantes de los estilos de expresión cultural<sup>31</sup>.

Precisamente en relación con la danza, y sobre todo con el baile, como categoría más genérica y menos formalizada pero socialmente más amplia, encontramos una referencia clave a una disposición que aquí queremos denominar «estética del cuerpo». Pero frente al

---

<sup>30</sup> Garibaldo y Bahena (2015) estudian la evolución del rock en México, siendo originalmente adoptado por jóvenes de las clases altas en los años cincuenta, para finalizar dándole voz a grupos socioeconómicamente marginales en los años ochenta y noventa. Blanco (2005a, 2005b) habla del «blanqueamiento» que experimenta el vallenato en la medida, y como condición de posibilidad, en que se populariza en las clases medias, saliendo de sus estratos populares tradicionales.

<sup>31</sup> Un buen ejemplo sería el de la historia en Monterrey (México) del género musical conocido como vallenato, produciéndose un debate entre los defensores de una versión conocida como «colombiana», propia de estratos populares, frente a la opción del vallenato romántico, más elitista (Blanco, 2005).

ejemplo de Bogotá, válido por lo demás, está lejos de agotarse en una simple referencia a la distinción de clases medias urbanas, y más bien es un lente epistemológico que nos acerca a un mundo popular latinoamericano de gran transversalidad. Podríamos resumirlo en algo así como un «bailar para vivir, emocionarse, pertenecer y protestar». El cuerpo es un espacio de cruce de demandas y expectativas, y a través del mismo se expresa lo que muchas veces no puede (¿o debe?) ser dicho con palabras. Según Santillán y Ramírez, la tecnocumbia haría uso del baile y, con ello, de «la exaltación de ciertos atributos corporales» (2004: 44). El ejemplo de Monterrey, ligado principalmente a la historia del vallenato caribeño colombiano, muestra entre los jóvenes la importancia de «las bandas, los bailes y pasos inéditos, gestualidades, vestimentas y accesorios» (Blanco, 2005b). Por su parte, Matus sostiene que el «estilo alternativo» santiaguino es construido a través de formas e imágenes, y por eso el cuerpo adquiere un rol central para las identidades juveniles. Consistentemente con ello, Abreu y Baquero concluyen que en el hip hop «la vestimenta funciona como signo ideológico» (2018: 52). Distantes de la estética «pura» de las clases dominantes bourdieuanas, racionalista y autónoma, naturalizada e impermeable a la lógica de la distancia de la necesidad sobre la que se asienta, el cuerpo estetizado se convierte en un dispositivo mediador que sustituye la palabra culta por imágenes de un cuerpo «deformado» por una causa. Las corporalidades masculinas y femeninas construyen un léxico específico que muy comúnmente da la voz a las clases populares.

Sin entrar necesariamente en contradicción con las dinámicas de distinción social, motivadas por la diferencia y la imitación, sería imposible dar cuenta de la trama de percepciones y evaluaciones que orientan la práctica cultural, limitándonos únicamente a dicho proceso, o a la «corporalización» de la misma. Dada la literatura recorrida, la participación cultural mira al menos tanto al endogrupo o a la necesidad de identidad y pertenencia, como al exogrupo y el impulso por experimentar algún grado de movilidad ascendente. La identidad (quién soy) opera dentro de la identificación con algún tipo de actividad o expresión cultural propia de un grupo de pares

(quiénes somos). Esto es lo que denominamos aquí la disposición a la pertenencia, de cuya cuasi ubicuidad dan certera cuenta multitud de estudios, incluyendo el nuestro, como veremos más abajo. No se opone a la distinción simplemente por definición o necesidad, y a menudo la confirma y refuerza, pero es un vector con fuerza propia.

A propósito de ello, en un estudio sobre tecnocumbia en Quito, Santillán y Ramírez afirman que este consumo «funciona como principio de pertenencia» (2004: 46). Matus (2002) habla de un estilo juvenil «alternativo» que construye pertenencia entre clases medias en Santiago, entendidas en un sentido amplio, mediante la apropiación de ciertos espacios urbanos, principalmente la Discoteque Blondie, y la adopción de estéticas musicales. Idéntica caracterización correspondería al rock en palabras de Garibaldo y Bahena: «El rock permitió la posibilidad a su audiencia de sentirse contemporáneos unos de los otros al pertenecer a la misma comunidad en un lugar geográfico específico» (2015: 201). Sobre este género musical, García (2008) sostiene que su discurso atrajo a los jóvenes a partir de la adhesión a valores como lo «underground» y lo «auténtico», enfrentados a la masificación y homogeneización de la industria cultural. Ello no afecta únicamente a las preferencias musicales o la lectura, sino que estaría actualmente en el corazón de la pulsión que orienta a los individuos a hacer un uso casi permanente de las redes sociales: «La característica que distingue a las redes sociales de otras aplicaciones es la importancia de los vínculos» (Dillon, 2013: 45)<sup>32</sup>. Quizás es por ese instinto o la facilidad de pertenecer, junto a una urgencia de identidad, que se pueda explicar por qué en una feria

---

<sup>32</sup> Dillon (2013) sostiene que los vínculos son particularmente relevantes entre los adolescentes, lo que aquí únicamente apuntamos como posibilidad para ampliar la reflexión. De un modo claramente diferente, Reguillo sostiene que el vínculo no sería un producto de la afición a ciertos géneros, sino que provendría de las complejas combinaciones de elecciones que permitirían las nuevas tecnologías, destacando ejemplos como Facebook y Youtube: «Hasta hace pocos años los jóvenes consumían música (rock, entre otros géneros), una música que, junto con la pertenencia identitaria y el estilo, configuraba una tríada capaz de dotar de sentido a la biografía, siempre pensada y experimentada en el colectivo. Las evidencias empíricas indican que esto no opera más así. A través de Youtube, de manera privilegiada, Facebook, MySpace, Lastfm, Blipp u otros sitios, es posible detectar un cambio fundamental» (2012: 138).

del libro celebrada en La Habana en 2007, los autores favoritos de una muestra investigada fuesen los latinoamericanos, entre ellos los cubanos (Laguardia *et al.*, 2008).

La pertenencia no debe ser obligatoriamente pensada en primer lugar desde el individuo, sino que se trata de una disposición construida también política (nación) e industrialmente (mercado – de masas) para producir colectivos con respuestas esperables o con principios de cohesión funcionales a ciertas causas u objetivos. De este modo, la tecnocumbia ecuatoriana afirmaríala identidad nacional (Santillán y Ramírez, 2005). Abundando en la misma línea, de acuerdo a Blanco (2005a), en Colombia el vallenato fue promovido por élites políticas y medios de comunicación con el objetivo de contribuir a ofrecer una identidad común a un país que desde su origen había sido extraordinariamente diverso. No obstante todo ello, la pertenencia no es necesariamente un proceso pacífico, y puede haber clivajes o rupturas dentro de las comunidades respectivas sobre cómo vivirla<sup>33</sup>. Justamente, Matus (2002) relata un conflicto dentro del mundo «alternativo» santiaguino entre los «antiguos», provenientes de estratos medios o medio bajos, frente a los «nuevos», de clases medias altas. Dicho enfrentamiento supuso que los segundos, con mayor poder adquisitivo, fueron imponiendo ciertos hábitos de fiesta que arrumbaron efectivamente prácticas arraigadas de los jóvenes con mayor antigüedad en el sector, lo que lleva por ejemplo a un choque entre prácticas gay o de ambigüedad sexual (de los antiguos) y la homofobia que instalan los nuevos. Reconociendo que la identidad puede ser un proyecto con tintes de ser impuesto desde arriba, es habitual que sea también un recurso que puede ser parte de estrategias de protesta, dentro de las cuales se activa el sentido de pertenencia como estructurador de grupos subordinados. Siendo nuevamente protagonista el rock, Zebadúa *et al.* argumentan que, «en el caso de Chiapas, este incipiente movimiento musical lo protagonizan jóvenes tsotsiles y tzeltales de Los Altos de Chiapas, y

---

<sup>33</sup> Aliano (2017) estudia el caso de la llamada «comunidad ricotera» en Argentina, constituida en torno a la figura de Patricio Rey y la música de Los Redondos, haciendo un análisis de disputas internas dentro de los fans sobre qué significa en la práctica esta afición.

más recientemente hablantes de zoque y de tojolabal, entre quienes el rock se resignifica como un recurso de las manifestaciones juveniles, pero también como una estrategia de reivindicación étnica que proclama la defensa de las lenguas y de los usos y costumbres ancestrales» (2017: 36)<sup>34</sup>.

Las temporalidades afectan fuertemente las identificaciones en las cuales se basa el sentido de pertenencia a una comunidad. Evolucionan en el tiempo, ampliando o reduciendo su público y seguidores, transformándolo a menudo. El rock es un caso típico de expansión en Latinoamérica desde los años cincuenta en adelante<sup>35</sup>, superviviente todavía en nuestros días. Son justamente los cambios que experimentó en su apropiación los que hicieron posible su éxito creciente. Igualmente sucedería con el vallenato, género musical que partiría de la costa atlántica colombiana y de gusto de estratos populares, para devenir una expresión nacional con una creciente base interclasista (Blanco, 2005a).

El énfasis en la comunidad, el sentido de pertenencia aludido, no es idéntico a otra disposición que anima la práctica cultural, la sociabilidad, pero están lógicamente superpuestos o muy probablemente encadenados. Efectivamente, uno podría adherir a una comunidad abstracta o a través de medios individualizados, como la compra de casetes, la descarga de mp3 o el visionado de películas en Youtube. Sin embargo, no puede haber sociabilidad real sin algún grado de involucramiento con alguna comunidad, sea esta compuesta por familiares, amigos o aficionados a algún tipo de género musical, lectura u otros. No sorprende, por tanto, que esta disposición esté presente como hallazgo de nuestra investigación y ya referida en

---

<sup>34</sup> Para Blanco (2005b), la identidad «regiocolombiana» en Monterrey sería propia de migrantes colombianos que desenvolverían una postura contestataria debido a su posición de marginalidad, y dentro de la cual una versión del vallenato caribeño colombiano tendría un papel catalizador. Adicionalmente, el hip hop sería otro ejemplo de contestación mediante la práctica cultural: «Sostenemos que los jóvenes se apropian del hip hop como un elemento constitutivo de su identidad que les posibilita producir sentido respecto de lo que significa ser joven con derechos vulnerados en la realidad contemporánea» (Abreu y Baquero, 2018: 45).

<sup>35</sup> Garibaldo y Bahena (2015).



estudios previos. Al respecto, es ilustrativa la siguiente conclusión alcanzada por Natalia (2013) en un estudio sobre Facebook en un área del Gran Buenos Aires, quien, tras sostener que la mayoría de los usuarios de esta red son «sociales», afirma que:

El motor de adherencia a Facebook es la vida social que allí se desarrolla, la moda y la presión ejercida desde el grupo de pares, el deseo de no quedarse afuera. El apego de los sujetos no es con una red social específica, o con un videojuego, sino con las personas que constituyen esa red social. (Natalia, 2013: 362)

También para Argentina, Dillon (2013) destaca igualmente la relevancia de los vínculos como motivador del uso de las redes sociales, y en particular de Facebook. La interacción social que ahí se produce es el estímulo que los adolescentes necesitan para permanecer conectados sin interrupción. No obstante, el propósito inicial de incorporación a la red, la cantidad de contactos, la evolución del uso son todos aspectos que permiten observar una progresión en la relación con la herramienta de la hiper modernidad ciber constituida. En este mismo terreno, Reguillo (2012) nos habla de la «socialidad», característica de sitios como Facebook y Youtube, de la que resalta el «aprendizaje cofigurativo» (proveniente de los pares, o podríamos decir aquí «coconstruido») y la «interacción comunicativa».

Sea o no en grupo, emerge también de los estudios una disposición compleja que podríamos subsumir bajo la idea de una voluntad de aprendizaje. Esto incluye un amplio espectro de orientaciones como: la curiosidad, la aventura, la exploración, la imaginación y, un elemento con mayor reconocimiento institucional, la educación o instrucción, por genérico conceptualmente que esto último sea. Estudiando el gusto por la lectura y el cine, y refiriéndose a las jóvenes estudiantes, Briceño afirma que en la apropiación que ellas hacen del mundo simbólico «cobra realidad la fantasía que se abre con las páginas del libro» (2015: 255), y continúa:

El sentido que adquiere para estas adolescentes estas lecturas parece responder a una necesidad o *besoin* de introspección e intimidad, pero también de libertad, donde la subjetividad

se explaya y da paso a la imaginación, la creatividad y la reflexión sobre sí mismas y su mundo circundante. La lectura se transforma así en una herramienta de pensamiento que les posibilita la búsqueda personal al mismo tiempo que les permite (...) encontrar las claves para descifrar su mundo y adentrarse en otros diversos. (Briceño, 2015: 269)

La curiosidad como motivo para asistir a un museo (Melgar *et al.*, 2017), las «navigaciones errantes» por la web constructoras de subjetividades nuevas y fuertemente individualizadas (Reguillo, 2012) y el descubrimiento de otras culturas a través de la práctica de bailes «afro» (Sánchez, 2017) son ejemplos que demuestran que la voracidad no es solo de la práctica, producido por una ciega lógica de la práctica misma, sino que se ve promovida por la voluntad de explorar, sorprenderse e instruirse, racionalizando y dando sustento volitivo a las acciones culturales de las personas.

Finalmente, aparece de forma reiterada la toma de posición política como una disposición fuertemente ligada a la participación cultural. Reflexionando sobre la historia del rock en América Latina, Garibaldo y Bahena sostienen que este género musical se encontró en sus inicios con una fuerte resistencia por parte de las élites del continente, hasta que procesos de creciente globalización favorecieron su expansión y consolidación. Sobre todo desde los años ochenta, el rock latino se devino en un estilo más democrático y comenzó a «convertirse en aquello que expresaba las realidades económicas más injustas de la región» (Garibaldo y Bahena, 2015: 201)<sup>36</sup>. Con una mirada todavía anclada a dinámicas propias del poder, en Colombia el vallenato estaría en medio de una disputa entre élites conservadoras, del centro del país, y liberales, de la zona costera atlántica. Es en paralelo a este conflicto por la hegemonía y al progresivo éxito de las segundas (y sus intereses) que «el vallenato se haya extendido por todo el país y haya cruzado las fronteras, erigiéndose como la música colombiana más representativa» (Blanco, 2005a: 175).

No es tarea que nos propusimos forzar a nuestros datos a encajar en esta exposición sobre disposiciones hacia la práctica cultural,

---

<sup>36</sup> El hip hop tendría una función de protesta similar (Abreu y Baquero, 2018).

pero el análisis de las entrevistas muestra una gran coincidencia con esta línea de hallazgos y que en este punto contribuye a construir un marco de análisis desde el que conviene observar las ideas que desenvolvemos en los siguientes apartados con el objetivo de diseccionar disposiciones que parecen haber operado por un largo periodo como principios de la práctica en el Cono Sur de América.

## 5.2. EL UBICUO ENTRETENIMIENTO

La vida cotidiana de las sociedades latinoamericanas parece estar colonizada por la idea de «entretención» o «entretenimiento». Eso significa que se busca encontrar actividades que hagan más agradable el paso del tiempo, sin reparar en demasía en las consecuencias últimas de lo que se está haciendo para los protagonistas de la acción u otros de forma más sistémica. Por lo tanto, las actividades son relatadas como fundadas en la mera búsqueda del entretenimiento, entendido al modo de una aproximación a la práctica de naturaleza superficial o fácil, carente de disquisiciones o razones profundas que lo justifiquen.

R: Para mí, por ejemplo, ir al cine es para ir a entretenerme. Entonces, como no me gusta ir sola al cine. A mi marido también le gusta ir a entretenerse. Entonces, ojalá sea una comedia, una cosa livianita. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

R: Sí, leer siempre. Lo que más me entretenía, novelas y también algunos libros sobre determinados temas. (Mujer, 51+, Montevideo, NSE alto)

Entretenerse es con frecuencia un sinónimo de pasar el rato, sin demandas externas, por el placer que reporta esta forma de olvido o ignorancia del paso de unas horas que de otro modo serían experimentadas como excesivamente largas, sin contenido, convirtiéndose ello eventualmente en un obstáculo para disfrutar la cotidianidad. Si una actividad provoca cansancio, es evitada en beneficio de otra cuyo ejercicio sea más sencillo o menos costoso en términos de energía psicológica y/o física. Lo fácil se incorpora muy

frecuentemente como un componente de lo entretenido, lo que deja a prácticas como la asistencia al teatro o la lectura, sobre todo de libros, en una posición de desventaja.

R: Me gusta el cine, muchísimo. Me gusta el teatro, pero consumo más cine que teatro, porque el teatro como que me cansa. (Mujer, 31-50 años Buenos Aires, NSE alto)

R: Yo de libros jamás he sido, nunca he sido bueno *pa* leer... Jamás me gustó leer. No sé por qué. Los libros que me daban en el colegio eran refomes (aburridos). (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

R: Hasta el día de hoy, tienen que ser cosas que me interesen demasiado para que yo las lea, y de preferencia las leo en el computador, o sea, ni siquiera que me presten un libro, aunque a veces me interese mucho, pero el libro como que me cansa. Me cansa leer. Prefiero en el computador. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

Quizás sea porque la obligaciones laborales y familiares demandan un fuerte esfuerzo a los individuos que justamente «lo entretenido» se opone a cualquier nuevo mandato o exigencia. Se trata a menudo de dejarse llevar por sustitutos funcionales que aparentemente, o en versiones *light*, nos permitan acceder a contenidos que de ningún modo estamos disponibles para obtener en su versión más detenida y temporalmente extendida.

R: No, nada, nada, no leo nada. Yo creo que leí mucho de chica, hasta que salí de la universidad leí, leí, y después me chanté, me puse a criar los críos, me puse a trabajar, ya no me quedó tiempo, y después la televisión como te entrega tanta, en el poco tiempo que tú tienes como para divertirse, digamos, y enterarte de cosas. Cuando, de repente, está muy fome, cuando no hay ninguna película que me enganche, el History Channel, y ahí veo Grecia, Egipto, todo lo del último minuto, que están los descubrimientos. Todo eso me quedo hasta las ocho de la mañana viéndolo. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

El uso del computador es visto con frecuencia como una combinación de acciones con contenidos bastante generales (bajar música, chatear, entre los más comunes), con propósitos puntuales y se podría decir que pasajeros o coyunturales, los cuales pueden fundarse continuamente en ocurrencias o necesidades momentáneas y también azarosas. Simplemente, hay una ventana de tiempo que el computador absorbe como un centro de gravedad de nuestra atención. Se navega la red por una inercia en el empleo del tiempo, sin expectativas precisas. Un mar cibernético en el que se encuentran voluntades sin propósito definido anticipadamente. Es esta la razón por la que se le quita importancia a lo que sucede mientras se mira a la pantalla conduciéndose por un mundo online.

P: ¿Y qué haces con la computadora?

R: Lo que más uso es la parte de bajar música y eso. Eso es lo que más. Después, alguna información que precise. Bueno, leer los diarios y eso, lo hago siempre. Y, *ta*, romper las bolas, no más.

P: ¿Y chateas?

R: Sí, pero también nada serio. (Hombre, 20-30 años, Montevideo, NSE bajo)

P: Internet me dijiste que usabas.

R: Sí, mucho.

P: ¿Te gusta internet?

R: No soy mucho de... no sé, hago estupideces, la mayoría de las cosas que hago en internet son estupideces. (Hombre, 20-30 años, Buenos Aires, NSE bajo)

R: Sí, sí, me gusta bastante leer, pero a veces por tiempo no podía. Pero no eran lecturas así como muy teóricas, sino más bien cuentos, historias de terror, más que nada de entretención, pura entretención, nada de contenido político ni nada de eso. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

En ocasiones, entretenerse va de la mano con algún aprendizaje de más largo plazo, o con cierta dificultad o necesidad de organización, pero el motivo sigue siendo la diversión, más que adentrarse en un área del conocimiento y dominar un arte o temática. Asimismo,

el objetivo puede ser menos formativo, y estar centrado en la parte «sabrosa» o divertida de observar las vidas ajenas, como se destaca en el caso de Facebook.

R: Ahora estamos pensando en aprender tango... para divertirnos un poco, como más diversión que otra cosa. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

R: Me metí a Twitter, pero no lo ocupó nunca... No enganché con el Twitter, no así como con el Facebook.

P: ¿Qué tiene el Facebook que no tiene el Twitter?

R: Es que, como te digo, no me he metido tanto en el Twitter, y una que ves las fotos de todo el mundo, más entretenido, como más copuchenterío. De repente, te enteras de cosas que no pensabas enterarte. Es como entretenido por ese lado. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

En todo caso, aunque sea por motivos diversos, los mismos no necesariamente están en contradicción. El uso del computador es un buen ejemplo, pues a través del dominio técnico que nos exige y facilita esta tecnología podemos combinar trabajo y ocio en una misma plataforma, lo que nos hace transitar con facilidad entre el mundo del trabajo y el del placer, si es que ambos no son parte ya de la misma esfera.

R: Ahora tengo un notebook que me sirve para los estudios y para guardar archivos, y va uno viendo que la tecnología no es solamente entretenimiento o no es solo trabajo, sino que puede tener de todo. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

Cabe preguntarse si esta realidad del entretenimiento es parte de un régimen tecnológico y económico más general, que pudiera muy probablemente hacer posible la formación y cumplimiento de expectativas, o la configuración de nuevas subjetividades (o *habitus*) que poco tiempo atrás hubieran sido impensables. En este sentido, el entretenimiento como disposición general para la acción o la toma de posición pudiera ser un elemento emergente de una sociedad en la que el ocio deviene una parte de su economía y de sus relaciones sociales ordinarias.

R: El tiempo libre de esa época te digo que era poco. Nunca estábamos aburridas, como está la gente de ahora. No existía la palabra «aburrimiento». (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

### 5.3. BUSCANDO INFORMACIÓN

A partir de las narrativas de los entrevistados, una de las disposiciones que observamos es la búsqueda de información, lo que puede ser un fin en sí mismo, por ejemplo, por una motivación formativa, o un medio para alcanzar alguna otra meta, como puede ser la toma de una decisión adecuada. En torno a ello, se realiza una lectura selectiva de prensa, se habla con amigos, como dos fuentes relevantes de datos y evaluaciones de algún libro, película o evento que pudiera ser de interés.

P: Y el cine, ¿cómo elegís la película?

R: Eh, bueno. Espero no tener que dar nombres de directores porque soy un desastre. Sí, escucho críticas, comentarios, recomendaciones de amigos, en general... El diario del jueves lo leo siempre porque viste que particularmente tiene... las críticas de las películas que se estrenan en la semana. Igual no me fío mucho de las críticas, pero más o menos me orientan un poco y me gusta mucho, mucho el cine. Tengo un amigo que es ultra cinéfilo que nos da clases de cine. Entonces, ir con él es como una suerte de maestro acompañante.

P: ¿Qué te gusta más, el cine europeo, americano, el cine de autor o...?

R: No, me gusta el cine europeo, me gusta el cine independiente. Detesto las películas hollywoodenses, aunque a veces las veo... porque a mi marido le gustan más (risas). Pero igual las puedo ver, y luego criticarlas. (Mujer, 31-50 años, Buenos Aires, NSE alto)

La persona informada no solo acumula o maneja datos, sino que puede entrar en el terreno de la crítica o valoración con fundamentos racionales y empíricos, aunque sea a partir del recurso a otras opiniones. Si hay un lugar privilegiado para obtener la información, este es el uso del computador conectado a internet. Entre el ocio, la

necesidad y el trabajo, la ciber-navegación se ve impulsada por el estímulo informativo.

P: ¿Utiliza internet y busca ahí sus cosas?

R: Sí, cuando tengo que ver algún medicamento, parto, me siento y busco y me informo de qué se trata, de qué está formado, porque soy mucho más de la medicina natural. Entonces, voy y me informo de cuáles son los contenidos y para qué sirven. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

R: Trabajo mucho por internet, busco mucha información de todo tipo. Desde información académica, información para el trabajo. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

No estamos hablando de una actividad ocasional, sino que la búsqueda de información por internet es un hecho permanente, constitutivo ya de las prácticas cotidianas de toma de decisiones. Una de sus ventajas es la instantaneidad, sin necesidad de desplazamientos o consulta por información. Simplemente, con un click el objeto que queremos conocer está ante nosotros caracterizado de manera funcional a los propósitos del eventual comprador o consumidor. Como no hay un límite claro de los datos y productos disponibles, generalmente por su abundancia, no sorprende que la actividad de búsqueda pueda adjetivarse como constante, pues parece que siempre pudiera haber algo nuevo que encontrar.

P: ¿Y ves por internet cosas?

R: Eso, todo el tiempo, todo el tiempo.

P: ¿Páginas?

R: Sí, páginas de marcas de baterías, de los últimos modelos de platos, palos de baterista nuevos, todo, videos en Youtube de bateristas. (Hombre, 20-30 años, Montevideo, NSE bajo)

P: ¿Y qué busca en Twitter? ¿Qué tiene el Twitter que...?

R: Lo encuentro mucho más dinámico. Tiene la gracia de que mantiene informado de manera instantánea, porque siempre hay alguien que se entera de algo y lo empieza a twittear, claro después se confirma la fuente. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)



No obstante, por sistemático y permanente que sea el uso de internet, se debe estar alerta sobre el tipo de uso. Un «picoteo» de noticias, como el piar del Twitter, es posible que sea la manera en que habitualmente el lector pasee por la web, a modo de una mirada acelerada que abarca mucho, apretando mucho menos. La cantidad, y quizás diversidad, a cambio de la profundidad, o eso podemos hipotetizar aquí. Entonces, la búsqueda constante de información se constituye en un ejercicio estructural a las economías y el ocio contemporáneo, en paralelo con la revisión de una información abundante y dispersa de difícil gestión cognitiva, o cuyo tratamiento pudiera ser más apresurado, y un poco antojadizo, que decantado y evaluativamente equilibrado. Se corre para buscar, y se busca para correr, formando un circuito que crece con la expectativa de la disponibilidad de una información instantánea, enorme y eventualmente novedosa.

P: ¿Cómo usas la computadora?

R: Yo leo los diarios por internet. Los diarios por internet, fundamentalmente.

P: ¿A la mañana o...?

R: Acá, en la oficina, me informo, pongo diarios por internet. Hago la «diariería» por internet... y me manejo todo con eso.

P: ¿Qué lees, los diarios nacionales, los diarios internacionales?

R: Sí, y a veces me gusta también leer los diarios de provincia. Para interiorizarme de qué pasa, para interiorizarme por ahí de qué pasa en algunas de las provincias que me gustan o que conozco. (Hombre, 31-50 años, Buenos Aires, NSE alto)

#### 5.4. LA ORIENTACIÓN AL APRENDIZAJE

Sin poder identificarse nítidamente, hay una línea tenue que hace de frontera entre la búsqueda de información y la inclinación a aprender. De algún modo, informarse implica adquirir conocimientos, pero la orientación al aprendizaje es una actitud más sostenida y profunda en el tratamiento o la mirada sobre los temas de interés. Es una manera de mirar o ir a buscar, que requiere cierta

sistematicidad y extensión. Los entrevistados hablan recurrentemente de «investigar» y pensar como motivaciones centrales de la acción.

R: Me gusta el internet, me gusta mucho, porque tú aprendes mucho, puedes investigar lo que quieras ahí. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

Investigar está fuertemente relacionado con aprender sobre «hechos reales», refiriéndose con ello a menudo a la historia, o a aspectos o fenómenos que son considerados importantes en la vida de las personas. La fundamentación en la realidad de un producto cultural, como una película o un libro, le agregan relevancia de la que carece la mera ficción, la que parece tener menor prestigio por su eventual débil conexión con sucesos demostrables.

R: Películas, veía películas...

P: ¿De algún tipo en particular?

R: A mí siempre me ha gustado la historia. Entonces siempre...

P: ¿Esas basadas en hechos reales?

R: Sí, siempre me ha llamado la atención ese tipo de películas. Siempre encuentro algo interesante cuando son basadas en hechos reales. Siempre me ha interesado más sobre todo... el tema, no sé, de la Primera Guerra Mundial, de la Segunda Guerra Mundial. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

P: Y el cine, ¿qué te gustaba ir a mirar?

R: Siempre me gustaron fundamentalmente las películas temáticas... En aquel momento, unos pocos años antes, habían aparecido en la plaza películas de autores italianos como *Amarcord*, como *La clase obrera no va al paraíso*, como Sacco y Vanzetti, todo ese tipo de filmografía que además contemplaba aspectos históricos, político-históricos, que a mí me interesaron siempre. (Hombre, 31-50 años, Montevideo, NSE bajo)

El realismo de la ficción o la realidad misma siguen siendo demandados por la relevancia de los conocimientos que aportan. En otras palabras, no todos los temas parecen igualmente susceptibles de ser estudiados. Como indicábamos, la ficción, géneros como la novela o el cuento, son más bien introductorios, etapas o capas

propedéuticas para leer y centrar la atención en lo más importante: la historia, la política, el género ensayístico, se supone que sobre estos mismos temas. El aprendizaje se fundamenta en las necesidades de un yo que intenta comprender algún fenómeno efectivamente existente. Con frecuencia, se trata de saber para comprenderse a sí mismo.

R: En mi adolescencia, yo siempre leía.

P: ¿Y qué cosas leías? ¿Libros de historia, de política, cómics o...?

R: Inicialmente, primero uno lee, o sea, cuando más chico, te estoy hablando de 12 años, uno leía cosas más simples, o sea, no sé, cuentos, novelas, y después ya empecé a leer cosas más políticas. Me empezó a interesar más la Historia. Partió, yo creo, partió el interés yo creo que con el tema del golpe. Empecé a investigar por ese lado: qué fue el golpe, quién fue Allende. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

R: No me atrae la literatura en general. Si reivindicara alguna preferencia, me gusta algo que pueda dejar enseñanza, tipo ensayo... A los setenta y siete años, ya no empieza a sobrar la vista. Entonces no se puede estar gastándola, como decimos en la Pampa, o acá, «al pedo» (risas) (...) Entonces, no es cuestión de desperdiciar. (Hombre, 51+, Buenos Aires, NSE alto)

Adicionalmente, se valora que la experiencia cultural anime a una reflexión posterior, «deje pensando». Por tanto, lejos de dar por supuesta la información recibida, el individuo se expone a mensajes los cuales requieren elaboración intelectual. No hay un aprendizaje principalmente en términos de datos, aunque puedan existir, sino un desenlace que finaliza después de la película, la obra de teatro o el libro, como una cola de longitud variable en la que el individuo público se convierte en protagonista mediante la apropiación reflexiva de la obra.

R: En esta época, cuando empecé la facultad y estaba trabajando en la heladería, ahí sí salía. Iba todas las semanas al cine, todas las tardes al cine, ir al cine seguro al mediodía a ver películas.

P: ¿Y qué tipo de películas te gusta ver?

## 5. DISPOSICIONES

R: Fui cambiando. En esa época me gustaba mucho el cine europeo, el cine así como más lento o más... de pensar. Fui a ver muchísimas de esas películas, incluso obras de teatro. En esa época salía más a ir a ver obras de teatro, así teatro under y cosas más experimentales. Ahora estoy como... me gusta, lo sigo viendo y todo, pero también incluyo otros tipos de películas más Hollywood. Igual no me gusta... Películas de guerra, así, no me gustan, pero me gusta el cine de Woody Allen. (Mujer, 20-30 años, Buenos Aires, NSE bajo)

P: ¿Y le gusta el cine?

R: Mucho. Me gusta mucho. Me gustan las buenas películas.

P: ¿Es de ir al cine?

R: Sí... Me gustan las películas que están bien hechas, que te dejan pensando, que te hacen discutir. (Hombre, 51+, Buenos Aires, NSE alto)

La disposición al aprendizaje no es simplemente una actitud que emerge desde el individuo de forma espontánea. Está enraizada en historias familiares y trayectorias personales donde se estimuló, de manera abierta. Hacer para aprender, aprender para ser más; propósitos prácticos y existenciales; formas de ganarse la vida y maneras de vivir se mezclan continuamente. El aprendizaje no es necesariamente entretenido, y lo que se obtiene generalmente no es inmediato. Desde el click informativo a la constancia del ejercicio de aprender hay un salto cualitativo.

R: Increíblemente, mi mamá decía... también me enseñó a leer el diccionario, «si tú lees el diccionario, vas a tener mucho vocabulario». (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

R: Yo creo que es súper importante no obligar al otro a leer, pero sí invitarlo. Cuando uno invita a uno, haciendo comentarios, pidiendo la opinión sobre el tema, entonces, por último, el otro va a decir «chuta, no sé nada de esto. Voy a investigar». (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

Como indican esta última cita y la siguiente, aprender es animado por nuestro entorno. Tanto o más que del yo, es un espacio del nosotros, parte de una trama que lo alienta y/o exige. Por lo

tanto, en la disposición al aprendizaje ya hay contenidas importantes experiencias relativas al sentido de comunidad, disposición que es absolutamente central en la práctica cultural de los individuos.

R: Libros, bueno, estoy por terminar con la biblioteca de mi novio. Me di cuenta que no sabía nada de música porque a él le encanta la música. Entonces empecé a devorarme la biblioteca, historias de bandas. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

### 5.5. COMUNIDAD O SENTIDO DE PERTENENCIA

Las prácticas culturales han sido pensadas fundamentalmente desde el sujeto. En paralelo al debilitamiento de las teorías de clase, incluso en la versión bourdieuana, y la emergencia de teorizaciones que argumentaron (¿reconstruyeron?) a favor de la expansión de subjetividades más individualizadas, la cultura devino una forma de acción del individuo. Las metodologías respaldaron en gran medida este supuesto a través de formas de preguntar, en encuestas o entrevistas, que interpelaban a aquel que debía responder, responsable y tomador de decisiones. Si bien reconocemos el valor del conocimiento producido dentro de tales aproximaciones, se quiere ofrecer en esta sección información suficiente para proponer que el individuo debe ser entendido en su contexto, dentro del cual coconstruye su práctica en el seno de una comunidad (o conjunto de grupos) específica. En este sentido, sostenemos que el sentido de comunidad o pertenencia deviene una disposición que opera como activador permanente de la práctica cultural. Esto es actualmente así y lo era décadas atrás, como muestran las siguientes citas.

R: Iba mucho al carnaval. Me encantaban los desfiles, me encantaban, pero ahora no. Ahora ya hace años que no... no me gusta porque cambió mucho. No son los carnavales de antes que era todo familias, todo, las calles. Yo me acuerdo que nos disfrazábamos, que salíamos con los vecinos. (Mujer, 51+, Montevideo, NSE bajo)

## 5. DISPOSICIONES

R: De los jóvenes que nos juntábamos cuando éramos chicos quedamos dos, cuando, típico, ibas a la plaza a jugar. Ya no se ve, porque igual como que todos trabajan tanto tiempo y como que ya no se ven los niñitos tanto en la plaza, o sea, se ven, pero no con sus mamás, se ven con las nanas... Falta más eso, como el sentido de familia. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

Como era esperable, la familia aparece como comunidad primera de pertenencia. En las actividades realizadas se ven involucrados tíos, hermanos, hijos, madres y padres, como algunos de los más relevantes. A veces los otros son facilitadores, por ejemplo, consiguiendo una entrada, y muy frecuentemente son parte del plan familiar para hacer algo en conjunto, lo que hace que la práctica tenga un ajuste más o menos próximo con las preferencias de algunos de los componentes de dicho grupo, como es el caso de las películas infantiles en el cine en el caso de los padres.

R: Con mi hermana siempre íbamos al cine. El tío Coco trabajaba en un cine, le daban entradas. Entonces íbamos todos los fines de semana. Repetíamos las películas, nos mirábamos todo. Empezaba a la una de la tarde y nos quedábamos hasta las seis. Cuando Florencia era chica iba con ella. (Mujer, 51+, Montevideo, NSE bajo)

P: ¿Fuiste al cine?

R: Últimamente, las veces que fui, fui porque los chicos querían ver alguna película que les gustaba a ellos. No, si ahora ya deciden los chicos, yo ya no. Igual mucho no soy de ir al cine tampoco. (Mujer, 31-50 años, Buenos Aires, NSE bajo)

P: ¿Sale al cine?

R: Sí, voy al cine, pero ya no voy tanto invitado por mi señora, sino que la motivación es llevar a Sebastián, mi hijo pequeño. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

Si la familia es una comunidad de pertenencia principal, como esperaríamos desde una teoría de la reproducción social del tipo de Bourdieu, se produce una vinculación entre generaciones que tiene como propósito y consecuencia la transmisión de ciertos códigos

culturales. Si la comunicación entre generaciones puede no ser perfecta (Gayo, 2020), ello no impide que la misma se produzca y tenga una considerable efectividad. Abuelos/as, padres/madres e hijos/as comparten actividades que servirán para introducir a los más jóvenes a universos de otro modo probablemente ignorados o lejanos.

P: ¿Y vos sentís que tenés gustos parecidos o diferentes con tu familia? ¿Qué puntos, digamos, de contacto, como la ópera con tu abuela u otras cosas con tu madre?

R: Eso sí, digamos, hay una reproducción siempre. Tenemos gustos muy afines. De hecho, cuando hemos viajado juntas a Buenos Aires, viajamos un par de veces con mi abuela, mi madre, mi hermana, y vamos al teatro juntas. Elegimos las cosas juntas. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

R: Papá me pasaba a buscar. Estaba separado de mamá. Me venía a buscar los domingos siendo yo niña. Íbamos al concierto que daba la banda municipal de Montevideo en el Solís, que lo dirigía el maestro Ascone y pasó una cosa que yo no me olvido nunca. Yo tendría como seis años, entonces un día Ascone... Papá siempre íbamos a saludarlo. Bueno, me dio un beso, me saludó y papá le dijo: «A ella le gusta mucho la obertura 1812 de Tchaikovsky». Entonces, en el próximo concierto, él se da vuelta y dice al Solís: «Para una querida y chiquita amiga el concierto 1812», y lo tocó... Estuve también en la directiva de la asociación de amigos de República Checa. El director dio un concierto para niños y yo llevé a Mateo y le dio a cada niño una batuta. (Mujer, 51+, Montevideo, NSE alto)

P: ¿Cómo llegás a que te guste la música clásica, la lírica y la ópera...?

R: Bueno, porque yo cuando era chica mis abuelos me hacían mirar videos...

R: Entonces, todas las vacaciones nos mandaban en ómnibus los tres meses de vacaciones, las vacaciones de invierno, las vacaciones de primavera, todo para Durazno, un paquete y ahí van las nenas.

R: Entonces, claro, nos hacían mirar todos los ballets. Mi abuelo grababa en VHS y todos los ballets, las óperas y yo fui a clase de ballet de chiquita. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

Aun siendo la familia el contenedor más sobresaliente de la transmisión de capital cultural, puesto que el mismo está pensado desde el punto de vista de una relación unidireccional que va de los padres a los hijos, las amistades son continuamente mencionadas como parte de relaciones con las que la participación cultural cobra sentido comunitario. Se sale al cine, al teatro, se conversa sobre los temas más variados, se obtiene información para la toma de decisiones, se cría a los hijos, entre otros momentos, con los amigos, reforzando el círculo de pertenencia que coconstruye el universo de lo posible y, dentro de ello, la acción cultural.

R: Los viernes a la noche o los sábados o los domingos siempre tenemos actividad o salida con amigos, vamos al teatro, o vamos al cine o tenemos alguna actividad de ese tipo. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE alto)

La relevancia de la decisión de participar dentro de una comunidad es a menudo tan radical que la carencia de compañía u otros con los que realizar la práctica implica su no realización, y probablemente migrar a tipos de comportamiento cultural más individualizado. Es decir, la soledad impide la satisfacción de preferencias que hubiesen requerido la presencia de una compañía.

R: Cine me gusta... No le dedico tiempo, pero sí, algo me gusta. Teatro también, cosa que me gusta, pero he dejado de ir hace muchísimo tiempo, quizás por falta de compañía para ir. (Hombre, 31-50 años, Buenos Aires, NSE bajo)

Al mismo tiempo que la imposibilidad de compartir cambia una posible decisión, quizás postergándola hasta el momento propicio, adoptar decisiones con otro, como puede ser la pareja, implica habituales renunciaciones. Las personas hacen algo producto de un proceso de negociación, lo que puede llevar a tomar un curso de acción que no hubiese estado entre las alternativas deseadas por las personas, pues arrumar las preferencias personales es un requisito común para hacer algo en conjunto.



R: Si estoy sola pongo a Sabina. No lo escucho tanto si estamos juntos, porque a Ricky no le gusta tanto. (Mujer, 31-50 años, Buenos Aires, NSE alto)

R: Cuando ya va teniendo pareja, ya uno vuelve a ir un poco al cine. A las mujeres les gusta más que al hombre. Al menos en mi caso siempre a mis parejas les ha gustado más ir al cine que a mí. O sea, yo prefiero quedarme en mi casa viendo un partido de fútbol. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

En algunos casos, la renuncia es comprendida no como algo ocasional, sino permanente, y es sentida como un costo de la relación misma. El sentido de pertenencia obliga a la postergación personal, entendida como la imposibilidad de realizar actividades que son vistas como deseables, conducentes a un estilo de vida representativo de la auténtica personalidad del individuo. Sueños no concretados son costes del desarrollo dentro de una comunidad que exige de sus miembros sacrificios. Las madres son un ejemplo palmario de esta deriva comunitaria, la que levanta con frecuencia una barrera entre deseos y hechos. En este sentido, desde el punto de vista de la práctica cultural, la maternidad es entendida como un acto sacrificial, antes que una decisión que completa o llena a la persona.

R: Yo siempre estuve atada a los gurises. Mientras ellos fueron chicos, yo no fui persona, solo estaba en casa. Fue una renuncia total a todo. Incluso me hizo mucho mal. Después hubo un problema de pareja que fue, como de un golpe, que me llevó a pensar qué estaba haciendo. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE bajo)

R: Mi foco estaba dedicado a mis hijos. Yo los tuve muy seguidos, mis hijos tienen un año y dos meses de diferencia y además nos fuimos a vivir como a las afueras de Santiago... La verdad es que quedaron muchas cosas de lado en esa época por el tema de trabajo, por el tema de mis hijos. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

Un comportamiento que expresa el sentido de pertenencia es la comunicación. En torno a la misma se produce no solo una experiencia profunda y duradera, permitiendo que las comunidades

se produzcan y reproduzcan, sino también una evaluación de los espacios y tecnologías que permiten que dicho lazo se genere. Al respecto, no sorprende que sea a partir del sentido de comunidad que la posibilidad de la comunicación, sobre todo entre largas distancias, es enfatizada de manera sobresaliente como una maravilla de la modernidad. El entusiasmo con el que las familias incorporan las nuevas tecnologías de la comunicación se debe en gran medida a este hecho compartido, independientemente de que finalmente el uso de las mismas cumpla diferentes propósitos.

P: ¿Y qué haces con la computadora?

R: Qué hago, aparte de comunicarme por mail con mucha gente, que me mandan cosas muy lindas y yo mando, y tengo teléfono para hablar con mi hermano que vive en Brasil y con otra gente también. (Mujer, 51+, Montevideo, NSE alto)

R: No sé manejar los controles que usan ellos. Por mucho que me han enseñado no sirvo y yo los miro. No sé cómo lo hacen *pa* jugar tan bien, pero yo creo que una de las cosas de la tecnología, pero ya extraordinario, es el poder comunicarse por internet, por un hoyito, por una camarita y poder comunicarse con gente que está en Estados Unidos y poder hablar con ellos... Poder comunicarse así creo que es una de las cosas más maravillosas que hay. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

## 5.6. TECNOLOGÍAS, ENTRE LA ADHESIÓN Y LA EVALUACIÓN

Sea por la necesidad de comunicación fundamentada en el sentido de pertenencia, sea por el placer o diversión asociados al entretenimiento, por la posibilidad de encontrar información de manera inmediata y sencilla, o dada la provisión de herramientas que ofrece para desarrollar las más variadas tareas, las tecnologías, principalmente de la computación y la comunicación, han conseguido la adhesión, frecuentemente entusiasta, de sus usuarios. Los hogares van introduciendo dentro de su arsenal de herramientas los computadores y, más adelante, internet, de la web original a la

más interactiva 2.0, las personas evolucionan con un mercado y una oferta que cambia de manera ostensible a lo largo de los años.

R: Apenas me casé me compré una cámara fotográfica y, después de eso, una de esas con discos que había que sacaban en secuencia. Después me compré otra para aprovechar más el rollo. Siempre fueron de marca. La otra cosa que hacía también es que nunca compré las cosas por mientras, porque yo viví esa situación en casa con mis padres, «por mientras vamos a comprar esto» y se transformaba en eterno... por eso compraba eso, ese tipo de cámaras, para que fueran buenas, para que me duraran el tiempo y que sacaran buenas fotografías. Y después de eso, empecé a comprarme más cosas. Hoy día, supiera la cantidad de computadores que hay en la casa. Hay uno para cada uno y hay dos de base, incluido mi señora y yo. Cada uno tiene su notebook y más los dos que están conectados en línea están en red, y para sacar lo que es impresiones, porque también no compré cualquier impresora. Es la tercera impresora que tengo. La primera fue una Cannon de inyección electrónica, después esta que venía con un escáner de estas multifuncionales, y hoy día tengo una a láser, pero grande. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

Frente a la adhesión total, es bastante habitual que el empleo de las tecnologías sea circunscrito a necesidades, intereses o aspectos concretos relativos a las actividades de las personas. Más que una adhesión o afición a las tecnologías, se encuentra una concepción más limitada como herramienta para ciertos fines.

R: Para trabajo. Trabajo mucho con internet.

P: ¿Busca información?

R: Busco información. No me gusta chatear. No, no sirvo *pa* escribir. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

R: Tengo ganas de comprarme una X-box 360 porque he visto la evolución de los juegos y es impresionante. De hecho, tuve SúperNintendo, después Nintendo 64, y ahí me quedé. Ahora tengo hartas ganas de comprarme uno, pero yo no soy una persona que se quede pegado. Como que juego un rato y ya me aburrí. Prefiero ver películas que estar pegado en el Nintendo, a menos que sea una ocasión especial, se juntan los

## 5. DISPOSICIONES

amigos antiguos, nos juntamos todos y nos dedicamos a jugar a alguna cuestión. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

R: Sí. Se usa mucho internet.

P: ¿Y cómo, con qué objetivo lo utiliza?

R: Para trabajo. Trabajo mucho con internet.

P: ¿Busca información?

R: Busco información. No me gusta chatear. No, no sirvo para escribir. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

R: Yo me meto solo a internet, al computador, me meto a internet solo *pa* ver el tema de la universidad, mis trabajos. Nada más. No soy bueno, no tengo Facebook, nunca tuve Fotolog, tengo mi mail. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

Un uso parcial o restringido suele ir de la mano de grados variables de distancia con respecto a los contenidos que las nuevas tecnologías (la computación, internet) tienen que ofrecer. En ocasiones hay una explícita declaración de disgusto o aversión, dentro de la cual también cabe que la adopción de los nuevos dispositivos sea percibida como una obligación o algo no deseado.

P: ¿Usas internet?

R: Lo uso para lo que hago con cuero. No me engancha para nada. En casa hubo computadora desde hace años y la aprendí a usar hace poquito. Me enganché porque tenía la necesidad. Las cosas se comunicaban por mail y de alguna manera tenía que enterarme. Eso es lo único que sé hacer: abrir algún mail, mandarlo y buscar algún tema que me interese. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE bajo)

La distancia puede derivar, no únicamente en un uso restringido o la falta de deseo por un empleo más habitual o completo, sino asimismo en críticas abiertas y específicas a daños generados por el nuevo contexto computerizado, virtual y/o cibernético. En particular, surge una crítica evidente hacia las redes sociales, las que terminarían violentando o violando la privacidad de las personas. Además, es habitual que se considere poco relevante lo que se realiza por este medio, como una forma vacía de consumir el tiempo sin un propósito realmente meditado o significativo.

R: Yo me metí al Facebook porque mi hermana estaba jugando al Farm Town y yo quería jugar a ese juego porque era muy entretenido y ahí tuve Facebook, y ahí empecé a agregar a la gente. Pero como mucho Facebook y andarme sacando fotos, no, para nada. No soy muy asiduo a las redes sociales, sobre todo eso de la relación, es penca en qué termina la relación, al final es puro copuchenteo. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

R: No me fascina el tema Facebook. Twitter no tengo. No sé cómo funciona. El tema de Facebook no es algo que me fascine. Tengo algunas opiniones en contra. Siento que en cierto sentido es como una violación a la privacidad de uno. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

P: ¿Y qué haces con la computadora?

R: Lo que más uso es la parte de bajar música... Después alguna información que precise. Bueno, leer los diarios y eso lo hago siempre y, *ta*, romper las bolas no más.

P: ¿Y chateas?

R: Sí, pero también nada serio.

P: Ponele, ¿usás Facebook, Messenger?

R: Sí.

P: ¿Qué te gusta de Facebook en general?

R: Paso el rato no más porque, en realidad, me parece una boludez, pero, *ta*, lo uso porque a veces me sirve para alguna información de fiestas, de organizar. (Hombre, 20-30 años, Montevideo, NSE bajo)

No se debe olvidar que las tecnologías avanzan con rapidez y estar actualizado en el empleo de las mismas implica un uso habitual. El entretenimiento que ofrecen juega un papel central, pues es un nexo, aparentemente superficial y falto a menudo de contenido, que contribuye a generar habilidades técnicas en el usuario, las que posteriormente pueden ser aplicadas a otros fines. En caso de que el uso sea más circunstancial, el riesgo es desconocer el *know how* o cómo hacer las tareas o disfrutar las aplicaciones que se me ofrecen. Por lo tanto, el cambio conlleva mejoras que expanden las posibilidades de uso, y al mismo tiempo generalizan el extrañamiento con respecto a la herramienta para aquellos que no tienen un contacto

cuasi cotidiano con la misma. Incluso si alguna vez se empleó, la falta de práctica produce olvido y, con ello, ignorancia.

R: Estuve un tiempo haciendo mail cuando mi hijo se fue para Estados Unidos. Entonces, lo echaba de menos y la única manera más rápida, por eso, y sabía cómo hacerlo. Después, se me olvidó, porque lo que uno no practica se te olvida, sobre todo esto tecnológico que va cambiando tan rápido. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

Si bien pudiera parecer que las sociedades contemporáneas hacen un canto a las conocidas como TIC, aun si ello es solo en términos de la extensión y profundidad de su incorporación a la vida comercial y doméstica actual, una mirada microsociológica fundada en los relatos de nuestros entrevistados produce un retrato social más ambivalente. Si bien hay grandes éxitos y espacio de notable aceptación, como es el caso de las posibilidades que proporciona para la comunicación, existe un espacio de evaluación la cual produce tomas de posición también extremadamente críticas. Si existe una tecnofilia, y por lo tanto tecnófilos, también se da la contracara, la tecnofobia. En nuestras entrevistas, los tecnófobos sacan la voz con claridad, expresando su «rechazo a la tecnología».

R: En realidad, soy bien como que puse un poco de rechazo a la tecnología. Tampoco la manejo mucho. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

R: Ni siquiera sé prender la computadora. Tengo mi máquina de escribir, donde hago las poesías. Florencia me quiere enseñar, pero le digo «mañana, pasado». No me gusta, lo veo tan difícil. Igual que con los mensajes por celular. Con mi cuñado le compramos el celular a Florencia, me dijo que comprara uno, yo dije que no porque es muy difícil. Hay que apretar cincuenta veces para mandar un mensaje. Es muy difícil, te equivocás. Después me compraron uno. Nunca había tenido uno. Yo no quería aprender. Ahora veo lo increíble que es, cómo uno cambia, ando para arriba y para abajo con él. Internet no me atrae. Tengo una amiga que la hace de goma, en los chats tiene ochenta mil conocidos. Yo no, no puedo. (Mujer, 51+, Santiago, NSE bajo)

P: Hablando de lo que son las tecnologías actuales.

R: ¡Ay! No la quiero, no, no, no, no la quiero. Yo tengo la máquina de coser y la máquina de escribir. Es así.

P: ¿Y no le gusta para nada internet?

R: No es que no me gusta, no es que no me gusta. No estoy en eso. Yo me ocupé de otra cosa en mi vida. (Mujer, 51+, Buenos Aires, NSE bajo)

P: Y la computadora, ¿manejás?

R: No, no me gusta.

P: ¿No te gusta?

R: Ni la quiero.

P: ¿Por qué?

R: Porque considero que no es para mí en este momento la computadora. La encuentro, yo qué sé, de repente estoy equivocado, un arma de doble filo. Igual que el teléfono celular no me gusta.

P: ¿No tenés celular?

R: No tengo, ni lo voy a tener. Ni lo voy a querer. (Hombre, 51+, Buenos Aires, NSE bajo)

Los relatos que emergen a partir de las respuestas analizadas exponen, sin lugar a dudas, que debemos cuestionar cualquier afirmación que generalice la suposición de la acepción voluntaria y universal de las tecnologías hoy al uso. No se trata solo del empleo restrictivo de las mismas, ni de las críticas que se producen como consecuencia de su utilización, considerablemente respecto a las redes sociales, ni de una fobia tecnológica que tiene una importante cabida. Hay una dimensión humana que está en juego y es profunda, pues no es extraño sentir una forma de incompatibilidad funcional y existencial con la manera de operar que proponen los avances tecnológicos, hasta el extremo en que las personas pueden llegar a concluir que este no es un mundo para ellas, apareciendo un profundo sentimiento de obsolescencia que consiste en prescindir de lo humano que ellos perciben que representan, pues la máquina llegó para quedarse. De este modo, las tecnologías excluyen formas de organizarnos y pensar en nuestra manera de vivir, forzando a las

personas a cambiar y empujando ciertas modalidades de existencia, entendidas como deseables, a su extinción.

P: ¿Y usted se incorporó a utilizar internet, cosas por el estilo?

R: Yo no, mis hijas sí, mi nieta, pero yo no, no puedo.

P: ¿Por alguna razón?

R: Me dejó atrás la tecnología. (Mujer, 51+, Santiago, NSE bajo)

R: La tecnología, que yo no estoy en eso. Le tengo miedo a todo lo...

P: Eso es un cambio.

R: Pero es una cosa como que es un abismo, realmente un abismo. La escolaridad, en esa época, la tranquilidad. Es, es, no se puede creer. Es como vivir otro mundo. (Mujer, 51+, Buenos Aires, NSE alto)

P: ¿Ves que hay una diferencia generacional para el uso de internet? ¿Ves que en tu generación y la de tus hijos...?

R: Mi generación... Yo, por ejemplo, soy bastante cuadrada, me cuesta mucho lo que es computación, lo que es el mp3, mp5.

P: ¿Y tu hija tiene mucha más facilidad?

R: Mi hija tiene más facilidad, y mis nietos ni te cuento. Mi nieto tiene 10 años, agarra el mp5 y lo da vuelta y lo aprende a manejar. Yo no lo pude aprender a manejar... No, eso no tenía que existir para mí. (Mujer, 31-50 años, Buenos Aires, NSE bajo)

### 5.7. SOBRE POLITIZACIÓN

En ocasiones, animado por el contexto histórico, la política aparece como una disposición que conduce a los individuos a tener comportamientos culturales específicos. Aquí no nos estamos refiriendo a cuando ello sucede de forma imperceptible, si bien entendemos que en un sentido más amplio la lectura siempre es política, o que esta está presente de forma bastante generalizada en nuestra práctica cultural (Gayo, 2011). Más bien, se trata de relatar lo que los propios entrevistados entendieron como lecturas políticas,



producto de una situación de conflicto social, la cual generaba un marco de interpretación donde las posiciones eran marcadamente diferentes y, en consecuencia, cruzar las fronteras ideológicas era un ejercicio volitivo consciente. Es decir, la cultura como actividad de protesta surge generalmente producto de la oposición a regímenes dictatoriales de la región del Cono Sur, podríamos decir que en los años sesenta, setenta y ochenta principalmente, como corresponde a la historia social y política de las sociedades respectivas. Debido a que está circunscrito en el tiempo, que esa época ya es un momento pretérito, y que la investigación no estaba dirigida a levantar información sobre politización de la cultura, el material recopilado es decidor, pero no abundante. No obstante, consideramos relevante consignar o registrar este fenómeno, pues se trata también de una disposición emergente producto de nuestros análisis. Por lo tanto, aunque de extensión restringida, los entrevistados hacen mención de historias personales dentro de las cuales la politización influyó en forma decisiva y por periodos de tiempo considerables en la manera en que se acercaron a la cultura. La misma se convirtió en un espacio de libertad cuando las leyes no la reconocían, un lugar de creación de una comunidad a menudo carente de organizaciones legales a las que se pudiera pertenecer formalmente. La cultura devino una forma de militancia y expresión que precedió a aperturas democráticas, ya contenidas en sus representantes (artistas, autores, intelectuales) y en sus obras por medio de la interpretación de las que fueron objeto y de la apropiación efectiva que fue llevada a las calles.

R: Yo recuerdo que, en la época del principio del golpe militar, sí salíamos como menos. Yo creo que había harto temor igual inconscientemente, aun cuando donde yo vivía no fue tan fuerte, digamos... Y ya empezó *pa* mí otro tema también. Yo creo que el 73 a mí me marcó. Me marcó a mí el golpe militar bastante, diría yo, porque empezaron lecturas de otro tipo.

P: Lecturas de otro tipo, ¿en qué sentido?

R: Bueno, ya a los dos, tres años, yo empecé... Entré a la universidad y ahí me empecé a incorporar a grupos muy incipientes políticos y con mucho miedo. Más menos ya reconocíamos quiénes éramos y las lecturas eran basadas principalmente, y corrían varios textos clandestinos de lo

que ocurría en materia de derechos humanos. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

R: Ocurrió mucho primero en mi hermano. Mi hermano yo me acuerdo que muy chico tenía interés de hablar de esos temas, muy chico. Yo creo que de los 10 años andaba preguntando por el golpe de Estado, la operación Cóndor, y andaba contando ese tipo de cosas que yo en ese momento no... Y yo ya en mi adolescencia empecé ya más a despertar, a despertarme en esos temas. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

Relacionadas con un contexto social donde la resistencia y la protesta eran emergentes o se habían consolidado ya, influidos a menudo por hermanos, parejas o padres, la politización surge, no solamente como una inquietud o una manera de hacer interpretaciones de la realidad, sino como un vector que incide poderosamente en las prácticas culturales. Al igual que veíamos en la sección en la que se trataba el aprendizaje como disposición, dentro de la cual la lectura de historia y política aparece en un momento de madurez del individuo, entendido como una práctica que requiere esfuerzo y atención, y que provee una interpretación profunda finalmente de quiénes somos, leer de estos mismos temas se vuelve habitual. Consistía en libros y revistas elegidos, los que devendrán dispositivos que contribuirán a constituir una «comunidad imaginada» (Anderson, 1991) de oposición a los regímenes autoritarios respectivos en Argentina, Chile y Uruguay. Las lecturas políticas estaban lejos del «entretenimiento», y las mismas ocuparon el espacio de lo que hubiesen sido otras prácticas, que después serán, en épocas de menor politización. A partir de nuestras entrevistas, se puede hipotetizar que la relevancia de la política y su influencia en comportamientos individuales y grupales se debilitó tras las dictaduras. No obstante, justamente por haber sido activadas dichas subjetividades y acciones por el contexto de enfrentamiento social y político, se puede esperar igualmente que ello reverdezca cuando las circunstancias, en su modo histórico específico, se vuelvan a producir.

R: Leí más política partidaria, digamos. En esa época estaba militando y entonces mi lectura diaria era más flechada por

un tema político y dejé de leer un poco literatura general. (Hombre, 31-50 años, Montevideo, NSE bajo)

R: En la época de los ochenta yo empiezo a trabajar, empiezo a trabajar además en sectores populares. Entonces, claro, por ejemplo, yo ahí tenía acceso, porque mi papá compraba muchas revistas... La revista *Análisis*, la revista que... no me acuerdo cómo se llamaba la otra.

P: ¿Qué tipo de revista era la revista *Análisis*?

R: Eran revistas opositoras al Gobierno, ya. Y de políticas, digamos. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

## 5.8. LIBERTAD DE ELEGIR EN TENSION CON MANDATOS FAMILIARES

Las disposiciones individuales son producto de largos procesos de socialización dentro de contextos familiares. Recorriendo las entrevistas, si bien podemos encontrar relatos que indicarían que los padres y madres fomentaron la libertad de elegir, es muy destacado el momento en el que se menciona la posición de los progenitores en relación a los principios o hábitos que desean para sus hijos. Más que deseos, los primeros establecen mandatos que intentan inculcar, generalmente por las positivas consecuencias que ello tendrá en un tiempo mediano. Al respecto, la educación aparece como el capital que los hijos pueden heredar en primera instancia, para habilitarlos a enfrentar los desafíos de una vida futura. La formación educativa es la llave imprescindible para una buena vida futura.

P: Si el día de mañana tienen hijos, ¿qué educación te gustaría darles o qué te gustaría promover en ellos?

R: La educación... Sí, lo mismo que me han inculcado a mí... Si uno no tiene una familia pudiente o no tiene una familia de plata, digamos, *pa* dejar una herencia, la única herencia que puede dejar uno a los hijos es eso. La educación para que el día de mañana, si uno no está, se puedan valer por sí solos, digamos, que ellos tengan cómo sustentarse y cómo sobrevivir. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

## 5. DISPOSICIONES

P: ¿Sus padres fomentaban que ustedes estudiaran o qué le recomendaban?

R: Sí, de todas maneras querían que nosotros fuésemos más, y yo tengo un hermano más así, que para los papás fue peor que yo dejara los estudios. Así que no fue muy grato para él, pero las cosas se dieron así. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

Una formación más completa que la meramente educativa es un objetivo compartido por varias de las familias. Si el logro educativo es necesario, puede ser considerado un nivel esencial o básico de consecución de metas respecto a los hijos. Más allá de la educación formal, del capital cultural institucionalizado bourdieuano, asoma la formación física o deportiva, el disfrute del cine, la lectura intensa, el dominio de algún instrumento musical y el conocimiento de las herramientas de la computación e internet actualmente disponibles, entre otros. Los padres y madres intentan promover en sus hijos prácticas que consideran valiosas para su futuro profesional, mediante el éxito educativo, e igualmente un uso adecuado del tiempo de ocio, el que debiera estar vinculado preferentemente a actividades de cultivo del *self* o de la persona y al desarrollo de vínculos sociales significativos.

P: ¿Existe algún sueño cultural o sueño artístico que le gustaría haber realizado y que no pudo por diversos motivos?

R: Yo siempre a lo mejor en hacerlo en forma profesional, también a mis hijos. Los tres salieron con buen oído, los tres tocan instrumentos también, pero lo hacen en forma de hobby... Pero no me quita el sueño, en todo caso, porque yo lo que pretendo es exactamente lo que me inculcó mi madre, de sacar una carrera que me diera las posibilidades de poder vivir y vivir de forma bien y tranquila y no se equivocó. Entonces por eso creo que es lo que me dejó mi madre, la enseñanza, y estoy tratando de replicar en mis hijos. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

R: En eso nosotros les incentivamos que era importante no solamente cultivar el coco sino también renovar energías en la parte física. Ellos... también van al cine, leen mucho, salen, también entra y sale mucho joven de mi casa. Sí, yo creo que nosotros les dimos como muchas herramientas para que ocupen

su tiempo libre, como también ahora está toda la parte de tecnología y pueden también pasar hartas horas en el computador o en las redes sociales que hay, sobre todo el Facebook. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

Lo que podríamos entender como un tercer nivel de la educación consiste en la formación valórica. Aunque pueda haber cierto recurso a la palabra «libertad», o términos o expresiones de contenido similar («nunca les tratamos de imponer una religión»), hay una afirmación muy recurrente sobre lo que los padres tratan de «inculcar» a sus hijos. En este sentido, la libertad, deseos o alternativas producto de la decisión de los hijos parece una referencia a un deber ser que obliga culturalmente, pero que después es traicionado o equilibrado drásticamente por un esfuerzo constante en dirigir las opciones de la descendencia. En las citas siguientes vemos buenos ejemplos de ello: la formación religiosa y los principios que deben guiar la práctica en la ocupación que se desempeñe («ser siempre un buen profesional, no un mediocre»).

R: En el tema educación nosotros teníamos la idea de que fueron como nosotros. Nosotros, Anita, que es mi señora, y yo, siempre fuimos educados, por ejemplo, los matrimonios son *pa* toda la vida, que, no sé *po*, la familia es el núcleo indisoluble que sirve *pa* que la sociedad crezca y la idea fue esa. Nosotros somos católicos, pero nunca les tratamos de imponer una religión. Los tres hijos nuestros son católicos, pero porque ellos lo adoptaron, seguramente porque ellos veían que nosotros somos católicos, pero nunca les dijimos «ustedes tienen que ser católicos o si no se van a ir al infierno», no. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

P: ¿Qué tipo de educación le fomentó a sus hijos?

R: Siempre el ser mejor que nosotros, no ser personas mediocres, o sea, yo siempre les inculqué a mis hijos estudiar, ser profesionales, pero no ser profesionales porque *tení* que sacar una carrera. Ser profesionales porque en lo que te vas a desempeñar te va a gustar. Primero te tiene que gustar y después que guste, ser siempre un buen profesional, no un mediocre. A lo mejor no vas a ser nunca el presidente de la República, pero sí puedes ser el mejor ingeniero comercial

que existe dentro de tu empresa. Eso, ser persona y ser con valores, eso me importó siempre. Educarse y ser una persona con valores, nada más. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

## 5.9. CONCLUSIONES

La gran obra sociológica francesa *La distinction* (Bourdieu, 1979) adopta como título la disposición central en una dinámica social gobernada por la disputa simbólica y una profunda desigualdad. Efectivamente, en este libro se reconocen las grandes asimetrías culturales que existen entre las personas en base a su grupo socioeconómico (ver capítulo 4). Sin embargo, frente a un relato que podría sobreestimar la relevancia del principio de distinción, como trabajo (consciente o inconsciente) para levantar fronteras simbólicas entre grupos sociales, encontramos una extensa o permanente presencia de otros principios de acción, los que son presentados aquí como disposiciones, incluyendo la nostalgia, a la que es dedicado un capítulo aparte dada su extraordinaria relevancia (capítulo 6). En línea con ello, emergen esquemas de percepción y evaluación transclasistas, los que conviven con inequidades estructurales evidentes.

En estos términos, estamos lejos de proponer a la clase media alta como un conjunto de individuos orientados al aprendizaje y alejados de reflexiones mundanas o descontextualizados, en una actitud explícita de distanciamiento subjetivo del entorno. Más bien, en diálogo con las diferencias de clase, las nuevas economías y tecnologías forman un marco social al cual todos los individuos necesariamente deben responder. No son, por lo tanto, condiciones objetivas para los privilegiados, por un lado, y para los más carentes, por otro. Independientemente de las diferencias sociales y económicas, se constatan respuestas que generan continuidades discursivas producto de la urgencia de responder a dichas realidades totalizantes. Así, lo que se podría denominar la cultura de lo fácil no es simplemente una orientación de las clases populares, consecuencia

de sus circunstancias y su trayectoria, sino una aproximación al uso del tiempo que permea a todas las clases. Por ejemplo, el entretenimiento y la búsqueda incesante, superficial y a menudo anodina de información son parte de las prácticas que las personas tienen en común.

Dentro de la lógica de una sociología centrada en la desigualdad explicada en base a la acumulación de capitales, posiciones individualizadas en función de las circunstancias personales, las condiciones de generación de subjetividades fueron fijadas a dichas condiciones. Si esta perspectiva ha sido exitosa en elaborar explicaciones sobre producción y reproducción de capital cultural, por su propia constitución omitió considerar contextos y transformaciones estructurales socialmente ubicuas. Justamente, las disposiciones que fueron expuestas en este capítulo emergen desde estos procesos sistémicos: la disponibilidad de ocio y los cambios tecnológicos han ido acompañados de nuevas alternativas para el acceso a la información y la formación, al mismo tiempo que han reflejado en su empleo las realidades comunitarias con las que interactúan. Las prácticas culturales se configuran desde lo posible, como siempre ha sido, y también en directa conexión con prácticas animadas por principios de valoración que las consolidan como las más adecuadas dentro del universo de lo factible.

## REFERENCIAS

- Abreu, L. y Baquero, R. (2018). 'Yo no soy un gangsta'. Representaciones y discursos sobre juventud(es), violencia(s) y cultura(s). *EntreDiversidades*: 39-58.
- Aliano, N. (2017). Controversias en una «comunidad de gusto»: un estudio de caso de un proceso de recepción cultural en el mundo popular contemporáneo. *Estudios de Teoría Literaria*, 6(11): 159-173.
- Anderson, B. (1991). *Imagined communities: Reflection on the origin and spread of nationalism*. Verso: London.
- Blanco Arboleda, D. (2005a). La música de la costa atlántica colombiana. Transculturalidad e identidades en México y Latinoamérica. *Revista Colombiana de Antropología*, 41: 171-203.

- Blanco Arboleda, D. (2005b). Transculturalidad y procesos identificatorios. La música caribeña colombiana en Monterrey, un fenómeno transfronterizo. *Alteridades*, 15(30): 19-41.
- Bourdieu, P. (1979). *La distinción*. Les Éditions de Minuit: Paris.
- Briceño Alcaraz, G. (2015). El gusto por la lectura y el cine como indicador de la reconformación de las subjetividades femeninas: las adolescentes en Jalisco. *La Ventana* (41): 240-273.
- Dillon, A. (2013). Los vínculos y la conversación 2.0: miradas de adolescentes argentinos sobre Facebook. *Global Media Journal México*, 10(19): 43-68.
- García, D. (2008). El lugar de la autenticidad y de lo underground en el rock. *Nómadas* (29): 187-199. Universidad Central, Colombia.
- Garibaldo Valdéz, R. y Bahena Urióstegui, M. (2015). El ruido y la nación: cómo el rock iberoamericano redefinió el sentido de comunidad en Latinoamérica. *Diálogos: Revista Electrónica de Historia*, 16(1): 191-214. San José, Costa Rica.
- Gayo, M. (2011). *La estructuración política del gusto*. Informe de la sexta encuesta nacional UDP: 89-97.
- Gayo, M. (2020). *Clase y cultura. Reproducción social, desigualdad y cambio en Chile*. Tirant Humanidades: Valencia.
- Laguardia Martínez, J., Ortega González, D. y Morejón Sosa, E. (2008). Consumo de libros y literatura en Cuba. Búsquedas, nociones y nuevas interrogantes. *Perfiles de la cultura cubana* (1): 1-14.
- Matus Madrid, C. (2002). De la Blondie a Bellavista: dos aproximaciones a los rituales del consumo juvenil nocturno. *Polis, Revista Latinoamericana* (2): 1-19.
- Melgar, M. F., Chiecher, A. C., Elisondo, R. C. y Donolo, D. S. (2017). Museos y consumo cultural. Percepciones y experiencias en la Noche de los Museos. *e-rph* (21): 171-204.
- Natalia Moreno, F. (2013). Adolescentes en la red social: usuarios prematuros, sociales y trayectorias de vida en Facebook. *Question*, 1(37): 359-368.
- Radakovich, R. (2014). El gusto revisitado: distinción, hibridez y omnivoridad en el Cono Sur latinoamericano. *Diálogos Possíveis*, 13(2): 187-205. Salvador.
- Reguillo, R. (2012). Navegaciones errantes. De músicas, jóvenes y redes: de Facebook a Youtube y viceversa. *Comunicación y Sociedad*, 18: 135-171. Universidad de Guadalajara (México), Nueva Época.
- Sánchez Arismendi, A. (2017). Representando «lo afro»: consumo cultural de danzas africanas por parte de practicantes bogotanos. *Calle14, Revista de investigación en el campo del arte*, 12(21).
- Santillán, A. y Ramírez, J. (2004). Consumos culturales urbanos: el caso de la tecnocumbia en Quito. *ÍCONOS, Flacso Ecuador* (18): 43-52.



- Schmilchuk, G. (2012). Públicos de museos, agentes de consumo y sujetos de experiencia. *Alteridades*, 22(44): 23-40.
- Zebadúa-Carbonell, J. P., De la Cruz López-Moya, M. y Ascencio-Cedillo, E. (2017). Juventudes, identidades y transculturación. un acercamiento analítico al rock indígena en Chiapas. *Revista LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, 15(1): 29-41. México.

## 6. LA NOSTALGIA

### 6.1. REBROTANDO EL PASADO

Enfatizando la estructuración del libro en base a conceptos, los relatos que aparecen en varios capítulos muestran cómo el hablante dota a las prácticas culturales de un contenido narrativo que desborda el presente, permitiendo reconstruir fácticamente momentos del pasado y apelando al mismo como un referente desde el que observar, a menudo críticamente, la actualidad. El recurso al pasado tiene relación con el tiempo (por ejemplo, la juventud) y el espacio (estampas o retratos de los lugares). Este desborde temporal del presente surgió en nuestra investigación de manera espontánea, o no prevista o planificada, pero no se puede afirmar que sea algo extraño al tratamiento de la práctica en las ciencias sociales. Para entenderlo, conviene analizar el asunto a través de la reconstrucción de reflexiones sobre la noción de «nostalgia».

En su sentido primigenio, la nostalgia puede ser definida como un sentimiento de añoranza del hogar abandonado, o respecto al cual la persona se encuentra distante (Tefferá, 2013). Por su parte, enfatizando su enraizamiento estructural en la época moderna, la nostalgia será entendida como «un duelo por la imposibilidad de un retorno mítico, por la pérdida de un “mundo encantado” con fronteras y valores nítidos» (Boym, 2007: 12). Conceptualizada como una «estructura de sentimiento» (*structure of feeling*) (Williams, 2003), Tannock (1995) sostiene que se trata de una invocación a un pasado evaluado positivamente, el cual responde a carencias del tiempo presente. Por tanto, la nostalgia se produce en una dialéctica de temporalidades, las que no son comprendidas como simplemente

historia pasada, o un simple registro que brota en nuestras mentes, sino al modo de un diálogo que ejerce presión sobre el presente y también el futuro. En este sentido, la nostalgia depende de la constatación de un cambio, una cesura, en ocasiones un abismo temporal y espacial, que divide un antes y un después, un ahora y un mañana. El pasado cobra protagonismo en la mirada que las personas tienen del presente (Beretervide, 2014), entrando en su cognición y sus emociones de lo vivido. Asimismo, y esto deviene el tema quizás central en la discusión sobre el sentimiento y la actitud nostálgica, el futuro se convierte en un momento crucial de interés y preocupación. No obstante, si la nostalgia es una base conveniente para producir porvenir genera profundos desacuerdos. Por el momento, se puede decir que existe una línea argumental que subraya la voluntad de trasladar elementos del pasado a un tiempo venidero, y ello puede entenderse como preocupante (Boym, 2007) o un modo de ayudar a sanar viejas heridas individuales y colectivas (Delisle, 2006; Mansilla, 2013; Rocha, 2014).

Si lo tomamos como dado o evidente, el pasado, como punto de partida o anclaje del ejercicio de añoranza, podría resultar engañoso o esquivo. Para evitar cualquier confusión, se entiende que el pasado no es un hecho o una esencia que sintetiza una memoria fidedigna o verosímil. De un modo diferente, el pasado es una construcción siempre tardía que exige para su recreación de una memoria que se constituye a través de una selección de imágenes o ideas. En este sentido, el recuerdo de cualquier momento pretérito se erige sobre fragmentos. Smith y Campbell (2017) sostienen que los aspectos son elegidos en base a su valor emocional. Entonces, la nostalgia se nutre necesariamente de una memoria incompleta, fragmentaria, carente de sistematicidad; en consecuencia, llena de olvidos también<sup>37</sup>. A propósito de la fragmentación, no hablamos solo de cuán incompleto es el ejercicio de recordar, sino de la interpretación misma de

---

<sup>37</sup> Tannock (1995) hace una crítica de la nostalgia justamente desde el punto de vista de lo que es arrumbado, ocultado o desechado, tal como sería el caso de ciertos conflictos de interés, grupos sociales o valores.

los pedazos de «evidencia», los cuales son reinterpretados desde el presente en que son recuperados (Kojanic, 2015).

Dado que el ejercicio nostálgico debe hacerse siempre desde un presente particular, y por tanto desde un pasado concreto, no sorprende que el viaje de regreso espacio-temporal arribe a la tematización, y frecuente problematización, de historias individuales y colectivas precisas, sobre todo las segundas. En este punto, no nos interesa tanto la idea de una especie de equilibrio entre utopía, dirigida hacia el futuro, y nostalgia, orientada al pasado, de la que, según Boym (2007), habría salido ganadora en el siglo xx la última. La historia a la que nos referimos es más específica, o de algún modo da más protagonismo a los individuos. Es decir, no se trata de la nostalgia en la modernidad, con mayúsculas, sino de la nostalgia que se expresa desde circunstancias particulares. A un nivel de elevada abstracción, la misma puede consistir en la añoranza de un momento en el que se cree que las alternativas de vida personal o sociedad estaban abiertas a decisiones verdaderamente eficaces para definir el rumbo futuro (Chrostowska, 2010). A un nivel más concreto, el ser nostálgico se configura desde historias locales y nacionales, historias de clase y género, historias de raza, de desenvolvimiento económico, entre otras, muy particulares (Kojanic, 2015). Por eso, no es extraño que se multiplique el fenómeno y se pueda hablar de nostalgias, muchas veces contradictorias o en tensión: «Nostalgic cyberpunks and nostalgic hippies, nostalgic nationalists and nostalgic cosmopolitans, nostalgic environmentalists and nostalgic metrophiliacs (city lovers)» (Boym, 2007: 17). La necesidad de contextualización de la nostalgia significa que la misma no se puede comprender como un mero reflejo de circunstancias pasadas o hechos pretéritos, sino que también requiere considerar el momento presente desde el cual se produce su emergencia y la interpretación que coconstruye lo que sucedió tiempo atrás. En este sentido, hacerse cargo de historias indígenas, por reales y propias que sean, puede conllevar la conveniencia de una revisión crítica de patrones de la actualidad, entendidos como herencias indeseables del pasado, producto de un ejercicio nostálgico ingenuo, tal como sería el caso de la permanencia de la cultura del

autoritarismo en los estratos populares latinoamericanos, a decir de Mansilla (2013). Efectivamente, se puede sentir nostalgia de algo indeseable, pero existe la alternativa de entender que se propone un diálogo crítico entre el presente y acontecimientos pasados que sitúa a la nostalgia como un dispositivo cognitivo que puede eventualmente conducir a decisiones mejor fundamentadas. Justamente, la mirada que Rocha observa en los trabajos del documentalista chileno Patricio Guzmán, en contra de un Estado que insistiría en mirar hacia el futuro (Rocha, 2014).

Es precisamente el futuro el que preocupa a los pensadores que han tratado sobre el tema. En esencia, se preguntan cuánto puede contribuir la nostalgia a la construcción del porvenir colectivo. Si el pasado se refiere muchas veces al yo, o a una reflexión íntima sobre el sí mismo, y es por tanto con frecuencia individual, en el caso del futuro la orientación es más bien colectiva, y la problematización del sentimiento nostálgico deviene política. En otros términos, el cuestionamiento podría ser del tipo cuán útil es la experiencia pasada para el diseño de lo venidero. A propósito de ello, haciendo una ligera reinterpretación, se ha sostenido que la actitud nostálgica es una oportunidad para pensar el futuro (Chrostowska, 2010). Desde luego, la historia pasada ha sido vista como una fuente de conocimiento desde la que evaluar el presente (Mansilla, 2013), y podríamos decir el tiempo más allá del mismo, al estar implicado lógicamente. Mirar hacia el pasado, según Delisle (2006), es una manera de orientarse hacia el futuro. En el marco de la historia de la Sudáfrica post apartheid, esta autora ve en el ejercicio nostálgico un camino de volver al pasado alternativo, y en gran medida también complementario, al discurso colectivo oficial que propuso una narrativa para la reconstrucción nacional basado en el trauma. Ello porque la nostalgia permitiría el afloramiento de recuerdos individuales asentados en experiencias positivas. De este modo, rememorar serviría para una curación personal, proponiendo un futuro colectivo fundado en el dolor/trauma y también en historias de disfrute o goce.

En el caso sudafricano, se puede observar como a la nostalgia le son atribuidas ciertas funciones, como la superación de eventos

o situaciones traumáticas (Delisle, 2006). Otra función sería la de criticar el presente, como se ve en las contribuciones de Mansilla (2013) o Rocha (2014), aunque esto abre multitud de opciones, desde la restauración (más bien imaginada) hasta un cierto distanciamiento o censura de la actualidad, pasando por el intento de adopción (o inspirados por) de algunos elementos al uso en algún tiempo pretérito. Un ejemplo que ilustra una posición intermedia sería el que ofrece Kojanic (2015) a partir de relatos de trabajadores en Serbia, quienes critican aspectos del presente neoliberal en base a la situación social y laboral durante la Yugoslavia socialista, sin que de ello se derive un deseo de retorno a ese pasado. Desde un punto de vista fuertemente identitario, como tercera función, se observa que en ocasiones las prácticas de nostalgia tienen como propósito recuperar y mantener vigente un sentido de identidad colectiva basado en una historia compartida, incluso si la misma implicó grandes esfuerzos y sufrimiento, o quizás por ello mismo merecedora de reconocimiento (Smith y Campbell, 2017), pues de lo que se trata es de la búsqueda de continuidad (Tannock, 1995). En este sentido, los lugares o experiencias comunes en una sociedad están en la base de emplear la nostalgia como un recurso narrativo, como ha sucedido en series de televisión (Rueda y Guerra, 2009). En cuarto lugar, la nostalgia es descrita como un mecanismo individual de defensa frente a los rápidos cambios colectivos de la historia moderna (Boym, 2007). Una quinta alternativa es pensar la nostalgia simplemente como una herramienta interpretativa (Atia y Davies, 2010), con una dimensión afectiva (Smith y Campbell, 2017), la que se inspira en acontecimientos del pasado para pensar el presente y el futuro, es decir, el ejercicio nostálgico agrega a nuestro pensamiento un grado mayor de conciencia. Por lo tanto, la nostalgia opera como un momento reflexivo con un contenido variado o polivalente (Tannock, 1995).

En conexión con esta diversidad de funciones, emerge una multiplicidad de tipologías de nostalgia. Solamente en el trabajo de Chrostowska (2010), ya se proponen dos tipos de economía de la nostalgia, la superficial y la profunda, haciendo alusión a dos niveles que se podrían entender como existenciales de la persona; y además

habla de tres clases de experiencia nostálgica: capitalista, romántica y filosófica. Delisle diferencia entre «memoria traumática», conectada con el relato oficial desde el proyecto conciliador del Estado, y «memorias positivas», propias de las personas en un sentido más individualizado, paralela a la anterior o coetánea. También distingue entre «recuerdos personales» y «recuerdos colectivos o mitos culturales». Diferenciando por sus contenidos según la clase social, Kojanic (2015) retrata una narrativa nostálgica de la clase media y otra de la clase obrera. Por su parte, Boym establece una frontera tajante entre lo que entiende como dos tipos principales de nostalgia: la «restaurativa», que vincula a la «memoria (historia) nacional» y pretende una reconstrucción del presente en base al pasado, y la considera retrógrada; y la «reflexiva», asociada a la «memoria (historia) social», integradora de una multiplicidad de miradas, y que tendría una relación más crítica, irónica y positiva con el pasado. Por sus contenidos específicos, de acuerdo con Boym, en la actualidad habrían brotado una miríada de nostalgias: ciberpunks, hippies, entre otros, ya comentados más arriba, pero sin que ninguna lista pueda ser exhaustiva en un tema tan dinámico. Como una expresión evidentemente política, Smith y Campbell (2017) se refieren a una «nostalgia reaccionaria» y una «nostalgia progresista», de un modo similar a Boym. Leyendo a Tannock (1995), podemos derivar la existencia de un tipo dominante de nostalgia, la que arrumba ciertas identidades y contenidos de memoria marginalizados, ocultos o invisibilizados, por un lado, y una nostalgia «capacitadora», que facilitaría a ciertos grupos o individuos enfrentar el futuro en mejores términos. Si tomamos toda esta pluralidad de significados y funciones en consideración, no sorprende que este mismo autor afirme que:

La presencia de nostalgias múltiples y diferentes entre los individuos y las comunidades de los grupos sociales a lo largo de la modernidad occidental debe ser reconocida. La nostalgia responde a una diversidad de necesidades personales y aspiraciones políticas. Las narrativas nostálgicas pueden incorporar cualquier cantidad de visiones, valores e ideales diferentes.

Y, como recurso o estrategia cultural, la nostalgia puede ser empleada en una variedad de formas. (Tannock, 1995: 454)

Entre esta sinfonía de posibilidades, se puede hablar de una estética de la nostalgia, a menudo convertida en objetos de mercado, dotándolos de un valor añadido que incrementa su atractivo y eventualmente su precio (Chrostowska, 2010). Asimismo, parece tener un tiempo característico, que algunos autores asocian con representaciones pausadas, como la narrativa cinematográfica «en ritmo lento» de la memoria de Chile rescatada y reivindicada por Patricio Guzmán (Rocha, 2014) o la velocidad reposada a la que circulan los automovilistas *lowriders* en Tijuana (Monte, 2014). Estas reconstrucciones del pasado recurren a tecnologías, al modo del registro fotográfico, o bien mediante el uso de aquellas que fueron típicas tiempo atrás, como los viejos automóviles de los citados *lowriders*, la producción de escenificaciones televisivas de décadas atrás mediante ciertos elementos propios de la época (Rueda y Guerra, 2009), o creando un contexto familiar para antiguos públicos de la serie Pokemon y ahora con una mayor probabilidad relativa de convertirse en fieles jugadores del juego de realidad aumentada Pokemon Go (Gendler, 2016).

Finalmente, la mirada nostálgica reinterpreta tanto las prácticas culturales, dotándolas de un contenido de memoria, y por tanto de identidad y eventualmente del estatus de patrimonio; como la geografía que se habita. En particular, las ciudades son revisitadas cognitiva y emocionalmente, rememorando historias individuales y colectivas que sucedieron en momentos y lugares particulares, dejando significados allí donde no parecen existir, donde confluyen experiencias personales y realidades sociales (Beretervide, 2014; Monte, 2014). La urbe ancla y ayuda a codificar el tránsito por la vida, y la recuperación de lo vivido, la nostalgia del mismo, pasa por rescatar lo que alguna vez fue escrito. De este mismo modo, entre los lugares que habitaron y las prácticas culturales que allí se produjeron, se conformaron relatos nostálgicos que en nuestros entrevistados nos muestran la fuerza que tiene la mirada nostálgica en el Cono Sur americano.



## 6.2. PRACTICANDO LA NOSTALGIA EN LA SUDAMÉRICA MERIDIONAL

Los relatos de las entrevistas realizadas en las tres capitales del Cono Sur americano destilan una fuerte carga de nostalgia. El recurso al pasado como fuente de sentido comunitario e individual está muy presente, lo que produce una frecuente evaluación de las condiciones y circunstancias de vida actuales a la luz de un tiempo más o menos lejano. No se puede afirmar con rotundidad que eso signifique que existe un deseo de retorno, pues parece asentado que eso es poco realista, pero se puede colegir que está implícito que el presente contiene aspectos muy poco deseables. En los siguientes apartados, son expuestos componentes centrales de la disposición nostálgica, lo que incluye también hablar de algunas de sus contradicciones.

### 6.2.1. *Invocando el pasado*

La multiplicación de evocaciones del pasado con un tono positivo permite afirmar que el presente es observado y evaluado desde una epistemología de lo cotidiano que naturaliza una forma de bienestar perdido. Brotan nociones de orden y tranquilidad existencial que desafían a la realidad presente, destacando varios de sus males. Sin duda, el pasado fue mejor en muchos sentidos, varios de los cuales se describen en los apartados que continúan. A modo de ejemplo, en el pasado parece que se podían hacer actividades para las cuales es difícil encontrar las condiciones actualmente.

R: Antes leíamos el diario los domingos, pero primero para leer el domingo tenés que tener un tiempo largo para poder leerlo, y segundo tiene que valer la pena leerlo, y como últimamente no sirve [*pa*] nada, no va. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE alto)

El pasado resuelve los conflictos, o los hace inexistentes, probablemente olvidados. Se describe asociado al mismo una experiencia, casi totalizante, de felicidad individual y colectiva, un disfrute que

pasa por censurar un hoy que no provee las condiciones del ayer immaculado.

R: Teníamos un lote de amigos y hacíamos fiestas, y en ese tiempo las fiestas eran sanas. Yo te digo, por ejemplo, había una fiesta en una casa, llegaban todos, bailaban todos, tirábamos la talla, pero ninguna pelea, no como ahora, y nos juntábamos en grupo grande, pero llegábamos a ser más de treinta que nos juntábamos. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

Aunque ello es analizado extensamente en el capítulo siguiente sobre la ciudad (capítulo 7), se puede adelantar que incluso sus transformaciones, en el sentido de un aumento de la densificación, lo que implica el desarrollo de infraestructura, son percibidas como un obstáculo creciente para la realización de actividades que eran hábitos frecuentes propios de la niñez y la adolescencia pocos años antes. La nueva ciudad restringe, encierra, acorrala a los individuos, impidiéndoles disfrutar del aire libre y de espacios abiertos para la recreación.

R: Claro, todo está edificado. Entonces, por ejemplo, yo me acuerdo de que antes elevar un volantín era mucho más fácil. Ahora, a los dos metros ya está en un cable. Se te enreda en los cables. Entonces es más complicado. Hay más cemento. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)<sup>38</sup>

Esta mirada retrospectiva no significa que esté asentada una «nostalgia restaurativa» (Boym, 2007), es decir, con un empuje orientado a reponer el elogiado pasado. No obstante, los recuerdos emergen como fragmentos de un tiempo pretérito atractivo, y del que sin duda hay mucho que aprender. Al recordar se recuperan imágenes e impresiones que no tienen cabida en el presente del hablante, al modo de prácticas deseables que denuncian un hoy continente de aspectos indeseables. En cualquier caso, no siendo posible volver atrás, hay algo dignificante para las personas que fueron parte de un pasado por momentos idolatrado, pues fueron

---

<sup>38</sup> Véase la cita completa en el apartado 7.1.

protagonistas y hacedoras de la perfección de ese momento que fue experimentado. No obstante, el pasado no es solo un recuerdo, o impresiones instaladas en la memoria, sino también prácticas habituales fundamentadas en preferencias o gustos internalizados en etapas anteriores de la persona, dando lugar a economías (mercados) del recuerdo (*souvenirs*) (Chrostowska, 2010), o regímenes de acción que deben ser comprendidos desde la superposición de temporalidades.

P: ¿Y qué música sigue escuchando?

R: Del recuerdo, del recuerdo, y le diré tengo 200 cd de música del recuerdo... y videos... Mi hijo me regaló, estoy muy agradecida, porque mi hijo me regaló un computador y lo único que hago es meterme a *yutu* a puro bajar, o sea, a puro ver videos de cantantes del sesenta y del setenta. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

### 6.2.2. *Añorando la comunidad*

Si el pasado fue mejor, se debe en gran medida a lo que se podría entender como la satisfacción del sentido de pertenencia o grupo. Frente al presente, los recuerdos traen la añoranza de momentos y lugares de reunión con amigos y familiares. Lo central era la interacción, la celebración compartida, la experiencia en común, en base a juegos simples o tradicionales, mayormente sin computación ni electrónica involucradas. Grupos, a menudo numerosos, rodeaban a la persona, haciéndola parte de prácticas que generaban las bases para un fuerte sentimiento de comunidad. Las prácticas culturales, mediante su capilaridad social, ayudan, por lo tanto, a reconstruir áreas de un todo compartido que agrupaba en conjuntos sociales amplios, o al menos de mayor tamaño que ahora.

R: Cuando eran más niños, disfrutaban más al aire libre. En el caso mío, sí, disfrutábamos con hartos amigos, fútbol, a las pistolas, a las guerras, ese tipo de cosas. Las bolitas, el trompo. Eso era cuando chico. Juntarse con los primos, con los abuelos. Mi abuelo trabajó en ferrocarriles y, bueno, mi

## 6. LA NOSTALGIA

papá, mis tíos, casi todos salieron de ahí, y a nosotros nos llevaban a colonias. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

Dicho afirmativamente, comunidad, o sentido de pertenencia, significa que existía una intensa comunicación interindividual. Esto no sucedía únicamente dentro de la pareja, entre padres e hijos, o en la relación de los familiares, sino que se refería a un grupo más amplio, incluso más allá de los amigos, alcanzando a los conocidos. En este sentido, la comunidad es un grupo elástico, eventualmente extenso, dentro del cual se espera que fluya la información y la interacción de una manera regular y sencilla. Es decir, se dan por sentados lazos de confianza e intercambio informativo, y la mirada nostálgica los denuncia como debilitados o perdidos.

R: Era más vida de comunicación, entre más gente, más chicos que ahora. Ahora es totalmente diferente. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

R: Hace un tiempo, se separaron los padres de un amigo de mi hijo y nos enteramos las madres. Son tres amigos y entre ellos no se habían dicho nada. La madre de uno de los amigos me llama y me dice: «¿Sabes que los padres de Horacio se separaron?». En mi época, nos contábamos las cosas. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE bajo).

La mirada nostálgica es tan radical en su significación para los individuos que el hecho de haber compartido experiencias o momentos idénticos o similares sientan las bases para conversaciones y actividades que justamente utilizan dicha convergencia como la base para la comunicación y el agrupamiento. En consecuencia, la nostalgia no es solo un vago sentimiento de añoranza, o una forma de melancolía por el paso del tiempo, sino un eficaz conector de personas y constructor de prácticas culturales. La nostalgia colabora entonces en la edificación de la sociología de generaciones completas, lo que se espera que se agudice evidentemente con el paso de las edades.

R: Como estoy jubilada, pensionada, y tengo un grupo de compañeras que más o menos somos todas viudas, entonces nos juntamos y hacemos el grupo para estar como en sociedad.

Y hablamos de nuestros temas del momento en que pasamos por las distintas etapas de nuestra vida. Nos sentimos cómo-das. (Mujer, 51+, Buenos Aires, NSE bajo)

Hay evidencia en nuestras entrevistas de que la vida familiar se habría ido enflaqueciendo o perdiendo centralidad. Probablemente, la familia extendida es la principal víctima de un intenso cambio social, cuyo efecto es la elevación del núcleo familiar a principal y casi único referente en términos de relaciones basadas en la cultura de los lazos fundados en los vínculos sanguíneos.

R: También había cine de barrio cercano, pero yo creo que ahí se produjo una diferencia: nosotros antes teníamos una vida como más familiar. Ya acá en la zona de La Granja, yo probablemente fui tomando otro, y fue variando también la vida familiar... Cuando éramos más chicos, todos los encuentros familiares eran como una fiesta. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

En todo caso, dentro de la idea de una comunidad amplia que incorpora individuos más allá de la familia, nuclear o extensa, está presente una noción de comunidad que excede el círculo de las personas conocidas o vínculos próximos. A propósito de ello, se encuentra la identificación de ciertos hilos de sentido dentro de los cuales una comunidad, que aquí se puede calificar de local o nacional, sin que quepa hacer una delimitación estricta desde los datos, aparece. No se trata de recordar a primos, tíos o amistades, sino de la identificación de principios que estructuraban la vida en común y creaban el espacio para un sentido realista o creíble de colectivo. En la siguiente cita se observa que efectivamente hay un recurso al principio de igualdad como experiencia compartida. No se refiere evidentemente a una similitud de condiciones económicas, sino a la instalación efectiva de un modelo de educación relativamente interclasista, lo que haría posible que estudiantes provenientes de familias económicamente disímiles encontraran en la institución escolar un lugar de encuentro y de igualación.

R: Lo bueno que tenía la educación es que era como igualitaria para todos. No había tanta... había clases sociales, sí, pero en la educación era como igual, igual para todos. No igual que ahora. (Mujer, 51+, Santiago, NSE bajo)

Si la igualdad, aunque sea en su noción restringida a la educación, contribuía a construir comunidad, y su declive estaría facilitando el debilitamiento comunitario, esto se vería potenciado por la creciente interiorización de un individualismo cada vez mayor. Entre los factores que lo favorecería, estaría la importación de prácticas ajenas o foráneas, lo que iría en detrimento de aquellas sobre las que se habrían previamente constituido los pilares de la semejanza intra-grupal.

R: Yo creo que nos estamos individualizando cada vez más, y nos estamos intentando parecer más cada vez a Estados Unidos, yo creo. El tema del reguetón, de las películas, igual nos bombardean con, estamos bombardeados de... Yo creo que está perdiendo un poco la esencia. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

### 6.2.3. *El debilitamiento de la convivencia y el civismo*

Los entrevistados relatan la vida de antes como más segura y basada en el respeto. Si bien hay un reconocimiento general de que las personas contaban con medios más rudimentarios en un contexto de escasez relativa con respecto a la actualidad, el momento histórico ofrecía la posibilidad de recorrer la ciudad, o simplemente de vivirla, desde la niñez a la vejez sin preocupación por la integridad personal. Frente a la huida actual hacia la fortaleza hogareña, la calle es un espacio habitual de disfrute, correrías, un escenario ocupado sin la necesidad de mediar pago alguno o propiedad de ningún tipo.

R: Las calles del pueblo, en esa época, todavía no eran pavimentadas. Entonces, salíamos en bicicleta por todos lados, no había peligro de que nos atropellaran, ni ninguna de esas cosas. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

R: La seguridad era casi completa. Tú podías andar a la 1 de la mañana y estabas seguro de que ibas a llegar a tu casa. Ahora, no. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

En todo lugar, a toda hora, la ciudad disfrutable y predecible de antaño ha sufrido un cambio abrupto, siendo descrita en el presente a través de un retrato que se podría calificar de distópico, al modo en que el cine proyectó imágenes de Nueva York en los años setenta o Detroit en los ochenta. Los antiguos barrios apacibles, de cuya suma se compone la urbe, sufrieron una degradación creciente de la convivencia que convirtió el espacio público en un lugar de riesgos que atemoriza a los ciudadanos, y que advierte sobre la necesidad del retiro al hogar o a espacios que proporcionen la seguridad perdida. No es tan simple como reducirlo a un deterioro de los barrios populares u obreros, sino que se trata de un fenómeno que se extiende por la ciudad a través de los diferentes niveles socioeconómicos.

R: Ahora no podés salir. Te tiran con algo, pero, *ta*, digo, todos los barrios son iguales porque, *ta*, mirás por la tele y no hay un lugar que esté decente, que no encuentres un robo, que no violaron o mataron. Ya no hay lugar tranquilo. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE bajo)

La siguiente cita es interesante porque muestra una transición entre la ciudad tranquila y los nuevos riesgos, y además lo hace transmitiendo la noción implícita de un cierto orden familiar, jerárquico, y obediencia y respeto hacia la palabra de los progenitores. A pesar de la seguridad que ofrecía la ciudad, había una hora a la que regresar a casa, la que se cumplía. Esta restricción no se entiende como una dificultad en la relación con los padres, sino como una acción de cuidado hacia los hijos e hijas. Si en una ciudad segura había que llegar a cierta hora al hogar, qué pueden pensar los entrevistados sobre lo que entienden que sucede hoy. Estaríamos en el extremo opuesto: una ciudad insegura sin horario de llegada. La nostalgia hace brotar el temor producto de la situación presente.

R: En ese tiempo, se usaba mucho el malón, que uno iba, se juntaba con un grupo de amigos y cada uno llevaba algo para

## 6. LA NOSTALGIA

poder hacer una fiesta. Era mucho más sano. Uno andaba toda la noche y no pasaba nada. No corría los peligros que se corren ahora. No había gente como ahora que te asalte. En ese tiempo no existía ese tipo de cosas. Los permisos eran mucho más reducidos. O sea, que uno llegaba y tenía permiso hasta una hora y a esa hora tenía que llegar. No como ahora que los chicos están toda la noche. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

Los individuos echan en falta el respeto que manifiestan que estaba presente en la «vida de antes». En primer lugar, se entiende que se respetaba la palabra de los padres, en el sentido del trato hacia los mismos, del que se derivaba una significativa obediencia a sus decisiones. Asimismo, existían relaciones respetuosas con los vecinos, y ello parece significar un término bastante amplio, más bien referido al vecindario del barrio o área de residencia. El respeto, la obediencia, el orden horario, el silencio, la consideración en el trato hacia el otro próximo emergen como componentes de una vida alejada en el tiempo, de algún modo idealizada, que presiona al presente con su mirada crítica, convirtiendo a la nostalgia en un ejercicio de memoria que recrea lo que la vida social pudo haber sido y dejó de existir.

R: Era muy bonita la vida de antes, muy bonita, porque había mucho respeto, mucho cariño de los padres. Uno no podía ir a otra parte si los papás no lo sabían. Tenían que saber y cumplir uno con la hora que tenía que llegar a la casa. Y había respeto entre vecinos... No había esas remoliendas o esas cosas que andaban de media noche que se sintiera bulla, nada, nada. No como ahora. (Mujer, 51+ Santiago, NSE bajo)

El respeto es también algo más general que la naturaleza del vínculo con el padre y la madre, o con los vecinos. Se trata asimismo de, o se ve proyectado en, la manera en que se enuncian las cosas. Se observa que la presentación de la persona dejó de ser respetuosa desde el momento en que cambió el vocabulario que exige un trato cortés o considerado del otro y de aquello sobre lo que se habla. A propósito de ello, la siguiente entrevistada afirma que se instaló un léxico grosero que desplazó formas tradicionalmente adecuadas de



presentación de uno mismo, y mucho más allá, escalando incluso hasta ámbitos tan expuestos al público como el de los medios de comunicación. Sintetizando la idea de este apartado en su conjunto, se podría concluir que la seguridad y el trato respetuoso declinaron en beneficio de una ciudad peligrosa y unas relaciones sociales donde la cortesía se debilitó, lo que derivaría en una pérdida general del civismo, anteriormente consolidado y ahora frágil.

R: Bueno, ver también que se perdió el respeto. Eso me llama mucho la atención. Se perdió el respeto en el aspecto de hablar bien. La gente no empezó a hablar bien. La grosería entró muy firme en todo orden de cosas y en todas partes, y yo veía televisión chilena y la dejé de ver por las groserías. Vi teleseries hasta donde fueron decentes. Después que entró la grosería, no vi más, no la soporto, me molesta. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

#### 6.2.4. *La creatividad dentro de la escasez*

El pasado es calificado como «más sano». Dejando de lado la seguridad y civismo de las metrópolis, una interpretación que parece plausible es la que subraya la salud mental de las personas. De ese modo, se podría derivar que individuos psicológicamente equilibrados encajarían perfectamente con un universo social armónico, donde el respeto y cuidado por el otro, sean familiares o vecinos, serían más la norma que la excepción. Esta situación de lo que se podría entender como estabilidad interior sería fundada por la necesidad de hacer uso, y por tanto por la existencia de la oportunidad o el espacio, de la creatividad personal. Lejos todavía de la computerización actual, del individuo como un medio de la máquina, de procesos estandarizados, de la homogeneización y la respuesta diseñada, del juguete «made in China», de la creciente robotización opresiva de la vida, un individuo genuino asoma con la necesidad de responder a la pregunta de qué hacer y cómo. No se trata de un deseo, sino de una creatividad entendida como una necesidad impuesta por las restricciones materiales del momento. Unas limitaciones que

efectivamente le daban al individuo la libertad de pensar el instante, requiriendo una solución para un problema existencial relativo al paso y uso del tiempo. Lo lúdico aparece enseguida como un recurso natural del yo dentro de un nosotros que se formaba y recreaba incesantemente mediante los imperativos impuestos por la necesidad. Sin dejar de reconocer las mayores posibilidades de elección y de acumulación de recursos de las clases superiores, tal como se hizo en el capítulo dedicado a las desigualdades, ello no significa necesariamente que se pueda sostener que dicha necesidad, al modo de la estética popular en Bourdieu (1979), afectase solamente a las clases populares. Más bien, hacer de la necesidad virtud fue parte de una época y parece haber tenido una existencia transclasista, aun con todos sus quiebres internos dentro de las clases y ejercicios de distinción entre las mismas.

R: Era como más sano, encuentro yo. Tenían que ser más creativos. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

R: Hacían bailes de disfraces. Nosotros nos enganchábamos. Yo disfrazaba a los chiquilines míos y allá los mandaba. Esas cosas me gustan. En aquel tiempo se llamaban asaltos. Agarrábamos bolsas de arpillera, les poníamos plumas y salíamos como si fuéramos indios. En aquel tiempo no había mucha cosa. Nos divertíamos con todo. (Mujer, 51+, Montevideo, NSE bajo)

La simpleza del juego, la creatividad involucrada en su producción, recrean un mundo más humano en términos del alcance de las actividades involucradas, poco dependientes de terceros. Nuevamente, como se veía en el capítulo sobre las disposiciones, la adopción de las tecnologías y el canto a sus bondades, sobre todo por las posibilidades de comunicación, información y ocio, se ven enfrentados con severas críticas a sus efectos. La reproducción de lo mismo previamente decidido en un juego con reglas programadas heterónomamente, la complejidad de los productos basados en la computerización, las rutinas establecidas desde la niñez en torno a los mismos, generan una percepción de carencia de libertades, de deterioro de la autonomía y la imaginación propias, de facilidad a

costa de una subordinación irremediable de un yo que pudo haber sido y no tuvo salida en la sociedad contemporánea de la virtualización, la electrónica, el cómputo instantáneo y masivo, en definitiva, de la colonización tecnológica de la cuasi totalidad social.

R: Se jugaba hasta con las corontas de choclo. Jugábamos a la guerra, o sea, cosas mucho más sanas que ahora. Se podía disfrutar más, porque los chicos de ahora están en el colegio, del colegio llegan al computador y del computador a los juegos, y ahí están metidos todo el día. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

### 6.2.5. *Las paradojas de la nostalgia: ¿libertades o el paraíso perdido?*

Si bien se puede sostener que hay una significativa añoranza del pasado, cuando los fragmentos son puestos sobre una misma imagen se encuentran componentes que encajan con dificultad. Es por ello que más que una total idealización de tiempos recordados, podría concluirse que emerge una nostalgia parcial, y por tanto también una crítica de parte de un tiempo presente que también contiene rasgos deseables. De este modo, del respeto que era destacado como una característica positiva de las interacciones sociales décadas atrás, se pasa a un juicio más ambivalente cuando se afirma que las relaciones paternofiliales eran quizás excesivamente basadas en la obediencia y en reglas demasiado estrictas, sostenidas a menudo en violencia física. La siguiente cita, de una mujer de mediana edad, sugiere esta idea, aunque mira igualmente con distancia lo que se podría comprender como una actualidad de libertades excesivas.

P: ¿Y qué cosas le gustaba hacer en familia, con sus padres?, ¿qué cosas hacían?

R: Obedecer, obedecer todo, porque eran muy estrictos los papás. No como ahora. Ahora hay mucha libertad, muchas cosas raras. Antes, no. Una sola vez [los] llamaba mi mamá, y si no obedecíamos, ella tomaba lo que encontraba más a

mano y [los] pegaba. No sentíamos nada más, cuando llegaba el garrotazo. (Mujer, 51+, Santiago, NSE bajo)

Las restricciones no se limitaron al ámbito de la vida doméstica. Las circunstancias históricas, sobre todo en el largo periodo cubierto por nuestro estudio de la instalación de una dictadura desde el año 73, elevaron las prohibiciones a normas que dificultaron y recondujeron dramáticamente por un extenso lapso temporal las prácticas culturales de los ciudadanos. Estamos en la época del conocido «apagón cultural»<sup>39</sup>. Este es el punto de partida colectivo desde el que se expresan nuestros entrevistados cuando se refieren al cambio que tuvo lugar durante los años ochenta y noventa.

P: ¿Notó que con el Régimen haya habido menos oferta cultural, menos posibilidades?

R: Un tiempo hubo la nada misma de oferta cultural. Hubo un tiempo en que uno, la verdad, o veías televisión o ibas al cine, y de obras de teatro de ir al Municipal a ver alguna ópera, alguna cosa, nada. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

Si bien no solo afecta a Chile, pues también hubo dictaduras y transiciones a la democracia en Argentina y Uruguay, los siguientes extractos de entrevistas que tuvieron lugar en Santiago manifiestan la intensidad del cambio cultural animado o potenciado por las transformaciones políticas que se produjeron hacia el fin del gobierno autoritario y con el comienzo de un régimen de mayores libertades. Así, el pasado se presenta con tintes negativos, como un largo silencio cultural, en un sentido amplio, impuesto mediante la fuerza. No hay aquí nostalgia, sino una liberación que procede del abandono de una etapa de prohibiciones y estrecheces legales y fácticas para la expresión de las preferencias personales. Al respecto, es destacada la aparición de la Concertación (de Partidos por la Democracia) como una fuerza que coadyuvó a generar las oportunidades para el ejercicio de mayores libertades. Menos proscripciones o controles policiales, un relajo evidente de la represión autocrática, conducen

---

<sup>39</sup> Para un abordaje diacrónico de las prácticas culturales en la historia de Chile, véase Gayo (2020).

a una ampliación de la oferta cultural, sobre todo la nocturna, la que se hace asimismo posible con la demanda de personas que se movilizan en números crecientes para formar los públicos de los espectáculos y actividades en desarrollo. En paralelo, surge el espacio para nuevos vocabularios, por ejemplo en el ámbito del humor, como declara una entrevistada. Las libertades horarias y de expresión darán lugar a una atmósfera renovada que fue vivida como tal por muchas de las personas que experimentaron el cambio, valorándolo favorablemente.

P: ¿Qué cosas cambian en su vida, con esa transición?

R: Sí, igual cambió harto, porque empezamos a salir más. Porque, por ejemplo, en esos años se permitió, porque antiguamente, por ejemplo, la parte de Carabineros era como muy estricta. Y ahora, después que cambió, que empezó la Concertación, como que esa parte ya cambió, o sea, ya no era tanto la autoridad. O sea, como que se abolió esa parte. Entonces, ahora uno podía salir más, era más permisivo todo. Había más tiempo para salir, más horario, era más extensivo. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

R: Inclusive el humor. El humor acá estaba como muy tachado, o sea, el humorista que dijera algo político era como sancionado, y no se podía, no se permitía. Entonces, ya después cambió todo eso. Ya después que hubo cambio de mando, que llegó la Concertación, como que empezó a irse a otros rumbos, otra vez. Ahí ya empezamos a visualizar distinto todo. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

Esta historia de transformación muestra cómo política y cultura interactuaron, si bien queda patente que la primera tuvo una enorme influencia en conseguir una apertura que la segunda disfrutó. Si la democracia muchas veces se puede decir que invisibiliza dicha relación, la opresión dictatorial y la transición democrática ilustra de forma fehaciente las condiciones políticas que requiere un «régimen» cultural para florecer.

R: Ahí ya cambió, como que cambió un poco la parte, tanto la parte política, por ejemplo, las obras de teatro. Es como todo, o sea, se ve la distinción de clase, se ven los cambios

de... Por ejemplo, se bromea de repente mucho con la parte de gobiernos, o sea, lo que hizo este y lo que no hizo, o sea, una enseñanza, o lo que pasó antiguamente de lo que puede ocurrir ahora. O sea, veo mucha variedad, es como más abierto. Antes, no. Era todo como muy restringido, o sea, se notaba que estaba todo como muy pauteado. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

### 6.3. NOTAS A MODO DE CIERRE

La nostalgia aparece en las narraciones de nuestros entrevistados con una gran fuerza evocativa. Rememorar significa retornar a momentos y lugares a los que se asocia un sentido de pertenencia y un gran disfrute personal. Familia, amistades y vecinos aparecen formando parte de una comunidad gobernada por el respeto mutuo. Frente a ello, un presente inseguro, una ciudad degradada en términos de la convivencia y la oferta de espacios para el disfrute manifiestan fuertes desafíos para los ciudadanos que hoy deben recorrer la urbe. En consecuencia, hay efectivamente invocaciones a un pasado mejor como una manera de desenvolver una crítica sobre el estado de salud de la colectividad que parece sobre todo sufrir.

Sin embargo, sería simplista, y creemos que erróneo, colegir que está presente una forma de «nostalgia restaurativa», al estilo de la mirada hacia atrás sobre la cual se quiere construir un futuro imitativo, lo que Boym observa como un ejercicio muy arriesgado, pues pudiera ser retrógrado en un sentido valórico, a la manera de una llamada a la homogeneidad destruida por la modernidad. De forma diferente, sin asentarse una idea de trauma muy evidente, está presente un hilo de añoranza de un yo y un colectivo sobre el que se construyó que ayuda a construir una historia propia altamente satisfactoria. No se sabe a ciencia cierta si el pasado fue tan ideal, pero se observa que el recuerdo del mismo produce un efecto positivo sobre quien rescata los fragmentos de un tiempo que quedó atrás, en sintonía con las tesis de Delisle (2006). En otros términos, rememorar no parece implicar ninguna intención restauradora, aunque elementos del pasado pudiera pensarse que beneficiarían a

la sociedad actual, sino que contribuye a una reflexión más profunda sobre la persona que habla, entendiéndose mejor en el marco de una experiencia de vida de largo plazo (Kojanic, 2015).

La actitud nostálgica que se refiere al colectivo es más ambivalente, pues emerge en diálogo con la sombra de una dictadura culturalmente opresiva. De este modo, la nostalgia relatada contiene los claros oscuros de la trayectoria biográfica. Si en la esfera privada o familiar se viven fuertes restricciones y en ocasiones un imperativo de obediencia, las bondades ofrecidas por la vida en el seno de una comunidad de afecto y respeto parecen compensar con creces sus defectos. En la vida pública la situación es diferente, pues se pasaría de una sociedad en donde se afirma que la seguridad y el respeto se daban por supuestos, a una en la cual el peligro y la falta de consideración en el trato entre las personas serían moneda corriente, pasando en ocasiones por algunos énfasis puestos en experiencias de represión dentro de regímenes dictatoriales. En consecuencia, aparece una nostalgia de pérdida, al mismo tiempo que se retrata el presente como un logro para el ejercicio de libertades ciudadanas. Una nostalgia paradójica, al fin y al cabo, un tren a medio camino entre el regreso y la partida hacia adelante, sabiendo que lo segundo es lo único posible, y por eso mismo tiene, o quiere tener, mucho la nostalgia de futuro.

## REFERENCIAS

- Atia, N. y Davies, J. (2010). Nostalgia and the shapes of history. *Memory Studies*, 3(3): 181-186.
- Beretervide, V. (2014). *La Flâneurie: una manifestación de la nostalgia*. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXI Jornadas de Investigación, Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires: pp. 15-18.
- Bourdieu, P. (1979). *La distinction*. Les Éditions de Minuit: Paris.
- Boym, S. (2007). *Nostalgia and Its Discontents*. *The Hedgehog Review*: 7-18.
- Chrostowska, S. D. (2010). Consumed by Nostalgia? *SubStance*, 39(2): 52-70.

- Delisle, J. (2006). Finding the Future in the Past: Nostalgia and Community-Building in Mhlophe's «Have You Seen Zandile?». *Journal of Southern African Studies*, 32(2): 387-401.
- Gayo, M. (2020). *Clase y cultura. Reproducción social, desigualdad y cambio en Chile*. Tirant Humanidades: Valencia.
- Gendler, M. A. (2016). *Pokemon GO: Realidad aumentada, nostalgia, novedad y control*. IX Jornadas de Sociología de la UNLP, 5 al 7 de diciembre de 2016, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica.
- Kojanic, O. (2015). Nostalgia as a practice of the self in post-socialist Serbia. *Canadian Slavonic Papers*, 57(3-4): 195-212.
- Mansilla, H.C.F. (2013). El retroceso de los valores humanistas en medio de la democratización masiva. Observaciones dispersas sobre el destino de las normativas éticas y estéticas en la cultura popular latinoamericana. *Fragmentos de Filosofía* (11): 27-49.
- Monte Madrigal, J. A. del (2014). Lentos, estéticos, memoriosos. Las automovilidades *lowriders* y las estéticas de la nostalgia en Tijuana. *Desacatos* (45): 113-127.
- Rocha, S. M. (2014). Nostalgia como resistência ao esquecimento: Três gestos de busca no documentário *Nostalgia de la luz*. *Chasqui* (127): 67-75.
- Rueda Laffond, J. C. y Guerra Gómez, A. (2009). Televisión y nostalgia. The Wonder Years y Cuéntame cómo pasó. *Revista Latina de Comunicación Social*, 12(64): 396-409.
- Smith, L. y Campbell, G. (2017). «Nostalgia for the future»: memory, nostalgia and the politics of class. *International Journal of Heritage Studies*, 23(7): 612-627.
- Tannock, S. (1995). Nostalgia critique. *Cultural Studies*, 9(3): 453-464.
- Tefferá, T. (2013). Canvassing Past Memories through «Təzəta». *Journal of Ethiopian Studies*, 46: 31-66.
- Williams, R. (2003). *La larga revolución*. Eds. Nueva Visión: Buenos Aires.





## 7. ESPACIOS DE AYER Y HOY: EL CONSUMO CULTURAL URBANO

Parte de la literatura internacional contemporánea describe un escenario en el cual la ciudad habría pasado de ser un espacio de debate público, mayor y con más sofisticadas prácticas culturales, a un lugar donde lo que prima es la falta de cohesión y cultura cívica (Cassiers y Kesteloot, 2012; Klinenberg, 2017). De acuerdo con autores como Amin y Thrift (2002, 2017), la ciudad neoliberal tendería a reforzar espacios de exclusión, donde solo algunos son capaces de disfrutar y participar culturalmente de un rango amplio de oferta, mientras que muchos otros se encuentran fijos en su lugar de residencia<sup>40</sup>, y los escasos desplazamientos que hacen se orientan a sus prácticas laborales, no de ocio.

En paralelo, contribuciones especializadas en temas de consumo, capital cultural y desigualdad muestran que sectores sociales medios y medios altos son más activos en un rango amplio de actividades culturales, desde algunas abiertamente de alta cultura hasta otras populares y transversales (Bennett *et al.*, 2009, 2021; Gayo *et al.*, 2016; Gayo, 2020)<sup>41</sup>. El grupo con menor participación cultural tendería a pasar más tiempo en su casa con su familia o realizando prácticas de ocio con vecinos o amigos de sus entornos barriales.

Lo anterior ha llevado a pensar que la vida cultural urbana se estaría fragmentando e incluso polarizando entre una oferta cultural comercial, privada y abierta a audiencias de capital cultural relativamente alto, y por otro lado tendríamos un tipo de participación

---

<sup>40</sup> Con respecto a la baja movilidad residencial relativa de las clases media baja y popular/obrero, puede verse Méndez y Gayo (2019).

<sup>41</sup> La literatura es amplísima. Se ofrecen aquí únicamente ejemplos próximos a nuestro trabajo, en donde el lector interesado puede encontrar abundante información bibliográfica.

cultural más bien privada, barrial y doméstica, ligada a los sectores de menores ingresos (Savage, Pickles y Li, 2003). Esta polaridad ha sido descrita por Mongin (2006) como la tensión entre la «hipermovilidad» y el «estancamiento».

Es por ello que se vuelve tan relevante comenzar a explorar la imbricación entre desigualdades sociales, culturales y espaciales. La investigación en Latinoamérica sugiere escenarios similares a los descritos previamente, aunque con sus particularidades. En los hallazgos encontrados para ciudades de esta región, también se ha descrito un proceso de privatización del consumo cultural, el que consistiría en un repliegue hacia el espacio doméstico como lugar de prácticas culturales y de ocio, por un lado, así como una toma por parte de privados del espacio público en el cual se genera la oferta cultural (Janoshka, 2002). Consistente con la primera modalidad de privatización, en un estudio sobre consumo cultural en Puebla (México), Meyer describe una tendencia creciente hacia el «consumo privado y doméstico de medios de comunicación y nuevas tecnologías, al tiempo que encuentra una disminución de la asistencia a museos, sitios históricos, festejos cívicos, rituales tradicionales y espectáculos artísticos» (Meyer, 2006: 1). Asimismo, el autor evidencia un «creciente desplazamiento de los horizontes simbólicos de la población hacia el consumo de medios de comunicación y nuevas tecnologías de información en el ámbito privado y doméstico» (Meyer, 2006: 2). Por lo tanto, se estaría gestando una significativa prescindencia de espacios y escenarios físicos tradicionales y una cierta alteración de la estratificación social<sup>42</sup>.

Acompañando al proceso anterior, también se ha puesto énfasis en la mercantilización de la experiencia urbana, o lo que algunos autores describen como el urbanismo del *retail* (De Simone, 2018),

---

<sup>42</sup> En el caso de Santiago, un estudio detenido que tenía como propósito analizar el uso de infraestructura cultural principalmente en el área cívica del centro de Santiago muestra que las personas de clases acomodadas y/o que residen en los sectores más aventajados socioeconómicamente tienden a visitar con mayor asiduidad instituciones como museos, galerías de arte o centros culturales, mientras que las personas con menos recursos y habitantes de zonas de ingresos medios o bajos hacen uso fundamentalmente de los parques públicos o de los espacios abiertos (Gayo y Méndez, 2013).

donde el mercado va fijando los lugares de encuentro e interacción social a través de la proliferación de espacios cerrados de consumo masivo, en particular los *malls*. La literatura sobre estos espacios enfatiza que se trata de una propuesta que articula una transformación urbana, simbólica/cultural y también financiera, emulando un modo de vida «gringo» (Salcedo y De Simone, 2013 y De Simone, 2018). Si bien hay autores que muestran que los usuarios o consumidores de estos espacio logran resignificar esta experiencia, particularmente los jóvenes (Pérez *et al.*, 2012) y las clases medias (Stillerman y Salcedo, 2012), gran parte de las aprensiones y críticas a este modo de habitar y expandir la ciudad han puesto énfasis en la forma diametral en que estos espacios de consumo cambian y debilitan incluso el significado de la experiencia cívica, lo que Moulián (1999) advertía ya hace veinte años con la idea de que el «consumo me consume».

Así, vemos que en los relatos de tres generaciones de familias de las capitales del Cono Sur está presente el vector privatizador en sus prácticas culturales, acompañado de un mayor protagonismo de las nuevas tecnologías de uso doméstico entre los más jóvenes, así como la emergencia de estos nuevos espacios privados para el consumo. Sin embargo, creemos que para comprender de mejor forma este paulatino pero sostenido repliegue no basta solo con recurrir a la influencia de estas tecnologías, sino que también es preciso explorar cómo procesos de globalización, liberalización económica y transición democrática han ido modificando las condiciones sobre las cuales se asientan estas prácticas.

En efecto, en las narrativas de nuestros entrevistados y entrevistadas, se puede apreciar que el menor uso de espacios públicos para prácticas culturales y de ocio es atribuido a procesos de largo aliento. Por un lado, particularmente en las generaciones de mayor edad, se describe cómo durante periodos de dictadura hubo un repliegue hacia los espacios domésticos y privados, mientras lo público, y en particular «la calle», se despobló o la oferta cultural se replegó a centros culturales fuertemente intervenidos por las dictaduras (Catalán y Munizaga, 1986).

Por otro lado, dicho fenómeno fue revirtiéndose durante los periodos de transición democrática, si bien nunca el espacio público recuperó los modos y el brío o la intensidad de antaño. Adicionalmente a esta dinámica de carácter político, se indica que existiría otra de tipo económica o urbana que se refiere a una expansión inmobiliaria que redujo la envergadura y el número de los lugares antes destinados al ocio, la distracción o el juego, fuesen estos tanto formalizados como informales. El abandono de los mismos se produjo de la mano de una creciente producción del sentimiento de inseguridad, tal cual describe la literatura, donde a las operaciones de inversión inmobiliaria muchas veces preceden procesos de difamación y de degradación simbólica (Wacquant, 2007; Méndez y Otero, 2018).

Tomando en consideración todas estas ideas y con el objetivo de mostrar la interrelación entre la trama urbana y las prácticas culturales, factores en frecuente interacción con la clase social, este capítulo se estructura en base a los siguientes hallazgos o temas centrales: la calle como lugar de encuentro, el uso del espacio público, el debilitamiento de la sociabilidad y la privatización, y la participación cultural y la desigualdad.

### 7.1. LA CALLE COMO LUGAR DE JUEGOS, ENCUENTRO Y OCIO: LO QUE SE HA PERDIDO

R: Nunca existió discriminación entre niños que teníamos, gracias a Dios, un poco más y niños más pobres, porque me acuerdo que jugábamos a las escondidas, jugábamos al pillarse, jugábamos a las bolitas, y todos en conjunto. No había diferencia.

P: ¿Y eso era cuando volvían del colegio o los fines de semana?

R: Claro, en horarios libres. El fin de semana y todas esas cosas. Habitualmente no estábamos en las casas, sino que salíamos a jugar a la calle. Y yo recuerdo que esos años, estamos hablando de sesenta años o más, un auto pasaba por una calle de esas, por Santa Victoria, por San Isidro, una vez a la media hora, porque no existía más sistema automovilístico en la capital.

P: ¿Y se tomaban las calles, jugaban a la pelota?

R: ¡Exactamente! (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

Los procesos de migración del campo a la ciudad en el Cono Sur, sobre todo en Argentina y Chile, datan de fines del siglo XIX y comienzos del XX (Collier y Satter, 1998; Yáñez, 2008), es decir, posiblemente afectaron a los padres y abuelos de nuestros entrevistados y entrevistadas de mayor edad. Quizás sea por ello que muchos muestran un marcado arraigo urbano. En base a esta experiencia, las narrativas de lo que era y lo que es hoy vivir en la ciudad han cambiado enormemente. En efecto, en los relatos de los adultos mayores se percibe una ciudad con espacios abiertos y disponibles para la recreación y el ocio, y es posible apreciar que estos se van diluyendo o desapareciendo a medida que avanza el siglo XX y se asoma el XXI. No obstante, los entrevistados más jóvenes también aprecian un cambio «de la tierra al cemento»:

R: Me acuerdo de que la semana era ver tele por tradición. Dependía también mucho de la época del año, porque antes en verano tenía más la libertad de salir y, comparado un poco con mi hijo, yo antes salía y afuera de la casa de mi abuela había tierra, incluso uno jugaba a las bolitas, a la pelota, a la escondida, se trepaba en los árboles. Ese era el tipo de cosas que hacíamos con amigos de edad similares, y ahora veo a mi hijo, y mi hijo sale y hay cemento. De hecho, nosotros éramos, a ver cuántos niños en el barrio, de repente salíamos, tomábamos una pelota plástica y armábamos dos arcos con piedras en la mitad de las calles de la población, y ahí jugábamos y podíamos estar una hora. De vez en cuando pasaba un auto y detenía el juego, pero era como... era mucho más fácil estar en la calle jugando cualquier cosa.

P: ¿Más fácil que ahora?

R: Sí, ahora es complicado, porque uno sale a la calle, yo veo que los niños que viven cerca mío salen y tratan de jugar a la pelota en la calle, pero cada dos minutos tienen que interrumpirlo porque pasa un automóvil. Entonces es diferente. El otro día, de hecho, me acordaba de que antes uno podía estar media hora jugando en la calle y era una calle mucho más amplia. En la que vivimos ahora es casi un pasaje, pero

era mucho más fácil, uno tenía esa libertad. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

La percepción de cambio en el acceso y uso de un espacio público, abierto, también se desprende de la descripción de un pasado de mayor convivencia entre familias, vecinos, y donde se realizaban actividades de bajo costo que estaban disponibles para todos quienes estuviesen interesados en llevarlas a cabo o simplemente observarlas. La sensación era que estas prácticas eran sencillas, pero entretenidas<sup>43</sup>:

R: Iba mucho al carnaval. Me encantaban los desfiles, me encantaban, pero ahora no, ahora ya hace años que no... No me gusta, porque cambió mucho, no son los carnavales de antes que era todo familias, todo, las calles... Yo me acuerdo que nos disfrazábamos, que salíamos con los vecinos. (Mujer, 51+, Montevideo, NSE bajo)

Los relatos sobre el cambio en los espacios disponibles para el juego, el ocio, la entretención gratuita y cercana al hogar muestran una pérdida sentida de forma relativamente transversal de acuerdo a género y clase. Sobre todo llama la atención cómo se da cuenta de este cambio de forma similar en distintos grupos socioeconómicos, a pesar del distinto modo en que a los mismos les habría afectado el cambio en la composición residencial de la ciudad o la expansión inmobiliaria (Méndez y Gayo, 2019).

P: ¿Tenían plazas, eran más de ocupar ese tipo de espacios públicos?

R: Sí, se ocupaban hartito. De hecho, nosotros todavía tenemos los recuerdos de Rosario norte. Al final, donde está el colegio Alemán, hay una cancha, una multi cancha. La ocupábamos con un grupo de amigos que nosotros teníamos y siempre íbamos para allá, y hace hartito rato que están desapareciendo estos espacios [pa] ir a jugar a la pelota y todo. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

---

<sup>43</sup> Ver también segunda cita en apartado 6.2.4.

En síntesis, a través de estos relatos es posible vislumbrar que se resiente la pérdida de terrenos abiertos y disponibles para el esparcimiento gratuito. Asimismo, vemos que los espacios domésticos se van reduciendo en la percepción de nuestros entrevistados: las casas eran antes más grandes y cómodas, la calle estaba más desocupada y se podía jugar en ella:

R: Sí, aparte que las casas también eran grandes entonces. Tampoco era que necesitabas salir mucho a la calle, sino que era para andar en bicicleta, ponte tú.

R: Entonces, no. Como eran casas grandes, no necesitabas mucho salir a la calle. Pero sí esas áreas eran bonitas. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

Ya sea por las transformaciones de la ciudad, de las familias o por los vaivenes económicos, especialmente de la década de los ochenta, hay también narrativas que muestran la necesidad de transitar desde casas a departamentos, con el costo de tener que adaptarse a espacios más acotados donde la vida transcurre de forma diferente a la acostumbrada:

R: Me vine a Santiago con mi mamá, y compramos un departamento y ahí ya empezaron a achicársenos los espacios [*pa*] vivir, y lugares de juego de esparcimiento eran en el colegio, en los recreos, la pichanga de fútbol y esas cosas. Y en la casa, en el edificio, había como una terraza en el techo y hacíamos una pelota de trapo y jugábamos con mi hermano, con nadie más, porque ya aquí en Santiago paré de amistades... No teníamos amigos. Éramos mi hermano, yo y mi hermana. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

En estos contextos de reducción de espacios en el propio hogar, los recuerdos de plazas o terrenos baldíos donde sí era posible jugar cobran una importancia inusitada. La calle y estos espacios se ubican en un fino mapa mental que identifica cualquier oportunidad posible para la recreación:

P: ¿Cuáles eran los espacios que tú tenías cerca de tu casa? Por ejemplo, ¿había parques, había canchas de fútbol?



R: De primera, lo único era estar en la calle, *cachai*, porque era un pasaje y yo tenía amigos ahí, *cachai*. Y ahí nos juntábamos, salíamos a jugar a la pelota afuera, *cachai*. Y en el pasaje de al lado al mío había una cancha, o sea, era una plaza, igual no tan grande, y una cancha. Ahí era como de tierra. Entonces, ahí jugábamos con los vecinos del otro pasaje. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

P: ¿Y hacían más uso de plazas, de canchas de afuera?

R: Eso sí, había más cosas donde uno podía ir. Estaban los típicos juegos que se ponen en las poblaciones cuando llegaban, los patitos, el ir a dispararles a los tarros, que uno le dedica canciones a la lola que le gustaba que la veía pasearse por allá, el carrusel. Era más vida de comunicación, entre más gente, más chicos que ahora. Ahora es totalmente diferente. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

P: ¿Y qué recuerdos tiene de, por ejemplo, tenían patio o una plaza cercana?

R: Claro, por ejemplo, teníamos un patio amplio donde mi abuelo tenía una parra y me acuerdo que todos los días domingo, los días en las tardes en verano, armábamos algo y nos acostábamos bajo la parra para capear el calor. Tenía una uva muy rica y aparte al frente de la casa está Salvador... que es como una villa, y tenía una especie de peladero y jugábamos fútbol ahí, digamos. En ese peladero nos juntábamos mucho, que eran algo de quince amigos y jugábamos fútbol, o si no íbamos al estadio y nos pasábamos por la pared e íbamos al lado del Estadio Nacional. Entonces ahí ocupábamos las canchas del estadio e íbamos a jugar todas las tardes. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

R: Cuando era chico, siempre en los tiempos libres, salía a jugar con mis compañeros o buenos amigos que eran de más cerca, o como tenía compañeros que vivían cerca del colegio, me iba con ellos a jugar y ahí nos entreteníamos todo el día.

P: ¿Y qué hacían, más de afuera o estar en casa?

R: En esos tiempos, éramos más de afuera, la mayoría. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

Los espacios de ayer son vistos como más amplios, gratuitos, colectivos, disponibles. Como lugares que van componiendo un

mapa de habitabilidad, prácticas, sociabilidad, identidad. Los espacios de hoy, por el contrario, se perciben como lugares de acceso más complejo, privados, restringidos y reducidos. Las narrativas de nuestros entrevistados y entrevistadas muestran paralelos con lo que Ramirez Kui (2014) describe respecto de las tensiones presentes en las ciudades latinoamericanas, las que se describen como ciudades en disputa. En ellas, el espacio social continúa siendo asimétrico y desigual aun en el advenimiento de las economías del conocimiento y la innovación, limitando las posibilidades, no solo de acceso a bienes y servicios urbanos, sino que a la pertenencia social y simbólica. Los procesos de urbanización progresiva, sobre todo aquellos de carácter neoliberal, donde el mercado marca la pauta de la inversión inmobiliaria, no lograrían resolver las tensiones del espacio social y el espacio público:

P: Un terreno baldío.

R: Claro.

P: Y ahora ya no hay.

R: Poquísimos. Cerca de mi casa por lo menos ya no.

P: ¿Porque está todo edificado?

R: Claro, todo edificado. Entonces, por ejemplo, yo me acuerdo que antes elevar un volantín era mucho más fácil. Ahora a los dos metros ya está en un cable. Se te enreda en los cables. Entonces es más complicado, hay mucho más cemento. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

R: Lo mío era como jugar al fútbol.

P: ¿En qué lugares lo practicabas, allá a los veinte años?

R: Bueno, ya a los veinte años a lo mejor íbamos a la costanera, cerca del río, acá cerca de la aduana con algunos compañeros a caminar, a patear.

P: ¿Eran lugares que tenías que pagar?

R: No, no, comúnmente eran gratuitos. (Hombre, 51+, Montevideo, NSE bajo)

R: No existía la palabra «aburrimento». Salíamos a la calle a jugar, quien tenía la bicicleta te la prestaba, quien tenía un monopatín te lo prestaba o vos le prestabas lo que vos... el juego callejero... hasta que empecé a trabajar. Era común salir a la noche de Belgrano a jugar, en la calle. Nunca estabas

aburrida, porque si salías podía haber dos o tres amigas, y si no, estaba la otra que ya iba a venir, y si no, estaba la otra que se fue pero que ahora viene... Eso era, eh, yo no he tenido una niñez aburrida, no, para nada. (Mujer, 51+, Buenos Aires, NSE alto)

Como señala Rossana Reguillo, la ciudad latinoamericana está compuesta por capas o planos que se superponen, entre lo laico y lo religioso, el crecimiento y la pobreza, en una «escenografía cambiante de las franquicias globales que quieren borrar, sin lograrlo, el paisaje local» (Reguillo, 2008: 65). En otras palabras, se caracteriza por dinámicas contenciosas y disputadas por otorgar sentido a lugares y posiciones: quién vive dónde, quién transita dónde y quién pertenece a qué lugar. Las narrativas de nuestros entrevistados y entrevistadas muestran cómo estas ambigüedades se volvieron progresivamente patentes en sus vidas cotidianas, con mayor fuerza en arraigadas prácticas de socialización y ocio. Y es que los procesos de expansión urbana de las ciudades latinoamericanas y del Cono Sur no están exentas de esfuerzos del Estado, mercado y ciudadanía por definir y redefinir fronteras, posiciones y prácticas urbanas.

Quizás uno de los campos donde dichas disputas han sido más visibles es aquel de la percepción o sentimiento de inseguridad (Kessler, 2009). La identificación de lugares seguros e inseguros, lugares violentos y lugares «aptos», está actualmente en la génesis de las dinámicas de configuración urbana. En torno a esta categorización se definen lugares de residencia deseados y otros estigmatizados, lugares atractivos para concentrar la oferta cultural y de ocio, y espacios donde se reproduce el orden de género. Como lo indica Reguillo, «dotar a las percepciones de la inseguridad de un territorio significa una victoria, en tanto confiere la ilusión de que controlar el lugar hace posible contener sus efectos desestabilizadores» (Reguillo, 2008: 65). El sentimiento de inseguridad no solo es un campo atractivo donde intervenir, sino que es además ubicuo y está producido por diversos factores y actores (estadísticas, medios de comunicación, agendas políticas) (Carrión y Núñez-Vega, 2006; Luneke, 2016; Méndez *et al.*, 2020). La ciudad imaginada y la ciudad

practicada desde la delimitación que el sentimiento de inseguridad impone permitirá que ciertos cuerpos, grupos, clases sociales puedan acceder o no a determinados lugares:

R: Cuando vas a salir a la calle, no sabés si volvés, que antes eso, digo, uno salía dejaba la casa abierta. Pasó mucha cosa de mi niñez hasta ahora, que mis hijos nunca... aquello que yo viví, digo... Tienen mucha libertad, digo, pero saben hasta dónde llegan (Mujer, 31-51, Montevideo, NSE bajo)

R: Cuando éramos más chicos, o sea, entre los 5 a 11 años, más menos, vivíamos con mi abuelita. El colegio igual no quedaba muy cerca y el sector era bastante tranquilo en comparación a lo que vemos hoy en día de drogadicción, delincuencia, todo eso. Éramos como bastante aislados. De hecho, en ese sentido, nos criamos como en... Yo tengo la percepción de haberme criado en una burbuja del tiempo, que ahí no veíamos cosas malas. Era todo entretención. Salíamos a divertirnos, compartir con amigos, ver monitos. Entonces era como bastante... era como muy familiar. Éramos todos conocidos, no había extraños, no había peligros, no había nada. Era un ambiente bastante bueno. La seguridad que uno sentía al salir a otras partes, a otros lugares... Uno asociaba que era todo igual. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

R: Y con amigas también, de repente, vamos al cine, o con mi hermano. Y, bueno, en la universidad, lo último fuimos a ver una fábrica, cosas así. Pero así de cultura, no he ido más al teatro. Igual porque es más lejos, que todos los teatros están abajo, *po*, no hay estacionamiento y, onda, siempre están ocupados, o te roban cosas del auto. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

El sentimiento de inseguridad está fuertemente presente en las narrativas de nuestros entrevistados, tanto en sus experiencias en espacios públicos como en aquellos cercanos al área de residencia. Esta percepción aparece como una de las razones a las que se atribuye la menor participación en actividades culturales y de ocio en ciertos lugares. Como se indicó previamente, la imagen que queda de los barrios de antaño es una ligada a espacios protegidos de la delincuencia, la violencia, los automóviles, el estrés, entre otros.

Un relato ligado a lo anterior tiene que ver con la forma en que los espacios públicos para el ocio y la cultura fueron viéndose reducidos durante los años de dictadura en los países del Cono Sur:

R: No, también había cine de barrio cercano, pero yo creo que ahí se produjo una diferencia. Nosotros antes teníamos una vida como más familiar. Ya acá, en la zona de La Granja, yo probablemente fui tomando otro, y fue variando también la vida familiar en los siguientes sentidos: cuando éramos más chicos, todos los encuentros familiares eran como una fiesta. Eso fue por mucho tiempo, pero fue más notorio cuando era chico, al haber menos medios cuando era más chico. Entonces, bueno, con radio bailaban, pero a la vez cantaban. Otros recitaban poesía. Los más chicos también traían una novedad. Eso yo creo que hasta fines de los sesenta que teníamos esa forma de convivencia familiar, intrafamiliar, que era como oportunidad siempre que se prendía la radio, terminábamos bailando con mucha facilidad y a la vez alguno hacía la gracia de cantar, adultos y chicos. La televisión... yo creo que eso empezó a provocar el cambio, y yo creo que el cambio mayor y más notorio fue el 73, que hizo que hacer fiesta era poco adecuado para esos tiempos y además produjo una brecha en el sentido de que antes todos bailaban, aprendíamos a bailar bailes. En la práctica familiar, después del 73, se terminaron las fiestas antiguas. Fiesta que no siempre era una fiesta, sino que llegaba alguien de visita y estábamos compartiendo y escuchábamos la radio y provocaba esto. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

En efecto, la necesaria adaptación de las personas frente al instaurado toque de queda concedió protagonismo a lo doméstico en un sentido más limitante. Gran parte de las restricciones horarias y de movimiento, sin hablar de aquellas de manifestación política y de encuentro, hicieron que paulatinamente individuos y familias fuesen optando o viéndose obligadas a cambiar sus hábitos festivos y de ocio, y en un sentido más amplio, sus prácticas culturales. Una de esas estrategias voluntarias o forzadas fue el repliegue hacia espacios privados. Un ejemplo bastante recurrente en el caso de

Santiago lo constituyen las «fiestas de toque a toque», que fueron una alternativa para hacer posible los encuentros y el esparcimiento en la generación joven de los años ochenta, cuya temporalidad estaba determinada por el necesario encierro, pues la fiesta duraba desde antes del comienzo del toque de queda hasta el momento en que este terminaba. Los jóvenes se alojaban en las casas de sus amigos y volvían al otro día a sus hogares.

R: Empezó a abrirse la vida nocturna en Chile. No me acuerdo de si a esas alturas había toque de queda, pero, si era, era tarde, ponte tú, 3 de la mañana podría ser entonces. Ya la gente podía salir hasta más tarde. Sí, empecé a ver más obras de teatro, obras de teatro de protesta, ¡hartas!

P: ¿Eso ya con la democracia?

R: Eso fue en la transición. Fue una etapa de transición. Empezó en las universidades, así por abajo, medias escondidas, y empezó a salir. Había que ir al barrio.

P: ¿Y tú asistías?

R: Sí, sí, había como barrios especiales en los que uno sabía y después...

P: ¿Como cuáles?

R: El barrio Bellavista es uno de los que se destacó. También por avenida Ecuador había lugares, cerca de la Universidad de Santiago. Lo otro, de repente, te encontrabas, no sé, *po*, tú ibas a un parque tipo 7 de la tarde y te encontrabas con un grupo haciendo alguna manifestación cultural de tipo política. La Quinta Normal. Es que estoy pensando en los lugares en que uno se escapaba al salir de la universidad... no era solo obra de teatro. De repente, no sé, *po*, se paraba lo que era, se sentaba gente alrededor, se paraba y uno cantaba una canción, el otro una poesía. Duraba 10, 15 minutos y desaparecía el grupo antes que llegaran a reprimirlos. Eso era. Además, tú sabías que en tal parte a tal hora iba a haber una manifestación y partías a mirar. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

Finalmente, para dar cuenta de la privatización de sus consumos culturales, otra razón muy frecuente en los relatos de los entrevistados se refiere al uso extendido de las nuevas tecnologías. Nuevamente, este cambio aparece de forma compartida por personas de distintos niveles socioeconómicos. Sin embargo, al interpretar los

datos, es posible darse cuenta de que esta privatización del consumo reproduce la desigualdad entre quienes pueden hacer un consumo privado y público, y quienes solo pueden optar por el primero. Así, hay una diferencia importante entre quienes, por un lado, optan por consumir en casa, pudiendo acceder a los contenidos culturales o de entretenimiento a través de las nuevas tecnologías, al mismo tiempo que es factible hacer visitas físicas y disfrutar de una apreciación directa de bienes y servicios culturales, y quienes, por otro lado, debido a una falta de tiempo y recursos, solo pueden optar a comprar o adquirir nuevas tecnologías que les permitan acceder a dichas actividades desde su hogar.

P: ¿Cree que tendrá, seguramente, menos vida en la calle de la que tuvo usted?

R: Sí, muchísimo menos. Sí, ya le llama mucho la atención el computador, por ejemplo. Entonces, cada computador tiene su gracia. Internet, más que los computadores. Y, en ese sentido, además que ya no hay tanto espacio. Cada vez queda menos espacio donde jugar. Ya no es tan fácil encontrar tierra al salir a la calle para jugar a las bolitas o un sitio baldío donde tomar un volantín y poder elevarlo. Ya cuesta un poco más. Entonces, no sé, cerca de mi casa había hartos terrenos donde uno iba, jugaba, volvía, elevaba un volantín y estaba horas. Había hasta animales. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

## 7.2. MONTEVIDEO ES LA CIUDAD QUE MUESTRA MÁS USO DEL ESPACIO PÚBLICO

Un hallazgo relevante fue la diferencia que se presenta entre la caracterización de Santiago de Chile, descrita ampliamente como la ciudad neoliberal (Garretón, 2017; Méndez, 2018), y Montevideo respecto de los procesos de privatización del consumo cultural. Frente a la capital chilena, la metrópolis uruguaya aparece como un lugar donde se constata un uso del espacio público, y de la calle en particular, más recurrente. Ejemplo de ello son los carnavales, el tablado y las murgas.

P: ¿Y el carnaval?

R: El carnaval... no tengo un vínculo así como afectivo con el carnaval. Me gusta. Cuando el carnaval es algo propio uruguayo, eso como que, bueno, tengo un acercamiento en ese sentido, pero tampoco soy una apasionada. No soy una persona que siga el carnaval, que la movilice internamente, o sea, me gusta pero dosificado.

P: ¿Pero vas al tablado?

R: Al tablado voy, pero poquito.

P: ¿Y a qué tablados vas, por ejemplo?

R: Bueno, al Velódromo. Creo que los últimos años al Velódromo. En los comienzos, creo que iba al Defensor. No sé, ya quizás a los 16, 17, 18 iba al Defensor. Y ya las últimas veces iba al Velódromo. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

La cita anterior es solo una de las múltiples menciones espontáneas durante las entrevistas, particularmente del segmento más joven, sobre la participación cultural. En ese sentido, se puede observar que el involucramiento en actividades como los carnavales y el tablado o la murga es algo bastante extendido, y resulta notorio el conocimiento del que las personas disponen de las diversas alternativas para desarrollar esta práctica (Defensor o Velódromo). A pesar de lo extendido o democrático de la misma, es preciso indicar que, entre los entrevistados de mayor capital cultural, se hacen evidentes las diferencias de clase que contribuyen a estructurar este tipo de consumo. Al respecto, habría una cierta asociación entre un tipo de consumo de carnavales, la clase social de pertenencia y lo que es típicamente uruguayo:

R: Con la música me pasa más o menos lo mismo, no tengo filtro, escucho lo que sea. Salvo que me traigas una cumbia o melódico internacional, escucho lo que sea.

P: ¿Y qué pasa con la cumbia?

R: Y con la cumbia que, salvo la pachanga de algún cumpleaños o alguna fiesta, no... Lo mismo que la ópera en el ómnibus. Como que tiene su función para un momento, pero no. El melódico internacional... no. Me parece muy terraja (risas).

P: Bueno, de ahí a la cumbia, o sea, que Los Fatales no están en tu mp3.



R: Nunca, nunca estarán. A lo sumo, en alguna pachanga de las fiestas y no mucho más. (Mujer, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

P: ¿Y el carnaval?

R: Voy. Me gusta. Me gusta ir a los tablados y al desfile. Ahora no estoy yendo mucho porque por lo general estoy afuera, pero si estoy acá voy bastante seguido.

P: ¿Pero sos de escuchar murga?

R: No. Por fuera del tablado, no. Me gusta ir al tablado, escucharlo ahí, pero no, por fuera, no soy mucho.

P: ¿Y vas a qué tablado?

R: Y voy al Tres Cruces, al Velódromo y, *ta*, rara vez al Defensor.

P: Y música, me decías que te gusta el rock. ¿Qué tipo?, ¿uruguayo?

R: Más argentino escucho. Estoy escuchando ahora.

P: ¿Tipo?

R: Viejas Locas, *ta*, tengo Callejeros...

P: Y música uruguaya, ¿te gusta?

R: Y uruguaya escucho algo. Un poco de, no te va a gustar, La Vela, que son medio comercial, y, *ta*, cumbia.

P: ¿Folclore?

R: No, nada.

P: ¿No te gusta o...?

R: A los lugares que voy, no está. Entonces, no, no estoy acostumbrado a escuchar. Capaz que si me pongo a escuchar me gusta. (Hombre, 20-30 años, Montevideo, NSE alto)

En estas citas, es posible identificar una cierta incomodidad frente a los temas de participación cultural en carnavales o el gusto por la música cumbia, ambos vistos como actividades populares, con un cierto sello de clase (más popular). Adicionalmente, lo «uruguayo» también genera ciertas ambivalencias: se reconoce el conocimiento de este sello en las actividades culturales, al mismo tiempo que se lo asocia nuevamente a esa condición popular. Sin embargo, más allá de estos matices, llama la atención la forma en que el espacio es ocupado ampliamente por prácticas culturales masivas, cuestión donde Montevideo destaca frente a las otras dos

ciudades, particularmente frente a los procesos de privatización de dicho espacio público en Santiago.

### 7.3. LO QUE SE FUE CON EL CIERRE DE LOS CINES DE BARRIO: PRECARIZACIÓN DE LA SOCIABILIDAD, CONCENTRACIÓN Y ESTANDARIZACIÓN DEL CINE

Un tema bastante recurrente en las entrevistas, que tiene directa relación con la percepción de un repliegue a la vida y espacio privados en los consumos culturales, se refiere al cierre de los cines de barrio. De acuerdo con los relatos de los entrevistados y entrevistadas de mayor edad, el cierre de estos cines involucró una precarización o declive de su sociabilidad, a la vez que una concentración y estandarización de la oferta de cine.

Respecto de la precarización de la sociabilidad asociada al consumo de cine, varios entrevistados indican la forma en que se asistía al cine, con sus familias o amigos, pudiéndose acceder a películas por precios bastante razonables (las populares) y por un espacio de tiempo más extendido de lo que se hace hoy en día (los rotativos):

P: ¿Existían cines de barrio?

R: En todos los barrios había cines, en todos los barrios, y daban sesiones de las películas que se llamaban las populares, donde cobraban la tercera o cuarta parte, digamos, de lo que... los días lunes o los viernes habitualmente, y uno podía ver las tres o cuatro películas por ver lo de ahora, que piden tres mil pesos, por mil pesos o por quinientos pesos. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

R: En otro cambio de casa nos tocó vivir más en el centro, y ahí íbamos al cine siempre solos. Mi mamá no nos acompañaba mucho a esas cosas. Muy de tarde en tarde, nos llevaba a una película. Pero íbamos. Existían unos cines que se llamaban los rotativos, que en realidad no daban muchas películas. Daban cortos, documentales, así, monos animados y el capítulo de una serial, que la repetirán toda la semana. A la semana siguiente, daban el capítulo siguiente. Entonces, a eso íbamos. Con mi hermana íbamos solos y nos poníamos a ver el cine ese. Y a la semana siguiente había que ir a ver,

porque había quedado el otro capítulo en forma espectacular. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

P: ¿Recuerda algún cine de barrio?

R: Sí, sí. Los cines ya se usaban y ahí de cine te puedo hablar que en la edad de los quince, doce o trece, porque uno pagaba una entrada y estaba todo el día viendo los rotativos en el cine. Yo vivía por allá por Gran Avenida. Así que iba al cine Gran Avenida. Pero creo que ya no existe, que hay ahí una discoteque. El San Miguel acá en Blanco Encalada, cuando vivíamos donde mi abuelo. También uno pagaba e iba a ver películas de karate. Se veían mucho y era lo más entretenido, películas de ese tipo. Eso era lo que uno hacía hartito, ir al cine, después de que empezaron a llegar películas. No es lo mismo que los de ahora: uno entra con un ticket y puede ver una película. Antes no, era rotativo. Estaba todo el día viendo dos o tres películas, santos, películas de japoneses, guerras. Se disfrutaba en ese tiempo. (Hombre, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

P: ¿Y cine?

R: Cine, en Durazno hubo un tiempo dos y después quedó uno solo, *ta*. Yo... qué sé yo. De gurisa, digo, antes de estar acá, me acuerdo que íbamos a la matiné, había matiné, vermut y noche. Ibas al cine a las tres de la tarde, comías maní, tirabas las cascaritas de maní para adelante. Era tipo, ponele, había películas de western temprano y después había alguna igual del club del clan, ponele, a las cinco que era más de tardecita y después la de la noche, que iban los adultos (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE alto)

R: El cine. El cine me fascinaba. Además, en la generación nuestra íbamos a la matiné, que era de las dos de la tarde hasta las ocho de la noche, cuatro películas de relleno y una que era la principal a las seis de la tarde, de seis a ocho. Así que mi actividad de los sábados era cine, cine, cine. Y había amigas del barrio, amigas de magisterio íbamos al cine, algún cumpleaños teníamos. (Mujer, 31-50 años, Montevideo, NSE alto)

R: A los veinte años yo ya estaba casada, así que salía. Iba mucho a los recitales de rock, ir a ver a Sui Generis. Bueno, dije Sui Generis, pero no fui nunca a ningún recital de Sui

Generis, pero de Porchetto, toda la onda del rock y cine. En esos años, íbamos mucho al cine.

P: ¿Cómo organizabas tus salidas?

R. Más que nada porque era más barato.

P. ¿Era más barato que ahora?

R: Sí, aparte iba mucho al Cine Arte, que era más barato todavía. Igual busqué mucho. Es el día de hoy que busco sacar entradas por cartelera. Todo porque es más barato, porque, si no, las entradas son muy caras. (Mujer, 31-50 años, Buenos Aires, NSE bajo)

R: Con mi hermana siempre íbamos al cine. El tío Coco trabajaba en un cine, le daban entradas, entonces íbamos todos los fines de semana. Repetíamos las películas, nos mirábamos todo. Empezaba a la una de la tarde y nos quedábamos hasta las seis. Cuando Florencia era chica, iba con ella. Me encanta ir. Las películas de terror me gustaban antes, ya no. Me dan miedo, no puedo verlas, sueño de noche. Tiene que ser de acción, que me atrape, tipo Harry Potter. Me gusta distraerme cuando voy al cine. (Mujer, 51+, Montevideo, NSE bajo)

Dicha sensación de pérdida de un espacio de sociabilidad familiar y de amistad es bastante transversal de acuerdo a los distintos niveles socioeconómicos, y entre los entrevistados que han residido en diversos lugares de la ciudad. Las citas que se presentan a continuación representan casos de alto y bajo capital económico y cultural. En el primer caso, se resiente la desaparición de un cierto modo de vida, de un patrimonio asociado a la práctica cultural, frente a un desarrollo de país que carecería de una orientación dirigida a la protección adecuada de este tipo de bienes.

R: Yo creo que aquí se perdió el cine. Existía el cine Las Condes. Estaba aquí en, no sé cómo, la calle, ahora hay un gran edificio. Se pierde esa vida. Ojalá hubiera un cine cerca, un teatro. Ya se pierde esto de lo que me gusta mucho que es arte. Yo, si hay algo que disfruto, es venir por la Alameda mirando los edificios antiguos y ver la decoración de esos edificios, y ver cómo se destruye en ese sentido el país. Porque aquí había casas preciosas con un arte, con tantas esculturas, con tantas cosas preciosas. Y después ves una cosa cuadrada con vidrio y ahí montaron, una familia se fue, pero un gran

edificio. Entonces yo creo que Chile, en ese sentido, bota lo que es antiguo. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

En el segundo caso, se muestra otro tipo de declive de un modo de vida, resintiéndose la ausencia de la manera excepcional en que se practicaba la actividad cultural. A propósito de ello, en la siguiente cita, la práctica cultural y de ocio es algo que se realizaba de forma bastante extraordinaria: había que desplazarse hasta el centro de la ciudad y prepararse.

P: ¿Iban al cine o cosas de ese estilo?

R: No. Solamente íbamos al cine cuando venía una prima del sur y con ella [les] daban permiso, y ahí íbamos al cine, al cine Grand Palace, al Santa Lucía, al Rex.

P: ¿Y el cine les quedaba lejos?

R: Lejos, en el centro, había que tomar locomoción.

P: ¿Era como un evento ir al cine, como algo importante?

R: Era súper importante porque eran lujosos. Uno quedaba con la boca abierta, sobre todo ir al Santa Lucía, que era una pantalla gigante. Entonces uno, ¡buf!, fascinada.

P: Entonces era ir al centro, era ir a un sitio elegante.

R: Elegante, elegante. Igual ir a la Plaza de Armas.

P: ¿Era elegante la Plaza de Armas?

R: ¡Uh, muy lindo! Sabe usted que [pa] la Navidad mi mamá [los] llevaba todo el día 24. [Los] llevaba todos los años, [los] llevaba a la Plaza de Armas porque vendían globos. Andaban vejitos pascueros y uno se divertía ahí mirando.

P: Porque ahora hay muchas críticas a la Plaza de Armas: que ya no es chilena, uno escucha muchas cosas.

R: En ese tiempo, no. En ese tiempo, había árboles, plantas, asientos. Había estos caballeros que sacaban fotos con las máquinas, esas máquinas antiguas. Ponían música. Era muy, muy lindo. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

En consecuencia, se problematiza la concentración y estandarización de la provisión de cine, resintiendo los entrevistados la pérdida de una oferta ubicada tanto en el centro de la ciudad (la actividad extraordinaria) como en los barrios (la actividad habitual de fin de semana):

R: Se ha producido una concentración de lugares de cine, o sea, es muy distinto a antes. A principios de los sesenta, teníamos el cine en el barrio, que era como de ese sector, y le llegaban las películas y podíamos ver tres películas distintas por un solo precio. Ahí hay una industria que cambió. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

#### 7.4. PARTICIPACIÓN CULTURAL Y DESIGUALDAD SOCIOESPACIAL

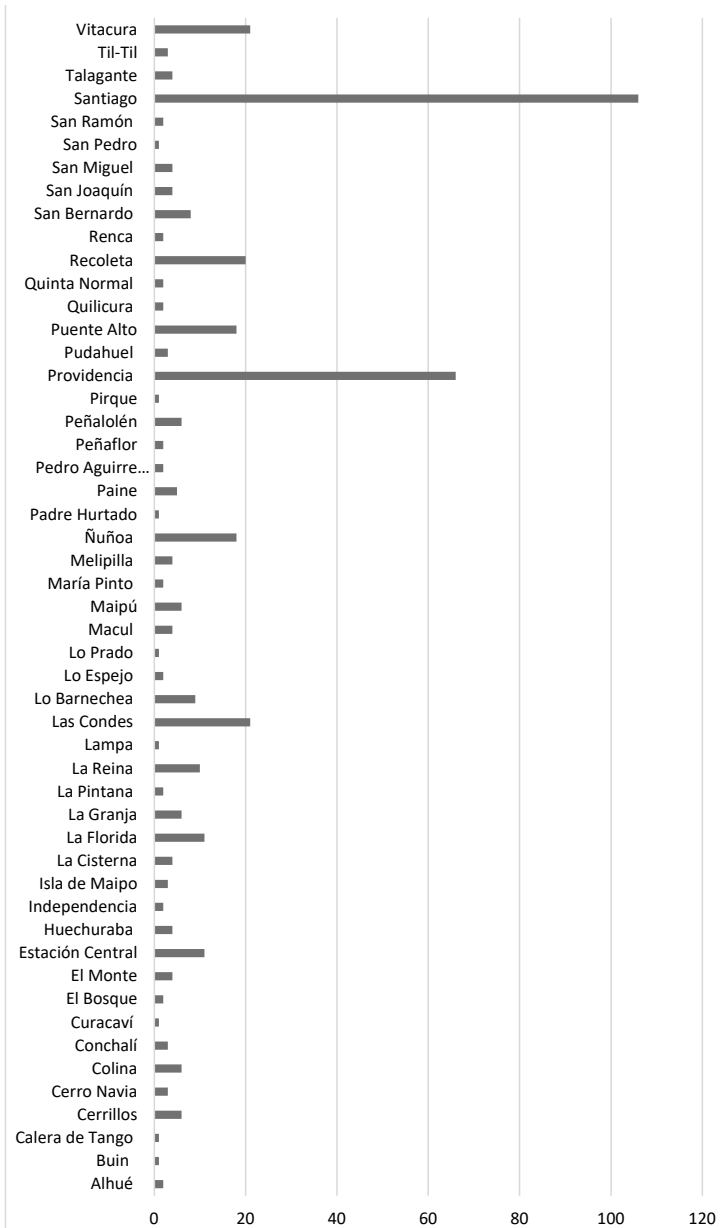
En esta última sección del capítulo, nos referimos a la relación entre participación cultural, ocio y estratificación socioespacial, tomando como caso extremo la ciudad de Santiago. Este ejemplo cristaliza las condiciones espaciales que permiten el consumo cultural, y que pueden contribuir a reproducir o revertir la desigualdad cultural. A diferencia del habitual mapa de segregación de la capital chilena, donde el grueso de la población de sectores medio alto y alto se concentra en la zona oriente, el mapa de equipamiento de infraestructura cultural guarda una distribución bastante concentrada en el corazón de la ciudad, en comunas centrales (Santiago, Providencia) y algunos polos de la zona oriente de la capital (Vitacura, Las Condes), así como en el sur (Puente Alto) y zona norte (Recoleta):

### MAPA 7.I. EQUIPAMIENTO DE INFRAESTRUCTURA CULTURAL POR COMUNA DE SANTIAGO



Fuente: *Catastro de infraestructura cultural pública y privada*, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2017. Recuperado de <https://www.cultura.gob.cl/wp-content/uploads/2017/04/catastro-infraestructura-publica-privada.pdf>

GRÁFICO 7.1. INFRAESTRUCTURA CULTURAL POR COMUNA EN SANTIAGO



Fuente: Catastro de infraestructura cultural pública y privada, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2017, Chile. Recuperado de <https://www.cultura.gob.cl/wp-content/uploads/2017/04/catastro-infraestructura-publica-privada.pdf>.



Como se plantea en la introducción de este libro, buena parte de las más importantes instituciones culturales, como el Teatro Municipal de Santiago, el Centro Cultural Gabriela Mistral, el Teatro Matucana 100, entre mucho otros, se han ubicado históricamente en torno a los ejes cívicos de la capital chilena. Parte de la oferta cultural ubicada en otras zonas de la ciudad ha sido capturada por la oferta privada, muchas veces en lugares como *shopping centers* o *malls*. Ejemplo de ello es la nueva generación de cines o multisalas de cine que desplazaron a los de antaño. Asimismo, las estadísticas de consumo cultural muestran, sin embargo, que existe una marcada diferencia entre grupos más y menos privilegiados (Gayo, 2020). En esta sección, se argumenta que la desigualdad de la participación cultural está asociada a la posibilidad de que los grupos más privilegiados tienen de acceder, no solo a la oferta cultural pública y privada presente en sus comunas de residencia, sino también a su capacidad para desplazarse y consumir la oferta cultural que aún se encuentra fuertemente presente en el centro de la ciudad. En efecto, la infraestructura de los sectores más privilegiados se traduce en estadios, piscinas temperadas, canchas de hockey sobre césped, entre otras instalaciones, que posibilitan las prácticas de ocio y culturales de distintos tramos de edad. Adicionalmente, algunas comunas de altos ingresos en Santiago aparecen como proveedores públicos de cultura (Vitacura, Las Condes, Providencia). Las narrativas recogidas muestran cómo la oferta cultural se ha instalado progresivamente en estos sectores, donde los entrevistados pueden optar entre consumir en las zonas más alejadas o ir a otros lugares.

P: ¿Y le gusta cómo ha cambiado esta zona, la oferta cultural que hay aquí?

R: Sí, porque, cómo se llama, es muy amplia. Tenemos la Municipalidad que nos ofrece pintura, nos ofrece bailes, nos ofrece literatura también, nos ofrece manualidad de otro tipo, incluso están ofreciendo computación también. Entonces la gente tiene la capacidad. Yo tengo hartas personas conocidas que van a esos cursos. Yo no he ido porque yo no puedo salir en estos momentos, porque mi hija está trabajando y mi nieta estudiando, y yo tengo que hacerme cargo de la chica.

P: Claro. ¿Y hay algo que haya ganado el barrio?

R: Sí, la comodidad de no tener que ir para nada al centro. Tú antes hacías todos los trámites en el centro, todo lo que existía de comprar. O bajabas a Providencia o bajabas al centro. Ahora, no. Uno toma al auto y en 10 minutos uno está en el parque Arauco o en el Alto y, si quiere ir más arriba, está el de La Dehesa. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

P: Entonces ¿usted diría que ha mejorado esta zona?

R: Sí, porque a mí me gusta. Pretendo, ya más adelante, entrar a la Municipalidad, porque tengo ganas de hacer pintura. (Mujer, 51+, Santiago, NSE alto)

Por el contrario, en las entrevistas con las personas con menor dotación de capital económico y cultural, es posible identificar una cierta disconformidad con la oferta cultural pública de sus lugares de residencia.

P: ¿Qué cosas crees que le faltan?

R: O sea, de partida, igual lo único cultural, entre comillas, que tiene ese sector es un cine cerca. Para mí, eso no es cultura. Entonces, igual no sé si hay un teatro. Bueno, ahí hicieron un deportivo... Que igual ahí hacen como representaciones folclóricas, grupos y todo, pero falta, como decíamos. El espacio es muy limitado, es muy chico, la difusión es muy poca. Entonces, no mucha gente tampoco participa, y los que participan tienen que casi como pelear el cupo *pa* poder entrar. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

R: Si uno quiere hacer cosas, uno quiere entretenerse más, más factible en estas comunas. Estas comunas son como más pudientes. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

Como se señaló previamente, los sectores menos privilegiados ven mermada su participación cultural, en parte, por la escasa oferta que encuentran en sus alrededores, pero también por las dificultades que enfrentan para desplazarse hacia áreas más céntricas. La mirada intergeneracional muestra que estas prácticas eran más habituales en las generaciones de mayores, pero que se fueron debilitando y volviendo más ocasionales entre los más jóvenes.

## 7.5. CONCLUSIONES

Al menos desde los años setenta, tanto por razones políticas como económicas, se ha venido desarrollando en el Cono Sur de América un proceso de privatización de las prácticas culturales. Eso significa que se ha producido un repliegue hacia los espacios domésticos, fuertemente conectado con una creciente presencia de nuevas tecnologías asociadas a dicho consumo privatizado. Si bien se trata de un proceso relativamente transversal a las clases sociales, presenta también signos de reproducción de la desigualdad. En este sentido, las personas con menos recursos es más probable que solo puedan realizar dichas prácticas en su hogar debido a una multiplicidad de factores, tales como: la falta de tiempo, la distancia de su vivienda respecto de centros cívicos y culturales, la precariedad o escasez de la oferta pública local, la expansión inmobiliaria y la desaparición consiguiente de espacios gratuitos para la recreación (parques, áreas verdes, incluso terrenos baldíos), y al paulatino, pero sostenido, repliegue del espacio público que comenzó con los periodos de las dictaduras y que no ha podido ser revertido durante las democracias.

De este modo, se puede entender que la desigualdad económica o de clase social se traduce en desigualdad espacial, es decir, las personas con menores rentas viven más segregadas en comunas de inferiores ingresos. Esta realidad conlleva que la oferta cultural privada esté concentrada en comunas de altos ingresos, siendo Santiago de Chile un caso que ilustra bien esta inequidad. Al respecto, se observa que las comunas de mayores rentas aparecen como oferentes públicos de cultura, de lo que son buen ejemplo Vitacura, Las Condes y Providencia, entre las más ricas del país. Al tratarse de comunas con abundantes recursos, no solo hay mayor oferta privada, sino que también sucede lo mismo con la pública, sea pagada o gratuita.

Todo ello lleva a preguntarse por las ventajas y desventajas de la formulación de políticas culturales que promuevan la participación social y cultural a nivel local. En este sentido, se percibe como positivo la recuperación de barrios vulnerables, la revitalización de sus espacios públicos, la promoción de aspectos identitarios y culturales que aporten en la dirección de mayor cohesión social. Al respecto, es

preciso tener en mente que las personas de sectores menos privilegiados resienten el aislamiento social y cultural. Por lo tanto, políticas focalizadas en sus propios barrios podrían reproducir formas ya existentes de segregación si no son acompañadas por medidas que contribuyan a que la ciudad, o al menos los sectores más «cívicos», sean usados o apropiados por todos los ciudadanos que allí habitan, dejando de ser de uso exclusivo de quienes por diversas razones pueden acceder a ellos, sintiéndose más cómodos allí por el capital cultural del cual disponen. Ejemplos como el de Montevideo y las actividades culturales en sus calles y espacios públicos son un indicativo de lo que se sugiere para ciudades segregadas como Santiago.

En sintonía con lo anterior y en base a la investigación realizada en otras ciudades latinoamericanas, los hallazgos de este estudio sugieren que las políticas culturales deben tener presentes temas como la revalorización de la ciudad como objeto de consumo cultural e identitario: los centros cívicos, los espacios de relevancia simbólica y, en general, el espacio público urbano. Lo anterior es descrito ampliamente por Klinenberg (2017) en el libro *Palaces for the People*, donde muestra el potencial que tienen bibliotecas públicas, centros culturales y cívicos para evitar la polarización socioeconómica, y reforzar la pertenencia social y urbana. Para lograrlo, las políticas culturales deben ser políticas más integrales y sensibles a las dinámicas urbanas, por un lado, y a las características de la estructura social de los lugares donde se implementan, por otro. Finalmente, las políticas culturales urbanas que tiendan a revitalizar espacios colectivos o públicos deben tener en consideración que en el Cono Sur, al igual que en otros países, aquellos grupos sociales de mayor capital cultural pueden apropiarse con facilidad tanto de los espacios privados como públicos, dada su movilidad geográfica y alta inclinación a la participación basada en oferta local, nacional y global, mientras quienes tienen menos capital cultural aparecen más fijos en el lugar y con menos recursos educativos para hacer algo propio de la cultura que es ofrecida. Es quizás hora de comenzar a llevar la experiencia urbana y la cultura a todos los rincones, con imaginación anclada en un conocimiento cabal de realidades

locales, revirtiendo o poniendo en cuestión procesos de acumulación económica y simbólica.

## REFERENCIAS

- Amin, A. y Thrift, N. (2017). *Seeing Like a City*. Polity: Cambridge.
- Amin, A. y Thrift, N. (2002). *Cities: reimagining the urban*. Polity: Cambridge.
- Bennett, T., Warde, A., Savage, M., Silva, E., Gayo, M. y Wright, D. (2009). *Culture, Class, Distinction*. Routledge: London.
- Bennet, T., Carter, D., Gayo, M., Kelly, M. y Noble, G. (eds.) (2021). *Fields, Capitals, Habitus: Australian Culture, Inequalities, and Social Divisions*. Routledge: London.
- Carrión, F. y Nuñez, J. (2006). La inseguridad en la ciudad: hacia una comprensión de la producción social del miedo. *EURE*, 32(97): 7-16.
- Cassiers, T. y Kesteloot, C. (2012). Socio-spatial Inequalities and Social Cohesion in European Cities. *Urban Studies*, 49(9): 1909-1924.
- Catalán, C. y Munizaga, G. (1986). Políticas culturales estatales bajo el autoritarismo en Chile. Santiago: Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística. *CENECA* (79).
- Collier, S. y Sater, W. (1998). *Historia de Chile 1808-1994*. Cambridge University Press: Madrid.
- Garretón, M. (2017). City profile: Actually existing neoliberalism in Greater Santiago. *Cities*, 65: 32-50.
- Gayo, M. y Méndez, M. L. (2013). *Infraestructura cultural y participación: el espacio como recurso y símbolo*. Acta científica presentada en el XXIX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).
- Gayo, M., Teitelboim, B. y Méndez, M. L. (2016). Terciarización en Chile: desigualdad cultural y estructura ocupacional. *Revista CEPAL* (119): 187-207.
- Gayo, M. (2020). *Clase y cultura. Cambio, desigualdad y reproducción social en Chile*. Ed. Tirant Humanidades: Valencia.
- Janoshka, M. (2002). El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización. *EURE*, 28(85).
- Klinenberg, E. (2017). *Palaces for the People: How Social Infrastructure Can Help Fight Inequality, Polarization, and the Decline of Civic Life*. Penguin Random House: New York.
- Luneke, A. (2016). Inseguridad ciudadana y diferenciación social en el nivel microbarrial: el caso del sector Santo Tomás, Santiago de Chile. *EURE*, 42(125): 109-129.

- Méndez, M. L. y Otero, G. (2018). Neighbourhood conflicts, socio-spatial inequalities, and residential stigmatisation in Santiago. *Cities*, 74: 75-82.
- Méndez, M. L. (2018). Neighborhoods as arenas of conflict in the neoliberal city: Practices of boundary making between «us» and «them». *City and Community*, 17(3): 737-753.
- Méndez, M. L., Otero, G., Link, F., López, E. y Gayo, M. (2020). Neighbourhood Cohesion as a Form of Privilege. *Urban Studies*.
- Meyer, J. A. (2006). Dinámicas urbanas y modernidad. Hacia una reconfiguración de los consumos culturales en la ciudad de Puebla. *UNIrevista*, 1(3).
- Mongin, O. (2006). *La Condición Urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Editorial Paidós: Buenos Aires.
- Pérez, M., Salcedo, R. y Cáceres, G. (2012). Apropiación y control social en un centro comercial de Santiago: prácticas socioespaciales y significaciones adolescentes. *EURE*, 38(113): 53-75.
- Ramírez Kuri, P. (2014). *Las disputas por la ciudad: espacio social y espacio público en contextos urbanos de Latinoamérica y Europa*. Editorial Biblioteca Mexicana del Conocimiento, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Ciencias Sociales, México.
- Reguillo, R. (2006). Los miedos: sus laberintos, sus monstruos, sus conjuros. Una lectura socioantropológica. *Etnografías Contemporáneas* (2): 45-72.
- Reguillo, R. (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. *ALTERIDADES*, 18(36): 63-74.
- Savage, M., Pickles, A. y Li, Y. (2003). Social Change, Friendship and Civic Participation. *Sociological Research Online*, 8(4).
- Stillerman, J. y Salcedo, R. (2012). Transposing the Urban to the Mall: Routes, Relationships, and Resistance in Two Santiago, Chile, Shopping Centers. *Journal of Contemporary Ethnography*, 41(3): 309-336.
- Yáñez, J. C. (2008). *La intervención social en Chile y el nacimiento de la sociedad salarial, 1907-1932*. RIL Editoriales: Santiago.
- Wacquant, L. (2007). Territorial stigmatization in the age of advanced marginality. *Thesis Eleven*, 91(1): 66-77.



## 8. AL FINAL, LA CIUDAD

Este libro no intenta argumentar que la estructura de la ciudad sea un determinante del comportamiento cultural. Tampoco lo niega. En un sentido diferente, se propone que la experiencia urbana está íntimamente asociada con las prácticas culturales (De Certeau, 2011). Es justamente en este vínculo en donde la ciudad se co-construye producto de subjetividades en acción en lugares que hacen posible una historia social realista (Massey, 2008). No sorprende, por lo tanto, que las ciudades o pedazos de las mismas aparezcan en las reflexiones que intentan dar cuenta de dichas prácticas. A modo de una revisión, siempre necesariamente incompleta y en constante crecimiento, se intenta en este capítulo hacer una exposición de aportaciones previas, principalmente sobre América Latina, que hace ostensible el lazo permanente entre cultura y ciudad. A propósito de ello, se evita simplemente la posibilidad de ofrecer un resumen de los hallazgos del libro, y es desarrollado el argumento en base a algunas ideas centrales que surgen del ensamble entre la urbe y la práctica.

### 8.1. FORMACIÓN DE CAPITAL CULTURAL Y REPRODUCCIÓN DE PRÁCTICAS

Como uno de los núcleos centrales de la reflexión sobre las prácticas culturales, la investigación sobre capital cultural puede decirse que ha sido generalmente desterritorializada, o ha carecido de una propuesta sobre la relevancia de los territorios que sea un lugar común en la literatura<sup>44</sup>. Sin embargo, si miramos los estudios de matriz cualitativa (Arboleda, 2005; Briceño, 2015; Monte Madrigal,

---

<sup>44</sup> Un estudio realizado desde la tradición de estudios sobre capital cultural, de raíz bourdieuana, que propone incluir la dimensión territorial en el estudio de las élites en Chile es el de Gayo (2020).



10|4), ha existido una atención importante a la territorialidad de la práctica a través de análisis de casos de ciudades latinoamericanas. La entrevistas y variadas modalidades de etnografía han sido las metodologías más habituales en dichas investigaciones, y de las mismas procede un conocimiento profundo de realidades locales, o minúsculas, que hablan de procesos más grandes, o mayúsculos.

Es justamente el ensamble, caracterizado tantas veces bajo diferentes rótulos, entre ciudad y práctica lo que resulta desestabilizado a consecuencia de la transformación tecnológica dirigida por las nuevas herramientas de la democratizada Web. La idea de que las coordenadas de tiempo y espacio sufren un cambio radical (Bonder, 2008; Barrantes y Benítez, 2016; Vizer, 2018), quizás nunca antes visto, al menos desde el punto de vista de circulación de la información, propone distancias urbanas y horarios ciudadanos en progresivo debilitamiento ontológico. El ser histórico de una realidad incontrovertible y consolidada, «la realidad», se fragmenta, queda solo para algunos, se restringe a ciertas actividades y se ablanda o adapta a la convivencia con la alternativa «realidad virtual». La necesidad de desplazarse y los horarios prefijados son cuestionados por tareas igualmente efectivas, realizadas a «deshora» y a través de una infinidad de clicks que no requieren subirse a medio de transporte alguno. Evidentemente, lo que afecta al trabajo (Szpilbarg y Ezequiel, 2014) igualmente influye en el ocio<sup>45</sup>. Pinto (2017) sostiene que, desde fines de los años sesenta, nuevas tecnologías como la televisión y los reproductores de video (DVD, Betamax, entre otros) contribuyeron decisivamente a trasladar el consumo audiovisual de espacios públicos a privados, lo que entiende también como desde lo colectivo a lo individual. En la actualidad, se podría decir que esto sucede también, pero al mismo tiempo está presente un vector muy

---

<sup>45</sup> En relación a los estudiantes universitarios en Cuba, Pérez y Castro (2015) sostienen que las redes sociales son el principal lugar de encuentro de los jóvenes, por eso crecientemente ausentes de los espacios de sociabilidad tradicionales. Similares resultados pueden ser encontrados en el estudio de Linne (2014) sobre la ciudad de Buenos Aires. Por su parte, Bialakowsky y Hermo (2015) defienden que las empresas de software en Argentina diseñan espacios de trabajo donde lo laboral y lo lúdico se confunden en pro de alcanzar mayores niveles de productividad.

potente que construye lo colectivo desde lo individual, configurando lo público a partir de espacios aparentemente privados. En otras palabras, el hogar se transforma en oficina y parte de un ágora que por varios años ya no puede entenderse de ningún modo restringida a la presencialidad y las instituciones que consagran actos de contenidos republicano o social en un sentido amplio.

En base a esos cambios espacio-temporales, se hace necesario pensar en la temporalidad ontológica de la ciudad, lo que nos deja a las puertas de construir una clasificación que identifica una serie de etapas. En definitiva, la conclusión es una pregunta: ¿estamos en una nueva época de la práctica y de lo urbano? Ante los cambios de las comunicaciones, una respuesta positiva, como la que aquí se sugiere, propondría además que la ciudad es continente de algo distinto, lo que le plantea nuevos desafíos. Se puede estar en ella, pero, a modo de ejemplo, estar ausentes de la participación en y para ella, pues se prefiere la oferta proveída por otras ciudades. Esto afecta con fuerza al capital cultural local, puesto que podemos estar insatisfechos con la provisión cultural cercana, siempre limitada, frente a la que nos ofrece el mundo web, mucho más ajustada a nuestras preferencias. Por lo tanto, la metrópolis multicultural, diversa, producto y promotora de un *melting-pot* ideológico y económico, deviene empequeñecida, enana frente a la megalópolis de la ciudad Web, cuyos vastos límites se expanden a la hora y no tiene más fronteras formales que las del acceso<sup>46</sup>, todavía potencial para un declinante grupo de excluidos temporales, sobre todo situados en edades de «no-nativos digitales» (Linne, 2014; Sunkel, 2015; Wortman *et al.*, 2015; Barrantes y Benítez, 2016).

La interacción radical entre tecnologías y cultura (Rozo, 2016) dificulta pensar la formación de capital cultural al margen de la misma. Siendo la tecnología una puerta frecuente de entrada necesaria en la práctica, los saberes asociados a la misma devienen componentes esenciales de la acción, y evidentemente también de

---

<sup>46</sup> Sobre este tema, Berrío-Zapata y Rojas (2014) alertan del desencaje entre los discursos desarrollistas asociados a las TIC y la realidad de los «países en desarrollo», puesto que una parte muy importante de su población, que es un porcentaje enorme de la del Mundo, no habitaría el paradigma digital.

los esquemas o dispositivos que la imaginan y hacen factible. En este sentido, se puede decir que la revolución tecnológica da lugar a la emergencia de un «capital tecnocultural» (Gayo *et al.*, 2011; Sunkel, 2015), en el que los jóvenes se constituyen habitualmente en el grupo dominante. La tecnologización transforma a la práctica, abriendo posibilidades que pueden cambiar su naturaleza de forma radical, como puede ser el caso del libro y la lectura (Wortman *et al.*, 2015), el consumo musical, o incluso las modalidades de protesta (Valderrama, 2013).

Lo que se podría denominar la «nueva territorialidad del comportamiento», combinación de espacios offline y virtuales, no resulta ajena a la práctica. Es por ello imprescindible situar y problematizar la formación del capital cultural y su reproducción dentro del naciente, pero ya asentado irreversiblemente, contexto contemporáneo, permeado por las tecnologías de la comunicación fundadas sobre la existencia de la computación e internet. Esto no se refiere únicamente a cómo se aprende, o a las formas de apropiación de los conocimientos, a su incorporación, sino igualmente a la emergencia de nuevas formas de distinción social, construidas sobre la tecnocultura. A propósito de ello, no queremos simplemente argumentar que las formas distintivas cambian o evolucionan. Aceptando que, sin duda, ello sucede, se quiere subrayar sobre todo el papel restringido de la distinción social como un proceso dirigido por la diferenciación de las clases altas (o medio altas), frente a lo cual los individuos pertenecientes a estratos inferiores estarían orientados a su imitación. De acuerdo a la información recopilada en nuestro estudio, la cultura produce desigualdad, pero la práctica cultural está frecuentemente alejada de la emulación del superior social, para dedicarse mayormente al ocio, o incluso la diversión banal, por un lado, y la comunicación con amistades y familiares, por el otro, como dos grandes vectores de la acción.

Como producto de todos estos fenómenos, la ciudad se reconfigura necesariamente en las mentes de aquellos que la habitan. Lejos de ser el continente, se convierte en un contenido distinto, incrustada en el cruce de macro procesos que dejaron obsoletas

ciertas prácticas y plantean cuestionamientos a una espacialidad históricamente asentada sobre la cual los sujetos todavía levantan sentidos enraizados en otras épocas. Responder a las demandas de diferentes temporalidades, con sus significados asociados, es uno de los grandes desafíos de las metrópolis actuales, una de sus fuentes de tensión. La formación de capital cultural «citadino», y por ello mismo su acumulación y ventajas asociadas, no puede más que entenderse en este marco en transformación.

## 8.2. IDENTIDADES FIJAS Y MÓVILES

El adelgazamiento del peso ontológico de las coordenadas espacio y tiempo propone una pregunta sobre la apropiación efectiva del territorio urbano (Massey, 2008). No obstante, la relevancia de una eventual presencia virtual no parece más que obligada a convivir con el anclaje físico a lugares particulares de residencia, trabajo y ocio presenciales. Al hablar de identidades «fijas» se quiere justamente enfatizar la relevancia de la identificación territorial, entendida como un continente, en grados diversos, de hábitos, rituales y significados. Por su parte, las identidades «móviles» no son comprendidas como un producto globalizado, debido al acceso a un sinfín de contenidos a través de internet (Espíndola, 2014), sino que son imaginarios de pertenencia barrial (local) que son «performados» o actuados en otras áreas de la ciudad, las que evidentemente tendrán asociadas otros códigos de pertenencia, fronteras simbólicas y sentidos de lugar (Méndez, 2018). En este sentido, es la convivencia entre codificaciones propuesta por ciudades particulares uno de los aspectos centrales de su existencia como espacio cívico. En otros términos: ¿puede viajar nuestra identidad, siempre barrial a pesar de todo, por la ciudad que habitamos? La siguiente cita contiene el sueño de una ciudad segura, sin límites por donde circular, donde la movilidad y una identificación con la ciudad en su conjunto van de la mano.

R: Las calles del pueblo, en esa época, todavía no eran pavimentadas. Entonces, salíamos en bicicleta por todos lados.

No había peligro de que nos atropellaran, ni ninguna de esas cosas. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

No se debe olvidar que es la manifestación de identidades peculiares la que garantiza la producción de una cultura pública indígena o autóctona. No nos referimos a los pueblos originarios, sino a la expresión contemporánea de prácticas propias, siempre heterogéneas y en irremediable tensión. No en menor medida, el desenvolvimiento económico de la ciudad depende, por un lado, de dar cabida a la diferencia y, por otro, en muchos casos del perfilamiento como un lugar diferente, con raíces históricas profundas. De algún modo, economía y cultura deben encontrar formas de convivir, o más bien de potenciarse (Yúdice, 2001), y las identidades son parte necesaria de esta matriz a la vez productiva y de construcción grupal.

Si las identidades «fijas» se pueden desplazar libremente por el territorio, esto produce encuentros identitarios, y por tanto descubrimientos de un otro quizás tan próximo como desconocido. El que descubre aprende y amplía la geografía de su gusto (Tipa, 2015), y posiblemente también sus horizontes de sentido se vuelvan más anchos. Al respecto, las metrópolis tienen una gran responsabilidad en hacer posible o propiciar los encuentros, puesto que han sido históricamente y son ágoras culturales por antonomasia (Simmel, 1996). Ello no significa que todo desaparezca en un todo común, un revoltijo sin profundidad existencial u horizonte de sentido. Por el contrario, es la oportunidad para que viejos modos se enfrenten con sus pares y confronten el desafío de tener un futuro dentro de un universo genuinamente diverso.

Sin embargo, sería ilusorio simplemente aceptar el ideal de la movilidad infinita y el encuentro/descubrimiento. La evidencia también indicaría que las identidades barriales a menudo entran en conflicto con imaginarios colectivos de unidad u orden, dentro de los cuales ciertas identificaciones y prácticas grupales son asertivamente arrumbadas, y finalmente condenadas más a la marginación, desde donde siguen operando vívidamente, que al olvido. Es oportuno en este caso un trabajo como el de Santillán y Ramírez (2004), en donde observan el consumo de espectáculos de tecnocumbia en los barrios

populares de Quito. Esta concordancia de práctica cultural, clase y área urbana no es un patrón únicamente atribuible a las clases menos capitalizadas, sino que tiene asimismo manifestaciones en las clases acomodadas, a lo que apunta la cita siguiente, de un modo un tanto implícito, al referirse a lo prescindible de ir al centro de Santiago. Frente a la ciudad ilimitada, sin barreras, ahora se aprecia una sensibilidad que alerta sobre una motorización e industrialización excesiva, respondiendo con una búsqueda de refugios. Ello da lugar a la ciudad dividida, donde el asentamiento en un lugar conlleva la identificación con partes de la ciudad y no el todo. Siendo ello así, no sorprende que los centros pierdan relevancia y la matriz urbana devenga «polinodal» o «multicéntrica».

R: Ahora hay mucho bullicio de locomoción, mucho ruido. Que antes tú te levantabas y pajaritos, pajaritos se sentían andar más.

P: Claro, ¿y hay algo que haya ganado el barrio?

R: Sí, la comodidad de no tener que ir para andar al centro. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

Los casos de la tecnocumbia en Quito, del vallenato (regio-colombiano) en la ciudad mexicana de Monterrey (Blanco, 2005) y del hip-hop en Buenos Aires (Abreu y Baquero, 2018) muestran el encaje entre identidad fija (de clase popular), expresión musical y territorio, lo que es importante y necesario destacar, pero todavía no nos permite entender el fenómeno enunciado de las identidades móviles desde el punto de vista de los encuentros cuya naturaleza es en gran medida el conflicto. Sobre este aspecto, se puede hablar de dos tipos de encuentros tensionados. El primero de ellos es lo que es posible denominar «colonización en disputa». Consiste en el intento de dos o más identidades fijas (barriales) de asentarse en lugares a los que no pertenecen o dentro de los cuales no emergieron. Un caso que lo refleja bien es la discoteque Blondie de Santiago de Chile, situada en el barrio Brasil, a donde iban en una primera etapa mayormente jóvenes de clases medias bajas. Identificados con un estilo musical «alternativo», que posteriormente sería motivo de disputa por su apropiación, su presencia sufrió la compañía de

un creciente número de aquellos de clases más altas («cuicos»), lo que significó finalmente un desplazamiento de los primeros por los segundos (Matus, 2002).

La segunda tipología de identidades móviles en situación de conflicto responde a una identidad que reivindica su existencia, y por ello mismo su pertenencia barrial histórica, a través de un desplazamiento programado o intencionado por los espacios de la ciudad en los que carece de arraigo. A la manera de las «automovilidades lowriders» en Tijuana (Monte, 2014), comunidades visibilizan los agravios cometidos en su contra a través de prácticas de movilidad que hacen evidente la resistencia al silencio producto de una historia de marginalización; si bien nada impide que ello pueda ser también propio de grupos dominantes que intentan asentar y demostrar su éxito.

### 8.3. EL *SELF* URBANO COMO EJERCICIO DE REFLEXIVIDAD

El paisaje transformado por la modernización «neoliberal» de las ciudades latinoamericanas (Valenzuela, 2014) transfiguró el escenario que dio lugar a las viejas identidades de los barrios ahora tradicionales. Pero aquí el crecimiento o las políticas desarrollistas no son el centro del argumento. Más bien, se trata de argumentar que las también «viejas» prácticas de la urbe funcional e ideológicamente obsoleta cobran importancia en la medida que son el fundamento de una profunda reflexión existencial sobre el yo (*self*) actual. Los ciudadanos no reflexionan a propósito de sí mismos desde una delgada realidad presente en constante cambio, sino que anclan miradas hacia sus vidas y levantan significados desde perspectivas «largoplacistas».

R: Yo creo que tiene de dulce y agraz, para mí, porque antes era esto como un campo y ya uno veía que todavía era como campo en algunos sectores. Ahora no, *po*. Ahora son puras casas, edificios. (Mujer, 31-50 años, Santiago, NSE alto)

La ciudad instala paisajes existenciales, es decir, significados y recuerdos. De este modo, un cruce de calles es un suceso pasado y

no solo una producción urbanística, un edificio es el escenario de un primer amor o un conflicto entre vecinos, el centro de enseñanza media son amigos y profesores, y no solo un centro educacional situado estratégicamente en la matriz urbana del barrio. Los recuerdos y los significados cristalizados en el espacio contribuyen decisivamente a mantener viva una reflexión sobre la vida personal, lo que se puede denominar el «sí mismo» o «self». Pasear por la ciudad se entiende, por tanto, como un ejercicio reflexivo, una oportunidad para pensarse. De nuevo, la ciudad es aquí un contenido, y no un mero continente. Como un prototipo ejemplar y límite, el *flâneur* (Benjamin, 1999; Nuvolati, 2011; Beretervide, 2014), ser existencialmente errante, recorre las calles ocioso y nostálgico a través de recuerdos dolorosos y emociones, asentando su identidad en lugares y construyendo su yo sobre el vagabundeo como forma de vida.

Obviamente, esta es la situación de la persona que permanece en el lugar, y no del migrante o del recién llegado. El diálogo entre identidades urbanas que se han coconstruido históricamente, aunque sea en conflicto o por oposición, incluso en el caso de aquellas dominadas, le da forma, o deforma, lo que son, y es en territorios urbanos específicos donde se anclan y florecen, asentándose su seguridad ontológica. Los «lowriders» en Tijuana y los espectáculos de tecnocumbia en Monterrey se hacen fuertes en sectores populares, desplazándose desde estos centros neurálgicos consolidados por largos periodos.

Sobre la base de una historia colectiva y personal anclada en matrices territoriales, la ciudad deviene un dispositivo reflexivo, abriendo la posibilidad de pensarse a uno mismo en la «longue durée» (Williams, 2002). La tarea de recordar que el cuerpo no puede hacer la realizan las edificaciones y las calles. Parafraseando a Chrostowska (2010), no es necesario estar consumido por la nostalgia para situar al yo en el tiempo largo donde habita y desde el cual el pasado es una oportunidad para escapar del presente, recuperando mundos también posibles que completan a la persona que somos hoy. En este sentido, se observan recuerdos positivos que no necesariamente sirven al propósito de criticar el presente, sino que



manifiestan la satisfacción por la completitud de la propia biografía. Frente a la «traumatic memory» (del Apartheid), las «positive memories» incluyen las historias personales (Delisle, 2006), alejadas de la gran memoria oficial (por ejemplo, sobre la dictadura o transición a la democracia), en el relato sobre quién somos, qué hemos hecho, cómo hemos llegado hasta aquí.

R: Claro, todo está edificado. Entonces, por ejemplo, yo me acuerdo que antes elevar un volantín era mucho más fácil. Ahora a los dos metros ya está en un cable. Se te enreda en los cables. Entonces es más complicado. Hay más cemento. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

R: Ya no es tan fácil encontrar tierra al salir a la calle para jugar a las bolitas o un sitio baldío donde tomar un volantín y poder elevarlo. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

Asimismo, las memorias de las que es portador el ensamblaje de ciudad y prácticas culturales contribuye decisivamente a tematizar y problematizar la historia colectiva. Efectivamente, como propone Kojanic (2015), no se trata de retornar al pasado, en la forma que sugeriría una «nostalgia restauradora» (Boym, 2007), sino que la mirada a tiempos pretéritos opera como una «práctica del self», que el mismo autor fija a la historia de la etapa post socialista en los territorios de la ex Yugoslavia, y que para el Cono Sur debe repensarse dentro de otra matriz política y social, ejercicio del que nuestro libro es finalmente una muestra. Dicho en otros términos, las subjetividades neoliberales, o más bien del periodo neoliberal, del Sur de América se construyen necesariamente con fragmentos de etapas previas de los individuos, los que indefectiblemente deberán estar en diálogo mutuo, estableciendo las bases, no solo para un relato personal de naturaleza individual, sino también para uno colectivo. Presente y pasado se fusionan a través de una reflexión sobre la autenticidad del *self* (Méndez, 2008), o el sí mismo, obligada a hacer convivir aspectos a menudo en conflicto, función finalmente adaptativa del yo (desigual o incrustado en la clase social de pertenencia) a las nuevas condiciones macro estructurales.

#### 8.4. «CONDENADOS» A ENCONTRARNOS A TRAVÉS DE LA PRÁCTICA

Las prácticas no hablan del individuo sino de la sociedad. La segunda no anula al primero. Por el contrario, lo hace posible y comprensible, le proporciona un ser que no debemos dar por descontado. De este modo, cuando se habla de prácticas culturales individuales, o incluso aisladas, no se quiere decir que sean principalmente de gestación propia, puesto que la generación de la acción es mayormente social<sup>47</sup>. Simplemente, tomando las ideas de Bourdieu (1979) sobre la formación de capital cultural, se puede entender la relevancia radical de los contextos de socialización en la introyección de categorías, esquemas de acción o mundos simbólicos. No cabe duda de que esta es una versión de la lógica formativa de individuos y comunidades de la práctica.

Es precisamente el encuentro que la práctica propicia lo que era puesto en duda por las tesis que enunciaban lo que parecía ser una privatización de los espacios de consumo, al modo del patrón descrito por estudios como los de Pérez y Castro (2015) y Linne (2014), es decir, una retirada de las avenidas y los centros de ocio presenciales tradicionales para recluirse en el salón o la habitación del hogar. Sin embargo, el aparente encierro devino pronto una forma de colonización mercantil y efectivamente privatizadora, en un sentido económico, al mismo tiempo que un vector que con gran fortaleza convirtió la vida íntima en algo público. Aunque sea en el ciberespacio, estamos destinados a compartir nuestras actividades con los otros. Las nuevas comunidades pueden componerse de personas que antes no hubiéramos imaginado, cercanos y lejanos, nacionales y no, pero es difícil simplemente hacer afirmaciones del tipo de que estamos más alejados que nunca de la esfera pública, o que se haya producido una especie de repliegue de las relaciones sociales.

---

<sup>47</sup> Un libro que analiza en detalle el cambio de las prácticas a lo largo del tiempo en aproximadamente los últimos tres siglos en Chile es el de Gayo (2020).

R: Se compartía mucho más con amigos de la edad. Era más al aire libre que ahora, que los chicos se juntan en las casas y se encierran a jugar con más tecnología. (Hombre 31-50 años, Santiago, NSE bajo)

En línea con esta última cita, si se atiende a la literatura sobre la sociabilidad a través de redes sociales, al menos se puede concluir que los llamados «amigos» (por ejemplo de Facebook), en el menor de los casos, son en número equivalente a las relaciones offline o presenciales (Moreno, 2013). Generalmente, los lazos personales se multiplican y la vida cotidiana se ve permeada por la conexión permanente a las redes existentes en casi cualquier actividad y clave para acciones políticas o de protesta (Valderrama, 2013). Es justamente en este punto que es imprescindible subrayar los límites de una explicación de la práctica cultural desde la distinción social (Bourdieu, 1979), lo que toma una parte por el todo de forma equívoca, si no lo comprendemos dentro de una discusión sobre la desigualdad de clase y la reproducción del privilegio, o simplemente equivocada, si lo contrastamos de forma equilibrada con la evidencia recogida. La distinción es una disposición relevante, pero debe convivir con otras también fundamentales, dentro de las cuales el sentido de pertenencia opera como orientación articuladora de un sinnúmero de comportamientos, a menudo cargados de un fuerte contenido emocional. Es por ello mismo que le dedicamos un tratamiento separado en el capítulo sobre las disposiciones, pero asimismo la relevancia de la atracción del grupo puede constatarse en un abundante conjunto de estudios en Latinoamérica, yendo desde los ya mencionados en este mismo párrafo, cuyo tema central son las tecnologías de la comunicación más recientes, hasta otros que se centran en prácticas culturales específicas y variadas: el uso de idiomas nativos para cantar música popular en México (Tipa, 2015), el consumo de tecnocumbia en Quito y el principio de pertenencia que lo sustenta (Santillán y Ramírez, 2004), los códigos de identidad juvenil manifestados a través del gusto musical en Santiago de Chile y los espacios en disputa de expresión de los mismos (Matus, 2002), y el papel del rock en la construcción de la identidad latinoamericana (Garibaldo y Bahena,

2015) y su estética asociada a una propuesta grupal construida sobre nociones como «underground» o «autenticidad» (García, 2008), entre una multitud de ejemplos posibles.

Entonces, bajo el impulso de prácticas sustentadas en un sentido de pertenencia comunitario, las ciudades no se han convertido en territorios donde conviven seres aislados. Muy por el contrario, la trama de relaciones desafía dicha comprensión, pues los vínculos recorren con creciente libertad su geografía y sobrepasan las fronteras nacionales. De algún modo, la ciudad contemporánea es un nodo existencial que interactúa, comparte y se nutre de otros nodos iguales. Este es el sentido actual de la ciudad, imposible de autocontenerse y por ello de autogobernarse. Dicho de otro modo, lo que sucede en ella no está solo dentro de sus límites, sino que lo que está en su interior se proyecta y existe en otras muchas partes. Esta es la condena: para existir como somos debemos encontrarnos a través de prácticas cuyo origen es polinodal o trans urbano.

### 8.5. MACRO PROCESOS CONTADOS A TRAVÉS DE MICRO-HISTORIAS

Reconocer la trans-urbanidad de la práctica obliga a una comprensión de la cultura que va más allá del individuo y su subjetividad, al igual que de la estructura de sus capitales, los que la ciudad proyecta de forma solamente parcial, pues de otro modo solo sería esto, capitalización urbanizada. Es por eso que, a diferencia de Bourdieu, quien utiliza las estructuras para explicar comportamientos finalmente individuales, nosotros proponemos contribuir a dar cuenta de grandes procesos mediante el recurso a pequeñas historias personales. En otros términos, el libro sigue una lógica explicativa que va de lo macro a lo micro, lo que encaja con la organización de sus partes, pero la construcción empírica de la investigación hace un viaje inverso, de lo micro a lo macro.

De este modo, los relatos basados en historias personales recogidos a través de entrevistas en las tres capitales del Cono Sur produjeron abundante información fundada en sus experiencias, y permitieron construir una narrativa sociológica ricamente nutrida

por percepciones y evaluaciones producto de haber estado ahí por un tiempo suficientemente largo. Al respecto, los juicios sobre la ciudad ofrecen un retrato frondoso de las subjetividades que la evalúan desde dentro, como se ve en el caso de Santiago por hablantes de diferentes grupos etarios y niveles socioeconómicos.

R: Sí, muchísimo menos (vida de calle). Ya le llama mucho la atención el computador, por ejemplo. Entonces, cada computador tiene su gracia. Internet, más que los computadores. Y, en ese sentido, además que ya no hay tanto espacio. Cada vez queda menos espacio donde jugar. (Hombre, 20-30 años, Santiago, NSE bajo)

R: Pero había ahí área verde. Ahora es un pedazo como un bloque de cerámica, no sé, y tiene un cuadrado y un árbol piñufla [de pequeño tamaño], o sea, el paisajista que hizo eso es un nefasto, porque en realidad como para mejor no han hecho nada, porque como que todos construyen y después murió la vida verde. Entonces, yo creo que eso es lo malo que tiene Chile, que construye y saca las áreas verdes y saca el pedazo de pasto, que igual como que refresca, no sé. Por la cuestión del Centro Cultural de Las Condes, es horrendo el edificio y no tiene pasto. Antes ahí había pasto. (Mujer, 20-30 años, Santiago, NSE alto)

P: ¿Existían cines de barrio?

R: En todos los barrios [había] cines, en todos los barrios, y daban sesiones de las películas que se llamaban las populares, donde cobraban la tercera o cuarta parte, digamos, de lo que... Los días lunes o los viernes habitualmente, y uno podía ver las tres o cuatro películas por ver lo de ahora, que piden tres mil pesos por mil pesos o por quinientos pesos. (Hombre, 51+, Santiago, NSE alto)

La entrevista como técnica de recolección de información, y por ello cada uno de los entrevistados, se articuló con una muestra que consideraba la edad, el género y el grupo socioeconómico, además de un equilibrio en la presencia de Buenos Aires, Montevideo y Santiago. Ello aseguró la participación de voces plurales, a partir de las cuales hablaron generaciones diversas y países o sociedades

vecinas pero disímiles. El cambio fue uno de los temas recurrentes, si bien su abordaje eludió la ruta de los datos cuantitativos, para ofrecer un panorama de grandes transformaciones estructurales y miradas en tensión, emergentes estas últimas a través de la nostalgia, como uno de sus aspectos más notorios. Con ello, no se quiso eludir el tratamiento de la desigualdad, temática a la que se dedica principalmente un capítulo, sino avanzar hacia la comprensión de la práctica cultural sin totalizar a aquella.

Al final, la ciudad es una confluencia de fuerzas, una objetivación de macroestructuras y subjetividades obligadas a convivir en la *longue durée*, al igual que es una perspectiva realista desde la que teorizar la práctica, inextricablemente unida a su destino.

## REFERENCIAS

- Abreu, L. y Baquero, R. (2018). «Yo no soy un gangsta». Representaciones y discursos sobre juventud(es), violencia(s) y cultura(s). *EntreDiversidades*: 39-58.
- Benjamin, W. (1999). *The Arcades Project*. Harvard University Press: Cambridge, MA.
- Barrantes Cáceres, R. y Benítez Larghi, S. (2016). *TIC e inclusión social: un estudio cualitativo de las trayectorias de apropiación de internet para el estudio, el trabajo y la gobernanza en Buenos Aires*. CPRLATAM conferencia, México.
- Beretervide, V. (2014). *La flânerie: una manifestación de la nostalgia*. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXI Jornadas de Investigación, Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, pp. 15-18.
- Berrío-Zapata, C. y Rojas, H. (2014). La brecha digital universitaria: la apropiación de las TIC en estudiantes de educación superior en Bogotá (Colombia). *Comunicar, Revista Científica de Educomunicación*, 22(43): 133-142.
- Bialakowsky, A. y Hermo, J. P. (2015). Repensar la sociología del trabajo desde el Sur Global. Nuevos y viejos desafíos para comprender los procesos sociales de trabajo en el capitalismo globalizado. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 60(224): 45-70. Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Época.

- Blanco Arboleda, D. (2005). La música de la costa atlántica colombiana. Transculturalidad e identidades en México y Latinoamérica. *Revista Colombiana de Antropología*, 41: 171-203.
- Briceno Alcaraz, G. (2015). El gusto por la lectura y el cine como indicador de la reconfiguración de las subjetividades femeninas: las adolescentes en Jalisco. *La Ventana*, 41: 240-273.
- Bonder, G. (2008). Juventud, género y TIC: imaginarios en la construcción de la sociedad de la información en América Latina. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 184(733): 917-934.
- Boym, S. (2007). Nostalgia and Its Discontents. *The Hedgehog Review*: 7-18.
- Chrostowska, S. D. (2010). Consumed by Nostalgia? *SubStance*, 39(2): 52-70.
- De Certeau, M. (2011). *The Practice of Everyday Life*, 1. University of California Press, Berkeley.
- Delisle, J. (2006). Finding the Future in the Past: Nostalgia and Community-Building in Mhlophe's «Have You Seen Zandile?». *Journal of Southern African Studies*, 32(2): 387-401.
- García, D. (2008). El lugar de la autenticidad y de lo underground en el rock. *Nómadas* (29): 187-199. Universidad Central, Colombia.
- Garibaldo Valdéz, R. y Bahena Urióstegui, M. (2015). El ruido y la nación: cómo el rock iberoamericano redefinió el sentido de comunidad en Latinoamérica. *Diálogos, Revista Electrónica de Historia*, 16(1): 191-214. San José, Costa Rica.
- Gayo, M., Méndez, M. L., Radakovich, R. y Wortman, A. (2011). *Consumo cultural y desigualdad de clase, género y edad: un estudio comparado en Argentina, Chile y Uruguay*. Serie Avances de Investigación, Fundación Carolina, Madrid.
- Gayo, M. (2020). *Clase y cultura. Reproducción social, desigualdad y cambio en Chile*. Tirant Humanidades: Valencia.
- Kojanic, O. (2015). Nostalgia as a practice of the self in post-socialist Serbia. *Canadian Slavonic Papers*, 57(3-4): 195-212.
- Linne, J. (2014). Usos comunes de Facebook en adolescentes de distintos sectores sociales en la Ciudad de Buenos Aires. *Comunicar*, 21(43): 189-197.
- López López, J. S. y Santiago Franco, D. A. (2014). TIC y mediaciones culturales en la educación superior: hacia un programa multidimensional Análisis. *Revista Colombiana de Humanidades*, 46(85): 191-213. Universidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia.
- Massey, D. (2008). *For Space*. Sage: London.
- Matus Madrid, C. (2002). De la Blondie a Bellavista: dos aproximaciones a los rituales del consumo juvenil nocturno. *Polis, Revista Latinoamericana* (2): 1-19.

- Méndez, M. L. (2018). Neighborhoods as arenas of conflict in the neoliberal city: Practices of boundary making between «us» and «them». *City and Community*, 17(3): 737-753.
- Méndez, M. L. (2008). Middle Class Identities in a Neoliberal age: tensions between contested authenticities. *The Sociological Review*, 56(2): 220-237.
- Monte Madrigal, J. A. del (2014). Lentos, estéticos, memoriosos. Las automovilidades *lowriders* y las estéticas de la nostalgia en Tijuana. *Desacatos* (45): 113-127.
- Moreno, F. N. (2013). Adolescentes en la red social: usuarios prematuros, sociales y trayectorias de vida en Facebook. *Question*, 1(37): 359-368.
- Nuvolati, G. (2011). The *Flâneur* and the City: Object and Subject of Sociological Analysis. En V. Mele (ed.), *Sociology, Aesthetics and the City*: 143-162. Pisa University Press: Pisa.
- Pérez Escalona, Y. y Castro Villa, W. M. (2015). Jóvenes en la encrucijada de los nuevos tiempos. Una mirada a sus prácticas y consumos culturales desde la Universidad de Granma. *Revista Científica Guillermo de Ockham*, 13(1): 127-134.
- Pinto, J. P. (2017). La irrupción del 'otro'. Economías audiovisuales populares en contextos poscoloniales. *Debate*, 100: 117-131. Quito, Ecuador.
- Rozo Sandoval, A. C. (2016). Prácticas comunicativas en contexto, para un conocimiento otro de las tecnologías. *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación* (131): 181-198.
- Santillán, A. y Ramírez, J. (2004). Consumos culturales urbanos: el caso de la tecnocumbia en Quito. *ÍCONOS, Flacso Ecuador* (18): 43-52.
- Simmel, G. (1986). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En Simmel, G. (ed.), *El individuo y la libertad: ensayos de crítica de la cultura*. Península: Barcelona.
- Szpilbarg, D. y Saferstein, E. (2014). Experiencias de trabajo en el capitalismo informacional. El caso de la industria editorial argentina. *Trabajo y Sociedad* (22): 257-271. Santiago del Estero, Argentina.
- Sunkel, G. (2015). El acceso de los jóvenes a la cultura en la era digital en América Latina. Capítulo IV, en Daniela Trucco y Heidi Ullmann (eds.), *Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad*. Libros de la CEPAL (137): 171-205. Santiago de Chile.
- Tipa, J. (2015). Una aproximación a clase social, género y etnicidad en el consumo de música entre los estudiantes de la Universidad Intercultural de Chiapas. *Cuicuilco* (62): 91-112.
- Valderrama, L. B. (2013). Jóvenes, Ciudadanía y Tecnologías de Información y Comunicación. El movimiento estudiantil chileno. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 11(1): 123-135.



- Valenzuela Espinoza, L. I. (2014). Economía Política Cultural: Una nueva propuesta teórica para el estudio de la economía y la cultura. *Polis, Revista Latinoamericana*, 13(39): 463-486.
- Vizer, E. (2018). Cultura tecnológica: metáforas y realidades. *Razón y Palabra*, 22: 172-191.
- Williams, R. (2003). *La larga revolución*. Eds. Nueva Visión: Buenos Aires.
- Wortman, A., Correa, E., Mayer, L., Quiña, G. M., Romani, M., Saferstein, E., Szpilbarg, D. y Torterola, E. (2015). *Consumos culturales en Buenos Aires: una aproximación a procesos sociales contemporáneos*. Documentos de Trabajo (73). Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Yúdice, G. (2001). La reconfiguración de políticas culturales y mercados culturales en los noventa y siglo XXI en América Latina. *Revista Iberoamericana*, 67(197): 639-659.



Este libro se terminó de imprimir  
en Santiago de Chile,  
abril de 2021

Teléfono: 22 22 38 100 / ril@rileditores.com

Se utilizó tecnología de última generación que reduce el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente el papel necesario para su producción, y se aplicaron altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos en toda la cadena de producción.



INSTITUTO DE ESTUDIOS URBANOS Y TERRITORIALES  
FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y ESTUDIOS URBANOS

Este libro es el producto de una confluencia de niveles de análisis. Con el objetivo de completar una sociología que construye sus explicaciones desde características mayormente del individuo, se propone la necesidad de dar cuenta de la práctica cultural desde dimensiones macro (cambios tecnológicos y económicos), meso (desigualdades socioeconómicas y el espacio) y micro (subjetividades) sociales.

El objetivo es contribuir a entender las extensas y profundas transformaciones que se han producido en el ámbito del gusto y la participación cultural durante las últimas décadas. Si el cambio nunca se detiene, hacemos una radiografía del ocurrido desde mediados del siglo XX hasta la actualidad en el Cono Sur de América.

Basándonos en entrevistas en profundidad realizadas en Buenos Aires, Montevideo y Santiago, y mediante una amplia revisión de estudios y literatura en las áreas de la sociología urbana y de la cultura, e incluyendo aproximaciones desde la economía y la antropología, proveemos un retrato móvil de la experiencia de la vida urbana construida desde lo que se puede entender como la epistemología de la práctica cultural.

Finalmente, lejos de comprenderse como un continente, las ciudades devienen un contenido de significados que anclan temporalidades en lugares físicos (edificios, monumentos, calles, plazas, terrenos sin uso aparente, ruinas e incluso lugares hoy inexistentes), desde donde aquéllos que las viven reconstruyen, a menudo a través de relatos nostálgicos, escenas arraigadas en el tejido subjetivo de la historia social de las mismas.



RIL editores

ISBN 978-84-18065-40-8

